

Ramón
Díaz Eterovic

La música de la soledad



Lectulandia

Un pequeño pueblo del norte del país muere lentamente a causa de la contaminación que provoca el funcionamiento de una empresa minera en la zona. Los pobladores son amenazados para que abandonen sus tierras ancestrales y unos pocos deciden oponer resistencia, para lo cual contratan a un abogado que es asesinado al poco tiempo de iniciar su trabajo.

La esposa del abogado quiere respuestas a sus interrogantes sobre la misteriosa muerte de su marido y recurre a Heredia, quien está a punto de dar un giro a su vida y abandonar la soledad que habitualmente lo acompaña. La investigación llevará a Heredia a conocer de cerca los problemas ambientales que afectan a ciertas zonas del país y la relación de estos problemas con el afán de desmedido lucro que orienta a algunos sectores empresariales.

Como en anteriores aventuras, Heredia iniciará una pesquisa que lo llevará a enfrentarse al rostro más oscuro del poder económico y político; y como es frecuente en sus historias, realizará su trabajo acompañado de su lúcido gato Simenon, el quiosquero Anselmo, el periodista Campbell y la comisaria Doris Fabra, que en esta ocasión hará su último esfuerzo por conquistar un lugar definitivo en la vida de Heredia.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

La música de la soledad

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2017

Título original: *La música de la soledad*

Ramón Díaz Eterovic, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
Sonia, Ángeles, Alonso,
Valentina, Leonor y Mota.
Y desde luego a Balzac
La familia.

1

Había dejado de llover. Bajo la luz de los escasos faroles del alumbrado público, las calles estaban cubiertas de un líquido viscoso, como si hubieran sido arrasadas por sucesivas olas de petróleo. En el aire imperaba un olor a combustible quemado. La gente que estaba a mi lado, en un paradero de buses al que le faltaba una parte del techo, no parecía advertirlo. Observaban hacia lo alto y murmuraban oraciones o maldiciones; las dos caras de la moneda que permiten aceptar la resignación o el espanto de sobrevivir. El cielo lucía encapotado. No recordaba la última vez que vi algunas nubes o el brillo del sol filtrándose por el ala de mi sombrero. Casi no quedaban árboles en las calles. La mayoría habían sido arrancados durante el último otoño y solo se mantenían en pie unos troncos resacos, como pálido recuerdo del tiempo en que todavía los parques no eran recintos privados o espacios concesionados a empresarios que lucraban con el deseo de la gente de conocer una arboleda. Hacía frío e ignoraba el destino al que debía dirigirme. No recordaba si tenía casa a la que llegar o debía conformarme con el resguardo de una construcción en ruinas o los restos de un automóvil abandonado. La ciudad que me rodeaba no se parecía a la que guardaba en mi memoria. No lograba reconocer si estaba de noche o de día. El futuro no existía y el pasado era una mancha en el pavimento. Tampoco era feliz ni tenía la ilusión de los que conservan residuos de sueños incumplidos. Simplemente existía; una fuerza desconocida me obligaba a seguir en pie y testimoniar lo que ocurría en un territorio donde solo quedaban despojos. Maldije la calamitosa situación, y a modo de respuesta, recibí la sonrisa embrutecida de los que me rodeaban. Quería huir pero la oscuridad se hacía más espesa y mi entorno se parecía al infierno que me habían enseñado a temer en mi infancia.

Desperté con el sonido del teléfono. Me había quedado dormido con la cara apoyada en la cubierta del escritorio. Un dolor agudo en la parte inferior de la espalda me apartó de las últimas huellas de la pesadilla. Cuando me animé a tomar el teléfono, este dejó de sonar. Los clientes nunca llaman, los cobradores y los carteros lo hacen dos veces, los promotores de préstamos bancarios, tres o cuatro, y la muerte no se molesta en golpear, me dije a modo de consuelo.

Simenon, como era su costumbre, dormía sobre varios ejemplares de las novelas del escritor al que debía su nombre, y junto a un par de pocillos con agua y comida.

—Otra vez la misma pesadilla —le dije, cuando luego de un rato, se levantó lentamente y se estiró a sus anchas. Enseguida, saltó sobre la cubierta del escritorio y me miró atentamente.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Necesitas gafas?

—¿Has mirado últimamente el espejo?

—¿Qué problema tiene el espejo?

—Ninguno. Te pareces al barrio, con la tristeza de sus árboles y el hollín que le cae desde el cielo.

—¿Y la pesadilla? ¿Qué me dices de ella?

—Puede ser el anticipo de lo que nos espera en unos años más o el anuncio de nuevas preocupaciones. Tampoco es algo sorprendente. En tus pesadillas siempre aparecen imágenes de un mundo destruido por la mano del hombre.

—La contaminación no es un problema nuevo.

—Ni es novedad que por intereses económicos nadie le ponga atajo.

—¿Por qué no nos vamos a una casa en el sur? ¿Qué te parecería una salamandra junto al sillón destinado a las siestas?

—Siempre dices lo mismo y nunca mueves tu trasero más allá del centro de Santiago. Mejor ocupa tu tiempo en algo útil y sirve el desayuno.

—Ya ni siquiera tienes todos tus dientes.

—¡Tonterías! Fríe el bife guardado en la nevera y te demostraré que aún tengo colmillos vigorosos.

—No tienes remedio. Siempre serás un gato jodido.

—Y tú tampoco tienes posibilidades de mejorar. Vas a seguir metido en líos. Y no me vengas con la letanía del oficio y de que no sirves para otra cosa que no sea hacer preguntas y meter las narices donde nadie te llama. Lo único diferente es tu relación con Doris Fabra.

—Con ella no te metas. Un hombre tiene derecho a cambiar de opinión.

—Me gustaría decirte dos o tres cosas antes de que sea tarde.

* * *

El teléfono volvió a sonar y logré levantar el fono antes que la llamada se cortara. Un tipo de acento caribeño, que dijo llamarse Amadeo Dulanto y ser ejecutivo de un banco, comenzó a recitarme una lista interminable de ofertas de préstamos, tarjetas de créditos y cuentas corrientes. Si deseaba acceder a ese camino al cielo debía firmar una solicitud donde se estipularía que cualquier incumplimiento de mi parte me conduciría derecho al averno o a un catastro de deudores que me convertiría en un ciudadano sujeto a todas las sospechas imaginables.

Le dije que no me interesaba su oferta, no obstante lo cual siguió promoviendo las bondades de sus productos. Volví a decirle que no me interesaba nada de lo que pudiera ofrecerme y enseguida dejé el fono en su lugar de costumbre.

—La paciencia tiene límites —dije a Simenon, que había seguido con curiosidad mi imprevisto arrebato.

—Es lo que debí pensar el día que llegué a vivir a este departamento.

—Te he dado trato de príncipe. Techo, comida y una cama. ¿Qué más quieres?

—La verdad es que no necesito más. Pero siempre resulta entretenido quejarse. Sobre todo en este país donde la queja es un deporte nacional y el chisme una religión con demasiados feligreses.

Lo que alguien sabe, lo comenta con las distorsiones del caso; y si no sabe nada,

lo inventa.

Después del desayuno, escuché durante unos minutos las noticias de la radio y enseguida bajé a la calle a conversar con Anselmo, que a esa hora llevaba un buen rato atendiendo su quiosco. Hablamos de las carreras que se correrían por la tarde en el Hipódromo Chile y acordamos cuatro apuestas en sociedad. Después di una vuelta por el barrio y por los callejones del Mercado Central, atestados de clientes que compraban pescados y mariscos. La vida seguía su rutina y aunque el paisaje cambiara, la gente agitada de siempre llenaba las calles.

Volví a mi departamento y durante algo más de una hora leí un libro de cuentos de Rodolfo Walsh que había comprado en una de mis últimas visitas a las librerías de la calle San Diego. El teléfono volvió a interrumpirme poco antes del mediodía. La voz suave y cansada de una mujer pronunció mi nombre y luego guardó silencio.

—¿Con quién hablo? —pregunté.

—No nos conocemos personalmente, aunque he pasado buena parte de mi vida oyendo hablar de usted y sus investigaciones. Soy Raquel Donoso, la esposa del abogado Alfredo Razetti.

—¿Razetti? —pregunté—. ¿Cómo está Alfredo? ¿Sigue en su oficina de avenida Matta?

—Murió hace una semana —dijo escuetamente la mujer y volvió a quedar en silencio.

Me invadió una sensación dolorosa y desconcertante, y por un momento tuve la impresión de que no podría seguir con la conversación.

—No sé qué decir, señora. Su marido y yo nos conocíamos desde cuando estudiábamos en la Escuela de Derecho. Él siguió con sus estudios y yo los abandoné, creo que a tiempo.

—Conozco esa historia, Heredia.

—Volvimos a encontrarnos al cabo de un tiempo y varias veces él me ayudó a sortear períodos de vacas flacas —continué diciendo, como si los recuerdos ayudaran a suavizar la mala noticia—. Me encargaba trabajos de cobranzas o ubicar personas. Nada memorable, salvo cuando investigamos el asesinato de un crítico literario.

—Alfredo consideraba que esa investigación había sido una especie de aventura o algo así. Pasó su vida apegado a los códigos y a los expedientes de sus clientes. Salvo durante la dictadura, nunca se relacionó con juicios fuera de lo común o que pudieran revestir peligro.

—¿Por qué habla de peligro?

—Lo asesinaron.

—¿Alfredo, asesinado? No es posible.

—¿Puede venir a la oficina de Alfredo? Quisiera contarle los detalles y pedirle dos favores.

—Salgo de inmediato —le dije.

Delgado, cabello castaño y una barba quevediana que en el último año había

comenzado a poblarse de canas. Anteojos de marcos negros y gruesos. Así era Alfredo Razetti. Nos conocimos en el curso de Derecho Romano, que evocábamos cuando nos reuníamos a beber unas copas y a imaginar un mundo mejor con las dos monedas de esperanza que nos quedaban en los bolsillos.

El mundo en el que habíamos vivido comenzaba a desaparecer. Como el testigo anónimo que era, esperaba despedirme de la vida sin estridencias; igual que el viejo parroquiano que bebe su última copa y enseguida sale a la calle, dobla en la esquina más próxima y sigue su marcha con apenas una sonrisa cansada en el rostro. Antes de que fuera demasiado tarde debía hablar con mi amigo el Escriba, quien insistía en relatar mis pesquisas en sus novelas, probablemente el único indicio que quedaría de mí, guardado en estantes a los que solo accederían gordas ratas de biblioteca.

* * *

Raquel bordeaba los cincuenta años. Era delgada y sin ningún atractivo en particular. Vestía falda, blusa negra y un pañuelo gris alrededor de su cuello. Su rostro lucía pálido y sin maquillaje. Estaba sentada frente al escritorio que había sido de su marido. Daba la impresión de que intentaba imaginar cómo se veía el mundo desde ese lugar.

Lo mismo que respecto de otros amigos que dejaban a sus mujeres fuera del círculo de la amistad, Raquel pertenecía a un mundo del que solo tenía algunas pocas referencias. Lo justo para imaginar una vida monótona y la pena por no haber tenidos los hijos que la mujer hubiera deseado.

—Es ridículo, pero no lo puedo evitar. Alfredo compartió más tiempo con este artefacto que conmigo —dijo, indicando el computador que estaba sobre el escritorio—. Medio en serio, medio en broma, decía que un día le iban a volar la cabeza por culpa de sus juicios.

—¿Tiene alguna idea de quién lo hizo? —pregunté a la mujer.

—No. Y por eso el primer favor que quiero pedirle, es que descubra al responsable.

—¿Quiere hablarme de las circunstancias de su muerte?

La mujer miró a su alrededor y por varios segundos no hizo otra cosa que contemplar los objetos existentes en la oficina.

—El día de su muerte salió temprano desde nuestra casa, ubicada a ocho cuadras de aquí —dijo finalmente—. Solía recorrer esa distancia a pie o bien en taxi, cuando salía atrasado a una cita con un cliente. Era sábado y decidió venir a revisar unos escritos que debía presentar el lunes siguiente. Me llamó desde acá y me dijo que estaría de regreso en la casa a las dos de la tarde. Quince minutos antes de las dos, llamó de nuevo para decirme que saldría de la oficina con retraso. Cuando dieron las tres, lo llamé, y al no obtener respuesta supuse que iba de camino a casa. Una hora más tarde decidí venir a buscarlo. A veces Alfredo se entusiasmaba con sus escritos y

olvidaba el reloj.

—¿Qué pasó cuando usted llegó a la oficina?

—Me llamó la atención que la puerta estuviera abierta de par en par. Era un descuido que Alfredo jamás se hubiera permitido. Entré en la oficina y lo vi. Parecía dormitar sobre la cubierta de su escritorio, pero al acercarme descubrí que su cabeza se apoyaba sobre una mancha de sangre. Recuerdo que lo observé largo rato, sin atreverme a tocarlo. Después, y aún no me explico cómo tuve la calma necesaria, llamé a la policía y esperé a que llegara.

—¿Qué dijeron los detectives?

—Me hicieron preguntas. Les dije más o menos lo que acabo de contarle. Revisaron la oficina y el cuerpo de Alfredo. Más tarde llegaron más detectives, un funcionario de la Fiscalía y la gente del Servicio Médico Legal. Ha pasado una semana desde entonces.

—¿Por qué no me llamó antes? —pregunté.

—No tenía ánimo de hablar con nadie. Recién hoy, cuando decidí venir a esta oficina, pensé en usted y en su amistad con Alfredo.

—Me habría gustado asistir a su sepelio.

—Aún tiene la posibilidad de hacerlo. Recién ayer por la tarde me entregaron a mi marido. Había una huelga en el Servicio Médico Legal y eso demoró la autopsia.

—¿Dónde lo están velando?

—En ninguna parte. Alfredo no quería que lo velaran. Siempre decía: directo al hoyo, sin llanto de viejas pechoñas. Su entierro es mañana a las tres, en el Cementerio General.

—Allí estaré.

—Eso espero, porque el otro favor que necesito de su parte es que me ayude a cumplir uno de los deseos que expresaba Alfredo cuando le daba por hablar de su muerte.

—¿De qué se trata?

—Quería que usted hablara en su funeral. Dijo que era un acuerdo al que habían llegado.

—El sobreviviente hablaría en el sepelio del otro. Una promesa mutua, es verdad; pero siempre pensé que él haría el discurso.

* * *

—¿Le mencionó que hubiera recibido amenazas? ¿Algún altercado con clientes o colegas? ¿Tenía deudas? —pregunté a Raquel.

—Nada de eso. Aprendimos a compartir nuestros problemas durante la dictadura, cuando Alfredo fue relegado a la Isla de Chiloé. Nunca olvidamos esa época. No tanto por las penurias, sino porque fue ahí donde nos conocimos. Yo era parte de una organización que ayudaba a los presos de conciencia. Viajé a Chiloé con la misión de

entregar ropa, alimentos y remedios a los relegados. Así nos conocimos y nos enamoramos. Lo visité varias veces, hasta que regresó a Santiago. Nos fuimos a vivir a una casa que nos prestó mi padre. Alfredo siguió defendiendo a otros detenidos políticos y muchas veces recibió anónimos con amenazas. Hasta donde sé, siempre compartió conmigo sus dudas y temores. Pero no quiero aburrirlo con historias que actualmente carecen de importancia para quienes no padecieron esas situaciones.

—No me aburre. Desconocía esos aspectos de la vida de Alfredo.

—¿Pese a la cantidad de años que fueron amigos?

—Al parecer siempre teníamos algún tema importante que tratar. A menudo predicamos contra el modo de vida que nos imponen y lo poco que hacemos por torcerle la mano. Lo que nos parece urgente y los problemas circunstanciales terminan siendo más importantes que darles tiempo a los afectos.

—No saca nada con lamentar lo que no fue —dijo Raquel—. ¿Va a investigar la muerte de mi esposo?

—Haré lo que esté a mi alcance. Es lo único que puedo prometer.

—Contaba con ello, Heredia.

—Y a propósito de investigación. ¿Sabe si los policías han hecho algún avance en sus pesquisas?

—Dicen que siguen investigando, pero no parecen avanzar mucho.

—Conozco a algunos policías —dije y recordé a Doris Fabra, que seguía con permiso en el sur y a quien debía una respuesta desde hacía muchos meses.

—¿Qué le pasa, Heredia? ¿Iba a decir algo?

—Quiero revisar la oficina de Alfredo —respondí al tiempo que pensaba que tal vez no me resultaría fácil tratar con la policía.

—Puede hacerlo cuando lo desee.

—Quisiera hacerlo a solas.

—Tiene una semana. Después tengo que desalojar la oficina porque se vence el mes de arriendo. Las pertenencias de Alfredo irán a dar a una pieza desocupada que tengo en casa.

—Otra cosa, Raquel. ¿Es necesario que hable en el cementerio?

—No pensará defraudar a su amigo. Diga lo que le dicte su corazón.

—Dicen que eso casi siempre da buen resultado.

—Tenga cuidado con los lugares comunes.

—Los lugares comunes suelen ocultar verdades del porte de un buque.

—Olvídese de ellos, Alfredo los detestaba.

2

Nada nuevo, murmuré mientras hacía una finta frente al espejo del baño, a semejanza de un púgil avezado que sabe de golpes inesperados. Había dormido poco o nada por culpa de las copas compartidas con Anselmo, en una traspasada que nos permitió recordar a Alfredo con la lastimosa certeza de estar hablando de alguien al que jamás volveríamos a ver. No había dejado de pensar en Raquel y en la forma en que había descubierto el cuerpo sin vida de mi amigo. La muerte había hecho su trabajo con la eficacia de costumbre y nada quedaba por decir al respecto. Inquieto, deambulé por el departamento, fumé un par de cigarrillos, escuché un cedé de Ben Webster y finalmente me dejé caer en mi sillón hasta que llegó el momento de partir hacia el cementerio.

Terminada la ceremonia, los discursos y las lágrimas, pasé al «Quitapenas» en compañía de Víctor Nápoles, un abogado con el que Alfredo Razetti había compartido alguna vez su oficina. Nos conocíamos desde una de mis visitas al despacho de Alfredo, y aunque no podíamos llamarnos amigos, cada vez que nos encontrábamos nos deteníamos a conversar de nuestros asuntos. Nápoles había jubilado después de trabajar buena parte de su vida en un ministerio, pero seguía ejerciendo su profesión de manera independiente.

Pedimos unas copas. Nápoles me habló largamente de su amistad con Razetti y alabó las palabras que dije en el cementerio. Después conversamos del asesinato. Al cabo de dos horas, cuando Nápoles comenzaba a repetirse, me despedí con la excusa de un trabajo pendiente.

Salí del bar y caminé hacia la entrada del cementerio. Por un segundo quise volver al lugar donde había quedado Razetti, pero continué mi marcha hasta llegar a un paradero, donde abordé el bus que demoró algo más de diez minutos en dejarme frente a la Estación Mapocho, cuya fachada lucía intervenida con lienzos que anunciaban el inicio de una feria de productos artesanales.

Necesitaba encontrar la causa que había motivado la muerte de Alfredo y eso me exigía mover las piezas del mismo juego incierto de costumbre. Sospechas, huellas, testigos, confesiones, sentimientos difíciles de entender. Pero antes debía examinar la oficina de Razetti y enterarme de las investigaciones realizadas por la policía. Para lo primero necesitaba dejar que la pena decantara. Para lo segundo, conseguir que el ayudante de Doris, Ruperto Chacón, aceptara darme una mano, aunque fuera por el recuerdo de una investigación que compartimos tiempo atrás, y en el transcurso de la cual el joven policía me socorrió mientras me propinaban una paliza entre los árboles del parque Bustamante.

Al llegar a mi departamento puse un cedé de Bobby Darin, cantando las canciones de Ray Charles. Encendí un cigarrillo y después de observar los dibujos que formaba el humo del tabaco, tomé el teléfono y marqué el número de Ruperto Chacón. No tuve suerte. El policía no estaba en su oficina y volvería en una o dos

horas. Agradecí la información a la voz de mujer que me había recibido la llamada y me apoltroné en mi butaca sin ganas de hacer nada más. Simenon me observaba desde su habitual rincón de descanso.

—¿Qué piensas que sucedió?

—No estuve en la escena del crimen y por lo tanto no puedo opinar hasta que no converse con la policía. El sitio del suceso siempre dice algo sobre el asesino.

—¿Y el motivo? ¿No dicen que el motivo es lo principal en la resolución de un crimen?

—Por ahora pienso que se debió a uno de los juicios que llevaba Razetti. Un abogado penalista suele relacionarse con tipos que nunca van a entrar ni siquiera a la antesala del Purgatorio.

—Hurgar en sus juicios sería sumergirse en un pozo sin fondo.

Llamé a Chacón una vez más y me dijeron que el policía no regresaría a su oficina hasta el día siguiente. No obstante eso, y fiel al proverbio que dice que la esperanza es lo último que se pierde, dejé mi nombre y mi teléfono a la mujer que contestó la llamada.

Estaba cansado, con una leve puntada en la espalda y no sabía cómo reunir el ánimo que necesitaba para ejercer mi oficio de preguntón.

La muerte de un amigo es un espejo que refleja la presencia de la soledad: *Uno siempre está solo, pero a veces está más solo*, dice Idea Vilarino en uno de sus poemas.

Escribí en la libreta donde acostumbraba anotar la información que recogía en mis pesquisas. «El hastío besa mi frente, persigue la sombra de mis pasos y se hunde en mi cuello como la tensa cuerda de un asesino. Todo cabe en el hastío que me consume. El amor, la lluvia, el modo cansado de alejarme de las cosas».

Algo parecido al dolor me inmovilizó por unos segundos. El tiempo pasa, pensé, y los amaneceres ya no me provocan la incertidumbre de antes.

El timbre del teléfono me volvió a la realidad de la oficina y de las primeras sombras que entraban por sus ventanas. Una voz conocida dijo mi nombre y preguntó por mi estado.

—¿Ruperto Chacón? —pregunté.

—El mismo que viste y calza —dijo el policía, y luego de una pausa, agregó—: Me has estado llamando, y por tu insistencia supongo que se trata de algo importante. ¿Se trata de la muerte del abogado Razetti?

—¿Desde cuándo lees el pensamiento?

—Simple lógica y buena vista. Te vi y escuché cuando despediste a tu amigo en el cementerio. Hiciste un buen discurso; breve, emotivo, y sin caer en lugares comunes.

—Lástima que no te vi. Habría ahorrado unas llamadas.

—Había mucha gente y preferí seguir el sepelio a la distancia.

—Si estabas en el cementerio significa que te asignaron la investigación del

asesinato.

—Ni más ni menos, Heredia.

—¿Y cómo van las pesquisas?

—No hay pistas ni nada que permita resolver el asesinato a la brevedad.

—Mala cosa. Igual quisiera hacerte algunas preguntas acerca del homicidio.

—Supuse que investigarías la muerte de tu amigo.

—¿Tienes tiempo y ganas de conversar al calor de una botella?

—Sabes que no bebo alcohol. Pero estoy cerca del centro y en veinte minutos puedo llegar a cualquiera de tus bares.

—¿Mis bares? Los que frecuentaba parecen ser las víctimas de un mago abstemio. Desaparecen, los venden, se convierten en tiendas o simplemente cierran sus puertas sin aviso previo.

—Dime dónde nos juntamos —dijo Chacón, interrumpiendo mi letanía.

—¿Conoces la taberna del Círculo de Periodistas?

La taberna del Círculo de Periodistas está al comienzo de la calle Amunátegui, en el subterráneo de un viejo edificio de oficinas que soportan con resignación el bullicio del centro de la ciudad. A la hora del almuerzo suele estar lleno de comensales, pero por las tardes, o al caer la noche, es un lugar tranquilo, ideal para beber un trago, conversar y dejar pasar las horas bajo la discreta mirada de Patricia Verdugo, Lenka Franulic, José Carrasco y José Miguel Varas, entre otros periodistas cuyos retratos cuelgan de los muros.

Chacón me esperaba junto a una mesa próxima a la gran barra que presidía el salón sin ventanas ni otra vista que la amplia puerta de dos hojas por la que se ingresa al lugar. No habían pasado más de cuatro meses desde la última vez que él y yo nos reuniéramos, y sin embargo algo parecía haber cambiado en su aspecto. Y no era solo su barba de varios días ni la casaca de cuero negro que llevaba puesta. La diferencia estaba en su mirada, en la desconfianza que brotaba de sus ojos y el modo en que estos se movían, de un lado a otro, como si hubiera algo extraño que descubrir en cualquier momento. Me acerqué a su lado y nos saludamos. Le dije algo sobre su aspecto y me respondió con una sonrisa.

—Una vez me dijiste que sería un buen policía después de recibir varios golpes y desengaños. Tus palabras me parecieron exageradas, pero ahora reconozco que tenías razón. Trabajar de policía, ver lo que uno ve a diario, es el camino más corto al desencanto. Casi no existe horror que no lo afecte cuando se anda por las calles con un asomo de sensibilidad en la mirada. Pero no creas que estoy arrepentido de la profesión que elegí.

—Te entiendo perfectamente, Chacón. Uno se revuelca en el fango porque en el fondo ama la vida y a las personas —dije, y luego de soltar una risotada, agregué—: Estoy hablando igual que un veterano a punto de cobrar su pensión.

Chacón volvió a sonreír y llamó al mozo que atendía las mesas. Pidió una bebida anaranjada y yo un vodka con agua tónica y una rodaja de limón.

—¿Qué me puedes decir sobre la muerte de Razetti? —le pregunté después de probar mi bebida.

—Lo mataron de un balazo en la cabeza. Un tiro a no más de treinta centímetros, ejecutado con una pistola de nueve milímetros. El asesino es un profesional o alguien a quien el abogado conocía. Estaba en mi cuartel cuando llegó la alerta por el descubrimiento del cadáver. Fui al sitio del suceso en compañía de otros detectives de mi unidad y nos encontramos con su mujer. Parecía petrificada. La interrogamos y luego comenzamos a examinar el lugar. No descubrimos ningún indicio que nos diera alguna pista acerca del asesino. Quien sea que lo hizo se preocupó de no dejar huellas.

—¿Se llevaron algo de la oficina?

—Al parecer no robaron. Encontramos una caja con doscientos mil pesos en su

escritorio.

—Tal vez robaron información o fue una venganza.

—Es lo que pienso, dada la profesión de Razetti. Pero es difícil de precisar, solo él sabía lo que había dentro de sus archivadores y en su computador.

—Sí, pero nada nos llamó especialmente la atención.

—¿Sospechosos?

—Salvo su esposa, ninguno.

—¿Raquel?

—Tranquilo, Heredia. El único que sospechó de la esposa es un colega que tiene líos con su mujer y anda por la vida intentando encarcelar a cuanta esposa se cruza en su camino.

—¿No sería más fácil que encerrara a la suya?

—Bromas aparte, por ahora no tenemos nada —dijo Chacón—. El suicidio está descartado y nadie vio entrar a ningún extraño en la oficina.

—Siempre podemos hacer algo más.

—Unos colegas andan escuchando voces por los bares del sector. A veces resulta. Los delincuentes creen que el paso del tiempo es garantía de impunidad, y por una u otra razón, terminan haciendo un comentario que los delata.

—Pero eso puede pasar mañana o en diez años más.

—Es lo que hay por ahora, Heredia.

—Tarde o temprano aparecerá algo que ayude a descubrir al asesino.

—No apostarí muchas monedas a que eso suceda.

—Estás convertido en un policía al que nada sorprende ni le importa mucho.

—No se trata de eso, Heredia. Se siguió el protocolo habitual y como ya te dije, no obtuvimos mayor información.

—Quizás hay que hacer algo más que lo habitual.

—Lo sé, pero últimamente estamos con el agua hasta el cuello. Existen muchos asesinatos que investigar y nos ordenan dar prioridad a los que tienen más connotación pública, como el reciente asesinato de un tipo que se encontraba internado en el Hospital San Borja y fue víctima del ataque de un sicario, a vista y paciencia de las enfermeras y de otros pacientes que se recuperaban de sus intervenciones quirúrgicas.

—Nada escapa de la farándula de los medios de comunicación.

—De eso no tengo culpa alguna. Tu amigo no era un abogado de renombre ni se codeaba con el poder.

—El viejo cuento de los ciudadanos de primera y segunda clase.

—Desde que tengo memoria, el mundo gira igual —dijo Chacón, y movió sus hombros como dando a entender que el asunto no merecía más atención.

—Necesito dar un vistazo a los antecedentes recopilados hasta el momento. En una de esas, encuentro algo interesante que a tus colegas no les llamó la atención.

—Mañana, hasta el mediodía, estaré en mi oficina. Ahí te puedo mostrar lo que

tenemos.

—Gracias, contaba con tu ayuda —dije y uní un gesto a mis palabras para darle a entender que no tenía nada más que decir sobre el asesinato de Razetti.

—Me extraña que aún no hagas la pregunta que esperaba oírte, Heredia.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, cauteloso—. ¿Hay algo sobre el asesinato de Razetti que debería conocer?

—Pensaba en la comisario Doris Fabra. Hace dos meses que no la llamas ni le escribes.

—¿La has visto? Todavía le debo una respuesta a cierta pregunta que me hizo.

—Concluyó el permiso que le dieron por unos meses. Mañana o pasado se reintegra a sus funciones.

—¿Está bien?

—Me ha preguntado por ti, y algo más.

—¿Qué implica ese algo más?

—Cuando se fue al sur me pidió que cuidara tus pasos.

—¿Que me vigiles?

—No, que de vez en cuando pregunte por ti a los que te conocen.

—¿Y eso qué significa?

—A tu edad y con tu experiencia en mujeres, ya deberías saberlo, Heredia.

—Moriré sin saber nada de las mujeres.

—Sigues siendo el exagerado de costumbre, Heredia.

—Un día de estos le daré mi respuesta.

—¿Será la respuesta que ella espera?

—Después de tanto tiempo, no sé si siga esperando algo de mi parte.

—Apostaría a que sus sentimientos no han cambiado.

—Ya lo veremos cuando me llegue la hora de hablar.

Nos despedimos frente a la Casa Central de la Universidad de Chile. Saludé en silencio a don Andrés Bello, que seguía en su silla, observando el paso alterado de los santiaguinos por la Alameda, y seguí en dirección al Paseo Ahumada, invadido por los cartoneros que recogían los desechos y la basura arrojada por las tiendas y los restaurantes. *Triste tarea realizan hombres y mujeres que han salido temprano para aprender de los perros*, murmuré recordando unos versos de Ennio Molledo. El poema me hizo pensar en la suerte que corría la gente que veía en mis caminatas por el centro de la ciudad. Algún día tendrían otro oficio y un futuro; y mientras ese día llegaba, había que resistir, disfrutar de lo que nos hacía feliz y seguir creyendo en la posibilidad de vivir en un mundo mejor organizado.

Camino a la plaza de Armas, pensé en lo que había dicho Chacón sobre Doris.

Al principio, un silbido pareció atravesar las ventanas. Luego surgió una luz opaca, acompañada por el ruido de los vehículos y la gran bulla colectiva, que fue creciendo hasta instalarse en mi habitación como una música que nadie se molestaría en acallar. Desperté con los ecos de esa música y me quedé quieto, arropado por las frazadas, sin ánimo de mover ni el más insignificante de mis músculos. Simenon dormía a mi lado, sobre la colcha, totalmente ajeno a mis pensamientos. Puse una de mis manos sobre su cabeza y jugué con sus orejas, hasta que despertó y movió la cabeza de un lado a otro, molesto.

—Deja mis orejas en paz. Cuando necesite que me incordien te lo haré saber. Deberías respetar mi descanso.

—Has dormido más de ocho horas.

—¿Y cuál es el problema? A mi edad necesito descanso, la comprensión de quienes me rodean y una comida sana. Por ejemplo, un bife grueso y jugoso.

—Tu obsesión por los bifés es malsana. ¿No tienes otra comida en qué pensar?

—Un buen trozo de salmón me sentaría de maravillas.

—¡Olvídalo por ahora! Tenemos que investigar la muerte de Razetti.

—¿Tenemos? ¿No será mucha gente?

—Llamaré a Raquel para decirle que iré a la oficina —dije y Simenon me observó con indiferencia.

Usé las llaves que la esposa de Alfredo me había entregado. Di unos pasos por la habitación y una súbita sensación de abandono me hizo recordar la violenta muerte de mi amigo. No era fácil comenzar a buscar pistas mientras la tristeza seguía afectando mi ánimo. Dispuesto a dar el primer paso de la investigación, me propuse examinar lo que Alfredo hubiera escrito sobre los juicios que tramitaba en los últimos meses. Si existían esos textos, y si lograba ubicarlos, quizás podría encontrar un motivo para su asesinato y empezar a elaborar la lista de sospechosos.

Comencé por revisar los cajones del escritorio, repletos de folletos, libretas de apuntes, lápices a medio usar, tarjetas de visitas y recortes de diarios referidos a los avances o resultados de juicios que habían tenido resonancia en la prensa. Junto a los recortes, encontré una cajetilla con tres cigarros y los fumé mientras hacía mi trabajo de fisgón. A poco de iniciar la búsqueda comprendí que no obtendría mucho hurgueteando en el escritorio ni entre los libros ordenados en las dos estanterías adosadas a una de las paredes de la oficina. Mi amigo leía textos legales y de viajes, biografías de políticos, novelas de José Saramago y Abelardo Castillo. Después de una hora, encendí el computador que estaba sobre el escritorio y quedé frente a una pantalla llena de iconos que observé un par de minutos sin atinar a conjeturar nada sobre la utilidad de cada uno de ellos.

—Dudo que obtenga algo mirando este aparato —me dije mientras movía el *mouse* con cierta repugnancia—. Sería más fácil encontrar algo en una biblioteca

medieval alumbrada con velas.

Razetti habría reído a carcajadas si hubiera podido verme. Y quizás lo estaba haciendo, tendido sobre una nube esponjosa.

—Es en este tipo de ocasiones cuando me dan ganas de jubilar —dije en voz alta—. Pero, sin ahorros ni muchos billetes en los bolsillos, tendría que asaltar un banco.

—¿Problemas con el computador? —escuché que me preguntaban.

Había un hombre delgado, moreno, y de unos cuarenta años junto a la puerta de la oficina. Vestía un terno negro y camisa blanca; y su rostro afilado recordaba a los personajes retratados por El Greco.

—¿Quién es usted? —le pregunté con la simpatía de un doberman.

—Héctor Sanhueza. Soy abogado y trabajaba con Alfredo Razetti. Me llamó la señora Raquel y me pidió que viniera a ver si usted necesitaba ayuda.

—La última vez que visité a Alfredo no tenía ayudante. A lo más, compartía unos juicios con su amigo Nápoles.

—Alcancé a trabajar tres meses con él. La suerte no quiere nada conmigo. Me costó encontrar en qué ocuparme y con la muerte de don Alfredo vuelvo a quedar cesante.

—Sé lo que es la cesantía.

—La situación laboral está mala para los abogados.

—Y para la mayoría de las personas que tienen la mala costumbre de comer al menos una vez al día.

—Tiene una extraña manera de plantear ciertas ideas —acotó Sanhueza y esbozó algo que podía asemejarse a una sonrisa.

—Supongo que Raquel le habrá dado mi nombre y mis señas.

—Sé perfectamente quién es. Don Alfredo solía decir que usted era de confiar —dijo Sanhueza y dio unos pasos hasta quedar frente al escritorio.

—¿Confiable? Supongo que depende de para qué o para quién.

—Parece que tiene problemas con el computador. ¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—Mi amistad con la computación es reducida, por decir lo menos. A la hora de escribir prefiero mi lápiz de pasta y una libreta de hojas blancas.

—Dígame lo que necesita y veré si puedo darle una mano.

—Quiero encontrar las demandas que Alfredo escribió o estaba escribiendo antes de su muerte. Y revisar sus últimos correos electrónicos.

—Será fácil encontrar lo que quiere. El señor Razetti era sumamente ordenado con los documentos y carpetas que mantenía en su computador. Les ponía fecha, los clasificaba por temas. Y con los correos hacia lo mismo. Ordenaba por fechas y remitentes los correos que se relacionaban con su trabajo.

—Perfecto. A la hora de investigar no hay nada mejor que tener un cacho de suerte.

—Y conocimientos o habilidades que ayuden a la suerte.

—Eso sonó a reproche, ¿o me equivoco?

—No es mi intención darle consejos, pero le vendría bien aprender a usar una computadora. Hoy en día, hasta en los círculos sociales de la tercera edad enseñan a utilizar un computador.

—Seguiré su consejo cuando llegue a la tercera edad. Por ahora seguiré fiel al lápiz y el papel.

—Tenía razón don Alfredo cuando me habló de usted y su carácter.

—¿Y qué más te dijo de mí?

—Habló de mujeres, copas y líos de pistolas.

—A veces Alfredo hablaba más de la cuenta.

—¿Le molesta que le recuerden esas cosas?

—Mis historias son un asunto personal y de cierto sujeto que suele escribir novelas con las anécdotas que le cuento. Pero el tipo exagera.

—¿Incluso con lo de las armas y los muertos?

—Nunca he usado mi pistola sin una buena razón y las muertes que he causado no pesan en mi conciencia —dije, y luego de encender un cigarrillo, agregué—: Creo que llegó el momento de ver cuánto sabe de computadoras.

Sanhueza se acomodó en una silla, frente al computador, y comenzó a trabajar con evidente pericia y conocimiento de lo que debía hacer. Media hora más tarde, imprimió medio centenar de hojas y las puso dentro de una carpeta.

—Imprimí los textos y correos que don Alfredo redactó durante los dos últimos meses. Siéntese y léalos con calma —dijo al tiempo que me pasaba la carpeta.

El primer documento era el esbozo de una querrela contra un sacerdote y uno de sus amigos. Se conocieron cuando ambos entraron al seminario. Mariano, así se llamaba el compañero que al cabo de dos años abandonó sus estudios para casarse con una prima. Sin embargo, el matrimonio no modificó sus aficiones sexuales, y a los pocos meses volvió a contactarse con el cura, iniciándose entre ellos una relación que mantuvieron en secreto hasta que la esposa descubrió unas cartas comprometedoras. La mujer amenazó a su marido con denunciarlo y ese fue el comienzo de su fin. Mariano la eliminó con una sobredosis de tranquilizantes. Una hermana de la víctima había contactado a Razetti porque deseaba querellarse en contra del sacerdote y su amante. Pero la querrela no prosperó. El cura asesinó a su amigo y se colgó de un árbol, en el patio de la iglesia donde ejercía de párroco. Antes de ello, escribió una carta en la que confesaba su relación con Mariano. La historia parecía sin cabos sueltos y no era para pensar que alguien hubiera querido vengarse de Razetti por elaborar una querrela que no llegó a presentar.

El segundo caso estaba relacionado con Octavio Manquilef, un joven mapuche asesinado a la salida del restaurante donde trabajaba. La policía declaró que se trataba de un asalto común y la Fiscalía no prestó mayor atención al asunto, hasta que Razetti, a solicitud del padre de la víctima, presentó una querrela, aportando una serie de datos que parecían destinados a dar un giro diferente a la historia. Manquilef era oriundo de un pueblo próximo a Temuco y vivía desde hacía seis años en Santiago.

Pertenecía a una comunidad mapuche que luchaba por recuperar sus tierras en el sur, ocupadas por empresarios madereros. Meses antes de su muerte, había realizado una denuncia a la policía por el seguimiento del que decía ser objeto de parte de hombres a los que podía identificar. Según unas notas que acompañaban la denuncia elaborada por Razetti, mi amigo había viajado a la comunidad donde vivían los padres de Manquilef. De ese viaje había regresado con la convicción de que los asesinos del mapuche eran los miembros de un grupo de guardias armados que trabajaba para los empresarios que deseaban mantener el usufructo de los bosques. Que este grupo extendiera sus tentáculos hasta Santiago era algo factible y por eso Razetti concluía su demanda solicitando pesquisas conducentes a revelar la identidad de los asesinos. Doblé el documento que acababa de leer y lo guardé en mi chaqueta.

—¿Algo de interés? —preguntó Sanhueza.

—¿Mencionó Alfredo que hubiera recibido amenazas por investigar la muerte de Octavio Manquilef?

—Me habló de ese caso, pero no me dijo nada en especial, solo generalidades que no permitían formarse una opinión. Estaba interesado en el asunto, porque a su juicio existían antecedentes suficientes como para interponer una demanda.

—¿Sabe qué resultado tuvo esa demanda?

—Ni idea. Don Alfredo llevó las diligencias personalmente.

* * *

Me despedí de Sanhueza pasada la medianoche, después de compartir unas cervezas en un pequeño bar ubicado cerca de la avenida Matta. Caminamos hasta la calle San Diego y ahí nos despedimos. Yo seguí mi marcha hacia la Alameda, con la compañía de un cigarrillo y la intención de seguir leyendo los documentos apenas llegara a mi departamento. Los escritos encontrados en el computador parecían la radiografía de la locura soterrada que se anidaba en distintos sectores del país. Una de las demandas que más me impactó era la vinculada a un juicio de cuidado personal interpuesto en un tribunal de familia por el padre de un menor llamado Esteban Urzúa. El niño, de apenas diez años, se había fugado de la casa en la que vivía con su madre, una mujer que al correr de la lectura de la demanda daba la impresión de ser incapaz de cuidar a su hijo, el que luego de tres semanas de ausencia del hogar había aparecido en una posta médica, intoxicado por el consumo de pasta base y con una grave herida cortopunzante en el vientre. Razetti, con la ayuda del padre del niño y de una asistente social, había averiguado que el niño estaba vinculado al tráfico y consumo de drogas entre los integrantes de las barras que concurrían al Estadio Monumental. La madre de Esteban se había enterado de lo sucedido a su hijo tres días después de la atención del niño en la posta, cuando una pareja de carabineros llegó preguntando por ella a la oficina de corretajes en la que trabajaba. El padre quería hacerse cargo de su cuidado y según un comentario anotado al final del texto,

Razetti pensaba que el asunto iba bien encaminado. Traté de encontrar en la historia algo que pudiera haber motivado la muerte de mi amigo y descarté esa posibilidad de plano.

Había otra demanda que intentaba establecer las responsabilidades de una pareja de comerciantes chinos en la muerte de un hombre encontrado en el sótano de un restaurante ubicado en avenida La Florida. El hallazgo del cadáver contó con la inesperada ayuda de un perro que acostumbraba a merodear por el sector y que se puso a ladrar frente a una ventanilla enrejada que comunicaba el sótano del restaurante con la calle. El quiltro ladró con tanta perseverancia que alertó a una pareja de vecinos que dos semanas antes habían visto salir a los chinos con destino al sur. Los vecinos llamaron a los detectives de la Policía de Investigaciones, los que luego de comprobar que a través de la ventana emanaba un olor putrefacto, obtuvieron la orden de un fiscal y entraron al restaurante. Los policías recorrieron las instalaciones y una vez en el sótano dieron con un cuartucho de poco más de cuatro metros cuadrados donde estaba el cadáver de un chino que, a primera vista, parecía haberse desangrado luego de cortarse la mano izquierda con un afilado machete. A la policía le costó una semana de pesquisas, hasta que dio con el testimonio de un vagabundo que dijo conocer al chino desde hacía algunos meses, y con quien, algunas noches, conversaba a través de la ventanilla. Se hicieron las pericias del caso y se pidió ayuda a unidades del sur del país para dar con el destino de los comerciantes, que pasaban sus vacaciones en un hostel próximo a Pucón. Entonces la historia adquirió la sordidez que Razetti exponía en parte de su demanda. El chino había entrado clandestinamente al país y los propietarios del restaurante lo mantenían encerrado bajo amenaza de denunciarlo a la policía. El hombre recibía una paga miserable, algo de comida y unas pocas horas de descanso que mediaban entre el último cliente noctámbulo y la llegada de un nuevo día. Según exponía Razetti en su demanda, era evidente que los dueños del restaurante habían sometido al cocinero a un trato miserable, y que este, desesperado por el encierro y la falta de futuro, había decidido quitarse la vida con el mismo machete que utilizaba en la elaboración de sus guisos.

Releí la demanda y concluí que la historia de los chinos tampoco era lo que buscaba.

El borrador de la última demanda fue el único que me hizo pensar en un motivo para eliminar a Razetti. El texto remitía a hechos ocurridos en el Estrecho de Magallanes y parecían sacados de un viejo volumen de cuentos de piratas, de la época de Drake o de los comienzos del siglo veinte, cuando en las aguas patagónicas navegaban pequeñas embarcaciones que saqueaban las bodegas de los barcos que naufragaban o quedaban al garete. Razetti mencionaba a un cúter que había salido de un puerto argentino transportando un embarque clandestino de oro, y cuyo propietario era un conocido político trasandino. El embarque debía llegar al Estrecho de Magallanes, donde sería traspasado a una nave de mayor tamaño que lo llevaría

hasta puertos europeos. Sin embargo, y no obstante el secreto que solía rodear la operación, el cúter había caído en las manos de unos piratas modernos, que luego de vaciar sus bodegas y asesinar a sus cuatro tripulantes lo dejaron a la deriva. El cliente que había solicitado los servicios de Razetti era el hijo de uno de los tripulantes asesinados y su intención, según una nota del abogado, era agilizar la investigación policial, aparentemente estancada por falta de antecedentes o de presiones de sujetos interesados en que la historia de la embarcación pasara rápidamente al olvido. La tesis del cliente, avalada por las crónicas de un periodista argentino, era que la embarcación había iniciado su viaje con un quinto pasajero, quien habría sido el responsable de provocar una avería en el motor del cúter y así facilitar su abordaje por los tripulantes de otra nave. Las tesis mencionaba a una organización de militares chilenos en retiro que, al tanto del envío del oro, había organizado el robo. La demanda no mencionaban nombres de posibles responsables, pero se pedía al fiscal a cargo del caso que hiciera comparecer a un tal Altenor Guisada, antiguo soplón al servicio de la policía secreta de Pinochet, quien mientras bebía unas copas en un prostíbulo de Punta Arenas había dicho a sus ocasionales acompañantes que estaba al tanto de los detalles del robo. La infidencia del soplón llegó a oídos del hermano de una de las víctimas, el que viajó a Santiago a solicitar la asesoría de Razetti.

—Dinero y tipos con pasados turbios. Una combinación que bien pudo causar la muerte de Razetti —me dije antes de guardar el documento junto a los demás.

—No sería la primera vez que el pasado llega a golpear a tu puerta —creí oír que decía Simenon.

—Mis conocimientos sobre piratas se los debo a las novelas de Salgari.

—Pero tienes experiencias en tipos turbios y oscuros.

—¿Será el caso del oro el más indicado para empezar a investigar?

—A mí que me registren. Tú eres el detective de la casa, Heredia.

—Pero tendrás algo que decir.

—Cuando las cartas no son buenas, es mejor esperar las primeras escaramuzas del juego.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no es conveniente tirarse a nadar en la primera poza que aparece en el camino.

—¿Cautela?

—Dale tiempo al tiempo, Heredia —dijo Simenon.

5

Fragmentos de vidas golpeadas por el infortunio o la maldad, posibles misterios, revelaciones sobre existencias reducidas a papeles que en algún momento habían dado sentido a la existencia y el trabajo de Razetti. Cargué a Simenon entre mis brazos y caminé hacia la ventana que da a la calle Aillavilú. Un pequeño espacio de ciudad convertido en guarida de narcotraficantes y administradores de cafés con piernas. Estaba cansado de registrar los cambios de la calle y prefería mirarlos de reojo. Ver lo justo y necesario para seguir recorriendo un barrio anclado en mi memoria y en un pasado cada vez más irreal.

Simenon se agitó entre mis brazos y dio un brinco. Lo seguí a la cocina. Busqué en la alacena unos tallarines que puse a cocinar después de hervir un fondo con agua y agregarle unas gotas de aceite. Más tarde los saqué del agua, los escurrí en un colador de plástico y puse sobre ellos el contenido de una lata de atún.

Simenon había seguido cada uno de mis movimientos y movió la cola de felicidad cuando dividí los tallarines en dos porciones. Me senté junto a la pequeña mesa que había en la cocina y llené un vaso de vino.

—¿Nadie te ha recomendado comer despacio?

Simenon lengüeteaba ávidamente la pasta y el atún.

—Hay que masticar a lo menos siete veces cada bocado —insistí.

—¡Pamplinas! ¿Nadie te ha recomendado no cocinar a una hora en la que desfallezco de hambre?

Después de lavar los platos me senté junto al escritorio y por unos minutos me dejé llevar por los acordes de una sinfonía de Mahler. La música me reconcilió con la vida que me rodeaba. Pensé en Doris y en la respuesta que le debía.

—¿Por qué resulta tan difícil tomar el teléfono? —me pregunté en voz alta.

—Porque estás acostumbrado a la soledad —respondió Simenon, que limpiaba sus bigotes tendido sobre la cubierta del escritorio—. La vida te ha hecho creer que los afectos son pasajeros. Perdiste temprano a tu madre, de la que apenas tienes un par de fotos. Tus compañeros del orfanato desaparecían de una semana a otra, y desde entonces tus amistades y romances han estado rodeados por la inquietud de ver desaparecer a quien guardas algún tipo de cariño. Por eso dejaste partir a Andrea y luego a Griseta. Por eso demoras en decirle a Doris lo que sientes por ella. Temes volver al tiempo de los afectos efímeros. Te has acostumbrado a postergar tus deseos y te conformas con asumir los dolores de tus clientes; sus historias que por unos días te permiten olvidarte de ti mismo.

—Hago mal en dejarte oír esos programas del corazón que transmiten en la radio.

—No festines mis palabras, Heredia. No se puede huir de uno mismo.

—Siempre queda la opción de saltar por la ventana.

—Jamás harías algo así. Te gusta la vida.

—Una vida reducida a conversar con un gato impertinente.

—Deja de quejarte, sabes que más allá de la puerta, la vida te ofrece otros afectos. Hasta ahora has andado a tu ritmo y eso es más de lo que puede decir buena parte de los tipos que pasan por tu lado.

—No dejas de tener razón.

Me dirigí hacia uno de los estantes de la biblioteca. Busqué entre los libros. Abrí uno del poeta Hugo Mujica y, al azar, leí un fragmento de unos de sus poemas: *Pido morir como mueren los mendigos: meciendo la soledad del mundo en el hueco de la mano.*

—Tú y tu manía de pensar en la muerte.

A la mañana siguiente, después de releer los documentos, tuve que aceptar que entre mis manos no tenía más que un conjunto de historias. Estaba frente a un muro y debía buscar su lado vulnerable. En eso, entre otras ocupaciones, consistía el oficio de metiche escogido muchos años atrás, después de abandonar mis estudios de Derecho y mientras trabajaba en un hotel galante. Desde entonces, había saltado varios muros y aclarado una centena de misterios de distintas layas, cosa que recordaba para aceptar que llevaba demasiado tiempo en lo mismo y que la experiencia, más algo de trabajo y un poco de suerte me ayudarían a descubrir al asesino.

Me puse una camisa limpia, llené el pocillo de Simenon y salí del departamento con la intención de encontrar la fisura en el muro. El impulso me duró hasta que estuve en la calle. Sin otro afán que el recuerdo, tomé un tren en la estación Calicanto y en menos de quince minutos subía a la calle Franklin, a pocas cuadras del antiguo Matadero Municipal y de «El Manchao», una picada en la que había estado en una ocasión, acompañado de Razetti, el abogado Nápoles y Marcos Campbell, mi amigo periodista que nos había guiado hasta ese restaurante con el pretexto de obtener información para un artículo sobre bares populares que se proponía escribir. Pero, y no obstante el empeño que puso Campbell al charlar largamente con parroquianos y mozos del lugar, en esa jornada de copas apenas logró averiguar que el bar existía desde 1925 y que su nombre se debía a una mancha en el rostro de su primer propietario.

La fachada de ladrillos descoloridos no importaba a los clientes habituales, en su mayoría obreros del barrio que aparecían al mediodía o por las tardes, buscando una cerveza o una caña de vino. A mi llegada un par de borrachitos sorbía con entusiasmo los primeros vinos del día. Avancé por un pasillo y llegué a un salón mal iluminado. Me senté junto a una mesa desde la que podía observar la extensa barra del bar y esperé unos minutos hasta que llegó a atenderme una mujer joven y algo entrada en carnes. Le pedí un churrasco y una caña de tinto.

Por unos segundos recordé mi última conversación con Razetti. Nada especial. El simple intercambio de información entre amigos que no se ven hace meses. Asuntos de nuestros respectivos trabajos y comentarios sobre la actualidad política, que por alguna razón inexplicable nos seguía interesando. Nada especial ni que nos hiciera

pensar en la muerte como un asunto a corto plazo o una mala broma de eso que llamamos destino.

Una vez que me sirvieron mi pedido, observé la soledad que me rodeaba y, sin pensarlo dos veces, comí el sándwich y dejé el vino a medio consumir. Volví a la calle, tomé un taxi y me hice conducir hasta la oficina de Razetti. Observé las tiendas de los alrededores y un restaurante ubicado frente al despacho del abogado. En el primer nivel del edificio de tres pisos que acogía la oficina de mi amigo había un negocio de neumáticos. Entré a la tienda y saludé a un hombre, bajo y menudo, que estaba acodado en el mesón de atención. Le expliqué que no me interesaba comprar nada y le pregunté si conocía a Razetti.

—Por cierto que conocía al abogado —dijo el vendedor con un tono de congoja—. Llegó al barrio casi en la misma fecha en que yo empecé a trabajar en esta tienda. Era un hombre simpático y buen conversador. Es una pena que tuviera un final tan triste. Dicen que se pegó un tiro.

—En eso se equivoca, amigo —dije alzando la voz—. Al abogado lo asesinaron. Un desconocido entró a su oficina y le disparó en la cabeza.

—¿Y usted cómo sabe eso? —preguntó el vendedor, alarmado.

—Investigo su muerte.

—¿Es policía?

—Soy un tipo que hace preguntas y pretende descubrir al asesino de su amigo.

El hombre quedó pensando en mi respuesta y tironeó nerviosamente el bigote que parecía una mancha en medio de la repentina palidez de su rostro.

—¿Recuerda la mañana que lo asesinaron? —le pregunté.

—Estuvimos llenos de clientes. Recién cuando llegó la policía nos dimos cuenta de que había pasado algo especial en la oficina del abogado.

—¿Cree que alguno de sus vecinos pudo ver algo?

—Lo dudo. Por aquí la gente está pendiente de sus ventas y a nadie le importa mucho lo que suceda con las personas que están a dos metros de sus narices.

—Lástima. Tenía la esperanza de encontrar una pista.

—Cerca de aquí hay tres cafés con piernas. Las chicas que atienden en esos lugares pueden haber escuchado a sus clientes decir algo sobre el crimen del abogado.

—No es mala idea —dije sin entusiasmo, al tiempo que pensaba que un asesino no confesaría su crimen a la primera mujer de piernas bonitas que viera en el camino.

Me despedí del hombre y volví a la calle. Durante las dos horas siguientes entré a los tres cafés indicados por el vendedor; una ferretería, dos restaurantes de medio pelo y seis tiendas de repuestos de autos. Nadie supo aportarme algo que sirviera.

Volví al restaurante que estaba frente a la oficina de Razetti, cuando me llamó la atención un hombre acostado junto a un árbol, a dos o tres metros de la puerta que conducía al despacho de mi amigo. Era un vagabundo de los que abundan en el sector, y que ocupaba sus horas en conseguir unas monedas para comprar una caja de

vino o pagar el acceso a una hospedería pulgosa. Me acerqué a su lado y lo observé un instante antes de dirigirle la palabra. Tras la barba sucia y la colección de harapos que portaba tenía una edad indefinida. Parecía dormido y a un lado de su cabeza había una botella de agua y un plato con una ración de arroz pegoteado y frío. Le dije unas palabras y no obtuve respuesta. Toqué suavemente uno de sus hombros. Abrió los ojos y enseguida volvió a cerrarlos.

—Mejor déjelo tranquilo —dijo una mujer joven y delgada, que vestía una cotona gris—. Hace dos semanas que está junto a ese árbol. Nadie sabe su nombre. Llamamos a la posta y a los carabineros, y no han venido a recogerlo. Los vecinos le traen comida y él ni la toca. Es duro decirlo, pero mejor sería que se lo llevara el caballero de arriba.

—Tal vez pueda ocupar un poco de mi tiempo e insistir con la policía —dije.

—¿Y por qué le interesa ese hombre? —preguntó la mujer—. ¿Por qué desea hablar con él?

—Supongo que usted está al tanto del asesinato del abogado —dije, indicando hacia las ventanas de la oficina de Razetti.

—Oí algo. ¿Y eso qué relación tiene con el pobrecito?

—Pudo haber visto algo el día que mataron al abogado.

—¿Qué iba a ver? Ni siquiera sabe dónde está botado —dijo, y luego de una pausa en la que pareció pensar en sus próximas palabras, agregó—: Vi el barullo que se armó ese día. Trabajo de empleada en la casa vecina y por las mañanas barro la vereda. Solía verlo llegar o salir de su oficina. Un hombre amable; nunca dejaba de sonreír y dar los buenos días.

—¿Y cómo supo que lo mataron?

—Yo estaba en la vereda cuando vino la ambulancia y escuché a los camilleros.

—¿Qué decían?

—Que alguien había despachado al finado.

—Quizás vio a la gente que entró a la oficina del abogado el día de su muerte.

—No crea que paso todo el tiempo en la calle —dijo la mujer al tiempo que se agachaba a humedecer los labios del vagabundo con el agua de la botella.

—Pero habrá visto a alguien.

—Al único que recuerdo es a un tipo grande y calvo —dijo la mujer, ensombreciendo el tono de su voz.

—No parece tener buen recuerdo del calvo.

—Por cierto que no. Salió del edificio, desparramó unas hojas acumuladas en la vereda, y le dio un puntapié a este —agregó, indicando al vagabundo—. ¡Basura! Le gritó que era un montón de basura que había que sacar de la calle. Después subió a un jeep negro y se largó.

—¿Dijo nuestro amigo algo que molestara al calvo?

—Le pidió unas monedas, como a toda la gente que pasa por aquí.

—¿Recuerda cómo iba vestido el calvo?

—De negro, igual que esos muchachos que andan con sus brazos llenos de tatuajes.

—¿Lo había visto por el barrio en otras ocasiones?

—No. ¿Y por qué hace tantas preguntas?

—Soy detective y pesquise la muerte del abogado.

—¿Tira?

—Soy detective privado y el señor Razetti era mi amigo.

—Desgraciadamente, no es mucho más lo que puedo hacer por usted.

—Dicen que un muerto nunca se va sin compañía —dije, observando de reojo al vagabundo que había comenzado a respirar con dificultad.

—Usted dijo que podía llamar a la policía —recordó la mujer.

—Si me dice dónde puedo encontrar un teléfono. No uso celular.

—Primera vez que tropiezo con alguien que no usa celular —dijo ella y enseguida me pasó el teléfono que sacó de su cotona.

—Marque usted el número que le indicaré —dije, devolviéndole el artefacto.

Ella volvió a mirarme con extrañeza y luego marcó el número que le dicté.

Tomé el celular y escuché la voz de Ruperto Chacón. Le expliqué la situación del vagabundo y prometió conseguir una ambulancia.

—Hasta para caerse muerto en la calle se necesitan influencias —dijo a la mujer, devolviéndole el celular.

Durante una hora ella y yo hablamos acerca de su vida. Trabajaba en la casa de una pareja de empleados bancarios y tenía dos hijas pequeñas a las que llevaba a un jardín infantil de la población donde vivía. Se llamaba Florencia, y había nacido en un pueblo del sur. De su marido no habló ni yo le pregunté.

Cuando escuché la sirena que se acercaba, me despedí y caminé hasta la esquina más próxima. Al rato, mientras terminaba de fumar un cigarrillo, vi cómo subían al vagabundo a la ambulancia. Llevaba una mascarilla de oxígeno sobre el rostro, lo que no era garantía de que llegara respirando al hospital.

Un hombre calvo y violento, del que no me constaba que visitara a Razetti. Sabía que el segundo piso del pequeño edificio estaba ocupado por la oficina de mi amigo y una bodega utilizada por uno de los comerciantes del barrio.

El bus me dejó a pocas cuadras de mi departamento. Caminé sin prisa en dirección al quiosco de mi amigo Anselmo que, delgado y avejentado, seguía manteniendo el entusiasmo que requería para abrir su pequeño negocio. No ganaba mucho dinero con sus ventas, pero tenía amigos que pasaban a conversar con él y en ocasiones era reconocido por algún viejo hípico que sabía de sus hazañas como jinete en el Hipódromo Chile.

Anselmo revisaba el contenido de una caja de galletas. Me saludó sin dejar de contar su mercadería y luego, cuando concluyó su tarea, me dijo que un desconocido esperaba junto a la puerta de mi departamento.

—¿Debo tomar alguna precaución? —pregunté a Anselmo.

—Vaya tranquilo, Heredia —sentenció Anselmo—. No tiene aspecto de cura, sicario o promotor de préstamos bancarios.

—¿Desde cuando tienes pensamientos tan profundos?

—Desde que mi amiga Micaela me invita a las reuniones de un grupo ambientalista que se reúne cerca de la plaza Ñuñoa. Unos ex jóvenes revolucionarios que le dan tupido y parejo al whisky con hielo.

—Ya no puedes negar que eres un viejo verde.

—Si lo dice por mis preocupaciones ambientalistas, lo acepto. Pero si lo dice por mi amiga, debo aclararle que está muy equivocado. Micaela tiene sus años, pero aún se mueve en la cama con bastante imaginación y entusiasmo.

—Me alegra que recuperes tus antiguas ganas de pasarlo bien.

—Hay que entretenerse antes que aparezca la cabrona muerte y nos vuele la cabeza de un guadañazo.

—En eso siempre hemos estado de acuerdo, Anselmo.

—En eso y en casi todo. Salvo en su manía de apostar a caballos segundones y en que haya dejado partir a Griseta. Esa muchacha lo quería.

—Apostar a caballos favoritos no tiene vértigo. Y en cuanto a Griseta, sabes muy bien que ella tenía otras aspiraciones relacionadas con estudios y viajes. ¿Qué podía ofrecerle yo? Fuimos felices mientras estuvimos juntos y eso no lo olvido.

—Nunca vamos a estar de acuerdo en eso —dijo Anselmo, y luego de observar la mercadería que tenía dentro de la caja, agregó—: Mejor suba, don. Su visita debe estar aburrida de esperar.

6

Divisé a Héctor Sanhueza desde el ascensor. Apoyado en la pared, junto a la entrada de mi departamento, leía una revista deportiva. Al verme llegar, cerró la revista, y luego de saludarme me observó abrir la puerta del departamento.

—Estaba a punto de marcharme —dijo—. El hombre del quiosco me ofreció abrir la puerta de su oficina, pero no me pareció apropiado entrar sin que usted estuviera presente.

—El hombre del quiosco se llama Anselmo, y es mi amigo.

—¿Y si yo hubiera sido un ladrón?

—No hay nada de valor en mi departamento, a excepción de libros polvorientos y un gato. Y a nadie le interesa robar libros en un país donde buena parte de la gente no entiende lo que lee.

—Olvida al gato —dijo Sanhueza, sonriendo.

—Está viejo y gordo, pero habría huido sin dificultad —dije.

Simenon salió a recibirme, se enroscó entre mis piernas y enseguida olfateó los zapatos de Sanhueza.

—Tiene que pasar por el control de calidad —dije al abogado.

—Parece que su gato es todo un personaje.

—Lo es, pero que no le escuche. Se le pueden ir los humos a la cabeza.

Indiqué a Sanhueza la silla ubicada frente a mi escritorio y luego ocupé mi sillón giratorio de costumbre.

—¿Qué se le ofrece, Sanhueza?

—Quería saber cómo le fue con la lectura de los documentos. Si consiguió alguna información de utilidad.

—¿Usted los leyó? —pregunté.

—No, usted vio que se los pasé apenas salieron de la impresora.

—Lo vi, pero pensaba que podría haberlos leído antes. Mal que mal, era el ayudante de Razetti.

—Pero no participaba en todas sus causas —dijo Sanhueza y luego de una pausa me preguntó por el contenido de los documentos.

—Me entretuve con las historias, pero no encontré nada útil en ellas.

—¿Nada?

—Senderos que conducen hacia un mismo túnel sin salida.

—Lástima. Fue lo único que pude rescatar —dijo Sanhueza y guardó un silencio culpable.

—¿Hay algo más, aparte de su interés por los documentos? —le pregunté.

—Hoy, en la mañana, la señora Raquel me pidió que fuera a buscar unas cajas con libros, carpetas y otros objetos que don Alfredo tenía en su oficina. Estaba por terminar cuando apareció un tipo preguntando por él. Dijo que era dirigente de una agrupación comunal en un pueblo del norte del país. No estaba al tanto de la muerte

de don Alfredo.

—¿Dijo para qué buscaba a Razetti?

—No pude sacarle mucha información. Se llama Julián Becerra.

—¿Habló del problema que necesitaba la intervención de Alfredo?

—No. La verdad es que el hombre quedó muy afectado cuando supo que don Alfredo estaba muerto.

—¿Eso fue todo?

—Antes de irse mencionó que alojaba en un hotelito ubicado en el barrio Huemul. Y me dijo que mañana regresa al norte.

—Conozco el barrio Huemul y creo saber cuál es el hotel. Es el único que existe en el sector. Me parece que es hora de ir a dar una vuelta por ese lugar.

—¿Puedo ir con usted?

—Dudo que sea un paseo plácido.

—A la señora Raquel le gustará saber que usted avanza en la investigación.

—Nada asegura que ubicar a ese hombre sea de utilidad.

—De todos modos, me gustaría saber qué dice Becerra.

—Cuando tenga algo que decirle a la señora Raquel, lo haré personalmente.

—Quería colaborar. No lo tome a mal.

—Gracias, pero hay cosas que prefiero hacer solo.

—Desconocía que existiera un barrio llamado Huemul.

—Puede visitarlo cuando tenga un tiempo libre. Es un viejo sector residencial al sur de Santiago, cerca de la calle Franklin. Su primera parte fue edificada a comienzos del siglo xx, durante el gobierno de Barros Luco, presidente que sigue en la memoria de los chilenos solo porque le dio su nombre a un sándwich de queso con carne. La idea era crear un barrio obrero modelo. Y por eso se cuenta que el presidente ordenó traer palmeras desde las Islas Canarias y planchas de zinc desde Inglaterra.

—¿Y usted, cómo sabe eso?

—He leído dos o tres libros sobre la historia del barrio y a veces recorro sus calles. Incluso, cuando los cambios que se producen en mi barrio me colman la paciencia, pienso en arrendar una casa por el sector —dije y agregué—: Cuentan que Carlos Gardel cantó en el teatro del barrio Huemul durante una gira que hizo a Santiago en 1920. Pero, hasta donde sé, nadie ha podido comprobar que sea verdad. De lo que no hay duda es que Gabriela Mistral vivió en el barrio, en la calle Waldo Silva. He visto la plaquita que puso el municipio junto a la puerta de la que fue su casa.

—Déjeme ir con usted. Prometo no interferir en su trabajo —dijo Sanhueza.

—En otra oportunidad, Sanhueza. Hoy no ando con ánimo de guía turístico.

—Si he de serle franco, señor Heredia. Usted no es muy agradable.

—Así dicen y la verdad es que no me preocupa. No ando por la vida de político ni de vendedor ambulante.

El hotel donde alojaba Becerra ocupaba una casona baja y antigua, pintada de un amarillo chillón que la destacaba entre las casas vecinas. Frente a su puerta, entre dos árboles frondosos, había una camioneta estacionada, y junto a esta un par de quiltros adormilados. Presioné el timbre ubicado a un costado de la puerta y luego de unos segundos salió a recibirme una muchacha. Le expliqué que buscaba a un cliente de apellido Becerra y me hizo entrar a una sala en la que había tres sillones de mimbre adornados con cojines, y una mesa de centro con algunas revistas sobre su cubierta.

—Le avisaré que lo buscan —dijo la muchacha y desapareció por un pasillo hacia el interior de la vivienda.

Las estrellas nunca habían iluminado al hotel. El papel con manchas de humedad que cubría las paredes me recordó el motel donde trabajé antes de convertirme en investigador privado.

Minutos más tarde, la muchacha volvió acompañada de un hombre bajo, de rostro moreno y curtido, que se quedó de pie en medio de la habitación. Le dije que Sanhuesa me había dado sus señas y eso pareció tranquilizarlo. Luego le hablé de Razetti y de la investigación que estaba realizando.

—¿No pensará que yo tuve algo que ver con su muerte?

—Lo tendré en mi lista de sospechosos hasta que aclare su relación con Razetti.

—Jamás habría hecho algo contra él. Nos estaba ayudando a denunciar el problema que tenemos en el pueblo.

—¿De qué pueblo habla?

—Cuenca.

—Primera vez que lo escucho mencionar.

—Está al norte de Santiago, a siete horas en bus.

—¿Qué pasa en su pueblo? —pregunté.

—Una empresa minera se instaló en los alrededores del pueblo y contaminó las aguas del río que lo cruza. Nuestros sembrados se mueren y la mayoría de la gente se está quedando sin sus fuentes de ingresos o ha tenido que buscar otro trabajo lejos del pueblo. La minera construyó una represa destinada a contener los desechos de la producción de cobre. Si el tranque se rompe o fisura, estos caerán sobre el poblado. Nos han ofrecido cambiar el pueblo hacia otra parte, pero no queremos irnos. Nuestras vidas, y las de varias comunidades indígenas son parte de la historia del lugar.

—¿Y qué pensaban lograr con la ayuda de Razetti?

—Detener las faenas de la minera y denunciar sus atropellos. Los que no estamos de acuerdo con irnos hemos sido amenazados y golpeados. Dos abogados que intentaron ayudarnos antes que Razetti fueron obligados a dejar el pueblo.

—¿Quiénes son los que amenazan y golpean?

—Los guardias de la empresa minera.

—¿Y los carabineros?

—Rara vez intervienen, y cuando lo hacen, es contra de los pobladores.

—¿Cómo llegó a Razetti? —pregunté.

—Don Alfredo era amigo de uno de los abogados que dejaron el pueblo. Él nos dio sus referencias. Y más tarde, cuando decidimos defender nuestros derechos por la vía legal, vine con uno de mis compañeros a conversar con él. Se interesó en el problema, pero nos aclaró que poner un recurso de protección contra la minera era algo complejo. Nos pidió dos semanas para estudiar el caso y quedé en regresar a verlo. Ni en mis peores pesadillas pensé que viajaría a enterarme de su muerte.

—¿Supo alguien de su entrevista con Razetti?

—La gente del grupo que organizamos en defensa del pueblo.

—¿Gente de confianza?

—Desde luego. ¿En qué piensa señor Heredia?

—Imagino situaciones, posibles hechos. Es parte de mi trabajo. Debe existir una razón para que alguien quisiera silenciar a mi amigo.

—Pero no busque al responsable entre nuestra gente —dijo Becerra—. No es la primera muerte que nos afecta. Uno de los dirigentes de nuestro grupo, Recaredo Beltrán, murió al caer en un barranco. Se dijo que fue un accidente, pero muchos en el pueblo piensan que fue asesinado.

—¿A qué hora sale su bus? —pregunté a Becerra.

—A las once y media de la noche, señor. Pero no es un bus que viaje directamente al pueblo. Me dejará en la carretera y luego tendré que esperar a un bus local.

—¿Hay forma de saber si quedan pasajes disponibles en ese bus?

—No es fin de semana ni temporada de vacaciones. Debería haber más de un asiento desocupado.

—Viajaré con usted si me da unos minutos para colocar algo de ropa en un bolso.

—¿A Cuenca? ¿Por qué haría eso, señor?

—Ya le dije que pretendo descubrir al asesino de mi amigo.

—Eso puede servir a nuestra causa —dijo Becerra.

—No apueste mucho a eso. Lo que hago es seguir una tincada —dije, y luego añadí—: Detesto los viajes en bus, pero a veces hay que hacer cosas que no nos gustan.

—Es un viaje largo, pero de noche algo se puede dormir.

—¿Usa teléfono celular? —pregunté a Becerra.

El dirigente me miró extrañado y sacó el celular de uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Prometo ser breve —dije.

Con alguna dificultad marqué el número de Ruperto Chacón. Le hablé de Becerra y del viaje que estaba a punto de comenzar, siguiendo una pista incierta, pero pista al fin de cuenta. Enseguida le pedí que averiguara si el comerciante que ocupaba la bodega junto a la oficina de Alfredo tenía a un tipo calvo entre sus empleados.

—¿Y qué pito toca ese calvo en la investigación? —preguntó Chacón.

—El día del crimen vieron salir a un calvo desde el edificio donde trabajaba

Razetti.

—Una buena razón para dar con él —dijo el policía, y luego, sin querer alargar la conversación, agregó—: Que tengas buen viaje, Heredia.

Le dije a Becerra que me esperara y salí hacia mi departamento, donde puse algo de ropa en un bolso y llamé a Anselmo para que se hiciera cargo del cuidado de Simenon durante mi ausencia.

Aunque tome un par de copas o una colección de somníferos, jamás duermo mucho cuando viajo de noche en un bus. Me da lo mismo la comodidad de sus asientos o que me aseguren que no correrá a exceso de velocidad. Siempre tengo la sensación de ir dentro de un ataúd colectivo que de un momento a otro irá al despenadero. Voy pendiente de cada ruido, de los murmullos que provienen de los asientos vecinos y finalmente me declaro derrotado por los ronquidos de los otros pasajeros.

El viaje al norte duró siete horas infernales, dos de las cuales ocupé en escuchar las historias de Becerra y las siguientes en seguir el ritmo alterado de mi corazón. Al amanecer, cuando comenzaba a desaparecer la oscuridad que nos había acompañado en la ruta, el bus nos dejó en la carretera, en un punto donde no se veía más vida que unos cactus de aspecto lastimoso, entre piedras y cercados de alambre.

—Tenemos que esperar el bus interurbano que llega a Cuenca —dijo Becerra, y con toda la calma del mundo acomodó su bolso a modo de almohada y se recostó con la mirada fija en el cielo.

Guardé silencio. Tenía sueño y me sentía de malhumor, dispuesto a decir cualquier disparate a la menor provocación. Me senté sobre una piedra, encendí un cigarrillo y mi ánimo no mejoró. Media hora más tarde oí el ruido de un motor y vi acercarse a un bus destartado que parecía avanzar con dificultad sobre el asfalto recalentado de la carretera. Becerra se puso de pie y comenzó a mover los brazos.

—Ahora falta que el bus pase de largo —dije, sin ningún deseo de imitar a Becerra en sus señas destinadas a detener el vehículo que comenzaba a tener un color más definido.

—Más sufrió Cristo y menos se lamentó —dijo Becerra acercándose al bus que se había detenido y abrió una de sus puertas.

—No se haga grandes ilusiones con el pueblo —dijo Becerra cuando el bus avanzó por un camino de tierra, recto y desierto, que parecía perderse en la línea del horizonte—. Tiene poco más de ocho mil almas y muchas de ellas viven en los alrededores, donde mantienen sus sembrados o crían cabras para producir los quesos que venden en ferias o a comerciantes de otros lugares. La leyenda dice que fue creado por dos soldados del conquistador Pedro de Valdivia, quienes decidieron quedarse en el lugar, cansados de caminar en busca del reino dorado. Se juntaron con unas indias y formaron las familias que existen hasta la fecha. O la mayoría, porque otras descienden de obreros pampinos que vinieron a dar al pueblo cuando cerraron las salitreras en el norte, a comienzos del siglo pasado. Mi abuelo contaba que el

pueblo tuvo su esplendor cuando corría el ferrocarril hasta el norte del país. Los trenes se detenían en Cuenca y los pasajeros bajaban a comer o a comprar provisiones. Más tarde, cuando se construyó la carretera y el tren fue condenado a muerte, la vida se puso más dura. El trabajo comenzó a escasear y buena parte de los jóvenes se fueron a tentar fortuna en otras partes.

—Y luego llegó la empresa minera.

—La explotación del cobre nos cambió la vida. Al principio, cuando aún no se construía la represa, pensamos que se trataba de una buena posibilidad de progreso para el pueblo. Se reactivó el comercio, se abrieron pensiones que daban de comer a los empleados y obreros de la minera, y hasta mejoraron las calles del pueblo y los caminos que conducen a la mina. Después nos dimos cuenta de que ese aparente progreso no aseguraba el futuro de la comunidad. Todo empezó cuando la represa estuvo lista y al poco tiempo se detectó una filtración que provocó un derrame de líquido contaminado en el río. Ese año, las cosechas no dieron los frutos acostumbrados y después de un largo pleito se consiguió que la minera pagara una indemnización, mínima, a los vecinos afectados. Lo único bueno de ese episodio fue que alertó a los pobladores y algunos tomaron conciencia del peligro que implica convivir con la represa.

—¿Y qué dicen las autoridades?

—Las autoridades, en su mayoría, bailan al ritmo del dinero —dijo Becerra mientras observaba hacia el camino—. Pero ya hablaremos más extensamente de eso, amigo. Ahora estamos entrando al pueblo.

Miré por la ventanilla y observé una plazoleta con flores que tenía en el medio una gran mole de concreto, en cuyo centro se leía: ¡Bienvenido a Cuenca! Después, el bus se internó por una calle asfaltada que desembocó en lo que debía ser la plaza principal del pueblo. Las calles lucían limpias y las casas que rodeaban a la plaza estaban pintadas de colores llamativos y relucientes.

—No parece un pueblo con problemas ni en vías de extinción —dije.

—Parques, plazas, calles asfaltadas, casas recién pintadas. No se deje engañar por las apariencias. Eso se hace con dinero, y la minera lo tiene a raudales y se da el lujo de suplementar el presupuesto municipal, apoyar a los vecinos en la mantención de sus casas y hacer otras inversiones que le ayudan a ganar el aprecio de la gente.

—Hay mucho paño que cortar.

—¡Muchísimo! —exclamó Becerra y comenzó a caminar hacia la salida del bus.

Una vez en la vereda, dejó su bolso en el suelo y miró detenidamente a su alrededor.

—¿Qué le preocupa? —le pregunté.

—Usted es un extraño y llamará la atención en el pueblo. Apenas se ponga a hacer preguntas sabrán que usted no está en el pueblo por casualidad.

—¿Qué propone?

—Que se presente como un amigo y se aloje en mi casa.

—Gracias, pero prefiero una pensión. A mi edad tengo mis mañas y además, apenas me ponga a hacer preguntas sabrán que no ando de turista por la zona. Además, no estoy de acuerdo con lo que dice. Cuanto más se demoren en asociarme con usted, mejor será para mi trabajo.

—La decisión es suya, Heredia —dijo Becerra—. Camine dos cuadras por esta misma calle y encontrará la pensión Adelita. Diego, su dueño, es primo mío y seguro que le hace un precio especial. Al mediodía lo paso a buscar para ir a mi casa. Mi mujer es muy buena cocinera.

—Deme las señas de su casa y ahórrese el viaje.

Más intrigas de las esperadas, me dije mientras caminaba en dirección a la pensión. Había demasiada paz en las calles y muchas vecinas curiosas, pensé al darme cuenta que a mi paso se descorrieron las cortinas de varias casas.

La pensión indicada por Becerra estaba en una casa azul, de dos pisos, ubicada junto a un bar de aspecto dudoso y una carnicería que lucía en su frontis el dibujo de una enorme cabeza de cerdo. Al frente, junto a un taller mecánico, una casa sin terminar mostraba su esqueleto de madera reseco por el sol.

Diego Quinet, según me enteré más tarde, era hijo de un francés que fue a dar con sus huesos a Cuenca, donde después de intentar varios negocios, terminó inaugurando la pensión que años más tarde su hijo logró mejorar de categoría, ampliando sus piezas y ofreciendo nuevos servicios.

Quinet era alto, delgado y lucía una cabellera larga y canosa. Al principio me pareció un tipo simpático, pero algo en su mirada me advirtió que podía pasar rápidamente de la amabilidad a la ira. Me escuchó con atención, asintió con la cabeza cuando mencioné que conocía a su primo, dijo que las cuentas las haríamos al final de mi estancia y me pasó una llave unida a un rústico llavero de madera. Luego me indicó un pasillo por el que anduve un buen trecho hasta encontrar la puerta de mi habitación. Una vez en su interior me tendí en la cama y traté de recapitular lo sucedido desde el inicio del viaje.

Una repentina sensación de orfandad me hizo pensar en lo que sucedería si no regresaba a mi departamento en Santiago. ¿Qué haría Simenon? ¿Saldría a la calle o esperaría inútilmente junto a mi escritorio? ¿Y mis libros? ¿Y mis discos? ¿Se convertirían en un depósito de polvo, hasta que al segundo o tercer mes la dueña del departamento abriera finalmente la puerta?

Tomé una ducha helada y conseguí espantar el cansancio. Después fui a la recepción con la intención de pasear por el pueblo antes de concurrir a la cita con Becerra.

Quinet estaba sacando cuentas, pero dejó de lado su trabajo apenas me vio aparecer. Intuí que me esperaba.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en el pueblo? —preguntó.

—No más de una semana. Lo justo y necesario para finiquitar el negocio que me interesa.

—¿Negocio? ¿A qué negocios se dedica usted?

—Eso es un asunto privado, amigo.

—¿Desde cuándo conoce a mi primo? ¿Usted no formará parte de los agitadores con los que se reúne?

—¿Qué agitadores? —pregunté, mientras pensaba que me había precipitado al creer la historia de Becerra.

—Los que protestan contra la minera.

—¿Usted no cree que el trabajo de la minera afecta al pueblo?

—En esta pensión alojan empleados de la minera y ellos dicen que se encuentra controlada toda posible contaminación. Han construido una represa de enormes proporciones, antisísmica, y el riesgo de un desastre es prácticamente nulo. Los que protestan quieren ganar dinero y desconocen que, sin la minera, el pueblo habría desaparecido. Más de la mitad de la gente de Cuenca vive de ella ya sea porque la empresa les da trabajo o porque tienen pequeños negocios que sobreviven gracias a las compras de los operarios.

—Y a usted le da lo mismo que un día se rompa la represa y el pueblo quede sepultado bajo una capa de mierda.

—No tengo por qué dudar de lo que dicen los responsables de la minera, y además trato de ser pragmático. Gracias a ella he convertido esta pensión en la mejor del pueblo.

—A la gente que vive de las siembras no les va tan bien.

—La minera les dio la oportunidad de trasladarse a otras tierras.

—Probablemente existan personas a la que no les gusta que las echen del lugar donde nacieron y donde quieren vivir hasta el fin de sus días.

—Usted dice las mismas cosas que mi primo. ¿De qué se trata el negocio que vino a hacer al pueblo?

—Soy periodista y escribo un reportaje sobre la construcción de la represa —mentí.

—No necesitaré investigar mucho para saber que la represa es una obra especial. Mide doscientos cuarenta metros de alto y casi dos kilómetros de largo. Los que han tenido la oportunidad de sobrevolar la zona dicen que sus dimensiones son impactantes.

—La represa no es mi único tema de interés. Escribo sobre un abogado que ayudaba a la gente que se opone a la represa —me atreví a decir.

—¿Al que pillaron merodeando dentro de los terrenos de la minera?

—De eso no sabía.

—Lo atraparon los guardias de la minera y lo entregaron a carabineros. Después, otro abogado intercedió por él y consiguió que lo liberaran sin cargos.

—¿Y usted está al tanto de lo que sucedió al abogado en Santiago?

—¿Por qué tendría que saberlo? Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba.

—Alfredo Razetti. Lo asesinaron de un balazo en la cabeza.

—No es la mejor manera de morir —dijo Quinet y acompañó sus palabras con un gesto para indicar que prefería cambiar de conversación.

—¿Cómo se llama el abogado que ayudó a Razetti?

—En estos momentos no lo recuerdo.

—No embrome, en este pueblo todos se deben conocer.

—No pensará meterse en líos mientras aloja en mi pensión.

—¿Cómo se llama el abogado?

—Vicente Benavides. Tiene su oficina a media cuadra de la plaza —dijo Quinet y luego de observarme un instante, agregó—: Es todo lo que le diré. No quiero problemas con la administración de la minera.

—Descuide, me quedó claro que usted solo está interesado en el progreso de su negocio. Pero no se preocupe. Voy a la pieza a buscar mis pertenencias y veré donde depositar mis huesos durante el tiempo que permanezca en el pueblo. Mientras tanto, hágame la cuenta por ocupar la pieza durante una siesta de dos horas.

—Con tal de que se vaya, le regalo esas horas —dijo Quinet, molesto—. Tendré que hablar con Julián y cantarle un par de verdades.

* * *

Era lógico pensar que Becerra sabía que Razetti había sido detenido al intentar acercarse a la represa. Y si era así, ¿por qué había omitido ese antecedente en su relato? No me había agradado el diálogo con Quinet, pero más me incomodaba descubrir que Becerra había ocultado información.

Caminé sin rumbo fijo por las calles del pueblo, y luego de veinte minutos di con una casa que lucía un papel pegado en unas de sus ventanas que ofrecía alojamiento y comida. Toqué el timbre y salió a recibirme una mujer morena, de unos cuarenta años, alta y delgada, que vestía pantalones vaqueros ceñidos a sus caderas y una blusa escotada que permitía apreciar las abundantes pecas que tenía en el nacimiento de sus pechos.

—Estoy interesado en el aviso de la ventana —dije, sin apartar la mirada de los llamativos ojos negros de la mujer.

—¿Está interesado en el aviso o en la pieza que arriendo? —precisó la mujer con la severidad de una quisquillosa profesora de castellano.

—Por el aviso, la pieza y todo lo que usted desee ofrecerme —dije, y al ver el súbito tono sonrosado que coloreó las mejillas de la mujer, supe que había logrado un avance en mi intención de obtener alojamiento.

—¿Trabaja para Memphis? —preguntó.

—Trabajo por mi cuenta y me pagan por hacer preguntas —respondí.

—¿Le paga la minera?

—No. ¿Cuál es su problema con Memphis?

—Sería largo de explicar y ahora no tengo tiempo. ¿Quiere ver la pieza?

Seguí a la mujer hacia el interior de la casa. Llegamos a un cuarto limpio, ordenado y luminoso. En su interior había una cama de dos plazas, un par de veladores y una silla de respaldo metálico. Una puerta estrecha comunicaba con un pequeño baño. La ventana de la pieza daba a un patio donde crecían dos árboles y varios cardenales plantados en macetas de greda.

—Me quedo con la pieza —dije mientras dejaba mi bolso sobre la cama.

—¿Sin saber las condiciones?

—Solo quisiera saber su nombre.

—Adriana Mercado para servirle en lo que pueda o se me antoje.

—Perfecto, ya puede sacar el aviso pegado en la ventana.

—No he dicho que quiera arrendarle la pieza.

—He pasado buena parte de mi vida alquilando piezas y puedo reconocer cuando no me van a dar un portazo en las narices. Me llamo Heredia, y le aseguro que me gusta lo que he visto después de presionar el timbre de su casa —respondí.

La mujer volvió a sonrojarse.

—De acuerdo, usted gana en esta ocasión —dijo Adriana Mercado—. El desayuno se sirve de siete a nueve de la mañana, y en el caso de los hombres, no se admite que ingresen mujeres a sus cuartos.

—¿Y las mujeres pueden ingresar hombres a sus piezas?

—Cuantos quieran —dijo Adriana Mercado y acompañó sus palabras con una sonrisa que se prolongó hasta que abandonó la pieza.

A solas, contemplé la reproducción de un cuadro de Monet que colgaba en unas de las paredes, y luego hice lo mismo con los árboles del patio. Llegaría el momento en que me aburriría de Santiago y partiría con camas y petacas a un pueblo pequeño del sur, donde pudiera convivir con el silencio y descifrar el lenguaje de los pájaros o del viento meciendo el follaje de los árboles. Un lugar apropiado para llevar una vida sencilla, dormir sin inquietudes y despertar en el invierno con el sonido de la lluvia.

Me tendí sobre la cama y encendí un cigarrillo. Me gustaba estar en cuartos extraños, acostumbrarme a sus dimensiones e imaginar qué personas habían ocupado antes ese lugar donde hasta el aire era fugaz, como el de las estaciones de trenes o los aeropuertos.

Un rato más tarde, y con algo de esfuerzo, me encaminé a la casa de Julián Becerra, quien me esperaba en la puerta de su casa, observando a derecha e izquierda. Una vez dentro de su casa, me presentó a Berta, su esposa, una mujer baja y menuda, a la que evidentemente la vida había quitado muchos de sus atractivos. Sus cabellos negros lucían lacios y unas arrugas prematuras rodeaban sus ojos. Me saludó a la distancia y luego de estudiar mi aspecto por unos segundos, se dirigió a la cocina.

—Tuve que cambiar de alojamiento —le dije a Becerra a modo de excusa por el atraso—. No hice buenas migas con su primo. Desde que le dije que había conocido a Razetti demostró no estar muy interesado en darme su hospitalidad.

—No me extraña, siempre ha sido temeroso y miserable —dijo la esposa de Becerra en el momento que volvía al comedor con unos platos que contenían puré de papas y unas presas de pollo asado—. Se lo he dicho muchas veces a Julián, pero él insiste en defenderlo porque es parte de su familia.

—No seas tan severa con mi primo —le contestó Becerra—. Recuerda que ayudó con víveres a los compañeros que están en huelga de hambre.

—¿De qué huelga habla, Becerra? —pregunté.

—Dado que las autoridades del pueblo no escuchan nuestras demandas, un grupo

de once compañeros iniciaron una huelga en el club deportivo. La idea es llamar la atención de la prensa y de las autoridades regionales, pero hasta ahora no se ha obtenido mucho. El diario del pueblo, que sobrevive gracias a los avisos de la minera, nos ignora; al igual que los de Santiago. Y las autoridades siguen indiferentes, esperando que se resienta la salud de los huelguistas. Los compañeros enviaron una carta al Presidente de la República, y este, a través de uno de sus ministros, respondió que el litigio con la minera era un asunto entre particulares; que debía ser resuelto legalmente y sin la intervención del gobierno.

—¿Y usted sabía que Alfredo estuvo detenido cuando vino al pueblo?

—Por supuesto. Lo fui a ver a la comisaría y acompañé al abogado que gestionó su libertad.

—¿Y por qué no me lo dijo? —pregunté alzando el tono de mi voz.

—Temí que se arrepintiera de viajar.

—Espero que sea la última vez que me oculte información. Me gusta confiar en la gente que tengo a mi lado.

—Disculpe —balbuceó Becerra, y luego me contó su versión de lo sucedido con Razetti, la que no difería sustancialmente de la de su primo.

—Casi todos en el pueblo se han vendido a la minera —dijo la esposa de Becerra cuando este terminó su relato—. Los carabineros persiguen a los vecinos organizados y hasta el cura de la parroquia predica sobre el supuesto bienestar que nos ha traído la minera.

—Hay mucho dinero en juego y la minera intenta ganarse la voluntad de la gente. Para algunos pavimenta calles o arregla escuelas, y para otros, los que tienen algún tipo de poder, dispone de recursos que van directamente a sus bolsillos —agregó Becerra, interrumpiendo a su mujer—. La explotación del cobre está proyectada a treinta años, y después la minera se irá con sus utilidades y nos dejará los desechos tóxicos.

—El dinero les sobra —dijo Berta—. Por eso los vecinos ven que el proyecto avanza sin contrapeso y se aburren de protestar. Otros carecen de la información adecuada. Ignoran que la represa está diseñada para contener más de cuatro millones de metros cúbicos de materiales desechables. Materiales que cualquier día pueden caer sobre nuestras casas y que hoy nos están afectando a través de los elementos químicos que van a dar a las aguas subterráneas que alimentan el río.

—Berta sabe de lo que habla. Estudió ingeniería en minas hasta que tuvo que dejar su carrera universitaria por falta de dinero. Pero sigue informándose y formó un grupo de apoyo a Cuenca con algunos de sus antiguos compañeros. Realizan estudios sobre la materia y han elaborado el marco técnico que sustenta nuestra demanda —aclaró Becerra.

—No logramos impedir la construcción de la represa, pero tenemos la esperanza de conseguir que no se siga utilizando o que se adopten mejores medidas de resguardo —dijo Berta—. Pedimos que procesen las aguas contaminadas y que

construyan un muro de contención entre la represa y el pueblo. Sería una manera de evitar que los desechos caigan sobre nosotros en caso de filtraciones o de fisuras ocasionadas por un terremoto. Y lo que digo no son fantasías. El año 1985 en el pueblo italiano de Val di Stava se rompió la presa construida por la minera que operaba en el lugar. La rotura provocó una avalancha de fango tóxico que cubrió buena parte del pueblo y mató a centenares de sus habitantes. Y está el caso del relave minero que contaminó el río Opamayo, en Huancavelica, una de las zonas más pobres del Perú. Veinte mil metros cúbicos de desechos fueron a dar al río por el colapso de la represa. Y estos son dos ejemplos en el ámbito minero, porque también están los desastres provocados por fallas de seguridad en plantas nucleares y empresas hidroeléctricas.

—¿Qué contiene ese relave? —pregunté a Berta.

—El agua, el barro y los minerales tóxicos que sobran una vez que ha sido procesado el cobre.

—No me gustaría que eso cayera sobre mi cabeza.

—Ni a nosotros —dijo Berta—. Tampoco nos gusta que nuestra gente pierda sus siembras por falta de agua o que padezcan enfermedades que eran desconocidas en el pueblo.

—Tengo una idea general de lo que hacía Alfredo, pero no sé lo que yo puedo hacer por ustedes —dije.

—Nos puede ayudar a concretar una gestión que el abogado dejó pendiente —agregó Berta.

—¿Qué gestión? —pregunté a la esposa de Becerra.

—Necesitamos que una entidad autorizada, chilena o extranjera, certifique la contaminación del agua —respondió Berta—. Parece fácil de conseguir, pero en la práctica no lo ha sido. Hasta ahora no hemos conseguido que se emita un informe sobre la calidad del agua.

Nuestras peticiones a distintos organismos públicos y privados han sido desoídas o tramitadas hasta el olvido.

—Don Alfredo estableció contacto con un laboratorio francés que podía realizar el estudio —agregó Becerra—. En una próxima reunión nos iba a informar sobre el avance de la gestión. Incluso empezamos a recolectar dinero con la finalidad de enviar a Francia a los dos compañeros que llevarían las muestras para el estudio químico y bacteriológico de las aguas.

—No logro entender qué me están pidiendo que haga —dije.

—Queremos información sobre el contacto que hizo don Alfredo —agregó Becerra.

Vicente Benavides ocupaba una oficina cochambrosa, apenas alumbrada por las dos ampolletas que pendían del cielo raso como murciélagos entumidos. Dentro del largo y oscuro despacho se acumulaban varios muebles y escritorios, lo que me hizo pensar que Benavides había tenido un pasado esplendoroso o que se dedicaba al remate de muebles usados. El aspecto de su rostro hacía juego con el deterioro de su oficina. Debía tener más de setenta años. Era de baja estatura y su tez lucía pálida, enfermiza. Sus ojos, de un color indefinido, estaban cubiertos por unas cejas grandes e intimidantes. Su escasa cabellera lucía peinada a la gomina y en general, nada de su aspecto hacía pensar que estuviera al tanto de lo que sucedía en el nuevo siglo que vivíamos.

Cuando entré a su despacho, el abogado se puso de pie y estrechó blandamente la mano que le ofrecí a modo de saludo. Le dije mi hombre y me indicó una silla que segundos antes había estado ocupada por un quiltro pequeño y patichueco.

—Ulpiano no se opondrá a que usted haga uso de su silla favorita —dijo el abogado, acompañando sus palabras con una sonrisa que humanizó su aspecto sombrío.

—¿Ulpiano?

—Ulpiano y Papiniano, así se llaman mis perros, en honor a dos de los más grandes jurisconsultos romanos. Emilio Papiniano, asesinado por orden del emperador Caracalla, fue maestro de Domicio Ulpiano, famoso por sus preceptos sobre el orden que impone la justicia entre los ciudadanos.

—En mi fugaz paso por la Escuela de Derecho solía quedarme dormido en las clases de Derecho Romano. Las impartía una abogada robusta y parlanchina que parecía contemporánea de Séneca.

—En Roma está la fuente de nuestra legislatura —dijo Benavides con tono severo.

—Esa es una de las pocas cosas que aprendí en mi paso por la universidad —dije, y antes de que el abogado iniciara una improvisada clase de Derecho Romano, le pregunté si recordaba a Alfredo Razetti.

—Por cierto, cómo olvidar a mi colega. Hicimos buenas migas cuando estuvo en el pueblo.

—¿Sabe que murió?

—¿Razetti? —preguntó con auténtica sorpresa—. No es posible, era un hombre joven y saludable. ¿Qué le pasó? ¿Un accidente?

—Recibió una bala en la cabeza. Lo asesinaron.

—No es posible —dijo el abogado—. ¿Se conoce al responsable?

—Todavía no.

—De lo que deduzco que no vino solo a darme la mala noticia.

—Necesito saber que hizo mientras estuvo en el pueblo y la razón por la que se

contactó con usted.

—La respuesta a su inquietud es simple. Mi colega supo que yo había presentado tres demandas contra la empresa Memphis y vino a consultarme por los resultados de esas diligencias. De eso hablamos durante nuestra primera reunión.

—¿Qué finalidad tenían las demandas que usted interpuso?

—Detener la construcción de la represa. Las presenté a nombre de un grupo de vecinos.

—Y no tuvo ningún éxito. La represa igual se construyó.

—No solo fueron desechadas por el tribunal. Además, me significaron perder a varios clientes que mantenían negocios con la minera —dijo Benavides y efectuó una pausa para meterse a la boca una pastilla de menta que tomó desde un frasco ubicado a un extremo de su escritorio.

—Usted debió saber que las demandas le traerían problemas.

—Por supuesto que lo sabía. Probablemente yo sea un viejo romántico y fuera de onda, pero me pareció que la causa de los pobladores era justa.

—Habló de una primera reunión con Razetti. ¿Hubo otras?

—Tres o cuatro, si mal no recuerdo. Unas por asuntos legales y otras por el placer de conversar y comer alguna cosa, aunque a mi edad hasta el quesillo me hace daño. La segunda vez que nos reunimos, me solicitó que hiciera gestiones para proteger a los pobladores que estaban en huelga de hambre. Me pidió interceder ante las autoridades de la empresa. Intenté hacerlo, pero nunca conseguí entrevistarme con ningún ejecutivo importante. Lo único que obtuve fue que unos desconocidos asaltaran mi despacho. Por suerte, aparte de unos vidrios quebrados, no hubo más daños que lamentar. Hice la correspondiente denuncia a los carabineros, pero hasta la fecha no he tenido ninguna respuesta y dudo que hayan investigado nada. Los pacos deben estar en el podio de los tipos inútiles de nuestro país. Nunca están cuando se les necesita y cuando se les encuentra, no saben qué hacer.

Benavides guardó silencio por unos segundos, como esperando el comienzo de un nuevo asalto a su oficina. Luego tomó otra pastilla de menta y volvió a sus recuerdos.

—La tercera vez que vi a Razetti fue cuando me invitó al restaurante que se encuentra frente a la plaza. Me dijo que necesitaba un informe sobre la calidad de las aguas del río que cruza el pueblo, y que pensaba mandar unas muestras a Francia. Al parecer tenía un amigo periodista o cineasta que le prestaría apoyo.

—¿Le dio el nombre de esa persona? —pregunté.

—No, pero días después me contó que él mismo había intentado sacar las muestras, pero que a la salida del pueblo fue detenido por carabineros con el pretexto de revisar los artículos de seguridad que deben portar los vehículos. Le hicieron abrir el portamaletas, y mientras uno de los carabineros revisaba su licencia de conducir, otro se encargó de inspeccionar la maletera. Lo dejaron seguir sin problema, pero al llegar al pueblo vecino, donde pasaría las muestras a una persona que las llevaría a Santiago, descubrió que las botellas con las muestras estaban rotas.

—¿Qué hizo Razetti?

—Nada, que yo sepa. Tiendo a pensar que ideó otra manera de sacar las muestras del pueblo o que quiso encontrar evidencias más concretas de la contaminación.

—Fue entonces cuando entró a los terrenos de la minera.

—Exactamente. La última vez que vi a mi colega fue cuando intervine para que saliera de la cárcel. Querían acusarlo de robo frustrado. Nos despedimos a la salida del juzgado y ya no nos vimos. Al día siguiente regresó a Santiago y no supe de él hasta hoy.

—Me parece increíble que nunca consiguiera que un laboratorio competente hiciera un estudio de calidad de las aguas.

—¿De qué se sorprende? ¿O quiere una explicación acerca de los alcances del poder? Sin ir más lejos, en las últimas semanas se conoció el caso del hijo de un senador que dio muerte con su auto a un hombre. Lo procesaron, pero enseguida salió a relucir el dinero, y el senador logró que la viuda del atropellado retirara la querrela a cambio de diez o veinte millones de pesos. Toda persona tiene un precio o un punto débil.

—¿Usted cree que su asesinato pueda relacionarse con sus actividades en Cuenca?

—Saque sus propias conclusiones, Heredia. Se ve grande y con experiencias en el cuerpo —respondió Benavides.

—Tiene miedo y no se lo reprocho. Ya vivió el incidente del asalto y ahora la muerte de Razetti da para pensar en cualquier cosa.

—Por supuesto que tengo miedo, pero a mi edad no puedo salir corriendo, ni tengo mucha vida que arriesgar —dijo Benavides, y luego de una pausa, añadió—: En el pueblo había dos colegas jóvenes que me ayudaron a presentar la primera demanda. Parecían interesados en el trasfondo social del problema que estábamos enfrentando, pero decidieron irse después de las amenazas anónimas que llegaron a sus casas. Hoy, uno de ellos vive en Ovalle, y el otro se fue a Valdivia. Ambos tienen buenos trabajos en empresas relacionadas con el consorcio al que pertenece Memphis.

—Un precio o una debilidad.

—Si quiere saber más de precios y amenazas, converse con Gastón Zamora, uno de los locutores de la radio Primavera. Un día vino a pedirme consejo. Traía un anónimo en el que le sugerían no continuar con sus comentarios acerca de la contaminación en el pueblo. El hombre estaba muy asustado —dijo Benavides en voz baja.

—¿Qué pasó con él?

—Prefiero que él le cuente su experiencia. Vaya a la radio y mientras tanto, llamaré a Zamora y le daré alguna referencia sobre usted.

—¿No tiene nada más que decirme?

—Ya le hablé detalladamente de mi relación con Razetti. Lo demás sería entrar en

redundancias.

* * *

Pueblo chico, infierno grande. Nunca el dicho pareció tan pertinente, pensé mientras caminaba en dirección a la plaza, con la sensación de que a cada rato eran más las cortinas que se descorrían para seguir mis pasos. Seguramente ya había dejado de ser un extraño y era un sujeto con nombre y actividad conocida, del que se comentaría su abrupta salida desde el hostel de Quinet y el arriendo de una pieza en la pensión de Adriana Mercado. Más de alguien me habría visto entrar a la oficina de Benavides y corrido a comentarlo al almacén de la esquina o a la farmacia. Y me daba lo mismo, porque al final el rumor iría de boca en boca hasta convertirse en una verdad a medias, distorsionada, recreada según la imaginación o maledicencia del alcahuete de turno.

Por un momento tuve la intención de dirigirme al terminal y abordar el primer bus que me llevara de regreso a Santiago, lejos de las garras del dinero que estrangulaban al pueblo; y cuya historia, a simple vista, era silenciada igual que tantas otras, personales o colectivas, que existían en el país. Cuenca era un lugar insignificante que un día podría ser borrado de los mapas y de la realidad.

Me detuve frente a un muro en el que se leía la leyenda: «No permitamos que la minera contamine nuestra agua. Defendamos los derechos de nuestra comunidad». Leí la consigna y seguí mi camino. Pasé frente al hostel del próspero Diego Quinet y entré a uno de los bares que había visto al llegar al pueblo. Ocupé una mesa desde la que podía observar la calle y pedí una copa de vino blanco. Como uno más de los tantos vecinos chismosos del pueblo, miré a la gente que pasaba frente al bar y cuando al cabo de media hora la escena dejó de interesarme, pedí una segunda copa al mozo joven y gordo que no había dejado de vigilarme desde mi ingreso al bar.

—Así que usted es el antiguo novio de la señorita Mercado —dijo el gordinflón una vez que me sirvió la copa—: Me alegro que finalmente se case con ella. Es guapa y buena persona.

—¿Casarme? —pregunté al tiempo que pensaba en la respuesta que le debía a Doris.

—Eso dijo la señora que nos trae el pan de los completos. Una boda pospuesta por muchos años. Nada mejor que una historia romántica para animar la vida social del pueblo. ¿En qué fecha será la boda?

—Para responder a eso, primero tengo que declararme a la novia —respondí con la malsana intención de aumentar la curiosidad del mozo—. Después de eso pensaremos en el carruaje, los monaguillos y los quinientos invitados.

—Seguro que ella se arroja en sus brazos y acepta la propuesta.

—Con las mujeres nunca se sabe —respondí utilizando el título de una novela de James Hadley Chase que había leído cinco o seis años atrás, durante un viaje a Puerto

Montt—. En una de esas no le seduce vivir en la selva amazónica, que es donde tengo mi finca con plantaciones de cacao y café.

—¡Cacao y café! —exclamó el mozo, mientras hacia un esfuerzo por mantener su boca cerrada.

—El paisaje es hermoso, pero hay mosquitos, arañas del tamaño de un puño y serpientes de quince metros.

—¡Quince metros! ¿Y si la señorita Mercado no quiere ir a ese lugar?

—Traigo las serpientes a Cuenca.

—¿Qué haríamos en Cuenca con serpientes de quince metros?

—Un buen tema a ventilar en la próxima elección de alcalde.

—¡Serpientes! —volvió a exclamar el mozo mientras se dirigía al mesón del bar con una expresión de preocupación en su rostro.

* * *

La radio comunal operaba en el segundo piso de una casona de madera, tosca y desconchada. Subí por una escalera de peldaños estrechos y llegué hasta la puerta principal. Una secretaria somnolienta me informó que Zamora leía el noticiero en esos momentos. Preguntó si deseaba esperarlo y me indicó la banca ubicada en un pasillo, desde el que se veía un cuarto de no más de seis metros cuadrados que era el estudio de grabación de la radio. Sus paredes estaban forradas con cajas de las que se usan en el traslado de huevos, más una ventanilla que comunicaba con la caseta del radiocontrolador.

La voz de Zamora era profunda, nítida y comunicaba con seguridad los textos que leía.

Era un hombre alto, de hombros amplios y dueño de una barriga significativa. Vestía una arrugada camisa blanca, corbata roja con pequeños lunares verdes y suspensores que sujetaban sus pantalones de gabardina. Su calva relucía como un pan de mantequilla expuesto al sol.

—¿Viene a contratar una campaña publicitaria? —preguntó minutos más tarde, después de limpiarse la frente con un pañuelo de papel y de estrechar mi mano—. En nuestra radio podemos dar buenos consejos y el mejor de los servicios.

—Gracias, pero estoy aquí por otros motivos.

—¿Usted es la persona que estuvo reunida con Benavides? —preguntó, sobresaltado, como recordando de pronto una información importante—. Me llamó hace un rato para avisarme que venía a la radio. Hizo bien en contactar a Benavides. Es un buen abogado y seguramente le será de mucha utilidad.

—Sí, estuve con el abogado, pero...

—Antes de que me llamara Benavides, un colega de la radio me comentó que usted piensa instalar una tienda de electrodomésticos —dijo Zamora—. Si quiere publicitar su emprendimiento, está en el lugar indicado. Radio Primavera es la única

emisora del pueblo y tiene una gran audiencia en el pueblo y sus alrededores.

—No sé qué le dijo Benavides, pero no pretendo instalar ninguna tienda. Quiero conversar sobre sus comentarios de apoyo a las personas que se oponen a la presencia de la minera en el pueblo.

—Ese asunto es parte del pasado y no me interesa recordarlo.

—Comentarios que emitió a diario hasta que empezó a recibir amenazas —dije y el locutor desvió su mirada hacia un rincón de la habitación—. Necesito que me cuente lo que fue esa experiencia.

—Usted parece estar suficientemente informado de esos hechos. ¿Qué pretende?

—Me llamo Heredia, soy detective privado y pretendo descubrir al que mató a Razetti. El abogado que usted conoció cuando él estuvo en el pueblo —dije y advertí que la noticia no le provocaba sorpresa.

—Sé lo que sucedió con él. Lo leí en el resumen de noticias que nos manda la agencia de prensa con la que estamos asociados. Lo conocí y no parecía mala persona. No obstante eso, debo confesar que no incluí su muerte en el noticiero de la radio. Ya tuve bastantes líos con el asunto de los comentarios.

—¿Alguien lo amenazó para que no siguiera hablando de las faenas mineras?

—Digamos que no estoy acostumbrado a que en mitad de la noche me pongan una pistola en la espalda.

—¿Reconoció al de la pistola?

—Nunca me dio la cara.

—Y aparte de la pistola, lo amenazó alguien después. ¿Quién lo hizo?

—Hay ciertos hechos que es preferible olvidar. Tengo familia que mantener y necesito conservar mi trabajo.

—Comprendo. ¿Quién lo amenazó? —insistí.

—Da lo mismo. Si quiere un consejo, váyase mañana mismo del pueblo.

—Quiero oír su versión de los hechos.

—Es simple y breve. Durante dos semanas hice comentarios en contra de la minera. El director y único periodista de la radio me apoyó hasta que supo que la estación había sido vendida a Jacinto Avendaño, un empresario al que nadie conocía en el pueblo. Me ordenó acabar con los comentarios, pero seguí un par de días, hasta que recibí las primeras amenazas.

—¿Y qué pasó con el nuevo dueño?

—Tiempo después supe que era un palo blanco de Memphis. Llegó con una buena oferta y el antiguo dueño, que ya estaba viejo y sin ganas de seguir batallando por la sobrevivencia de su radio, aceptó el cheque que le ofrecieron.

—Y el nuevo dueño cambió la línea editorial de la radio.

—Despidió al director y contrató como supervisor a un periodista joven que a duras penas logra hilar tres frases seguidas. Luego reunió al personal de la radio y en pocas palabras nos dijo que la emisora se dedicaría a transmitir música, a informar sobre algunas actividades locales y que se acababan las alusiones a cualquier tema

que pudiera ser conflictivo. Más claro no podía ser.

—Pero usted conservó su trabajo.

—Por estos lados no hay muchas voces que sirvan para la locución radial.

—Y además, usted se habrá comprometido a mantener silencio.

—¿Qué insinúa?

—El silencio siempre tiene un precio o un costo. ¿Por qué no quiere revelar el nombre de la persona que lo amenazó?

—Hay que preocuparse del futuro.

—¿Por qué hizo los comentarios?

—A veces uno olvida el terreno que pisa, pero no volveré a cometer el mismo error. Ahora leo las noticias que me pasan los periodistas, hablo del tiempo y del horóscopo, comento resultados deportivos, cumplo mi horario y regreso a casa sin temor a encontrarme otra vez con una pistola en el camino.

—La vida feliz de Gastón Zamora.

—Si usted quiere luchar contra molinos de vientos es cosa suya. No me mezcle en sus entuertos.

—Contaba con su ayuda, pero veo que me equivoqué.

—Usted se marchará y otros pagarán los platos rotos. A la minera nadie la va a derrotar. Ni usted ni los vecinos organizados.

—Pretendo estar unos días más en el pueblo. Si de pronto recuerda el nombre del fulano que lo amenazó, no dude en decírmelo. Podría ser de gran ayuda.

—No sea majadero.

—Piénselo y no me decepcione, Zamora. Y sobre todo, no se decepcione a sí mismo.

La conversación con Zamora terminó por agotarme. Y no era un cansancio físico, sino que cierta forma de hastío por el comportamiento de las personas como él. El mediocre apego a una existencia ratonil es tan nefasto como el arribismo o el lambisqueo a los poderosos de turno. Caminé hacia la pensión con la intención de darme una ducha y luego, si aún me quedaba ánimo, beber una copa de vino que me adormeciera el malestar. Pero, para mi sorpresa, al llegar a la pensión me estaba esperando su dueña en el salón que unía el pasillo central con los dormitorios. Fumaba un cigarrillo y escuchaba una música que no logré identificar.

—Me ha colocado en una situación complicada —dijo, esforzándose en sonreír—. Tendrá que hacer algo y terminar con los rumores.

—¿Se refiere a que andan diciendo que soy su futuro esposo?

—Su promesa al fin cumplida, sus tierras en no sé qué selva, sus serpientes de quince metros. La gente del pueblo cree cualquier cosa que la saque de la monotonía. En la última hora he recibido seis llamadas de amigas interesadas en saber si es verdad lo que se dice.

—Si me preocupara por lo que dicen de mí, no tendría tiempo para hacer nada más.

—Usted no sabe lo que es vivir en este lugar.

—¿Y qué quiere que haga? —pregunté—. Puedo casarme con usted o bien ponerme en la plaza a gritar que no soy su novio.

—Acabo de perder a una persona que estimaba y no tengo ánimo para aceptar que se festine con mis sentimientos.

—¿Quiere hablar de eso?

—Desde luego que no. No ventilo mi corazón frente a extraños.

—Disculpe, reconozco que me excedí en lo que dije, pero fue el mozo del bar el que inició la historia del novio.

—Modere su imaginación.

—Cuenta con ello, y si hay algo más que pueda hacer, me lo dice.

—Basta con su silencio —dijo, y luego de hacer un gesto para dar a entender que el tema no merecía más comentarios, agregó—. Y si le apetece, puede compartir conmigo la copa de vino que suelo beber por la tarde.

—Es la mejor oferta que me han hecho desde que llegué al pueblo —dije.

Ella aprobó mis palabras con una nueva sonrisa.

Después de probar el vino, me escuchó con atención y tuve la certeza de que, al igual que Zamora, conocía muy bien los problemas de Cuenca.

—Becerra, su esposa y quienes le acompañan tienen razón en lo que hacen, pero nunca van a conseguir que la minera abandone la represa o construya el muro de resguardo. Los que toman decisiones en el pueblo están comprados por la minera. El alcalde, los concejales y hasta el cura Gutiérrez. De un modo u otro todos reciben una

tajada de la torta.

—Parece saber mucho.

—Cuando el proyecto estaba en sus inicios y nadie sabía muy bien de qué se trataba, alojé a un ingeniero que trabajaba en Memphis. Decía que la minera iba a entregar recursos al pueblo durante unos años y luego, cuando la represa fuera una realidad, haría lo que estuviera a su alcance para ocultar el tema de la contaminación y desgastar a sus posibles opositores. La represa implicó una fuerte inversión y su vida útil está calculada en treinta años.

—¿Qué pasó con ese ingeniero?

—Cometió el error de hablar en público sobre los efectos ambientales del proyecto. La gerencia de la minera lo despidió en menos tiempo del que canta un gallo.

—¿Cómo se llama?

—Arturo Fonseca. Hace nueve meses me envió una postal desde un país de la antigua Unión Soviética. No podía conseguir trabajo en Chile y terminó aceptando la oferta de un colega que trabaja en Ucrania.

—Mala suerte —dije, y luego de una pausa, agregué—. Me parece que usted considera la represa y la contaminación una causa perdida.

—La difusión de los problemas que origina la represa no ha tenido el efecto esperado. La minera se limita a esperar que pase el tiempo.

—Hay que dar las peleas, por difíciles que parezcan.

—Pero eso tiene su costo —dijo Adriana Mercado y enseguida guardó silencio, como si un mal recuerdo hubiera atrapado a sus pensamientos.

—¿Qué pasa? Se puso triste.

—Imaginaciones tuyas —agregó Adriana y acompañó sus palabras con una sonrisa forzada.

—¿Segura? A veces puedo ver debajo del agua.

—No esta vez, Heredia —dijo la mujer, y a continuación me ofreció una segunda copa de vino.

* * *

Antes de la medianoche, ella se marchó a su pieza y yo a la mía. Desvelado, leí parte de una novela de Patricia Highsmith que encontré en el velador. Desde mi habitación podía escuchar el sonido del televisor en la pieza de Adriana Mercado. Dejé correr unas páginas hasta que inesperadamente, la puerta de la pieza se abrió y apareció la silueta de la mujer. Traía puesto un pijama verde pálido y una bata azul.

—Parece que ninguno de los dos puede dormir —dijo y avanzó hacia el interior de la habitación.

—Conozco los motivos de mi desvelo, pero no los suyos.

—Dijo que fue amigo de Alfredo Razetti.

—Lo fui desde la época de la universidad.

—Diría que era un hombre capaz de tomar decisiones radicales en su vida.

—Eso es muy amplio. ¿Está pensando en un suicidio?

—No. Pensaba en si habría podido cambiar de trabajo o dejar a su esposa.

—Razetti era un buen abogado y creo que disfrutaba de su trabajo.

De su matrimonio no hablaba. De hecho, conocí a su esposa recién hace unos días. Aunque ahora que lo pregunta, en una ocasión hizo comentarios que llevaban a pensar que no era feliz en su matrimonio. Tal vez se debía a la falta de hijos o a la rutina en que parecía desenvolverse la relación. ¿Por qué le interesa la vida personal de Alfredo?

—Pasó mucho tiempo en esta pensión, y en más de una ocasión conversamos de su vida y de lo que le gustaría hacer para vivirla de otra manera. Y ahora que está muerto, pienso en la tristeza que parecía llevar encima.

—¿Eso es todo? O entre usted y él hubo algo más que conversaciones.

—Usted no escarmienta, Heredia. Su imaginación y sus palabras vuelan con mucha prisa.

—Disculpe si le molestó mi insinuación.

—No sea majadero con sus disculpas. Usted debe estar cansado y no es correcto que le quite su tiempo con mis preguntas.

—Por mi tiempo no se preocupe.

—Mañana podemos seguir conversando —dijo, y enseguida, sin agregar nada más, abandonó el dormitorio.

Desperté antes de las ocho. Pese a lo temprano del día, el aire caluroso revoloteaba como una avispa dentro de la pieza. Salí de la habitación con la idea de retomar la conversación con Adriana Mercado. Pero no la encontré. La mujer que le ayudaba en las labores de limpieza me dijo que la señora había salido al terminal de buses para recoger a una pareja de turistas.

Tomé desayuno y seguí con la búsqueda de información que me había traído hasta el pueblo. Era el trabajo que me correspondía realizar, porque como alguna vez me dijo un policía retirado: no hay crímenes perfectos, hay malas investigaciones o malos detectives.

Después de hablar con tres jubilados que encontré en la plaza del pueblo, de entrar a un par de negocios y de hacer algunas preguntas al empleado de la oficina postal, decidí conocer al cura que había mencionado Adriana Mercado en nuestra última conversación. La iglesia del pueblo era pequeña, con muros de adobe agrietados por el efecto de los años o los terremotos que solían remecer la geografía de la región.

Entré a la nave de la iglesia y luego de acostumbrarme a la penumbra del recinto, reparé en una fila de cinco personas que aguardaban al párroco junto al confesionario. Es asombroso que al inicio de un nuevo siglo aún existan personas dispuesta a revelar sus secretos a hombres de carne y hueso, cuyos nombres, además están asociados, desde que hay memoria, a pecados tan negros como los hábitos que visten. Confesiones gratuitas, por lo demás, en una época en que los pecados se ventilan en la prensa o en la televisión, a cambio de dinero o una llamativa portada de diario. Pero, para esto último no bastaba con ser un pecador. Había que ser parte de la farándula televisiva o política, y gozar de alguna fama tan efímera como las pompas de jabón.

Gutiérrez era bajo y algo barrigón. Debía tener unos cincuenta años y usaba unas gafas de marco negro a juego con el color de sus cabellos y de su sotana.

Aguardé en la fila, y cuando llegó mi turno, el cura, agotado de escudriñar en las almas de sus feligreses, preguntó con evidente displicencia mi nombre y me dijo que enunciara los pecados de los que estaba arrepentido.

—Me arrepiento de estar en este lugar, pero no tenía otra opción para conseguir unos minutos de su tiempo —dije en voz alta.

—¿Qué dice? —preguntó el cura, saliendo del sopor en el que parecía encontrarse.

—Quiero saber lo que usted piensa sobre la contaminación del pueblo —dije con la intención de provocar la inmediata atención del religioso.

—¿Cómo se atreve? La confesión es un sacramento.

—Antes de venir llamé a su secretario. Le pregunté si podía conversar con usted y me dijo que después del almuerzo iría a dar la comunión a unos vecinos enfermos. La única posibilidad de hablar con usted era en el horario de las confesiones, lo que a la luz de lo que quiero saber me parece el lugar más adecuado.

—Vaya a la oficina de la minera. Sus profesionales sabrán darle información técnica.

—La técnica me es indiferente, me interesa la ética. Quiero conocer las razones que tuvo para apoyar la construcción de la represa y predicar en contra de los pobladores que denuncian la contaminación. Quiero saber por qué no ha ido, siquiera una vez, a ver a los huelguistas que están en el club deportivo. Han pasado más de doce días en los que usted ni su dios se han acordado de esas personas.

—¿Ha venido a provocarme? Váyase y déjeme continuar con mis confesiones.

—Soy el último de la fila.

—¿Quién es usted? —preguntó el sacerdote.

—Alguien que busca información para aclarar la muerte de un abogado.

—¿Y yo qué tengo que ver con esa muerte?

—Conoce lo que sucede en el pueblo y en especial con los trabajos de la minera.

—¿Y qué relación tiene eso con la muerte del abogado?

—Su asesinato puede estar relacionado con un recurso que pensaba interponer contra Memphis.

—¿Asesinato? ¿Por qué habla de asesinato?

—¿No lo sabía? —pregunté y el cura guardó silencio por unos instantes.

—Es un asunto de los hombres, no de Dios —dijo una vez que le conté lo sucedido con Alfredo, y mientras salía del confesionario, agregó—: Los asuntos de los hombres los atiende en mi oficina.

—¿Acaso todo lo del hombre no interesa a Dios? —pregunté, recordando una enseñanza de la época en que viví en el orfanato que dirigía el padre Brown, un buen cura, aficionado al fútbol, las novelas de Emilio Salgari y el whisky escocés.

* * *

—Los riesgos de la represa están controlados —dijo el cura más tarde, mientras apoyaba sus manos en el escritorio de madera que ocupaba gran parte de su oficina, iluminada por una tenue luz que entraba por la ventana ubicada a espaldas del sacerdote—. Cuando se anunció la construcción de la represa, me reuní con directivos y profesionales de la minera. Me aseguraron que los riesgos serían eliminados mediante un trabajo de alta calidad y de acuerdo a las normas que regulan ese tipo de obra, y que además se aportarían recursos para mejorar las condiciones de vida de la gente del pueblo. Puedo dar fe que lo último se hizo con bastante generosidad.

—El agua del río está contaminada con elementos tóxicos que afectan la salud de las personas.

—Casos mínimos, amplificados por un grupo de agitadores que desean obtener beneficios económicos.

—¿Y a usted no le interesa el dinero de la minera?

—¿Cómo se atreve? —preguntó el cura, indignado—. Váyase de mi iglesia o llamaré a los carabineros.

—No intente ocultar el sol con un dedo. En pueblo chico todo se sabe o se intuye.

—Recibí un aporte de la minera destinado a refaccionar la iglesia. Y otro, de menor cuantía, destinado a potenciar el trabajo pastoral.

—Y recibió dinero para adquirir un vehículo nuevo.

—Veo que ya habló con los agitadores.

—Conversé con personas a las que encontré sentadas en la plaza o comprando en

unos boliches. No hay nada que interese más a la gente que el chismorreo y los secretos a voces.

—Sus fuentes no parecen muy confiables.

—Todas dicen que usted recibe dinero y supongo que será, entre otras cosas, a cambio de sus sermones de los días domingo.

—No tiene derecho a hacerme esas acusaciones.

—Ni usted a jugar con la vida de los pobladores —dije y luego de una pausa, agregué—: Hábleme de su conversación con Razetti.

—Conversamos de los mismos temas que a usted le interesan en estos momentos.

—Y probablemente usted supo que el abogado entró a los terrenos de la minera.

—Me informé el mismo día que lo hizo.

—¿Cómo?

—Vino a verme Santiago Escobar, un ex obrero de la minera que acompañó al abogado en su incursión por los alrededores de la represa —dijo el cura y luego miró hacia la puerta de la oficina y movió su mano derecha sobre el escritorio, como limpiando una basura imaginaria.

—¿Y a qué vino Escobar?

—Temía ir a la cárcel. Me confesó que había acompañado a Razetti hasta las propiedades de la minera. Dijo que necesitaba el dinero que le ofreció el abogado.

—¿Y usted le dio algún consejo?

—Le dije que se fuera tranquilo a su casa. Que hablaría con el oficial a cargo de los carabineros para que no lo pasaran al juzgado.

—Un cura tiene más influencias de lo que uno imagina.

—Muchos en el pueblo me consideran un guía espiritual. Alguien que sabe aconsejarlos.

—Un guía espiritual que hace sermones sobre problemas terrenales.

—Me escuchan y creen en mis consejos.

—Dos buenas razones para que la minera tuviera interés en contar con usted.

—La mayoría de mis feligreses piensa que la minera les trajo bienestar.

—Supe que en uno de sus sermones habló en contra de Alfredo Razetti.

—No recuerdo tal cosa. Es malo creer todo lo que dicen.

—¿Alguien de la minera se lo pidió?

—¡Váyase! —exclamó Gutiérrez, al tiempo que se ponía de pie y me indicaba la puerta de su oficina.

—Recuerde que la ira es un pecado capital. Ira, odio, enfado. Sentimientos que pueden reflejar la intención de negar verdades que resultan molestas. ¿Qué dice, padre? ¿Se ha sentado alguna vez en el confesionario a meditar sobre sus pecados?

* * *

Recurrí a la ayuda de Julián Becerra para llegar a la casa de Santiago Escobar.

Julián me trasladó en su camioneta hasta un poblado ubicado a diez kilómetros de Cuenca. En ese lugar, rodeado de lomas resacas en las que pastaban algunas cabras, vivía Escobar con su esposa y dos hijos pequeños que, al momento de nuestra llegada, correteaban a un perro negro. Escobar criaba cabras, elaboraba quesos y tenía un taller de artesanía en greda donde fabricaba platos, fuentes y jarrones que vendía a comerciantes de otras localidades o a los escasos turistas que llegaban al pueblo.

—Desde el incidente que compartió con el abogado, Escobar no quiere saber nada de la minera —recalcó Becerra cuando nos acercábamos a la casa de Escobar.

—Sin embargo accedió a conversar conmigo —dije.

—Primero se negó, pero cuando le hablé de la muerte de Razetti cambió de idea. Hasta me atrevería a decir que sentí su tristeza a través del teléfono.

Escobar debía tener poco más de treinta años y su piel, morena y brillante, evocaba los efectos de muchas jornadas a pleno sol. Nos hizo entrar a su casa y nos ofreció asiento alrededor de una mesa cubierta por un descolorido mantel de tela azul.

—Becerra me habló de usted y de su trabajo —dijo Escobar, sin preámbulo—. Ignoraba lo de la muerte del abogado, y créame que lo lamento mucho. Era una buena persona y estaba interesado en el destino del pueblo.

—¿Cuándo lo conoció?

—La primera vez que vino al pueblo, seis o siete meses atrás.

—No sabía que Alfredo hubiera venido tantas veces a Cuenca. Creía que sus viajes eran un asunto de los últimos dos meses.

—Tomó contacto con Becerra después de su cuarta visita —dijo Escobar—. Antes de eso, parecía de vacaciones y pasaba la mayor parte del tiempo en la pensión de la señorita Mercado. Nos conocimos cuando quiso ver los alrededores del pueblo. Arrendó un vehículo, pero como no conocía las condiciones de los caminos, buscó a alguien que le sirviera de chófer. Por esa razón compartimos muchas horas de viaje y conversaciones.

—¿Y después?

—Entró en contacto con el grupo que lidera el amigo Becerra. Fue entonces que comenzó a hablar de demandar a la minera. Una tarde me preguntó si era posible ingresar a los terrenos que rodean la represa, y le dije que existía una fuerte vigilancia en el lugar. Insistió en entrar, pese a que no estaba en edad de correr ni andar a los saltos por las lomas —dijo Escobar y luego de quedarse un rato en silencio, tal vez evocando a Razetti, agregó—: Le cobraron en Santiago la muerte de la que se libró en Cuenca.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Sabe algo sobre su asesinato?

—Lo que me contó Julián, nada más. Se me ocurre que en Santiago los crímenes son más frecuentes y fáciles de ocultar.

—Usted estuvo junto a Razetti cuando entró a los terrenos, y luego cuando fue entregado a los carabineros. ¿Qué recuerda de eso?

—Razetti quería conocer la represa y sus alrededores, cosa que no es fácil de

hacer si no se tiene permiso. Hizo gestiones en las oficinas locales de la minera y no obtuvo la autorización que esperaba. Quiso volar sobre la represa, pero no encontró a nadie que prestara el servicio aéreo. Varias veces le dije que se olvidara del asunto. El terreno más inmediato a la represa está rodeado por alambradas difíciles de sortear. A eso se suma un fuerte cuerpo de guardias a caballo y en moto que vigilan las veinticuatro horas del día. Incluso, en las proximidades de la represa, existe un sistema de cámaras que alerta sobre la presencia de extraños.

—¿Y cómo está usted al tanto de esa información?

—Fui empleado de la minera, y eso me permitió ver el inicio de la construcción. Trabajé vigilando los galpones donde se guardaban los materiales utilizados en el trabajo. Y además hay mucha información que obtuve conversando con otros obreros.

—Y no obstante esa información, pensó que Alfredo y usted podían eludir la vigilancia.

—Me dejé llevar por el entusiasmo del abogado y creí que tendríamos suerte. Me equivoqué medio a medio.

—¿Lograron ver algo de lo que quería conocer Razetti?

—Nos atraparon cuando veníamos de regreso. Llegamos hasta los pies de la represa, y él pudo apreciar sus dimensiones y los puntos donde han efectuado reparaciones para solucionar algunas filtraciones. Tomó apuntes y sacó fotos —dijo Escobar, y luego de unos segundos en los que su memoria pareció resistirse a los recuerdos, agregó—: Entramos de amanecida al terreno y estuvimos en su interior hasta casi las seis de la tarde, momento en que fuimos detectados por un vigilante a caballo. En pocos minutos nos vimos metidos en una de esas películas de acción que pasan en la tele. Motos y autos que corrían de un lado a otro; mucha gente armada. Nos entregamos porque no teníamos ninguna posibilidad de escape.

—¿Y qué pasó después?

—Nos sacaron del lugar y nos llevaron al pueblo. Un tipo que daba órdenes hizo unas llamadas telefónicas y nos dio a entender que estábamos metidos en problemas. Nos encerraron en una pieza y luego de un rato nos separaron. A mí me interrogaron varias personas. Querían saber en qué lugares habíamos estado y qué buscaba Razetti. Uno de los interrogadores me dijo que podían acusarme de robo y conseguir que me tuvieran una temporada en la cárcel. Alegué que no había robado nada, y el tipo me contestó que podían inventar pruebas.

—A usted lo dejaron de inmediato en libertad. Tuvo mejor suerte que el abogado.

—Querían joder a Razetti. Por eso a mí me dejaron en libertad, y a él lo entregaron a los carabineros, acusado de intento de robo y espionaje industrial.

—¿Y qué hizo usted cuando lo dejaron en libertad?

—Traté de ubicar a Becerra, pero no tuve suerte. Después se me ocurrió la tonta idea de hablar con Gutiérrez. Pensé que el cura me ayudaría y me fue mal. Ni siquiera prestó mucha atención a mis palabras. No llevábamos ni cinco minutos de conversación cuando apareció el secretario de Gutiérrez. Le dije que tenía una

llamada del señor Milton Montes. El cura corrió hacia su oficina y más tarde mandó a decir con el secretario que no podía seguir atendiéndome, que me fuera a la casa.

—¿Quién es Milton Montes? Hasta ahora no había escuchado ese nombre.

—Es el gerente de Asuntos Corporativos de la minera —dijo Julián Becerra, interviniendo por primera vez en la conversación.

—¿Vive en Cuenca?

—Pasa un tiempo en el pueblo y otro en Santiago.

Hice una pausa para encender un cigarrillo, y luego pregunté a Escobar lo que había hecho después de conversar con el cura.

—Volví a la casa donde vivía en esa época. Estaba preocupado por mi gente.

—¿Y eso fue todo?

—A la mañana siguiente apareció en mi casa uno de los tipos que me habían interrogado el día anterior. Dijo que no quería perder más tiempo conmigo. Que podía olvidarse de mí a cambio de una condición.

—¿Quedarse callado?

—Y olvidarme de cualquier cosa relacionada con la minera.

—Una propuesta que usted aceptó.

—¿Qué más podía hacer? El tipo dijo que si no obedecía mi esposa y mis hijos podían salir perjudicados. Y no tuve duda de que hablaba en serio.

—¿No pensó en pedir ayuda?

—Pensé en lo que ocurrió con mi padre durante la dictadura. El viejo era dirigente sindical; una mañana fue a buscarlo a la casa un grupo de milicos. Nunca volvimos a verlo.

—Pudo pedir ayuda a los vecinos que se oponen a la minera.

—Tenía miedo. Me acordé de esta casa, que estaba abandonada. Pertenece a un tío de mi esposa. Me vine con mi familia. Después de una semana regresé al pueblo e intenté encontrar trabajo. Nadie quiso nada conmigo. Dejé el pueblo y volví a esta casa. No nos ha ido mal. Vivimos tranquilos y algo ganamos con los quesos y las artesanías.

—¿Ha vuelto a ver a quienes lo detuvieron?

—No. Pero de vez en cuando pasa por aquí alguna camioneta de la minera. Se detiene un rato y sus ocupantes observan la casa y lo que hacemos. Supongo que la situación cambiará con el tiempo. La gente del pueblo está acostumbrada a que personas que trabajan para las mineras hagan preguntas o escuchen a los pobladores cuando están reunidos.

—¿Pensó en denunciar su caso? —pregunté a Escobar.

—¿Cree que alguien me iba a prestar atención?

—El miedo es la mejor arma de la minera. Por eso nuestra lucha tiene sentido —dijo Becerra a Escobar.

Escobar escuchó las palabras del dirigente. Se limitó a mover los hombros con desgano y seguramente sin ánimo de batallar contra sus temores.

Deduje que ya no quedaba nada más de qué conversar con él. Me despedí y caminé hacia la puerta.

—Cuídese, señor —fue lo último que dijo el artesano.

Becerra condujo de regreso al pueblo y me dejó a un costado de la plaza. Hacía calor. Dos perros dormitaban a los pies de un árbol de hojas amarillas. Recordé las notas que Sanhueza había encontrado en el computador de mi amigo y me pregunté si no existiría la posibilidad de ubicar otros documentos. Luego reparé en el tiempo que Alfredo había pasado en el pueblo antes de que Becerra le pidiera ayuda. Recordé que la pensión de Adriana Mercado ofrecía conexión a internet y decidí enviar un correo electrónico a Sanhueza pidiéndole que buscara nuevamente en la computadora de Razetti. Si pensaba demandar a la minera, Razetti debía haber tenido más información; no era posible que todo se redujera a los apuntes que yo había leído, salvo que el mismo asesino hubiera eliminado la información. Si así había sido, por qué borrar unos archivos y dejar otros. ¿Prisa, descuido?

El balón amarillo con el que jugaban unos niños hizo esfumarse la sensación de que era observado. Le di un puntapié y fue a dar a las manos de uno de los pequeños. Recordé las pichangas que jugaba en las polvorientas canchas de mi infancia. Nunca fui hábil con la pelota, pero ponía fuerza y entusiasmo en mis desplazamientos por la cancha. Y seguía haciendo lo mismo en el juego de la vida. Fuerza y entusiasmo para obtener pequeñas victorias que pronto caían en el desencanto. Seguí observando el juego de los niños y después me dispuse a seguir mi camino.

Entré a un bar y pedí una copa de vino. La bebí acodado en un sucio mesón de madera. Un hombre moreno que cubría su cabeza con un sombrero verde entró al bar. Se ubicó a un extremo del mesón, pidió una cerveza y en los siguientes minutos lo sorprendí observándome insistentemente. Pedí una nueva copa de vino y me dirigí al baño ubicado al final de un extenso pasillo que tenía varias puertas a sus costados. Una de ellas conducía a la cocina del bar. Avancé deprisa y sin importarme los reclamos de un cocinero que freía chuletas en una parrilla, pasé por la cocina y abrí la puerta que daba a un patio interior. Observé el lugar y luego trepé por la pandereta de ladrillos que separaba al bar de la casa vecina.

Minutos después me detuve en la esquina más alejada del bar, y con la absoluta seguridad de que el desconocido del sombrero seguía junto a la barra, encendí un cigarrillo y caminé hacia la pensión.

Adriana Mercado estaba en el cuarto que le servía de oficina. Al verme llegar, se sacó las gafas que usaba hasta ese instante para leer el cuaderno que tenía sobre su escritorio.

—Ya empezaba a pensar que había huido sin pagar —dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa.

—Pregunté por usted a la hora del desayuno. Me dijeron que andaba buscando a unos turistas.

—¿Cómo le ha ido en su trabajo? —preguntó ella.

—Aumentan las piezas del rompecabezas. Un cura que miente, un hombre con miedo y un amigo abogado que pasó más tiempo en el pueblo del que yo pensaba —dije, resumiendo en pocas palabras mis andanzas por el pueblo.

—¿Qué importancia puede tener que Alfredo viniera al pueblo más veces de las que usted pensaba? —preguntó Adriana.

—Para aclarar su muerte, no lo sé. Pero puede aclarar algún misterio insospechado en su vida.

—Sigue pensando en la insinuación que me hizo ayer por la noche.

—No voy a insistir en eso.

—¿Un detective que renuncia a sus preguntas?

—Anoche ya me di cuenta que la pregunta no era de su agrado.

—Eso no debería ser obstáculo para usted.

—No lo es. Pero para ciertas preguntas hay que esperar el lugar o el momento más adecuado —dije, y sin esperar la reacción de la mujer le pregunté si me podía ayudar a enviar un correo electrónico.

—Junto al mesón de recepción hay un computador que usan los clientes.

—Lo vi, pero mi amistad con los computadores es nula.

Adriana Mercado volvió a mostrar su sonrisa y se acercó al computador.

—¿Cuál es el correo de la persona a la que desea enviar el mensaje? —preguntó.

Busqué en mi chaqueta hasta encontrar el papel donde había anotado el correo de Sanhueza, y se lo pasé a la mujer.

—¿Qué quiere poner en el correo? —preguntó.

Le dicté el mensaje y ella lo envió. Encendí un cigarrillo y dejé que el silencio se impusiera en la habitación por un instante.

—¿Usted cree que puede aclarar la muerte de Alfredo? —preguntó Adriana.

—Me subí al bus apenas conocí a Becerra y su historia. He ido descubriendo lo que hizo Razetti en Cuenca. Por ahora me siento como un toro arremetiendo contra el primer trapo rojo que se cruza en su camino.

—Lo veo confundido, Heredia.

—Lo estoy, cómo negarlo. Confundido porque en unas pocas horas he conocido facetas ignoradas de la vida de Alfredo. Alguna vez leí que todo hombre es un iceberg que oculta una parte de sí mismo. Usamos máscaras para ocultar los sentimientos que arden en nuestro interior.

—¿Y cuáles son sus máscaras, Heredia?

—Una de ellas es la de un detective que aparenta conocer cada paso que da.

—¿Y no es así?

—No siempre.

—¿Y las otras máscaras?

—Son las que ocultan a un solitario que no sabe mostrar sus sentimientos.

—Me gusta su sinceridad, Heredia. No es frecuente conocer hombres de su estilo.

—Cuidado con las conclusiones apresuradas. Acuérdesse del iceberg.

—Habría sido bueno conocernos en otras circunstancias —dijo Adriana Mercado.

—Sin duda. Hoy usted tiene sus dolores, y yo algunas certezas que no quiero traicionar.

—¿Por qué habla de mis dolores?

—¿Quiere que insista con la pregunta de anoche?

—No —dijo Adriana Mercado, y enseguida reprimiendo el deseo de unir sus manos a las mías, agregó—: Confieso que me gustaría tener su compañía esta noche.

Guardé silencio y busqué la ayuda de un cigarrillo que encendí lentamente, al tiempo que miraba de reojo el rostro de Adriana Mercado.

—En Santiago me espera una mujer a la que debo una respuesta.

—Espero que no lo diga a modo de excusa.

—Desde luego que no. Me gustaría aceptar su propuesta, pero prefiero apostar mis cartas a la verdad.

—Como sea que ella se llame, es una mujer afortunada.

—Y tan sola como nosotros.

—¿Quiere acompañarme? Deseo mostrarle un lugar que pocos conocen. Quizás ahí me atreva a responder su pregunta de la otra noche.

La camioneta de doble cabina sorteaba con facilidad los baches del camino de tierra que seguimos una vez que nos alejamos unos kilómetros del pueblo. Desaparecidas las últimas casas comenzamos a ver un paisaje de pastos secos, rocas de tonos rojizos y un cielo celeste que pronto fue alterado por una gruesa columna de vapor que emergía desde unas instalaciones que parecían las réplicas de extrañas naves espaciales.

—Otra muestra de la contaminación provocada por la minera —dijo Adriana—. Es el gas que se libera durante el proceso de producción del cobre. Tiene un alto componente de arsénico que, por efecto de las lluvias o del viento, va a dar al pueblo. Los gases están generando nuevas enfermedades entre los pobladores. Sé que en otras partes del país vapores similares han ocasionado daño a mujeres embarazadas y que han nacido niños prematuros o con anormalidades físicas. En Cuenca, y aunque los dos médicos que hay en el pueblo no se atreven a decirlo en voz alta, han aumentado los casos de abortos espontáneos y los de leucemia en menores de edad. De lo que no tengo duda es que faltan estudios rigurosos sobre el efecto de los gases.

—Becerra me contó que hasta la fecha ni siquiera han conseguido que un laboratorio realice un estudio de las aguas.

—Es lo que todos saben en el pueblo —dijo Adriana, al tiempo que disminuía la velocidad de su vehículo y entraba en una nueva senda, más estrecha y sinuosa.

Minutos más tarde detuvo la marcha y me señaló el horizonte, donde una extensa franja de mar y rocas era impactada por olas de crestas blancas y embravecidas. Caminamos por una huella hacia un bosque que crecía a no más de cincuenta metros de donde nos habíamos detenido. Al fondo del bosque, divisé una casa de madera con su techo de zinc pintado de un rojo intenso.

—Mi refugio y mi secreto más oculto —dijo una vez que estuvimos en el interior de la casa, compuesta por una larga habitación que servía de cocina, comedor y sala de estar; y otras dos piezas en las que estaban ubicados los dormitorios—. Los fines de semanas o en mis vacaciones simulo ir a otros lugares y me refugio entre estas paredes.

—Un lugar que puede estar en los sueños de cualquiera.

—Es lo que pensé cuando compré el terreno y empecé a imaginar la casa. Fue mucho antes que se empezara a hablar de la represa y de la fumarola blanca que vimos en el camino.

—Dudo que sus efectos lleguen hasta este lugar.

—Los vientos me favorecen, pero a veces temo que los gases invadan este lugar. Por eso, entre otras razones, simpatizo con los pobladores que luchan contra la minera.

—De cualquier modo, fue buena idea construir este refugio.

—Sería mejor si pudiera compartirlo con alguien —dijo Adriana, acompañando

sus palabras con un suspiro entrecortado. Pero no pienses mal, no estaba pensando en ti —dijo, tuteándome por primera vez desde que nos conocíamos.

—Pensabas en ese novio que nunca volvió.

—¿Qué novio?

—Del que empezó a hablar la gente cuando me vieron llegar al pueblo. Una historia de ese tipo no sale de la nada. ¿O me equivoco?

—Es una historia vieja y seguramente sin mucha originalidad. Se llamaba Peter y era un holandés que llegó al pueblo contratado para realizar estudios geológicos. Estuvo diez meses en el pueblo y regresó a su país. Durante un tiempo me escribió con cierta regularidad y luego dejó de hacerlo.

—Y todavía lo esperas.

—No soy ingenua, Heredia.

—¿Y nadie llegó a ocupar su lugar?

—Ya sabes la respuesta.

—Alfredo Razetti.

—Apareció un día en la pensión y alquiló una pieza. Venía a trabajar en la confección de un testamento, especialmente complicado por la cantidad de bienes que estaban en juego. Al principio me pareció muy formal y distante, pero al tercer o cuarto día, cambió. Conversamos y simpatizamos. Se fue y regresó una semana después. Antes que él me lo dijera supe que su nuevo viaje al pueblo no estaba relacionado con el asunto del testamento. Estuvo quince días en el pueblo y poco a poco lo nuestro pasó a ser algo importante.

—¿Te habló de su esposa?

—Me habló de ella cuando vino la segunda vez. Yo suponía que estaba casado pero no se lo quise preguntar. La relación con su esposa estaba desgastada por la rutina y el carácter pasivo de su mujer. Decía que ella le había quitado el entusiasmo. Al principio pensé que era la típica excusa del hombre infiel, pero luego, al conocerlo mejor, concluí que no mentía y que deseaba darle un sentido diferente a sus días.

—Lo dices por su compromiso con el asunto de la minera.

—Solía recordar las actividades políticas en las que estuvo involucrado en otra época y se reprochaba su posterior conformismo.

—¿Mencionó la posibilidad de abandonar a Raquel?

—Más de una vez, pero sus palabras estaban cargadas de culpa.

—¿Por eso tu pregunta de la otra noche?

—Sí. A veces hablaba de radicarse en el pueblo y dar otro giro a su vida. Sin embargo, no me hice ilusiones. Me bastaba con sentirme bien a su lado y dejar al tiempo las decisiones más complicadas.

—¿Su esposa llegó a saber lo de ustedes?

—Se lo pregunté en una ocasión. Dijo que a Raquel jamás se le pasaría por la cabeza que él le fuera infiel. Hasta dónde sé, no lo cuestionaba por sus viajes cada vez más frecuentes.

—¿Y si lo sabía y callaba? ¿Y si lo supo y quiso vengarse?

—¿No estarás pensando que ella lo asesinó?

—Mi oficio me obliga a sospechar.

—Según eso, deberías sospechar de mí.

—Quizás la relación con Alfredo no fue como la cuentas. Tal vez él te mintió.

—Gracias por la franqueza. Puedo probar que no viajé a Santiago desde hace más de un año.

—Tú o Raquel pudieron contratar a un sicario. Una de mis hipótesis es que el asesino fue un profesional o alguien a quien Alfredo conocía.

—Me asustas, Heredia. Puedo asegurarte que yo no maté a Alfredo.

* * *

Transcurrieron tres o cuatro días luego de la visita al refugio de Adriana en los que la investigación dio tumbos por un camino repleto de pozas de silencio; de preguntas sin respuestas, y sobre todo del miedo que las personas del pueblo manifestaban cuando nos cruzábamos a la salida de la pensión, en el almacén donde compraba cigarrillos o ante el quiosco donde una mujer vendía los diarios de Santiago. Solo los pobladores del grupo de Becerra me recibían cordialmente, cuando llegaba al club deportivo que albergaba a los huelguistas o al bar donde solían beber sus cervezas y discutían la mejor estrategia para conseguir que el gobierno o la minera atendieran sus demandas. Sus rostros, sin embargo, mostraban ya las sombras del cansancio. A través de uno de sus ministros, el gobierno insistía en que el problema debía resolverse en los tribunales; y la minera, mediante sus comunicados redactados por periodistas contratados para gestionar las relaciones públicas de la empresa, se limitaba a insistir en que la construcción de la represa y las labores de explotación del cobre se enmarcaban dentro de las disposiciones legales vigentes. Los periodistas obedecían las órdenes de un jefe local, quien a su vez seguía las instrucciones de un vicepresidente instalado en Santiago, el que cada cierto tiempo almorzaba con ministros o senadores para conversar sobre las oportunidades que ofrecía el mercado minero internacional o las crecientes demandas de la economía china. Todos felices y atentos al dinero que entraba en sus cuentas corrientes, mientras hablaban de las fluctuaciones de la bolsa y de variables macroeconómicas.

Tampoco llegaba la respuesta de Sanhueza. Y habría seguido dando palos de ciegos si no hubiera recordado el nombre mencionado por Santiago Escobar durante la conversación en su casa. Milton Montes, el gerente de Asuntos Corporativos era el rostro más visible de Memphis y, según Becerra, una figura infaltable en las ceremonias cívicas y sociales del pueblo. Intenté contactarme con él, pero cada vez que llamé a su oficina una secretaria me respondió que su jefe estaba en reuniones. Y en las dos oportunidades en que me presenté en su oficina, la misma mujer me informó que su jefe se encontraba en terreno y volvería a una hora imposible de

precisar.

Busqué otra forma de llegar hasta Montes. Con la ayuda de los vecinos que apoyaban a Becerra, llegué al chofer de una línea de radiotaxis que prestaba servicios a la minera, transportando a sus ejecutivos dentro y fuera del pueblo. Según nuestro informante, Montes vivía en una casa que la empresa arrendaba en los extramuros del pueblo, donde dormía de lunes a jueves, ya que los viernes viajaba a Santiago para pasar los fines de semanas con su esposa y dos hijos adolescentes, a los que en ocasiones había traído de visita a Cuenca.

Ubicar la casa y conversar con el jardinero que la atendía fue fácil. Con una que otra mentira de mi parte, el hombre me informó que Montes aparecía por su casa minutos antes de las nueve de la noche. Hice guardia frente a la casa un jueves hasta cerca de la medianoche. Luego salté el muro de ladrillos que rodeaba la vivienda. Caminé hacia la puerta que comunicaba la casa con un patio interior y me bastó forcejear un instante con mi cortaplumas para abrir la puerta y quedar al inicio de un pasillo.

Desde una de las habitaciones de la casa llegaba el sonido de lo que parecía ser una animada conversación. Seguí avanzando hasta la sala donde Montes, sentado frente a un televisor, observaba un debate político. Tenía en una de sus manos un cigarrillo sin encender y en la otra una copa. El ejecutivo no se percató de mi presencia hasta que me tuvo a su lado. Intentó ponerse de pie, pero con mi mano izquierda presioné uno de sus hombros y lo mantuve en su lugar.

—Quieto o me verá obligado a utilizar mi pistola —dije.

Montes me observó con más curiosidad que temor. Dejó caer el cigarrillo sobre la alfombra y puso su copa sobre la mesa ratonera que estaba a su alcance.

—¿Qué quiere? —preguntó con autoridad. Era un hombre grueso y en camino a quedar calvo; usaba un bigote espeso y sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de gran aumento.

—Disculpe el lugar común, pero en esta conversación las preguntas corren por mi cuenta.

—Creo saber quién es usted —agregó sin prestar atención a mis palabras—. El detective santiaguino que anda husmeando por el pueblo.

—Muy bien. Eso significa que podemos saltarnos las presentaciones.

—En el pueblo los forasteros no pasan inadvertidos y averiguar su nombre fue simple.

—Y supongo que su secretaria le informó de mis llamadas y visitas.

—Lo hizo, pero hasta ahora no encuentro una buena razón para conversar con usted.

—Pero sí para hacerme seguir por el pueblo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Montes, displicente.

—Un gordito mal encarado que usa un sombrero verde.

—Francamente no tengo la menor idea de quién me habla.

—Supuse que diría eso. Para otra vez, contrate a alguien más avisado.

—No es a mí a quien debe dar consejos de ese tipo —dijo Montes mientras intentaba ponerse de pie.

Volví a empujarlo de un hombro y se quedó quieto. Noté que unas gotas de sudor perlaban su frente.

—Quieto, pretendo conversar con usted —dije, repitiendo una frase que había usado demasiadas veces en mi vida.

—Me han dicho que usted se reúne con los que quieren detener nuestras faenas. Si quiere conversar sobre esa cantinela de la contaminación, pierde su tiempo. Mañana mismo puedo enviarle los comunicados de prensa que hemos emitido sobre el tema. Cumplimos con todas las normas medioambientales que regulan la actividad minera.

—Una cosa son las normas legales y otra la realidad.

—Si esa es su posición, podríamos discutir toda la noche sin llegar a coincidir en nuestras apreciaciones.

—Estoy de acuerdo con usted. Solo me interesa hablar de Alfredo Razetti.

—¿Razetti? —preguntó Montes, acompañando sus palabras con un movimiento despectivo de sus labios.

—Por favor, no diga que no sabe quién es —dije mientras dejaba al descubierto la pistola que llevaba apretada al cinturón—. No pensará que voy a creer que desconoce quién es el abogado que detuvieron en los terrenos de la minera. O que ignora que está muerto.

—Si persiste en su conducta solo logrará meterse en problemas.

—¿Como los que tuvo Razetti?

—Ya le dije que ningún forastero pasa inadvertido en el pueblo.

—Sé que usted llamó a Gutiérrez después de la detención del abogado.

—Mis obligaciones me imponen velar por los intereses de la empresa.

—¿Comprando los servicios de un cura? ¿Amenazando a un comentarista radial?

—Veo que no ha perdido su tiempo. ¿Habló con Zamora?

—Sí, y no se preocupe, el locutor cumplió con su pacto de silencio.

—Mis deberes me imponen mantener las mejores relaciones posibles con las autoridades y los líderes sociales del lugar.

—Leyó muy bien el manual de comunicaciones corporativas.

—Trato de hacer bien mi trabajo.

—¿Y qué puede decir del dinero que entregaron al cura?

—Habitualmente apoyamos actividades deportivas, culturales y religiosas.

—No siga recitando el manual. Me queda claro que lo conoce al dedillo.

—Usted debe estar al tanto de los proyectos que hemos impulsado en el pueblo. Pavimento de calles, una nueva escuela, becas escolares, entrega de computadores y otras regalías que son apreciadas por los vecinos.

—Seguramente informó a sus superiores que el abogado apoyaba a los pobladores

—dije sintiendo que comenzaba a perder la calma.

—No lo recuerdo. Regularmente emito informes sobre nuestro trabajo.

—¿A quién le hizo llegar el informe?

—Eso es un asunto que a usted no le compete.

—No olvide que tengo una pistola.

—Sea razonable y olvide sus bravatas. Usted no usará esa pistola ni yo responderé su pregunta. Esta visita a mi casa le puede acarrear problemas con la policía. Váyase y olvidaré esta inesperada y desagradable conversación.

—No sería la primera vez que tengo problemas con la policía. ¿A quién le envió el informe?

—No pida peras al olmo. Se trata de un dato confidencial.

—Tendrá que responder esa pregunta a la policía.

—¿Quién sabe? Puede que cuando eso ocurra no tenga mucho que decir. Como suele decir la gente, la memoria es frágil.

—Podría ponerme violento, pero quiero volver a conversar con usted.

—Dudo que exista una próxima vez. Nada que me importe menos que usted y su historia del abogado.

—No se apresure en dar vuelta la página.

—Le doy un consejo. Ordene su maleta y regrese a Santiago.

Parecía más práctico asumir el fracaso y dejar la búsqueda de pistas en un pueblo condenado a desaparecer. En algún minuto, los vecinos cederían ante las propuestas de la minera, recibirían sus compensaciones y partirían a otros lugares. Los juegos de los niños quedarían vacíos. Nadie entraría a los bares donde los hombres beben cervezas y miran partidos de fútbol. Los recuerdos del pueblo, cada día más borrosos, sobrevivirían por un tiempo en la memoria de los viejos que se resistieran a dejar sus casas, las calles y los escaños de la plaza donde vieron envejecer a sus mayores y a ellos mismos.

El nombre del pueblo desaparecería finalmente de los mapas y años después, treinta o cuarenta, cuando la minera dejara sus faenas, la mole rústica de la represa, conteniendo a duras penas una masa de lodo seco y tóxico, sería el último vestigio en el horizonte.

Al pasar por un costado de la plaza, observé luces encendidas en el club deportivo donde los vecinos en huelga seguían resistiendo. Me detuve frente a su puerta, miré a mi alrededor y entré a la sala.

Tres ampolletas arrojaban una luz mortecina sobre las colchonetas donde descansaban los huelguistas. La mayoría de ellos dormía, vencidos por la vigilia y el prolongado ayuno. Un par de hombres despiertos hablaba con frases lánguidas y entrecortadas. Tito era uno de ellos. Lo conocí durante mi primera visita al lugar. Hizo un esfuerzo por sonreír cuando me acerqué a su lado y luego me indicó tres colchonetas apiladas en un rincón del salón.

—Se llevaron a tres compañeros al hospital —dijo con la voz aún firme—. Sus vidas están en riesgo. En el hospital recibirán suero y tendrán el control de los médicos.

—Debieran pensar en suspender la huelga —dije—. El ayuno les está pasando la cuenta.

—Primero tienen que escuchamos —reclamó Tito.

—Hasta que vine de Santiago no tenía ninguna noticia de la huelga, y creo que la prensa seguirá sin prestarle atención o entregando una versión distorsionada de sus objetivos.

—Seguiremos hasta que alguien nos escuche. No importa lo que diga o calle la prensa. Queremos que la gente del pueblo tome conciencia del peligro que corre.

—A una parte de esa gente le importa un comino lo que suceda con ustedes. Es un síntoma de los tiempos en que vivimos. Se centran en sus intereses y los demás que se vayan al carajo.

—Los que luchan y provocan cambios siempre son unos pocos. Lo importante es el ejemplo —dijo el huelguista, y luego de un esfuerzo por respirar profundo, agregó—: Y si usted piensa que nuestra causa no tiene futuro, ¿por qué está aquí?

—No menosprecio lo que ustedes están haciendo, pero a veces hay que dar un

paso atrás para luego embestir con más fuerzas.

—Para nosotros es importante que usted esté aquí. Y no es verdad que a mucha gente no le interesa la huelga. Lo que sucede es que la gente tiene miedo y no expresa sus sentimientos.

Guardé silencio, miré por un momento los rostros demacrados de Tito y sus compañeros y me pregunté hasta dónde podrían llegar con el esfuerzo que los consumía.

—¿Cuándo regresa a Santiago? —preguntó.

—Mañana. No es mucho más lo que puedo hacer en el pueblo.

—Es importante que no olvide lo que ha visto.

—Puede estar seguro de eso.

—Gracias —dijo, y luego de observar a sus compañeros, agregó—: Estoy cansado y deseo dormir.

—Duerma.

—Cada día es más duro que el anterior. Ayer vino mi hija a pedirme que dejara la huelga. No supe qué decirle. Tiene ocho años y teme que me pase algo malo.

—Ya han hecho un gran esfuerzo.

—Nuestro límite es conseguir que nos escuchen.

—Duerma, Tito. Ya verá que todo sale bien.

* * *

—Tienes la mirada de los que se despiden —dijo Adriana cuando entré la pensión.

En el comedor quedaba una pareja que había llegado ese mismo día desde La Serena, y Cristóbal, un viejo que cada noche pasaba a buscar el crucigrama que venía en el diario local.

—¿Ahora eres adivina? —pregunté, intentando una sonrisa que no prosperó.

—Te lo dije por la forma en que miraste al entrar. Es la mirada de los que se despiden y quieren recordar.

—Mientras caminaba hacia la pensión, pensé que podría estar medio año en el pueblo y no obtendría más información de la que ya conseguí. Tampoco tengo recursos que me permitan quedarme más tiempo.

—Si ese es el problema, aquí tienes techo y comida.

—Gracias, pero hay otros asuntos que me esperan en Santiago.

—No tienes que dar explicaciones, Heredia.

—Que me vaya no quiere decir que olvide los problemas del pueblo.

—Lo sé y por eso pienso que regresarás.

—¿Como Alfredo?

—¿Cuándo te vas? —preguntó Adriana, sin ánimo de especular sobre el futuro.

—Mañana, a primera hora.

Desperté con el ruido que hacía la camioneta de Adriana al alejarse de la pensión. Me quedé un rato en la cama y después me di una ducha que entibió mi ánimo y mis huesos.

Llegué al rodoviario con suficiente tiempo para llamar a Julián Becerra y luego abordar el bus. Becerra entendió mis razones y quedó en informarme lo que sucediera en el pueblo. Cinco minutos antes de la partida del bus un niño de unos diez años se acercó a mi lado. Me preguntó mi nombre; me entregó un sobre y se alejó corriendo. Subí al bus y abrí el sobre que en su parte superior izquierda tenía el logotipo de la Radio Primavera. En su interior había una hoja con un mensaje que decía: «W. W. Pérez se llama la persona que me amenazó. Vino de Santiago por una semana y nunca más volví a verlo en Cuenca. Días antes de recibir sus amenazas lo vi acompañado de un ejecutivo de la minera llamado Gilberto Arenas. Trabaja en Santiago y ha sido visto en el pueblo en más de una ocasión. Por último, le recomiendo ubicar a Rogelio Farren. Si llega a hablar con usted, tal vez entienda mi silencio del otro día».

El mensaje no tenía firma ni la necesitaba. Imaginé lo que le habría costado al locutor escribirlo y también en que todo hombre, en uno u otro momento de su vida, está obligado a optar entre ser un cobarde o actuar con decencia.

Pérez, Arenas y Rogelio Farren. Tres nombres que no me decían nada y tres misterios más por dilucidar.

El bus se puso en movimiento. Cerré los ojos con la intención de dormir una siesta que hiciera más corto el viaje. No lo conseguí. El ronco sonido del motor del bus me impidió conciliar el sueño, y el nombre de Adriana salía y entraba de mi pensamiento, asociado a la soledad y la muerte de Razetti.

Horas más tarde, al caminar hacia la salida del terminal, me paralizó la ola de gente que parecía venir a mi encuentro con la intención de arrastrarme hacia profundidades desconocidas. Pero no pasó más allá de un empujón y dos codazos que recibí con la resignación de un pugilista agotado.

Caminé hasta la Estación Central, acostumbré mis pulmones al aire contaminado de Santiago, y más tarde abordé el Metro para volver al departamento donde me aguardaban Simenon y el desorden distribuido por habitaciones que en ocasiones me parecían excesivas para alguien que vivía acompañado de un gato y varios centenares de libros.

Apenas llegué a la esquina de las calles Bandera y Aillavilú, Anselmo salió de su quiosco y se acercó a saludarme con la alegría de quien ve a un querido fantasma caminando. Me habló de los cuidados prodigados a Simenon, de las cuentas despachadas con la habitual puntualidad de los usureros y de las visitas reiteradas del joven abogado Sanhueza.

—Parece contento de regresar, pero tiene cara de triste —dijo una vez que volvió a ocupar su trinchera al interior del quiosco.

—¿Qué es eso? ¿Un trabalenguas?

—Como que le pasó algo bueno, pero le duró poco —dijo sin ocultar su

curiosidad.

—¿Juegas a las adivinanzas?

—No. Hace un rato subí a su departamento y me tocó atender la llamada de una mujer que deseaba saber si usted ya había llegado a Santiago. Y no era la señorita Doris.

—Y dos más dos, casi siempre suma cuatro.

—Usted lo dijo, don. ¿Tiene algo especial que contar?

—Cualquiera se entristece con la historia de Adriana —dije a Simenon mientras acariciaba su panza esponjosa—. Y quién podía imaginar que Alfredo tenía un secreto tan bien guardado. Me pregunto si habría llegado a terminar con su matrimonio.

—¿Quién sabe? Los hombres suelen ser impredecibles en sus decisiones del corazón.

—¿Me estás haciendo algún reproche?

—¿Tú que crees? ¿Necesito recordarte la llamada que le debes a Doris?

—Llamarla implica dar un paso que no sé si es el más aconsejable. Soy un tipo que ya moldeó su forma de vivir.

—Dudo que ella espere grandes cambios en tus costumbres. No es tonta ni está en edad de creer en milagros.

—¿Tú crees? Algo me dice que tienes una información que desconozco. Tu cariño por Doris nunca ha sido muy entusiasta.

—Tengo derecho a cambiar de opinión. Antes que se distanciaran, ella había empezado a traerme unas interesantes bolsitas con golosinas para gatos.

—Podrías pensar en algo que no sea tu panza.

—Lo hago, Heredia. Me preocupa tu soledad y la manera como algunas noches te quedas mirando junto a la ventana. A veces creo que piensas en un vuelo sin alas.

—¿Vuelo sin alas? ¿Desde cuándo te dio por la poesía?

—Desde que te escucho leer tus libros en voz alta.

—Dejemos esta conversación para otro día. ¿Qué tal si voy al supermercado y compro unos bifes?

—No cambies de tema, Heredia. Quiero saber tu decisión respecto a Doris.

—Bifes gruesos y jugosos.

—Te aprovechas de mis debilidades.

—Una buena carne y luego una gran porción de helado de vainilla.

—Suenas atractivo.

—¿Qué dices?

—Deja de hablar y camina. No sea cosa que encuentres cerrado el supermercado.

* * *

Simenon acabó su comida con la voracidad de siempre. Se tendió sobre el choapino ubicado frente a mi escritorio y se quedó dormido. Resistí la tentación de imitarlo. Tomé el teléfono, marqué el número de Ruperto Chacón y durante los siguientes quince minutos le di un detallado informe de mis actividades en Cuenca.

—De buenas a primeras es arriesgado pensar que alguien de Memphis ordenara el

asesinato de Razetti —dijo el detective—. La minera debe tener otros recursos para silenciar a los que interfieran en sus intereses.

—No estoy pensando en una práctica habitual de la empresa. Tal vez uno de sus miembros pensó que era conveniente usar un procedimiento fuera de protocolo.

—Sigue siendo una canasta frágil. No pondría muchos huevos en ella.

—Pero es la única idea de la que dispongo para continuar investigando —protesté.

Chacón gruñó algo que no logré entender y luego se quedó en silencio.

—¿Cómo te fue con el hombre calvo? —pregunté a Chacón.

—Mal. He invertido varias horas en su búsqueda y sigue siendo un misterio —respondió.

—Probablemente no valga la pena seguir pensando en él —dije—. Necesito tu ayuda en otro asunto.

—Te escucho, Heredia.

—Necesito información sobre tres personas. W. W. Pérez, Gilberto Arenas y Rogelio Farren.

—Los nombres de Pérez y Arenas no me dicen nada. En cuanto a Farren, supongo que te refieres al senador.

—¿Senador? Ignoraba su existencia.

—Veo que no lees las noticias políticas.

—Cada vez menos, Chacón.

—Buscaré si hay alguna referencia de ellos en nuestros archivos —agregó Chacón y luego quedó en silencio.

—¿Quieres decirme algo más? —pregunté finalmente.

—Doris Fabra.

—¿Qué pasa con ella?

—Me llamó ayer para que nos juntemos.

—¿Y?

—Preguntó por ti. Le mencioné el asunto que estás investigando y se interesó en tener más información.

—Un día de estos iré a verla.

—¿Un día de estos? ¿Qué respuesta es esa? ¿Crees que es cosa de llegar y aparecer en su departamento? Podemos hacer algo mejor. Te doy el nombre del restaurante en el que acordamos juntarnos a comer esta noche.

—¿Harías eso por mí?

* * *

El restaurante estaba ubicado frente al costado sur de la plaza Brasil, en una construcción de dos pisos que antiguamente debió ser un atractivo palacete de la oligarquía santiaguina. Estaba próximo al «Juan y Medio» y a una cuadra de «El

Serena», bar que tenía más de ciento veinticinco años de vida y seguía ofreciendo cazuelas de vacuno, perniles de cerdo y un vino barato y digno.

Cuando llegué a la hora indicada por Chacón, Doris ya estaba esperando, sentada junto a una mesa, bebiendo una copa que supuse sería de vino blanco helado. La miré a través de una de las ventanas del restaurante y aunque concentré mis pensamientos en ella, no conseguí que observara hacia la calle y me reconociera.

Había pasado medio año desde nuestra despedida, después de una relación que, con sus altos y bajos, nos había dado más momentos de alegría que disgustos.

Desde lejos parecía igual que antes. Morena, alta y atractiva, los ojos claros y una cabellera azabache recortada a la altura del cuello.

Por un instante recordé el día en que nos conocimos. Había llegado a mi oficina a interrogarme por la muerte de un funcionario público. En esa ocasión vestía bluyines y una polera azul que dejaba en evidencia el atractivo de sus pechos y unos brazos sensuales. Recordé la inquietud que me provocó su presencia y, por un instante, consideré rehacer mis pasos y no entrar al restaurante con la respuesta que había meditado en los últimos meses.

Doris consultó su reloj con impaciencia y ya no tuvo duda de que era el momento de reencontrarme con ella y nuestro pasado.

Me reconoció apenas entré al bar y me siguió con su mirada hasta que estuve frente a su mesa. Nos miramos, intenté recuperar la complicidad de antaño con una sonrisa y ella permaneció seria, examinándome de pie a cabeza, como si estuviera analizando a uno de los delincuentes que acostumbraba a interrogar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente—. Supongo que es una casualidad.

—Tengo cita con una amiga a la que extraño más de lo que puedes imaginar —respondí.

—¿Te dijo Chacón que me encontrarías aquí? —preguntó.

—Cuando me dijo que se reuniría contigo, lo obligué a que me cediera su lugar.

—Dudo que haya sido de ese modo.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté, y el silencio de Doris se extendió sobre la mesa, igual que un grueso y áspero mantel.

—¿Qué quieres? —preguntó luego de unos segundos.

—Conversar y pedirte disculpas por mi silencio —dije.

—Habrás tenido tus razones para no llamar —dijo en voz baja.

—¿Quieres que me vaya? —insistí.

—No mientras me quede vino en la copa. Siéntate, detesto beber sola.

—Te ves bien —le dije más tarde, después de que un mozo me sirviera un vodka tónica.

—No puedo decir lo mismo de ti. Pero no me asombra en lo más mínimo.

—Sé que en algún momento preguntaste por mí.

—Tal vez, no lo recuerdo.

—Reconozco que no actué correctamente.

—Tus palabras no aminoran el costo de la espera.

—¿Ni siquiera por lo que compartimos en el pasado?

—Había algo entre nosotros y por eso me atreví a proponerte que viviéramos juntos. No era mucho lo que deseaba; simplemente saber que en alguna hora del día podía contar contigo y que teníamos un lugar donde encontrarnos más allá del azar que a ti tanto te gusta mencionar, o de las ganas que podíamos tener el uno del otro.

—Nunca dejé de pensar en tu proposición y más de una vez tuve la intención de llamarte.

—Eso no me sirve ni como consuelo. No merecía que me dejaras esperando, confundida con tu silencio y con los problemas que debía resolver en mi trabajo.

—Podemos recuperar el tiempo malgastado.

—¿Te parece sencillo? Nos bebemos nuestras copas, pedimos una más y luego nos vamos a la cama.

Guardé silencio, bebí un sorbo de vodka y me sentí desnudo frente a una realidad que seguía sin saber cómo afrontar.

—Sigues con el maldito miedo a perder tu libertad —dijo Doris—. Nunca has comprendido que no pretendo tenerte atado a una cadena, como un lanudo perro faldero.

—Si estoy aquí es porque no te he olvidado.

—Tengo planes y tú no entras en ellos, Heredia. Finalmente decidí aceptar el cargo que me ofrecieron antes de irme al sur, a reflexionar sobre lo que quería hacer con mi carrera profesional, y desde luego, a esperar tu llamada. Viviré igual que tú, esperando el próximo caso, buscando las cinco patas al gato para no llegar a la maldita soledad que encuentro cada noche en mi departamento.

—No tiene por qué ser necesariamente de ese modo.

—¿Pensabas que te vería entrar y correría a refugiarme en tus brazos? No somos personajes de película, Heredia.

—Vine a decirte que acepto tu propuesta.

—Muchas veces pensé si tendrías las agallas para decirme eso —dijo Doris y enseguida guardó silencio sin continuar con lo que pensaba decir en ese momento.

—Ya lo dije y no voy a cambiar de idea.

—¡Acepto tu propuesta! ¿Nada más? Como si estuviéramos cerrando la venta de un costal de papas.

—¿Qué más quieres?

—Pide la cuenta y págala. Que algo te cueste este reencuentro —dijo y se puso de pie.

—¿Volveremos a vernos?

—Seguramente nos cruzaremos en alguna investigación.

—¿Eso y nada más?

—Quizás te llame un día de estos —respondió y comenzó a caminar hacia la puerta.

* * *

¿Y qué esperaba? Había caído la noche y al llegar a las calles de mi barrio volví a sentir el peligro que acechaba en sus esquinas. Lo único cierto era la tristeza que me había provocado la abrupta partida de Doris; y la obligación de volver a pensar en el miedo que estaba en mi interior, agazapado y dispuesto a sacarme los sentimientos a dentelladas. Pensé en el inútil salvavidas de un trago, pero de inmediato me dije que estaba hastiado de observar el silencioso fondo de las copas.

Tenía que descubrir al asesino de Razetti, y aunque ello no me liberaría del dolor de su partida, al menos tendría la tranquilidad de saber que el culpable no quedaría en el anonimato. Intenté pensar en Adriana, pero fue inútil. El recuerdo de su soledad pasó fugazmente frente a mis ojos y se perdió en las sombras de una esquina. No era mi día de suerte, me dije mientras recordaba los ojos de Doris, y lo comprobé minutos más tarde cuando entré a mi departamento y en menos de diez minutos recibí dos llamadas que me reintegraron al ir y venir de una vida que no se cansaba de hacerme zancadillas.

La primera llamada era de Ruperto Chacón, quien estaba interesado en saber el resultado de mi encuentro con Doris y quería informarme de su investigación sobre Pérez, Arenas y Farren.

—Temo que mañana recibirás una reprimenda con coscachos y patadas en el suelo —le dije, antes de contarle a grandes rasgos el desarrollo de mi cita con Doris—. El horno no estaba para bollos ni panes de ningún tipo.

—Mala cosa —comentó el policía—. Pensé que el reencuentro alegraría a la jefa.

—Tiene sus razones y no es mucho lo que puedo hacer para revertir la situación.

—Lástima, porque los resultados de mi investigación tampoco te ayudarán a conciliar el sueño. En nuestros archivos no hay antecedentes de las personas que te interesan.

—Era uno de los resultados esperables —dije con desgano—. Te agradezco la pesquisa; no pensé que la harías tan rápido.

—Hoy en día, buscar los antecedentes de una persona se reduce a escribir su nombre en un computador.

—Todo se moderniza, menos la vieja trampa del amor.

—Veo que el encuentro con la comisario dejó huellas.

—Los errores y los silencios siempre pasan la cuentan.

—Tal vez mañana, revisando los archivos del Servicio de Registro Civil e Identificación, tenga más suerte.

—Quisiera tener tu optimismo, Chacón.

—Ánimo, Heredia. Mañana será otro día.

—Preferiría que dijeras que mañana será otra vida.

—Sí que estás en las cuerdas, Heredia. ¿Quieres que nos juntemos a conversar?

—Gracias, pero para confidencias tengo a mi gato y media botella del viejo Jack.

La segunda llamada fue de Sanhueza. Quería informarse de mi estadía en Cuenca y decirme que luego de otra revisión al computador no había encontrado nada nuevo sobre la situación del pueblo.

—¿Nada? —le pregunté—. Si pensaba interponer un recurso de protección debió tener un documento elaborado o al menos en borrador.

—Tiene razón, pero en su computadora no hay nada distinto a lo que ya conocemos —dijo y enseguida me preguntó sobre qué pensaba hacer para continuar la investigación.

—No lo sé —le dije, sin ganas de compartir las pocas ideas que tenía al respecto.

—Recuerde que puede seguir contando con mi ayuda.

—Sí —le dije y apuré la despedida, antes de que insistiera con sus preguntas acerca de mi trabajo en el pueblo nortino.

—Uno tras otro, todos tus tiros salen por la culata. ¿Qué piensas hacer? — escuché preguntar a Simenon.

—Cambiarle por un perro San Bernardo, de esos que portan un barrilito de ron en el cuello.

—Los perros San Bernardo socorren a los que se hielan en la nieve.

—Créeme que estoy helado.

—¿Quieres hablar de lo que pasó en el restaurante?

—No.

Poco antes del mediodía, con el sol sobre mi cara y la proximidad de Simenon, que me observaba desde una esquina de la cama, abrí los ojos. El sol, lo mismo que la lluvia, me proporcionaba un consuelo difícil de explicar, pero que parecía la manera en que la naturaleza me confesaba cómo ella sobrevivía a pesar de los hombres.

—¿Todo bien? —preguntó Simenon.

—Todo bien —le respondí camino hacia la ducha.

No quería pensar en el fallido reencuentro con Doris ni llamar a Ruperto Chacón, quien a esa hora, pensaba, ya habría recibido la reprimenda de Doris.

Puse en el equipo de música un cedé de Ahmad Jamal y dejé pasar los minutos relejendo el inicio de una novela de Ross MacDonald. Me gustaba el ejercicio de rescatar las huellas de viejas lecturas y ver cómo al pasar de los años cambiaban las ideas que nos interesaban en un libro.

Más tarde salí de la oficina y entré a «El rey del pescado frito» a comer una merluza con ensalada chilena. Después de almorzar, crucé la calle Bandera y desde el quiosco de Anselmo llamé a la viuda de Razetti y le pregunté si disponía de tiempo para recibirme en su casa esa misma tarde. Acordamos la cita y nos despedimos.

—¿Saldrá de cacería? —preguntó Anselmo, mientras le devolvía el teléfono que me había prestado.

—Es mala educación escuchar las conversaciones ajenas.

—¿Anda con los monos, don? No tiene buena cara.

—Tengo la cara que me corresponde.

—¿Qué bicho le picó?

—Agradecería que dejaras de hacer preguntas.

—Me intereso por su vida, don.

—Gracias, pero preferiría que expresaras tu interés en silencio. Hoy no estoy de humor.

—Eso se nota a la legua. Mejor cuídese, don. Va camino a convertirse en un viejo mañoso.

* * *

La viuda me hizo pasar a un living en el que había tres sillones grises y una chimenea que parecía no haber sido utilizada en mucho tiempo. Sobre la chimenea, en una foto enmarcada, Razetti y su esposa sonreían, jóvenes y felices.

—Es de nuestra luna de miel en Montevideo —dijo ella al notar mi interés por la foto—. La tomó un desconocido al que le pedimos que nos retratara.

—Hacían una buena pareja —dije.

Raquel observó unos segundos la foto y sonrió. Luego me ofreció un café y

esperé a que lo sirviera para hacerle un amplio recuento de mi viaje a Cuenca, del que excluí toda referencia a Adriana Mercado.

—Sabía que Alfredo viajó a ese pueblo, pero ignoraba el motivo —comentó una vez que concluí el informe.

—¿Estaba al tanto de los viajes que hizo Alfredo a Cuenca?

—Si mal no recuerdo, viajó dos veces; y en la misma época viajó en varias oportunidades a La Serena y Coquimbo.

—¿Le contó Alfredo que lo habían detenido?

—No, y no sé si debo sorprenderme.

—¿Por qué dice eso?

—Desde su muerte he conocido aspectos de la vida de Alfredo que ignoraba. A ratos tengo la impresión de haber estado casada con otra persona —dijo Raquel, y después agregó—: En los últimos meses, Alfredo ya no hablaba de su trabajo como antes, salvo uno que otro detalle que comentaba en la sobremesa o mientras desayunábamos.

—Disculpe si mi pregunta resulta impertinente. ¿Alguna vez sospechó que Alfredo pudiera tener una relación sentimental con otra persona?

—Si se refiere a un romance o algo parecido, nunca dudé de su fidelidad.

—Un asesinato por celos o despecho está dentro de las hipótesis a investigar.

—¿Está pensando en una amante decepcionada?

—O en una esposa engañada.

—¿Usted cree que yo pude asesinar a mi esposo?

—No, pero investigar, básicamente, consiste en sospechar.

—Usted sabrá lo que hace —dijo Raquel, y luego de una pausa me preguntó por las circunstancias que habían rodeado la detención de Razetti.

Le di detalles del vínculo del abogado con los pobladores y ella escuchó atentamente mi relato y las hipótesis que barajaba en la investigación.

—¿Una empresa de renombre que comete asesinatos? Perdóneme que se lo diga, pero es bien descabellada su hipótesis.

—Alfredo pretendía interponer un recurso de protección contra la minera. Un recurso del que no han aparecido antecedentes entre los documentos de trabajo que tenía en su oficina —dije, y enseguida le hablé de las pesquisas de Sanhueza.

—Si el abogado Sanhueza no encontró nada, quiere decir que el recurso nunca pasó de ser una idea.

—Es probable que así sea —dije, y sin querer profundizar en el asunto, le pregunté si alguna vez había escuchado a su marido mencionar a personas que respondieran a los apellidos Pérez, Arenas o Farren.

—Nunca. ¿Quiénes son?

—Personas con las que Alfredo pudo tener contacto.

—Converse con Sanhueza. Él conocía el trabajo de mi esposo; y además, conmigo ha sido muy amable desde que murió Alfredo.

—¿Sabe cuándo llegó a trabajar con Alfredo?

—Según me contó Alfredo, apareció un día en la oficina, sin referencias ni cita previa. Necesitaba trabajo y no hizo mayor cuestión del sueldo que le podía pagar mi marido. Además, tenía libertad de llevar sus propios juicios —dijo Raquel y al tiempo que hacía un gesto de admiración, agregó—: No me diga que está en su lista de sospechosos.

—¿Por qué tendría que hacer una excepción con él?

—Es difícil seguir sus razonamientos, Heredia. Estoy por pensar que fue un error recurrir a su ayuda.

—Me pidió investigar y es lo que estoy haciendo —dije—. Parte de mi trabajo es hacer preguntas incómodas.

—De acuerdo, haga su trabajo de la manera que estime mejor.

—Y a propósito de preguntas. ¿Usaba Alfredo algún computador en esta casa?

—No en los últimos años. Tuvo en esta casa el primer computador que compró, pero luego de unas semanas lo llevó a su oficina. Muchas veces le dije que se comprara un computador portátil para que pudiera trabajar en la casa y no se quedara más horas de la cuenta en su despacho.

—Me sigue preocupando no encontrar ningún antecedente sobre el recurso que Alfredo pensaba presentar.

—Me parece razonable su inquietud, Heredia —comentó Raquel y se quedó un largo rato en silencio hasta que pareció encontrar una idea que iluminó el brillo triston de sus ojos—. He estado ordenando las pertenencias de Alfredo, y el otro día revisé su velador, cosa que jamás hice mientras él estaba con vida.

—¿Y?

—El velador tiene tres cajones. En el primero encontré los libros que Alfredo estaba leyendo en el último tiempo, más una variada colección de lápices, cajetillas de fósforos, encendedores a gas, tarjetas de visitas, aspirinas y no pocos cuescos de duraznos o restos de galletas o manzanas.

—¿Qué había en los otros cajones? —pregunté, impaciente, aunque entendía la necesidad que tenía Raquel de seguir hablando de su esposo, como queriendo reafirmar ciertos recuerdos.

—Música. Discos compactos que solía escuchar los días domingos, cuando se quedaba más tiempo en la cama, leyendo el diario o prolongando su desayuno. También encontré la grabadora en la que registraba el testimonio de un testigo o las ideas que de pronto tenía sobre esto o lo otro.

—¿Podría llevarme esa grabadora?

—Y puede llevarse, si le interesan, las libretas en las que Alfredo tomaba notas.

—¿Libretas? ¿Por qué no las mencionó antes?

—Recién me acordé de ellas.

—¿Leyó el contenido de esas libretas? ¿Sabe a qué época pertenecen?

—No las leí antes ni lo haré ahora, pero supongo que son de este año. Las libretas

que no eran del año las quemaba en las fogatas que encendíamos en la playa durante nuestras vacaciones. Era una especie de rito personal.

—Me llevaré esas libretas. Y otra cosa más, ¿todavía puedo ir a la oficina de Alfredo?

—Ya no. Ayer la devolví a su dueño. Creo haberle dicho que solo disponía de una semana para su inspección.

—¿Y qué hizo con el computador de Alfredo?

—Saqué todas sus cosas y las traje a la casa. Sanhueza me ayudó al traslado del computador y de varias cajas con libros. Dice que puedo obtener algún dinero con la venta de todo eso. Posiblemente más adelante decida qué hacer, cuando deje de pensar que Alfredo se enojaría al saber que me desprendí de sus pertenencias.

El taxista refunfuñó por el esfuerzo realizado al cargar en su auto el computador y la caja que contenía las libretas y la grabadora. Le ofrecí un pago extra, pero igual siguió reclamando, en especial cuando debió subir hasta mi departamento, justo en el día en que los viejos ascensores del edificio habían decidido dejar de trabajar por algunas horas. Le pasé diez mil pesos por su ayuda y aun así lo escuché mentarme la madre mientras cerraba la puerta de la oficina.

—La gente no se conforma con nada.

* * *

Simenon olfateaba la caja que estaba a los pies de mi escritorio.

—¿Por dónde piensas que debo empezar la revisión? —le pregunté.

—Hazlo corto y fácil. Tira todo por la ventana.

—No estoy de ánimo para tus chistes de mal gusto.

—Cierra los ojos y empieza por lo primero que saques de la caja.

—Votas por el azar.

—¿En qué otra cosa se puede confiar para encontrar una aguja en un pajar?

—No es mala idea.

—Por cierto que no lo es.

Simenon dio un brinco y quedó instalado sobre la cubierta del escritorio, junto al teléfono y un ajado ejemplar de *Oliver Twist*.

Aprender el funcionamiento de la grabadora me ocupó cinco minutos, y en escuchar su contenido tardé algo más de dos horas. Se trataba de entrevistas a testigos a los que había llamado o llamaría a declarar en distintos juicios. Mis hallazgos también incluyeron una copia de la Quinta Sinfonía de Beethoven, que escuché una vez que comprendí que las grabaciones no aportarían nada a la investigación.

Luego pensé en el computador y el asunto de explorar sus archivos se me hizo complejo; primero porque no quería volver a recurrir a la ayuda de Sanhueza, y segundo, porque mis conocimientos sobre el uso de un computador no iban más allá de conectar su enchufe a la red eléctrica. Maldije mi ignorancia en la materia y con la cola entre las piernas decidí recurrir a los buenos oficios de Ruperto Chacón.

—Estaba por llamarte —dijo Chacón cuando escuchó mi voz a través del teléfono—. Quería contarte lo que me dijo la comisario Fabra sobre el encuentro que tuvieron en el restaurante.

—Las historias sobre desastres siempre son atractivas —dije con una leve ironía en mi voz.

—¿Seguro que estamos hablando de la misma cita?

—¿A qué se debe tu pregunta? ¿No te propinó Doris un reto desmedido?

—Me habló de la sorpresa que tuvo al verte en el restaurante. Parecía contenta por el encuentro y con lo que ustedes conversaron.

—¿Contenta?

—¿Por qué la duda?

—Recuerdo que ya hablamos de eso. Fue como estar peleando en un cuadrilátero con el finado Joe Frazier.

—No sé quién es el tipo que mencionas —dijo Chacón, y pasado unos segundos, agregó—: Raro, muy raro.

—Eso quiere decir que a mi edad sigo sin saber de mujeres, o que ella está lista para titularse de actriz —dije, y enseguida, sin ganas de seguir conversando de lo mismo, añadí—: Necesito que me ayudes a explorar el contenido de un computador.

—¿Qué computador?

—El que tenía Razetti en su oficina.

—¿No lo había revisado Sanhueza?

—Quisiera que otra persona lo viera. Alguien que pueda meterse en las venas del artefacto.

—Puedo hacerlo, pero no de inmediato. Me enviaron a supervisar unas pesquisas en Antofagasta. Viajo mañana y estaré tres días fuera de Santiago.

—Mala cosa. Tendré que esperar.

—¿Es algo importante?

—En una investigación todo importa cuando no tienes nada concreto entre tus manos.

—Quizás pueda conseguir ayuda. Tengo un colega con el que nos hicimos amigos en la Escuela de Investigaciones y ahora integra la brigada que pesquisa delitos informáticos. Estafas, pornografía infantil, amenazas por correos electrónicos y otros delitos relacionados con el análisis de los contenidos de computadores o la detección de los lugares y equipos desde los que se envían mensajes. Se llama Andrés Urbina y te aseguro que las máquinas no tienen secretos para él.

—Sería una gran cosa contar con su colaboración.

—Voy a preguntarle si nos puede ayudar. Urbina suele estar ocupado.

—Intenta ser convincente y obtener su cooperación.

—Lo llamaré esta noche, y si engancha con la solicitud, mañana a primera hora paso a buscar el equipo a tu oficina.

—¿Y tu viaje?

—Mi viaje es por la tarde.

—Cruzaré los dedos para que tu amigo colabore.

—Siempre puedes contar con mi ayuda —dijo Chacón, y enseguida, suavizando el tono de su voz, agregó—: ¿Quieres mandar un recado a la comisario?

—Gracias, pero pasó el tiempo de las palomas mensajeras.

—Tú sabrás lo que haces, Heredia. Tan solo quería colaborar con la causa.

—¿Qué causa, Ruperto? Mi relación con Doris es un traje viejo que cuelga en el ropero de lo inservible.

* * *

Las anotaciones de las tres primeras libretas estaban escritas con una caligrafía diminuta pero lo suficientemente ordenada como para leerla sin mayor esfuerzo. Correspondían al registro de actividades del abogado, reflexiones y esbozos de demandas, en ninguno de los cuales se mencionaba a Cuenca y sus pobladores.

Cuando, horas más tarde, dejé de leer las otras libretas, el resultado no fue distinto. Cansado y con cada vez menos confianza en la utilidad de mi esfuerzo, postergué por unas horas la revisión de las dos libretas que aún no leía. Salí a caminar por el barrio, sin otra finalidad que respirar un poco de aire fresco y observar a la gente que iba de regreso a sus hogares. Antes de emprender la vuelta a mi departamento, pasé al café «Haití» del Paseo Ahumada. Pedí un cortado y seguí con mi juego de observar a la gente, imaginando sus ocupaciones o las ideas que pasaban por sus pensamientos mientras bebían un café o conversaban con otros parroquianos. Algunos daban la impresión de conocerse desde antes, pero había los que parecían pasajeros reunidos en una estación de trenes o buses con destinos indefinidos.

Tomé mi café y pedí otro. Saqué mi libreta de apuntes y la contemplé unos instantes como si fuera un insecto raro. Nada de lo que había en esa libreta servía para aclarar la muerte de mi amigo. Solo frases sueltas, escritas con una letra desordenada. Finalmente decidí regresar al departamento y no me detuve hasta llegar

frente al quiosco de Anselmo, que lucía con sus cortinas metálicas cerradas bajo las sombras que comenzaban a caer sobre la calle Aillavilú.

Me fui a la cama con la novela de Tony Hillerman que me había prestado el Escriba en nuestro último encuentro en el bar «Olímpico», seis o siete meses atrás. No sabía de él desde entonces, salvo por la invitación que me había enviado para asistir a la presentación de una novela gráfica en la que un grupo de dibujantes recreaba historias que le conté cuando todavía existía el bar «City».

* * *

Desperté con los golpes que alguien daba a la puerta del departamento. Al abrir la puerta encontré la sonrisa de Chacón y la mirada de un hombre joven, moreno y unos centímetros más bajo que mi amigo policía.

—¿Son horas para atentar contra la tranquilidad de un hogar? —le pregunté.

—No te quejes, Heredia. Vengo con tres buenas noticias —dijo Chacón, y mientras entraba al departamento, indicó a su acompañante, al que presentó como el aspirante Pacheco.

—Franco Pacheco —puntualizó el joven.

—Tengo poco tiempo, así que vamos directo al grano —agregó Chacón—. Primero, Urbina aceptó revisar el computador. Solo pide que se lo llevemos a su casa.

—Para lo cual contamos con la ayuda del amigo Pacheco —dije, indicando al aspirante a detective.

—Afirmativo —contestó Chacón, y enseguida, dirigiéndose a su acompañante, agregó—: Proceda con el traslado, Pacheco. Llévase la máquina y me espera en nuestro vehículo.

Pacheco esbozó una sonrisa a modo de despedida y cargó el equipo.

—Parece buen chico —dije a Chacón—. Tan verde y sumiso como tú cuando nos conocimos.

—Dejemos los recuerdos para otra ocasión —dijo, mientras sacaba unas hojas del bolsillo izquierdo de su chaqueta.

—¿Segunda noticia? —pregunté.

—Cincuenta y ocho —respondió Chacón—. De los tres nombres de tu lista, me llamó la atención el de W. W. Pérez. Las dos w me parecieron una particularidad que permitía intentar un rastreo en la base de datos del Servicio de Registro Civil e Identificación. Encontré cincuenta y ocho personas cuyos dos nombres comienzan con la letra w. En la lista vienen sus nombres, apellidos, edades y domicilios.

—¿Y qué pretendes hacer con esa lista?

—Pretendo que visites cada uno de los domicilios indicados.

—Dudo que me alcance la vida para ese recorrido.

—Supuse que dirías algo parecido, Heredia. Y por eso tengo otra buena noticia que darte.

—¿Los tipos que aparecen en la lista están muertos?

—Hay veintidós mujeres en la lista.

—O sea, nos quedan treinta y seis personas. No es poco.

—No lo es, pero me han dado la misión de enseñar algunas pesquisas a un grupo de aspirantes a detectives. A mi regreso de Antofagasta me pongo a trabajar con ellos.

—Tienes todo calculado.

—Tengo que realizar los trabajos que me encarga la comisario Fabra.

—¿Qué tiene que ver Doris en el cuento?

—Asumió sus nuevas funciones y me pidió que trabajara con ella.

—¿Y?

—Me pidió que siguiera con las pesquisas que pueden llevar a descubrir al asesino de Razetti.

—¿Doris? ¿Por qué?

—Consiguió que le asignaran la investigación del asesinato de tu amigo.

—¿Eso quiere decir que podremos coincidir en más de una ocasión?

—Y que si descubres algo importante, tendrás que compartir la información con ella.

—Como en otros tiempos.

—Deberías llamarla y darle las gracias.

—Doris dijo que la próxima llamada entre los dos la haría ella.

—Detalles, Heredia. No ignores los dictados de tu corazón.

—¿De dónde sacaste esa frase? ¿Te la enseñaron en la academia?

—Te la oí decir una vez y le encontré sentido.

—Todo el sentido del mundo —concedí sin contener una sonora carcajada.

* * *

Chacón se fue y me puse a leer la lista. Wilson, Wenceslao, Werner, Wilfredo, Wilder, Wolfango, Walt, Waldo, Wemelson y Washington, junto a otros nombres que no había visto escritos ni escuchado jamás en mi vida. Otra aguja en el pajar, murmuré y guardé la lista en el cajón central de mi escritorio. Fui a la cocina a preparar un tazón de café y regresé con el propósito de seguir leyendo las libretas de Alfredo Razetti.

En las dos últimas el tono de escritura era otro; no se trataba de borradores de posibles artículos, sino de parte de una especie de diario de vida, con reflexiones y fechas. Avancé un poco más en la lectura. Era como hurgar en la vida íntima de mi amigo. Sus notas saltaban de un tema a otro; algunas referidas a su vida familiar y otras que evidenciaban sus dudas frente a causas en las que trabajaba. Había frases que parecían recordatorios de citas o acontecimientos familiares que no debía olvidar. Fui leyendo atentamente cada una de sus anotaciones. En la última libreta encontré la primera referencia a Cuenca.

La nota ocupaba un par de páginas, mencionaba el encuentro con Julián Becerra y registraba datos que, según un comentario entre paréntesis, habían sido tomados de la Internet. Ubicación y principales características del pueblo y del proyecto impulsado por Memphis; definiciones de conceptos como relave y tranque de contención, y alguna otra información similar a la que me había dado Becerra. Al final descubrí dos comentarios subrayados: «Un asunto en el que vale la pena trabajar». «Conseguir documental de Joan Ortega».

Reproduje aquellas palabras en mi libreta y volví a la lectura hasta llegar a unas notas que evidentemente había escrito durante su estancia en Cuenca. Reconocí los apellidos de Gutiérrez y Adriana Mercado. Me di una pausa y luego mi mirada quedó retenida en un nombre escrito y subrayado. Recurrí a la lista que me había entregado Chacón, y después de revisarla atentamente, la dejé junto al teléfono.

—Podemos olvidarnos de la lista de Chacón —dije a Simenon.

—¿Qué tiene de malo esa lista?

—Por algún motivo que tendré que averiguar, el tal Pérez escondía la primera letra de su apellido paterno junto a la w de su nombre de pila.

—¿Otro de tus trabalenguas, Heredia?

—Otro misterio que requiere explicación.

«Werner Antonio Wallis Pérez, jefe de Seguridad de la Cadena de Supermercados Bamberg», había escrito Razetti en su libreta, y a continuación, agregaba: «W. W. Pérez, el tipo que amenazó al locutor y que oí mencionar cuando fui detenido por la gente de la minera. Calza su nombre con el que logré sonsacarle al cura Gutiérrez».

Alfredo me está ayudando una vez más, pensé, y luego llamé a Chacón. Su celular me entregó un mensaje pregrabado que me ofreció un buzón de voz. Dejé un mensaje indicándole que me llamara a la brevedad. Por primera vez desde que iniciara la investigación sentía que estaba siguiendo una pista concreta.

—Es hora de seguir mi intuición —dije a Simenon que permanecía a mi lado sin entender nada de lo que pasaba—. Tomé la guía telefónica que estaba en un estante próximo a mi escritorio y busqué los Supermercados Bamberg. La cadena comercial tenía treinta locales en Santiago y sus alrededores, más una oficina central desde donde debían manejarse los hilos del imperio.

Llamé a la central telefónica, donde derivaron mi llamada a la Oficina de Recursos Humanos. Esperé un instante y luego una secretaria me dijo que no entregaban información concerniente al personal de la empresa por teléfono. Maldije interiormente y pregunté por la dirección de la oficina a la que debía recurrir. Quedaba a bastante distancia de mis territorios habituales, pero con un poco de suerte y la ayuda del Metro llegaría antes que terminara el horario de atención.

Las dependencias de la Cadena Bamberg estaban ubicadas en el octavo piso de un edificio de amplios ventanales y pasillos que relucían más que el espejo que usaba cada mañana. Una secretaria me indicó donde quedaba la Oficina de Recursos Humanos. Llegué a un despacho en el que a esa hora trabajaban dos hombres y una mujer que llevaba puesto un ajustado uniforme azul. Uno de los hombres era canoso y vestía un terno negro; los cabellos del otro, joven y flaco, estaban cortados al ras. La mujer era alta, rubia y sus piernas eran una obra de arte que valía la pena contemplar con detención.

El más joven me preguntó qué buscaba en la oficina, y sin temor a las repeticiones, relaté de corrido el viejo cuento del tipo que viene llegando de provincia y quiere ubicar a un primo del que solo sabe que trabaja en un supermercado de la Cadena Bamberg. Luego mencioné a Werner Wallis y le dije que necesitaba saber dónde trabajaba y la dirección de su domicilio. El hombre me observó de pie a cabeza, consultó su reloj de pulsera y decidió que podía concederme algunos minutos de su preciada existencia.

—Voy a consultar en nuestros archivos, aunque desde ya le advierto que no entregamos información sobre los domicilios del personal. A lo más damos las direcciones de sus puestos de trabajo —dijo y miró a la mujer esperando que ella ratificara sus palabras.

Esperaba que el empleado se internara en un laberinto de estantes y carpetas, pero

se limitó a sentarse frente a un computador y a mover sus dedos sobre el teclado.

—Wallis —exclamó al cabo de un rato—: Trabajó en una de nuestras sucursales hasta hace un año y luego se retiró de la empresa. Es lo que le puedo informar.

—Sí, ya me dijo que no entregaban las direcciones de los empleados.

—Y aunque quisiera, no podría darle la dirección de su primo. Por alguna razón que ignoro, no figura entre sus antecedentes.

—Deme la dirección de la sucursal en la que trabajó. Puedo ir a ese lugar y preguntar por él.

—Probablemente pierda su tiempo —dijo el flaco, y mientras observaba la pantalla del computador, añadió—: Se desempeñó en nuestra sucursal de avenida Grecia. Realizaba labores administrativas.

—¿Y eso qué significa?

—Cualquier cosa, salvo que no pertenecía a la fuerza de venta.

—¿Fuerza de venta?

—Cajeros, vendedores, reponedores de mercaderías.

—¿Y con quién puedo conversar en la sucursal?

—Pregunte por el gerente del local. Habitualmente son personas que llevan algún tiempo en el mismo lugar y conocen de sobra al personal a su cargo. Quizá recuerde a su primo.

—¿Algún nombre en particular?

—Pregunte en la misma sucursal —agregó el empleado con indisimulado fastidio, y volvió a consultar su reloj.

Di las gracias, observé de reojo las piernas de la rubia y me despedí del hombre delgado. Al llegar a la calle, me consolé pensando que aún tenía cuerda para hacer girar el trompo.

* * *

¿Qué quedaría de Razetti con el paso del tiempo? Mi inquietud no estaba relacionada con los restos que descansaban bajo una lápida, camino a convertirse en un montón de huesos que siglos más tarde podrían ser expuestos a la mirada de la gente; al igual como hoy la gente visita las catacumbas de París, donde los huesos de sus antiguos vecinos se exponen arrumados en galerías oscuras y laberínticas. Pero cabía preguntarse qué pasaría con él y cómo sería su recuerdo en la gente que lo conoció. Alguien se acordaría de su nombre de vez en cuando y luego, con infinita paciencia, el olvido haría su trabajo hasta provocar su segunda y definitiva muerte.

Con el asesinato de Alfredo, además, moría un episodio más de la época que compartimos, rodeados de espantos y temores. Nuestras existencias se esfumaban, y para constatarlo, bastaba recordar mi agilidad de otros tiempos a la hora de repeler un ataque o en mis desplazamientos por la ciudad que una vez acogió mis esperanzas, y ahora me saludaba con sutiles gestos de despedida.

La sucursal de la Cadena Bamberg estaba entre una iglesia y un cuartel de bomberos. Sus puertas de acceso mostraban el ajetreo habitual de los supermercados, con gente que entraba deprisa y salía con pesadas bolsas aprisionadas entre sus manos. Pregunté por la gerencia. Un empleado me indicó el sector apartado de las cajas de ventas, frente a las cuales filas de personas esperaban pagar sus mercaderías. Nada nuevo: hombres y mujeres buscando sus alimentos en una selva en la que largas estanterías repletas de envases plásticos, botellas y envoltorios desechables habían reemplazado a las bestias y la caza.

Un guardia con cara de pocos amigos me dijo que el señor Aguilar, gerente del local, no atendía público, y que si tenía alguna sugerencia sobre el servicio debía dirigirme al mesón de atención al usuario. Saqué de mi chaqueta la vieja y falsa credencial de policía que años atrás había comprado en el Mercado Persa y la exhibí a dos cuartas de la nariz del guardia.

—No vengo a reclamar por la calidad de los huevos —le dije, notando que la credencial surtía el efecto esperado en el guardia.

—¿Viene por la denuncia del robo? —preguntó, aún con intenciones de impedirme el paso hacia la oficina de su jefe.

—No voy a discutir con usted el motivo de mi visita —respondí.

—Espere un momento —dijo de mala gana, y enseguida, agregó—: ¿A quién debo anunciar?

—Heredia. Detective Heredia.

La mención de la palabra detective debió remecer alguna antigua aspiración del hombre, porque apenas la escuchó hizo algo parecido a un saludo militar y enseguida abrió la puerta y desapareció al interior de la oficina.

Regresó a los pocos minutos y me indicó que el señor Aguilar me esperaba en su despacho. El gerente, un hombre joven, moreno y de mediana estatura, vestía un delantal blanco que le llegaba hasta las rodillas. Me ofreció asiento frente a un escritorio sobre el que había una ordenada pila de carpetas y un tazón de loza que tenía grabado el nombre del supermercado.

—¿En qué le puedo ser útil, señor Heredia? —preguntó con calculada amabilidad.

—Trabajo en la búsqueda de un antiguo empleado del supermercado. Fui a la Oficina de Recursos Humanos de la cadena y me informaron que prestó servicios en este lugar.

—Pasa mucha gente por este local. ¿Cómo se llama la persona que busca?

—Werner Wallis —dije y no percibí una reacción especial del gerente a la mención de aquel nombre.

—No recuerdo a nadie con ese apellido. ¿Hace cuánto tiempo se supone que trabajó en la cadena?

—Hasta hace un año.

—Temo que no podré ayudarlo. Trabajo en este local desde hace seis meses.

—¿Tiene algún registro en el que aparezca el domicilio de Wallis?

—En los locales no disponemos de esa información. ¿Preguntó en la Oficina de Recursos Humanos?

—Su ficha laboral no está completa.

—Entonces no hay mucho que hacer —agregó Aguilar, a quien mi presencia comenzaba a incomodar.

—Mala suerte —dije, poniéndome de pie.

—Hay días buenos y días malos —filosofó el gerente sin mucho ingenio.

—Tal vez exista un empleado antiguo que lo haya conocido —agregué al llegar a la puerta.

—Mejías —respondió Aguilar, rápidamente, con ganas de volver a sus ocupaciones.

—¿Mejías?

—El guardia que lo atendió antes de entrar a la oficina.

—¿El guardia? —pregunté sin mucho entusiasmo.

—Mejías lleva varios años en este local.

Cuando salí de la oficina, Mejías seguía junto a la puerta. Esbozó algo parecido a una mueca y dio unos pasos hasta quedar a mi lado.

—Su jefe dice que usted conoce el teje y maneje de este lugar.

—¿Yo? —preguntó Mejías y acompañó su pregunta con una sonrisa que dejaba en evidencia el agrado que le producía la opinión de su jefe.

—Dice que usted me podría dar la información que busco sobre una persona que trabajó en este lugar.

—Los años de circo entregan experiencia y conocimientos. ¿A quién busca?

—A Werner Wallis Pérez.

—¿El «Perro» Wallis?

—La parte del perro la desconozco, pero en nuestros archivos figura como Werner Wallis Pérez.

—Wallis era el jefe de seguridad cuando entré a trabajar al supermercado.

—¿Hace dos o tres años?

—Dos años, tres meses y once días.

—Posee una buena memoria, amigo —dije y disfruté la satisfacción que le produjo mi comentario.

—¿Tiene tiempo?

—El necesario para encontrar lo que busco.

—Esa es la respuesta de un buen detective —dijo con entusiasmo y enseguida le hizo señas a otro guardia que se encontraba a unos pocos metros. El hombre se acercó y Mejías le ordenó vigilar la puerta de la gerencia.

—Al centro del supermercado, frente a la sección de los helados, hay un pequeño café que usan los clientes. Ahí estaremos más cómodos.

—Estoy a sus órdenes —respondí y en el rostro de Mejías se iluminó una sonrisa.

—Mi padrino de bautismo fue detective de la Policía de Investigaciones —

confesó el guardia una vez que estuvimos sentados junto a una de las diminutas mesas del café—. Yo quise seguir sus pasos, pero no fui aceptado en la Escuela de Investigaciones. Hice el servicio militar y luego mi padrino me consiguió trabajo en una agencia de guardias de seguridad. He prestado servicios en teatros, estadios y farmacias. Todas pegas esporádicas, hasta que conseguí entrar a la Cadena Bamberg.

—¿Con la ayuda de su padrino?

—¡Exactamente! Se nota que usted es un buen policía —dijo, y con más entusiasmo, agregó—: Hace un rato usted elogió mi memoria. Y la buena memoria es fundamental cuando se trabaja en un supermercado. Aquí se necesita recordar rostros. Hay rateros que aparecen una y otra vez, mecheras que vienen a robar perfumes, cabros chicos a los que mandan a sacar mercaderías. Podría contar cientos de historias sobre los clientes y los casos de robos hormigas.

—Por ahora me interesa la historia de Wallis.

—No era un buen gallo. Trataba mal a la gente a su cargo y ni qué decir con los rateros que pillaba con las manos en la masa. Más de una vez me gritó de mala manera y hasta un golpe me dio una vez que demoré en obedecer sus órdenes.

—¿Por qué dejó de trabajar aquí?

—Un día se fue y nadie se molestó en dar una explicación a los que trabajábamos a sus órdenes. Escuchamos rumores y nada más. Unos dijeron que lo habían expulsado de la cadena, y otros, que fue trasladado a un cargo de mayor importancia. Yo siempre sostuve lo primero. Le gustaba maltratar a las personas que pillaba robando. Las llevaba a un cuarto que tenía en las bodegas y las golpeaba. Los rateros habituales aguantaban sin quejarse y la gente que robaba por necesidad nunca se atrevió a reclamar o hacer una denuncia. Salvo un muchacho, al que sorprendieron robando una petaca de pisco y que resultó ser hijo de un médico que puso el grito en el cielo. Nunca supe cómo Wallis zafó del lío, pero, para decirlo en términos futboleros, el hombre quedó con tarjeta amarilla.

—¿Y cuándo se ganó la tarjeta roja?

—Cuando se propasó con una muchacha que trabajaba en el supermercado. Yo estaba de vacaciones, pero cuando regresé al trabajo no se hablaba de otra cosa. Y desde entonces tampoco volví a ver al «Perro» Wallis.

—¿A qué se refiere cuando dice que se propasó?

—Usted sabe de qué se trata, amigo. A la muchacha le metió mano y algo más.

—¿Violación?

—Afirmativo.

—¿La muchacha lo denunció?

—Sí, pero parece que el trámite no prosperó. No sé más. Llegó un nuevo jefe de seguridad al supermercado, y lo primero que pidió a los empleados fue que nos olvidáramos de los comentarios sobre Wallis.

—¿Cómo se llama?

—Javier Adiazola. Pero duró poco en el cargo; a los tres meses de su llegada lo

atropellaron y pasó a mejor vida. Andaba borracho y no vio al bus que se acercaba sin ninguna posibilidad de frenar a tiempo.

—¿Y usted no volvió a ver a Wallis?

—Nunca más.

—¿Supo dónde vivía?

—Jamás habló de su vida privada.

—¿Recuerda el nombre de la mujer violada?

—Teresa Gatica.

—Supongo que tampoco sabe dónde vive.

—Ni idea. Si retuve su nombre, fue por el asunto de la violación.

Quedé en silencio y terminé de beber el café que un rato antes me había ofrecido Mejías.

—Parece que no ha sacado mucho en limpio con nuestra conversación. Pero la denuncia de la muchacha debe estar en algún archivo policial o en una fiscalía.

—Tiene razón amigo. Usted habría sido un buen detective.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego. No soy de los que tiran palabras al viento.

—¿Y cómo piensa seguir buscando a Wallis? —preguntó con vivo interés.

—Lo ignoro, amigo. En una de esas por la noche sueño con una buena respuesta.

Una persona puede desaparecer de su entorno y elimina sus huellas. Basta que deje de ir a determinados lugares, cambie de trabajo o de barrio. La extrañeza inicial de los conocidos se convierte pronto en olvido o en una anécdota que se recuerda de vez en cuando. ¿Te acuerdas de tal persona? ¿Qué será del hombre que vivía en la casa de la esquina? Preguntas al pasar o que llenan un repentino silencio en las conversaciones. Preguntas de las que en realidad nadie espera respuestas. Sin embargo, Wallis deseaba desaparecer por los hechos que motivaron su salida del supermercado. Eso, en principio, podía justificar el nombre que utilizó durante su estadía en Cuenca. W. W. Pérez, nombre real y ficticio al mismo tiempo. Al fin y al cabo, probablemente pretendía estar pocos días en el pueblo.

Mejías tenía razón. La violación de Teresa Gatica debió dejar huella, y la manera más fácil de encontrarla era telefonar a Doris Fabra, soportar su molestia al otro lado de la línea y contarle cada detalle de mi trabajo. Si había existido una denuncia, ella sería capaz de ubicar a Teresa Gatica. Pero no la llamé en toda la tarde y por la noche seguía observando de reojo el teléfono instalado sobre mi escritorio.

—Te complicas innecesariamente, Heredia. ¿Acaso ella no mandó a decir que quería estar al tanto de tus pesquisas?

—El problema es levantar el fono y marcar su número a esta hora en que debe estar en su departamento, sola o acompañada.

—¡Tonterías! ¿O me vas a decir que sientes celos?

—Celos, de ningún modo, Simenon. Quizá, alguna nostalgia de su piel.

—Cada día que pasa te entiendo menos, Heredia.

—Si se lo pido, Chacón averiguará el domicilio actual de Teresa Gatica.

—Podría caer un meteorito sobre tu cabeza y devolverte un cacho de lucidez. Déjate de macanas y llama a Doris Fabra.

* * *

Por la mañana y luego del café continuaba sin tomar una decisión respecto al camino a seguir. Y para no permanecer encerrado en el departamento, urdiendo el tejido de mis vacilaciones, crucé hacia la orilla norte del río Mapocho, me interné por los pasillos del remozado mercado Tirso de Molina y seguí hacia los atestados y caóticos pasajes de la Vega Central, donde los comerciantes voceaban sus mercaderías. El espectáculo de los colores de las frutas y verduras era tan atrayente como los aromas que emanaban de uno y otro puesto de venta; las fragancias de las naranjas, los tomates y las matas de albahaca y el aroma de las salsas que se ofrecían en puestos atendidos por peruanos y chinos de sonrisas amables. Compré unas manzanas y un colorido filete de salmón, y seguí mi recorrido entre los puestos hasta

llegar al pasaje Rosas, entre la calle Salas y la avenida La Paz, en el que funcionaba una decena de tiendas de frutos secos y especias. En una de las casas del pasaje existía un clandestino de vinos y aguardientes que podían dejar fuera de combate al más valiente. Frente a su puerta, y en general a lo largo del pasaje, era frecuente encontrar borrachos que dormían la mona sin conciencia del infierno que les esperaba al despertar.

Volví por avenida La Paz en dirección al Mapocho, observando el trabajo al interior de las grandes bodegas, desde las que se distribuía la fruta y verdura que abastecía a comerciantes de otros puntos de la ciudad. Bajo el puente del río, el delgado y mugriento hilo de agua escurría por sobre las piedras y adoquines de la canalización. En uno de los costados del río, un perro lamía el agua y buscaba algo entre las piedras. Lo contemplé atentamente y a los pocos segundos el perro me miró. El sol caía en picada sobre las personas que cruzaban el puente, esperaban el paso de un bus o caminaban en los alrededores de la plaza Venezuela y el Centro Cultural Estación Mapocho. Cerré los ojos por unos instantes y me concentré en el ruido del río, apagado por el incesante murmullo de la ciudad.

Una vez que estuve en mi departamento, preparé el almuerzo, compartí un trozo de pescado con Simenon y sin resolver mis dudas respecto a la necesidad de recurrir a Doris, ocupé unas horas en obtener información sobre el documentalista que mencionaba Razetti en una de sus libretas.

Comencé visitando un local en la calle San Antonio, cuya oferta parecía concentrada en películas condenadas al olvido, más un pequeño catálogo de comedias eróticas y dramones mexicanos. El encargado de la tienda jamás había escuchado el nombre de Joan Ortega y lo mismo sucedía con los dependientes de otras tres tiendas ubicadas en la calle Huérfanos. Seguí mi búsqueda en un local de Merced que tenía una buena oferta de películas clásicas y otras de reciente estreno. Tampoco tenían ninguna producción de Ortega, pero la muchacha que atendía recordaba su nombre asociado a documentales de tipo social y me recomendó que hiciera un recorrido por las tiendas que funcionaban en una de las galerías de la estación del Metro Los Leones.

Me armé de paciencia, bajé al Metro y después de un viaje de quince minutos llegué al lugar indicado. Visité cinco tiendas y en ninguna tuve suerte. Fue entonces cuando recordé a Bilbao, el dueño de una tienda de videos ubicada en la calle San Diego. Bilbao había sido guionista de series de televisión y tiempo atrás me había proporcionado antecedentes sobre la vida de un actor involucrado en el asesinato de varias mujeres. Su información me había ayudado a descubrir al asesino, quien tenía la particularidad de colocar un video de Alfred Hitchcock sobre los cuerpos de sus víctimas.

—¿Cómo está, Bilbao? —le pregunté al tiempo que observaba la polera que vestía, con la imagen de Rita Hayworth grabada a la altura del pecho.

—Bien, entre la realidad del celuloide y la fantasía de la vida real.

—¿No será al revés?

—Es lo que piensa mucha gente —dijo, y sin querer profundidad en la extraña declaración, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarlo, Heredia?

—Quiero ubicar a un documentalista español que se llama Joan Ortega. ¿Lo conoce?

—No es Fellini, pero lo conozco. Es un tipo que ahora debe andar por los cincuenta años de edad y que tiempo atrás participó en un ciclo de nuevos documentalistas hispanos que organizó el Centro Cultural de España. En esa ocasión lo oí exponer sobre su obra y vi dos de sus documentales. El tipo orienta su trabajo a denunciar situaciones que tienen que ver con daños al medio ambiente y a la fauna.

—¿Tiene alguno de sus documentales?

—Tengo uno, pero en mi departamento. El día de su exposición fui uno de los pocos que nos quedamos hasta el final de la conferencia. Le hice un par de preguntas y mi curiosidad fue recompensada con las respuestas de Ortega y el documental que me regaló una secretaria del centro cultural.

—¿Sabe cómo puedo comunicarme con él?

Bilbao pareció pensar en algo y luego buscó en un cuaderno que sacó de uno de los cajones del escritorio que tenía en la tienda.

—No, aquí no —dijo mientras cerraba el cuaderno y lo volvía a su sitio—. Pero si la memoria no me falla, en la carátula del documental que me regaló venía la dirección de su productora y un correo electrónico.

—¿Podemos ir a buscar el documental a su casa?

—Podemos, pero en una hora más, que es cuando corresponde mi horario de almuerzo. No tendremos que caminar mucho, vivo a cuatro cuadras de aquí.

Le di las gracias y me dispuse a acompañarlo.

—Claro que no lo puedo invitar a almorzar. Mi hija me deja la ración que me prescribió el médico, y ni un gramo más.

—No se preocupe por la comida.

—Claro que me preocupo, Heredia. Tengo que conformarme con la misma comida de viejo jodido que me viene dando desde hace cinco años. Nada de pan ni tallarines; nada de sal ni azúcar.

—Su hija lo cuida. No se queje.

—Lo sé, pero preferiría que me diera un bife a lo pobre con dos huevos fritos, helado de chocolate y una botella de tinto.

—No embrome, Bilbao. A usted le queda cuerda y yo le debo una disculpa.

—¿Por qué sería la disculpa?

—Porque me di vueltas por medio Santiago antes de pensar en usted y su tienda.

—No se preocupe, Heredia. Todas las personas la guanean de vez en cuando.

El departamento de Bilbao era la prolongación de su tienda. Los muros del living estaban cubiertos con estanterías repletas de películas ordenadas por directores, actores y actrices y por país de origen. En un pequeño espacio despejado de los

muros había una foto en la que Bilbao estaba acompañado de una mujer joven y delgada que supuse sería su hija.

Revisó una de las estanterías y rápidamente dio con el documental de Joan Ortega, que trataba sobre la paulatina extinción de un pueblo indígena en el Ecuador. Leí el texto que venía en la parte posterior de la carátula y encontré, entre los créditos, la dirección postal y electrónica de Joan Ortega Producciones. Anoté la información en mi libreta y devolví el documental a Bilbao.

—¿Cree que me responda si le escribo algunas líneas?

—Si el tipo coloca su correo electrónico es porque espera que alguien le escriba.

Consideré pedirle el documental, pero el viejo guionista pareció adivinar mis pensamientos y con movimientos ágiles devolvió el documental a su lugar.

—Espero que le sirva la información —dijo unos minutos más tarde, junto a la puerta de su departamento.

—¿Cómo está, don? —preguntó Anselmo cuando me vio al lado de su quiosco, leyendo el titular de una revista que destacaba la reducción de los crímenes en Santiago—. Hace tiempo que no le veía ni la sombra. ¿Mucho trabajo o anda detrás de alguna fémina de graciosa figura?

—No tienes arreglo, Anselmo. Solo piensas en romances que tienen tanto futuro como los autos a pedales.

—¿Y qué quiere, don? Estoy jugando los descuentos y prefiero ocupar mi tiempo pensando en situaciones agradables. ¿Y usted, sigue buscando la quinta pata al gato?

—Procuro descubrir al asesino de Alfredo Razetti.

—Usted es de los perros que no sueltan el hueso.

—Es la única manera de llegar a buenos resultados.

—No necesita decírmelo, don. Si no fuera por usted jamás habrían descubierto al asesino de mi hijo. Usted dejó los zapatos en la calle hasta que dio con el culpable.

—Era una buena causa. Tanto como averiguar quién mató a Alfredo.

—Usted sabe que si en algo puedo cooperar, es cosa de que lo diga.

—Precisamente venía pensando en pedirte ayuda. ¿Todavía funciona el computador que tienes en tu casa?

—Está igual que el dueño, viejito pero funcionando. Un muchacho, vecino del barrio, le cambió el disco duro, le puso un lector de discos y lo conectó a la Internet, cosa que dicho sea de paso me ayudó a tener nuevas amistades. Usted ni se imagina la cantidad de señoras que buscan amigos a través de las redes a las que uno puede inscribirse. Y eso sin mencionar las páginas donde aparecen bellas señoritas ofreciendo compañía.

—No te privas de nada.

—Debería tener una página en la Internet, don. Los clientes caerían como moscas y usted no necesitaría esperar a que alguien tenga el coraje de entrar a su oficina.

—Recordaré tu consejo, pero por ahora quiero que me ayudes a enviar un correo electrónico. Quiero contactar a un director de documentales.

—Si tiene pretensiones de galán de cine, creo que no le irá muy bien. Para roles de galán ya está viejo, y los monstruos ahora se hacen con efectos especiales.

—Cuando necesite tu opinión sobre mi aspecto, te lo haré saber.

—¿Qué quiere que ponga en el mensaje?

—¿Tienes unas hojas de papel? El mensaje es largo.

El texto que redacté resumía mi viaje a Cuenca, las circunstancias que habían rodeado la muerte de Alfredo Razetti y la manera como descubrí que mi amigo contaba con su ayuda para obtener el análisis de una muestra de agua. Le hablé de mi viejo oficio de metiche a sueldo y de lo que pretendía al tomar contacto con él. Releí el texto, agregué una despedida y se lo pasé a Anselmo. El quiosquero guardó las hojas en un bolsillo interior de su chaquetón azul marino y me pidió que lo

acompañara a tomar el bus que lo llevaría hasta su casa.

De regreso en mi departamento, preparé un taza de café y después del primer sorbo dejé de pensar en mis dudas y tomé el teléfono.

Al principio no reconocí su voz y estuve a punto de cortar la llamada. Luego dije su nombre. Escuché su respiración al otro lado de la línea.

—Te has olvidado hasta de mi voz —dijo Doris.

—Nunca he sido bueno reconociendo voces a través del teléfono.

—Otra excusa lamentable, Heredia. ¿Qué quieres?

—Me dijo Chacón que deseabas estar al tanto de lo que estoy haciendo.

—¿Desde cuándo eres tan obediente?

—Necesito tu ayuda.

—Algunas cosas vuelven a ser igual que antaño —respondió Doris con ironía.

—Y otras aún más importantes también pueden volver a serlo. Te lo dije en el restaurante.

—¿Qué ayuda necesitas? —volvió a preguntar.

—Puedo ir a tu departamento y te lo explico con detalles.

—Te escucho perfectamente a través del teléfono.

Me quedé en silencio por un instante y el recuerdo de algún momento con Doris me impidió colgar el teléfono. Respiré profundo, dejé escapar el aire de mis pulmones y le hablé de mi viaje a Cuenca, de las muestras de agua que nadie quería analizar y de un hombre llamado Werner Wallis Pérez. Mencioné mi visita al supermercado y la historia de Teresa Gatica.

—¿Piensas que Wallis tuvo que ver con la muerte de Razetti? —preguntó Doris.

—Creo que puede tener alguna información que nos acerque al asesino. Estuvo en Cuenca y amedrentó a algunas personas que se oponen al funcionamiento de la minera.

—Es razonable —concedió Doris, y después de una pausa, agregó—: Y la información que me acabas de dar es más de la que he podido recoger por mi parte.

—Teresa Gatica puede ayudarnos a encontrar a Wallis. Revisa los archivos que están a tu alcance. Si la muchacha hizo una denuncia, es posible que encuentres algún dato que nos permita dar con su paradero.

—No perdemos nada con intentarlo —dijo Doris.

—Me gusta que vuelvas a hablar en plural.

—Borra la sonrisa de tu cara, Heredia. El plural es solo para la investigación —dijo Doris, y cortó la llamada.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunté a Simenon que estaba sentado junto al teléfono.

—Como dice Joaquín Sabina en una de sus canciones: *Otra vez a perder un partido sin tocar el balón.*

—¡Qué paciencia la que tengo contigo! Un día de estos...

—Me tirarás por el balcón. A otro gato con ese ratón, Heredia.

El adagietto de la Quinta Sinfonía de Mahler había dejado de sonar en el equipo de música y los ruidos nocturnos del departamento dejaban al descubierto los ecos de su vida subterránea. El cansancio me impedía dormir, obligándome a repasar, uno a uno, los momentos del día y mis elucubraciones acerca del rumbo de la investigación.

No la oí llegar hasta que se detuvo junto a la puerta del dormitorio y reconocí su silueta, que parecía vacilar entre dar unos pasos hacia el interior de la habitación o esfumarse como una sombra. No dije nada por temor a espantar la imagen con una palabra de más. De la calle llegó el sonido de un ladrido, al que siguieron unos gritos y el retumbar de unos pasos sobre el pavimento. Pero ni eso ni nada podía estropear la magia del momento. Se desnudó y su cuerpo iluminó la pieza. Se acercó a la cama, descorrió la sábana y se tendió a mi lado. Sentí sus pechos junto a mi piel y me dejé atrapar por las serpientes de sus brazos. Uní su mirada a la mía, y pasé, fugazmente, un dedo por sus labios rojos. Deslicé una caricia por su espalda y ella buscó mi boca con un beso que duró hasta que el amanecer irrumpió con un rayo de sol sobre mi cara y escuché, molesta y fuera de lugar, la voz de Anselmo que intentaba arrebatarme aquel sueño.

—¿Qué quieres? —pregunté molesto.

—Parece que estaba dentro de un bonito sueño.

—Un sueño que venía del pasado y que no pienso contarte.

—Disculpe, don. Si quiere me voy y regreso en una hora más.

—Los sueños terminan y nunca se vuelve a ellos con la misma perfección —dije mientras me levantaba de la cama y sentía una súbita y traicionera puntada en la espalda.

—¿Volvió la garrotera? —preguntó Anselmo—. Le he dicho mil veces que vaya donde el acupunturista chino que atiende tres pisos más abajo. Es cosa de que se deje deslizar por el pasamanos de la escalera.

—Por ahora resisto con pastillas y duchas calientes —dije, disimulando el dolor mientras caminaba hacia la cocina—. ¿Qué te trae por estos lados tan urgido y de madrugada?

—¿De madrugada? El sol pica como gallo en celo y la gente normal ya piensa en su almuerzo.

—No me hables de la gente normal.

—Usted manda, don. Lo importante es que le traigo un mensaje enviado desde Francia.

—¿Del tipo de los documentales?

—¿De quién otro? ¿No estará esperando un correo de Juliette Binoche?

Preparé café, y mientras Anselmo rascaba la panza de Simenon, leí el correo de Joan Ortega, quien, junto con lamentar la muerte de Razetti, me decía que su contacto con el laboratorio que analizaría las aguas de Cuenca seguía vigente, y que no había

insistido en su oferta por el repentino silencio del abogado. Luego se explayaba sobre un documental que pensaba filmar sobre la situación de Cuenca y para lo cual viajaría a Chile en un plazo no mayor a las dos semanas. Esperaba estar una semana en el pueblo y ofrecía transportar las muestras de agua. Terminaba pidiéndome que lo mantuviera informado de los resultados de mis pesquisas.

—Este tipo parece ser de buena tela —dije a Anselmo—. Respóndele que le deseo suerte en su trabajo en Cuenca y que desde ya le agradezco su ayuda con el transporte de las muestras.

—¿Solo eso? Parece telegrama.

—Si el correo estuviera destinado a Juliette Binoche agregaría otras palabras.

—Voy a ir de una carrerita al café con internet que atiende en la calle San Pablo. Si espero el regreso a mi casa lo más probable es que olvide el mensaje.

Cuando escuché que Anselmo cerraba la puerta de la oficina, tomé el teléfono y llamé a Julián Becerra. La situación no había variado mucho en el pueblo, salvo la salud de los huelguistas, que iba de mal en peor, hasta el punto que a dos de ellos los habían trasladado al hospital de una ciudad vecina. La noticia sobre el correo de Joan Ortega alegró a Becerra. Le prometí mantenerlo informado de otras novedades, pero omití hablarle de Wallis.

* * *

Adriana Mercado estaba en la pensión cuando la llamé. Me comentó que acababa de recibir a tres turistas franceses y que más tarde debía sacar las cuentas a pagar por una delegación de atletas que habían visitado el pueblo por una competencia escolar.

La escuché hablar de su trabajo y sentí que el tono de su voz revelaba una alegría que no tenía al comienzo de la conversación.

—Disculpa —dijo de pronto—. Te hablo de asuntos que no deben interesarte.

—No pienses eso. Me gusta escuchar tu voz y el entusiasmo con el que hablas de tu trabajo.

—Gracias. He querido llamarte en varias ocasiones para saber cómo va la investigación.

—Aparecen y desaparecen nombres. Y eso es todo hasta el momento —dije, y enseguida le conté que había hablado con Becerra sobre las muestras de agua y el estado de los huelguistas.

—Nadie quiere ponerle fecha, pero está escrito que la huelga termina de un momento a otro.

—Becerra no me habló del fin de la huelga.

—Porque él pertenece al grupo que quiere llevar la situación hasta el límite. Y eso no es bueno. Los huelguistas ya hicieron lo que podían y el gobierno sigue indiferente, esperando que el tiempo pase. Ayer los fui a ver. No quisiera estar en el lugar de ellos.

—A los jodidos la lucha nunca les resulta fácil. Pero, tarde o temprano, la situación tendrá que cambiar.

—Quisiera tener tu optimismo.

—¿Y tú, cómo estás? —le pregunté, cambiando el curso de la conversación.

—Me ocupo de la pensión y veo con tristeza que los días pasan con más prisa de la que deseo. También planifico mis próximas vacaciones. Quiero viajar a Buenos Aires. Me hará bien salir del pueblo por unas semanas.

—¿Y la casa en el bosque?

—Siempre he pensado que es una casa que requiere compañía. ¿Tienes algo más que investigar en Cuenca?

—No por el momento —respondí y al notar que se producía un silencio al otro lado de la línea, añadí—: Toda la investigación está concentrada en Santiago.

—Existen los viajes que se hacen por placer.

—Una buena idea a tener en cuenta —dije y me pregunté si era sincero.

—No pareces muy convencido —adivinó Adriana.

Guardé silencio y sentí cómo la conversación caía en un pozo del que no resultaría fácil salir sin lastimarla.

—Me alegro que llamas —dijo ella, y luego se despidió con la excusa de un cliente que acababa de entrar a la pensión.

Simenon me siguió hasta el balcón del departamento, desde donde podía observar la Estación Mapocho, el río, las nuevas instalaciones del Mercado Tirso de Molina, y más atrás, unas iglesias que parecían fundirse en el fondo gris de un horizonte contaminado.

—¿Sabrás algún día lo que quieres?

—A veces me pregunto si no es hora de cambiar. Tú mejor que nadie sabes lo que es la soledad, el frío, los techos oxidados. No tener un refugio donde alguien te espere.

—Las cartas están en tus manos y es tuya la decisión de jugar la que más te convenga.

—¿De qué diablos estás hablando, Simenon?

—De soledades y decisiones.

—Parece el título de un libro de poemas escrito por un empresario —dije, y caminando hacia la salida de la oficina agregué—: Necesito dar una vuelta por el barrio y beber una copa.

Doris me encontró en el «Wonder», bebiendo una copa de vino y observando un partido de fútbol entre Barcelona y un equipo griego de nombre impronunciable. Desde que Alexis Sánchez jugaba en el equipo de Barcelona, gran parte de los chilenos se sentían hinchas del equipo catalán, como antes lo habían sido del Real Madrid de Iván Zamorano, o de la Lazio o el River Plate de Marcelo Salas. Una adhesión espontánea, irracional a ratos, que se explica por la necesidad de victorias de los chilenos, acostumbrados a celebrar triunfos morales y desastres militares.

Doris se sentó a mi lado y por unos minutos prestó atención a las alternativas del partido en el televisor instalado en un rincón del bar.

—¿Cómo diste conmigo? —pregunté, aprovechando una detención momentánea del partido, provocada por la lesión de uno de los arqueros.

—Conozco tus territorios y cada vez quedan menos bares de los que te gustan.

Sonreí de mala gana y bebí un poco de vino. Doris llamó a la muchacha que atendía las mesas y pidió una cerveza. Luego volvió a mirar la pantalla del televisor.

—No recordaba que te gustara el fútbol.

—Me habría gustado ser comentarista de fútbol.

—Tendrías más trabajo. Hoy en día los canales transmiten hasta los campeonatos de los países asiáticos —dije y viendo que ella no hacía ningún comentario, agregué —: Supongo que no has venido a ver jugar al Barcelona ni a estar un rato en mi compañía.

—En mi departamento tengo una pantalla más grande y de seguro podría procurarme mejores compañías.

—¿Nunca vas a sacarme de tu lista de rencores?

—No me provocas rencor, Heredia.

—¿Entonces?

—Todo a su tiempo y según su mérito.

—¿Y qué implica eso?

—Es una frase que me enseñó un amigo abogado.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Significa que vamos a conversar de Wallis. Ordené revisar los archivos y el hombre tiene su historia. Fue oficial de Carabineros y lo dieron de baja por la muerte de un campesino mapuche en Freire. No hizo el disparo que costó la vida del campesino, pero comandaba al grupo de carabineros que reprimió a unas familias mapuches que reclamaban la devolución de unas tierras en la que están enterrados sus antepasados. Después de eso, y como ocurre con muchos carabineros exonerados o jubilados, se cambió al rubro de la seguridad empresarial, acumulando tres denuncias de maltratos en supermercados, más la acusación de violación que hizo en su contra Teresa Gatica. En los archivos figuran tres direcciones que en estos momentos están siendo pesquisadas por detectives a mi cargo, y una cuarta que yo misma me di el trabajo de visitar y que correspondía a un departamento en la calle Portugal donde habitó hace más de seis años. Conversé con el administrador del edificio y no recordaba al sujeto. Tampoco figuraba su nombre en los registros del departamento.

—Wallis sabe borrar sus huellas.

—Desde luego que no será fácil dar con él. Pero por ahora al menos tenemos su foto y los antecedentes de su estadía en Cuenca —dijo Doris mientras ponía sobre la mesa la foto de un hombre rubio, de unos treinta o treinta y cinco años, que lucía sus cabellos cortos y un grueso bigote. Sus ojos eran claros y la forma como enfrentaba la cámara daba la idea de un tipo seguro de sí mismo.

—Parece una foto antigua.

—El Wallis que buscamos debe tener veinte años más de los que aparenta en la foto. Hicimos un retrato a partir de esa foto y envejeciendo sus rasgos. Abultamos sus mejillas, pusimos arrugas en su frente y una que otra cana en su cabellera. Es la imagen que están usando los detectives que investigan los supuestos domicilios de Wallis.

—¿Puedes darme esas direcciones? —pregunté.

—Supuse que me las pedirías, pero recuerda que están siendo investigadas por mis subalternos —respondió Doris al tiempo que dejaba un papel junto a mi copa.

—Esperaré los resultados que obtengan tus hombres —dije y vacié de un trago mi copa de vino—. ¿Y qué me dices de Teresa Gatica?

—En su demanda contra Wallis aparece la dirección de su casa y la de su trabajo. Fuimos a la primera dirección y aún vive en ese lugar.

—¿Y su trabajo?

—Esa es una de las causas por las que vine a buscarte. Trabaja cerca de aquí y pensé que podríamos compartir la conversación con ella.

—¿Por qué te involucras tanto en este caso? Podrías limitarte a dar órdenes a tu gente.

—Conocí a Razetti.

—¿Eso es todo?

—Sé que él era tu amigo —dijo Doris y enseguida deslizó una fugaz caricia sobre una de mis mejillas.

—¿Qué pretendes?

—Nada. El problema es que sigues siendo el mismo de siempre —respondió Doris Fabra.

—¿Qué significan esas palabras?

—Olvídalas. Paga la cuenta y vamos a conocer a Teresa Gatica.

La mujer trabajaba en una tienda de lanas ubicada en Diagonal Cervantes, a poca distancia de la plaza de Armas. Cuando preguntamos por ella se identificó con desconfianza y luego, al ver la placa que le mostró Doris Fabra, hizo una mueca de fastidio y de mala gana se dispuso a escuchar lo que teníamos que decir. Era una mujer joven, de no más de treinta años, morena y de ojos oscuros. Vestía un delantal verde, pantalones de mezclilla azul y zapatillas deportivas. La tienda era amplia y sus muros estaban recubiertos por viejas estanterías de madera en las que se ordenaba una cantidad enorme de lanas de diversos colores, texturas y marcas. En medio de la sala de ventas había una mesa ocupada por ocho mujeres que escuchaban con atención las instrucciones de una profesora. Todas estaban provistas de palillos y de una madeja de lana.

Doris habló a Teresa Gatica sin prisa. Comenzó por recordar el ataque en el supermercado. En el rostro de Teresa se dibujó una expresión nerviosa. La observé de reojo y no tuve duda de que mantenía vivo el recuerdo de la violación.

—He sido interrogada muchas veces por lo mismo y siempre tengo la impresión de que no me creen —dijo Teresa—. ¿No basta con el informe de lesiones que hicieron en la posta?

—Buscamos a Wallis y queremos que usted nos ayude —respondió Doris.

—La última vez que lo vi fue en la fiscalía y eso, afortunadamente, fue hace tiempo.

—¿Por qué retiró la denuncia contra Wallis? ¿Le hizo llegar algún mensaje? —pregunté a la mujer.

—Recibí dos visitas de su abogado. En la primera me dijo que no obtendría nada con mantener la denuncia. Que las pruebas que incriminaran a su cliente serían refutadas durante el juicio.

—Lo cual era mentira —dijo Doris—. Cuando la examinaron en la posta encontraron restos del semen de su agresor.

—Tenía miedo —dijo Teresa Gatica—. En la segunda visita el abogado me ofreció dinero a cambio de retirar la denuncia. Me aseguró de que no volvería a ver a Wallis. El abogado que nombraron para mi defensa me dijo que era un buen arreglo, que no obtendría más beneficios prolongando el juicio. Lo pensé y al final acepté el arreglo. Estaba sin trabajo y necesitaba dinero.

—¿Supo alguna vez dónde vivía Wallis? —pregunté a Teresa.

—Nunca, ni cuando trabajaba en el supermercado ni después. Mi jefe era otra persona. A Wallis lo veía pasar, pero jamás me dirigió la palabra. Su abogado dijo en la fiscalía que había sido una relación sexual consentida, pero eso es falso.

—¿Recuerda el nombre del abogado que le ofreció dinero? —pregunté.

—Vagamente. Reyes, Rojas, o algo parecido.

—¿Y el nombre del abogado que la defendió? —insistí.

—Humberto Loyola. Era joven y creo que mi defensa fue uno de sus primeros trabajos. No lo volví a ver más después que retiré la denuncia.

—No tengo más preguntas —dijo Doris, y enseguida agradeció a Teresa su colaboración.

Nos despedimos de la vendedora y cuando estábamos por salir de la tienda, rehíce mis pasos y volví hasta donde estaba la mujer.

—Si recuerda el nombre del abogado que le ofreció dinero, llámeme —le dije al tiempo que le pasaba una de mis ajadas tarjetas de presentación.

—¿Qué pretendes? —preguntó Doris cuando estuve de nuevo a su lado.

—Me parece necesario que tenga un teléfono donde llamar en caso de que recuerde algo más.

—¿Crees que nos dijo la verdad?

—Nos dijo lo que quiere recordar.

—No lo había pensado de ese modo —dijo Doris, y luego de un rato, cuando nos acercábamos a la entrada principal del Mercado Central, agregó—: ¿Y tú, qué quieres recordar de tu vida?

—Todo —respondí sin dejar de mirar a sus ojos—. No hay nada en mi vida que quiera olvidar.

Doris sonrió levemente, incrédula. A modo de despedida estampó un besó en una de mis mejillas y luego caminó en dirección al viejo cuartel de la calle General Mackenna. No quise seguir tras ella. La vi alejarse, y encendí un cigarrillo que fumé por completo sin moverme del lugar. Mi vida era eso, detenerme en una calle cualquiera y mirar la vida que pasaba a mi lado, con sus profundidades y matices. Pensé en el sueño que había tenido por la noche y un sentimiento de tristeza, de pérdida irreparable, me cubrió de pies a cabeza. Estaba solo, siempre lo había estado, y el mundo que me había rodeado durante gran parte de mi vida se caía a pedazos.

Simenon estaba sentado en el pasillo que unía el ascensor con los demás departamentos del piso, señal inequívoca de que un desconocido se encontraba dentro de mi oficina. Palpé el bolsillo donde debía portar mi pistola y solo sentí el peso de las llaves y unas monedas. Saqué las llaves y abrí lentamente la puerta del departamento. Junto a mi escritorio, sentado en mi butaca, Héctor Sanhueza leía el diario que Anselmo me traía por las mañanas. El gato pasó entre mis piernas y se quedó mirando al abogado, reprochándole la osadía de ocupar el lugar destinado a mis lecturas, mis cavilaciones y mi ocio.

—¿Anda buscando oficina? —le pregunté a modo de saludo.

—Su amigo quiosquero me abrió.

—Hizo bien —dije mientras me sentaba en la silla que estaba frente a mi escritorio, la de los clientes que llegaban a contarme sus problemas, a pedir algún tipo de ayuda o a confesar sus miserias.

—¿Progresa el asunto de Razetti? —preguntó Sanhueza con cierta ansiedad.

—Poco y nada —respondí y luego le hablé de Wallis y de los intentos que hacíamos con Doris para encontrarlo.

—¿Tienen una pista concreta o solo disparan al aire?

—Tengo el listado de las direcciones registradas en los archivos de la policía como posibles domicilios de Wallis —agregué pasándole el papel que me había dado Doris—. Existe la esperanza de que todavía viva en uno de esos lugares.

Sanhueza leyó la lista y la dejó sobre el escritorio sin hacer ningún comentario.

—Supe que desocuparon la oficina de don Alfredo —dijo sin requerir más información sobre la búsqueda de Wallis—. ¿Sabe que harán con sus pertenencias?

—Raquel las guardará hasta que el polvo las devore o ella se anime a venderlas.

—¿Incluso el computador? —preguntó Sanhueza.

—Incluso —mentí, sin querer reconocer que había solicitado una nueva revisión a su contenido.

—Si deja pasar mucho tiempo ese computador no valdrá ni un peso.

—Dudo que eso preocupe a Raquel. Es natural que no quiera desprenderse de las cosas de Alfredo. Son su último lazo con el hombre que estuvo a su lado durante muchos años.

—Tiene razón. No tengo edad para apreciar asuntos relacionados con los sentimientos.

—Los sentimientos no tienen relación con la edad. Tienen que ver con ponerse en el lugar de la persona que sufre.

Sanhueza asintió con un rápido movimiento de cabeza y me pareció que más allá de ese gesto, no confería mayor importancia a mis palabras. Miró su reloj y se puso de pie.

—Quisiera estar al tanto de sus investigaciones —dijo—. Y si cree que puedo

ayudar en algo, no dude en llamar.

—Tendré en cuenta sus palabras —contesté y estreché la mano del abogado.

* * *

—Tenía prisa —comentó Simenon cuando oímos que cerraba la puerta de la oficina.

—Hablar de muertes y asesinatos no es grato, Simenon, salvo que seas un detective habituado al silencio de los muertos o un escritor de novelas policiales que usa la aparición de un cadáver como pretexto para hablar de las cosas que suelen rodear a un crimen.

Me encaminé hacia la cocina con la idea de preparar café. Pero mi deseo se convirtió rápidamente en decepción. El frasco de café que guardaba en la alacena estaba vacío, y pese a mi afanosa búsqueda, tampoco encontré una miserable bolsa de té que me permitiera beber una infusión calientatripas.

—Tocamos fondo, Simenon —dije—. Tendré que ir al supermercado o terminaré comiendo tu alimento de mascotas felices.

—Ni lo intentes. Mejor anda al supermercado y no olvides comprarme algo sabroso.

—Hay días en los que pienso que la única finalidad de mi vida es mantenerte gordo y contento.

—Exageras, Heredia. Me quieres y nos hacemos compañía.

* * *

La renovada presencia de unos paquetes de arroz y tallarines, latas de atún, pan y dos botellas de vino en la alacena, me dieron seguridad. Añoré, sin motivo, una despensa familiar, bien provista, destinada a satisfacer las necesidades de varias personas. Una alacena para una vida distinta a la del hombre que puede buscar un restaurante donde solicitar el plato que se le antoje o pueda pagar. Abrí una de las botellas y llené una copa. Me senté en mi butaca, respirando el aire que entraba por la ventana que había tenido la precaución de abrir antes de salir de compras. Una copa ayudaba a encontrarle sentido al transcurrir de los días, siempre y cuando no pensara en el mundo que existía más allá de los muros del departamento; en las calles con sus fauces abiertas o mientras no tuviera la obligación de cruzar las puertas de casas ajenas, miserables, y cuyos interiores encubrían dramas oscuros, sentimientos lastimados de un modo irreparable, relaciones alimentadas por el odio o la indiferencia. Era la cara oscura de una vida que no siempre lograba impedir que entrara a mi departamento, al paréntesis de tranquilidad en el que se imponía el olor de los libros añosos, la fantasía caótica del desorden y los pasos sigilosos de un gato

que vigilaba mis movimientos.

Bebí el vino y cuando me disponía a rellenar la copa, la tranquilidad del departamento se esfumó con el súbito sonido del teléfono. Tomé el fono y escuché una voz de mujer.

—Soy Teresa Gatica —dijo y recordé la imagen de la mujer que trabajaba en la tienda de lanas—. Usted me dio su tarjeta y me dijo que lo llamara si recordaba el nombre del abogado que defendió a Wallis.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. ¿Tiene algo que decirme?

—Busqué en una cómoda donde suelo guardar papeles viejos y di con una hoja donde alguna vez escribí su nombre. Se llama Homero Rojas —dijo ella y enseguida mencionó la calle Sazie y agregó un número que anoté en la libreta que tenía sobre el escritorio.

—Gracias —le dije—. Esa información puede ser de mucha utilidad.

—Si Wallis ha vuelto a hacer algo malo, espero que reciba un castigo. El que merecía por lo que me hizo, y que yo, por mi cobardía, no me atreví a perseguir hasta el final.

—Me acordaré de usted si lo llego a encontrar. No dude de ello.

La mujer quedó en silencio y pensé que daba una ingrata batalla contra sus recuerdos.

—¿Quiere decirme algo más? —le pregunté, y no tuve otra respuesta que el sonido que hizo el teléfono cuando Teresa cortó la comunicación.

Media hora más tarde tomé el Metro hasta la estación República y de ahí caminé por la calle Echaurren hacia la plaza Manuel Rodríguez. No tenía prisa y me dejé llevar por los recuerdos que tenía del barrio en el que todavía se podían ver casas y palacetes que daban muestras de su pasado señorial, mucho antes de que sus adinerados propietarios decidieran cambiarse a sectores más apartados del centro de la ciudad, buscando tomar distancia de los pobres y los tipos de medio pelo que invadían el corazón de Santiago.

A poco andar noté que el barrio había sufrido cambios y que estaba poblado de restaurantes y bares a los que concurrían los estudiantes de las universidades que en los últimos años se habían adueñado del sector, edificando nuevas construcciones o utilizando los palacetes de antaño como aulas y oficinas. Con nostalgia y no poca envidia, recordé mi breve época de estudiante universitario, cuando cada jornada estaba limitada por el toque de queda y la ciudad sobrevivía agobiada por la tristeza. Vencí la tentación de entrar a uno de esos bares y seguí caminando hasta llegar a la dirección indicada por Teresa Gatica, que correspondía a un edificio de aspecto desmejorado y sucio. Homero Rojas ocupaba un pequeño departamento de dos ambientes, en uno de los cuales había habilitado una oficina que olía a comida recalentada y a otros olores que hacían pensar en la falta de ventilación y en la poca higiene de su ocupante.

Rojas era un hombre alto, de ojos marrones y saltones. Su terno negro lucía

arrugado y su camisa color mostaza tenía más manchas que un mantel de cumpleaños. No había que ser un genio para adivinar que las estrellas no brillaban en el cielo de Rojas y que probablemente realizaba cualquier leguleyada con tal de ganar unos pesos.

Me indicó la silla de mimbre que estaba junto a un escritorio de madera al que le faltaba una capa de barniz. Luego comenzó a hablar del poco tiempo libre que le dejaba su nutrida cartera de clientes, lo que me hizo pensar que tenía dos caminos por delante. Dejarlo hablar hasta que terminara su cuento o bien cortar su cháchara y mostrarle mi vieja y falsa credencial de policía. Miré mi reloj, pensé en los bares frente a los que había pasado minutos atrás, y opté por el truco de la credencial.

—Usted no es policía, es un impostor —dijo el abogado después de observar la credencial—. He visto más placas de policía de las que usted se pueda imaginar, y la que usted porta dejó de usarse a lo menos hace ocho años.

—De acuerdo, yo no soy policía ni usted tiene la abultada clientela de que presume.

—¿Qué sabe de mis clientes? ¿Habló con alguno de ellos?

—Su aspecto me dice que usted no tiene dinero ni para mandar su traje a la lavandería. En la puerta de su oficina hay una placa que indica que usted es abogado penalista. Seguramente sus clientes son delincuentes con prontuario, a los que consigue la excarcelación. Eso explica que su oficina esté a unas cuadras de los tribunales de justicia.

—Voy a llamar a la policía y haré que lo detengan por el uso de credenciales falsas —dijo Rojas mientras sacaba un celular desde el bolsillo de su camisa.

—Déjese de actuar, Rojas. No tengo mucho tiempo y a usted probablemente ya no le quedan minutos en la cuenta de su celular. Años atrás tuvo un cliente de apellido Wallis. Necesito saber dónde vive.

—No acostumbro a entregar información sobre mis clientes.

—¿Ni siquiera por un billete de cinco mil pesos?

Rojas escuchó la cantidad y negó de inmediato con la cabeza.

—¿Diez mil?

Rojas volvió a decir que no con un leve movimiento de cabeza, pero esta segunda vez demoró unos segundos más en hacerlo.

—¿Doce mil?

—¿Cómo sé si anda con ese dinero?

—¿Cómo sé si me dará la dirección que necesito?

—Tengo la dirección que me dio Wallis cuando fue mi cliente. Si está vigente o no, es problema suyo —dijo el abogado mientras sacaba una libreta de tapas grises desde uno de los cajones de su escritorio. Luego de un rato, ubicó la dirección, la anotó en el reverso de una boleta de almacén y la dejó a mi alcance.

Leí la dirección que el abogado había escrito y de inmediato descubrí que era una de las direcciones que me había dado Doris. Guardé el papel en mi chaqueta y saqué

mi billetera. La sacudí sobre el escritorio y de su interior salió un billete de dos mil pesos y cinco maltratadas tarjetas de presentación.

—Qué lástima —dije—. Parece que en el trayecto de mi oficina a la suya, alguien metió mano en mi billetera. Tendré que venir a verlo otro día.

—Pero este billete se queda aquí —dijo el abogado, mientras se apoderaba del dinero.

—Quédeselo. Apostaría a que es todo el dinero que ha visto entrar en esta oficina en los últimos dos días —dije mientras recordaba que en uno de los bolsillos de mi pantalón portaba los billetes que me había dejado mi última pasada por una oficina del Teletrak.

—No me gustan las apuestas —respondió Homero Rojas.

Caminé hasta la estación Los Héroes del Metro para encontrar una cabina que me permitiera llamar a Doris. Pero no tuve éxito. El teléfono de su oficina remitía a un mensaje de voz y su celular estaba fuera de funcionamiento. Luego de contar el dinero que llevaba en el bolsillo izquierdo de mis pantalones, junto a un pañuelo de género y dos pastillas de Kitadol, decidí olvidar a Doris Fabra y correr con colores propios.

La dirección anotada en la boleta correspondía a un departamento ubicado en la calle Santa Isabel, en un sector en que los viejos callejones de las cités habían dejado su espacio a edificios que se proyectaban hacia lo alto, como naves espaciales a punto de iniciar un viaje a Júpiter. Tomé un taxi en la Alameda, y en menos de lo que suspira una virgen, llegamos a la dirección que deseaba. Pagué la carrera y apenas comencé a caminar hacia el edificio donde supuestamente vivía Wallis, me di cuenta de que llegaba tarde a una fiesta a la que nadie se había molestado en invitarme. Frente a la entrada divisé una ambulancia de la Posta Central y dos furgones de la policía. Y junto a la puerta del edificio, a cuatro detectives que controlaban el acceso hacia su interior.

Uno de los detectives era Ruperto Chacón, quien al reconocermelo pasó por debajo de la huincha blanca que limitaba el tránsito hacia el interior del edificio y se acercó a mi lado.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. La comisario Fabra me ordenó llamarte a tu oficina y no tuve éxito. Después llamé a Anselmo y supongo que él te dio mi recado.

—Supones mal. He llegado hasta aquí por mis propios medios —le dije y en pocas palabras le conté mi conversación con Rojas.

—Ha sido una coincidencia. Nosotros también dimos con Wallis.

—¿Está detenido?

—Desgraciadamente llegamos tarde.

—¿Huyó?

—Alguien le pegó una bala en la cabeza y otra en el corazón. Llegamos hace una hora. Cuando golpeamos a la puerta, nadie nos respondió. Hablamos con uno de los conserjes y nos dijo que en el lugar vivía un hombre al que reconoció cuando le

mostramos el retrato hablado de Wallis. Forzamos la puerta y nos encontramos con una escena fuera de libreto. Los peritos estiman que el asesinato ocurrió hace cuatro o cinco horas, pero nada se sabrá con certeza hasta que tengamos los resultados de la autopsia.

—Apuesto a que las balas salieron de la misma pistola empleada en el asesinato de Razetti.

—Podrías perder tu dinero, Heredia. Es posible que el asesino sea el mismo, pero lo más probable es que haya utilizado otra arma. De lo contrario sería muy fácil relacionar ambos crímenes.

—¿Hay testigos?

—Ninguno. Tú sabes cómo es el común de la gente cuando se enfrenta a un delito. Nadie ve ni escucha nada.

—El asesino debió pasar frente al conserje.

—Sin duda, pero el conserje no lo recuerda. Dice que durante la tarde entraron muchas personas al edificio y que al asesino le deben haber abierto la puerta desde el mismo departamento.

—¿Dirá la verdad?

—No lo veo con ánimo de mentir, pero de todas maneras volveremos a interrogarlo.

—¿Doris está en el departamento?

—Estuvo un rato para hacerse una idea de lo sucedido y se fue cuando llegaron los peritos.

—¿Puedo subir?

—Más tarde, cuando terminen las fotos, el trabajo de los peritos dactilares y levanten el cadáver.

—Eso puede durar un par de horas a lo menos. ¿Puedes dejarme pasar?

—No sabría cómo justificar tu presencia.

—Doris solía encontrar una excusa.

El departamento tenía una sala de estar, dos dormitorios, una cocina pequeña y un baño. Uno de los dormitorios estaba desocupado, y en el otro había una cama pequeña y un velador barato, de los que se compran en un supermercado o por correo. Sobre el velador vi una guía telefónica y un cenicero repleto de colillas. En la sala de estar había una mesa, cuatro sillas y un televisor ubicado en un rincón, sobre el suelo alfombrado.

—Todo indica que estaba de paso —dije, y enseguida pensé que mi apreciación era errónea, porque de lo contrario Homero Rojas no habría acertado al darme la dirección de Wallis.

—Te equivocas —dijo Chacón—. Vivía en el edificio, o al menos era su propietario, desde hace diez años. Sus vecinos no saben mucho de él. Al parecer ocupaba el departamento por temporadas. Los conserjes dicen que se limitaba a saludarlos y que entraba o salía del edificio a cualquier hora. Nunca recibió correspondencia y cumplía puntualmente con el pago de gastos comunes y otras cuentas asociadas al departamento.

—Seguramente no deseaba llamar la atención —agregué.

En el baño había una máquina de afeitar usada, dos cepillos de dientes, un pomo de pasta dental y una peineta plástica.

—No hay mucho más que hacer en este lugar —dijo Chacón—. De los objetos que encontramos, lo único que nos llamó la atención fue que Wallis tenía dos cédulas de identidad. Una a nombre de Wallis y otra con el nombre de Federico Marchant Suazo.

—Supongo que investigarán ese nombre.

—Desde luego —agregó Chacón—. Coincidió contigo en que era un hombre que no deseaba llamar la atención y que seguramente se preocupaba de borrar las huellas de cada paso que daba. Temo que la vida de Wallis nos depare nuevos misterios.

—¿Qué estás pensando?

—Que a Wallis lo asesinó un profesional; igual que a Razetti.

—¿Militares? ¿Sicarios?

—Uno u otro, da lo mismo. Él o los asesinos conocen el oficio de matar.

* * *

Chacón me llevó en su auto hasta el comienzo del Paseo Ahumada. La Casa Central de la Universidad de Chile seguía tomada por los estudiantes que demandaban educación gratuita, como en los viejos tiempos, antes que la economía de mercado convirtiera a la educación en un negocio y que muchos padres se endeudaran durante años para dejar a sus hijos la herencia de un título profesional.

Desde el interior de la sede universitaria se escuchaba una música festiva que llamaba la atención de los peatones que pasaban frente al vetusto edificio. Cruzé hasta la calle Nueva York y entré al bar «Unión» a buscar la compañía de una copa de vino. Me senté en la mesa más cercana a la puerta del bar, de frente a la pared en la que colgaban las fotos de Jorge Teillier y Rolando Cárdenas, poetas que solían abordar ese tren de paredes oscuras que, al impulso del vino y los recuerdos, siempre parecía ir en dirección a una estación del sur donde los aguardaban lluvias infinitas y mujeres que miraban tras los visillos de las ventanas.

Más tarde, y después de seguir las alternativas de una partida de dominó que animaba un cuarteto de achispados parroquianos, salí a la calle y caminé hacia mi departamento, con un breve alto en una librería cercana a la plaza de Armas, donde compré un ejemplar de *Salvatierra*, la más reciente novela de Francisco Miranda, autor al que alguna vez había encontrado en un bar del barrio Brasil compartiendo unas cervezas con el Escriba.

Junto a la puerta de «La Piojera» me detuve a observar los panes amasados que vendía una mujer vieja y desgredada. Los panes me parecieron tentadores, pero mi interés por ellos se esfumó cuando descubrí que frente al mítico restaurante se había instalado una pequeña librería que, por lo que decía el cartel colgado junto a su puerta, había sido inaugurada ese mismo día. La atendía un hombre delgado y barbón, que me recibió con desmedido entusiasmo cuando entré al lugar.

Recorrí sus estanterías en las que reconocí unas biografías de Napoleón y Pedro de Valdivia, libros de Pablo Neruda, muchos títulos de autores desconocidos y dos novelas del Escriba, con sus portadas ajadas por el uso. Las saqué del estante y por unos segundos pensé en comprarlas. Me provocaba curiosidad saber en qué terminaban las historias que solía contarle al Escriba en nuestras cada vez más esporádicas reuniones.

—¿Ha leído las novelas del detective Heredia? —me preguntó el librero, y enseguida indicando hacia un extremo de la calle, agregó—: Dicen que vive en el edificio de la esquina, en el piso siete.

—He leído dos o tres, pero de eso hace mucho tiempo —dije.

—Llévese esas que encontró. Las tengo a buen precio.

—Los ejemplares están bastante a mal traer. ¿No tiene otros en mejor estado?

—No, por desgracia solo tengo esos dos.

—La desgracia de algunos es la tranquilidad de otros —retriqué, aliviado por librarme de la insistente oferta.

—Las historias de Heredia transcurren en esta calle. Se nota que al hombre le gustan los aires populares. Claro que Aillavilú ha cambiado mucho. Ahora tiene nuevos restaurantes y una fuerte vigilancia de carabineros. Los comerciantes deseamos cambiar la mala imagen de la calle, pero recientemente un programa de la tele dijo tantas barbaridades sobre ella que mató por completo nuestras buenas intenciones.

—¿Por completo? ¿Acaso se puede matar a medias?

—Quiero decir que el programa dañó la reputación del barrio. Habló de robos, tráfico de drogas y de otros hechos que prefiero ni mencionar.

—Reconozca que la calle tiene fama de pecaminosa.

—A usted parece no simpatizarle mucho la calle —dijo el librero con molestia.

—Se equivoca, precisamente por pecaminosa me agrada —respondí tajante, y después de regresar las novelas al sitio donde las había encontrado, seguí revisando las estanterías repletas de libros.

—Tiene buenas ofertas —dije con la intención de levantar el ánimo del librero.

—Busque y encontrará más de una joyita.

—Pero no tan buena como esa joyita que va pasando por la vereda de enfrente —dije, mostrándole el rítmico movimiento de una morena que llevaba sus bluyines pegados a la piel.

—Frente a ese argumento es mejor quedarse en silencio —filosofó el librero, y luego cuando perdimos de vista a la morena, agregó—: Si desea divertirse esta noche puedo hacerle gancho con alguna de las chiquillas que trabajan en los cabarés de la cuadra. Conozco a una que está de película.

—¿Y la buena fama de la calle?

—Para qué vamos a exagerar, amigo. Nada es perfecto.

* * *

La soledad revoloteaba por las habitaciones de mi departamento como un pájaro enjaulado. Me senté junto al escritorio, puse a Simenon sobre mis piernas y me dejé llevar por el sentimiento de fracaso que rodeaba la investigación.

Siempre se podía empezar de cero, pero sin duda la muerte de Wallis era una lápida que alguien había dejado caer sobre mis pesquisas.

—Mala suerte —creí oír que me decía Simenon.

—Si uno le pone empeño, a veces la liebre salta en el lugar menos pensado.

—¿Otra vez con la llave mágica del sudor y la suerte?

—Tengo derecho a creer en mis propios cuentos.

—¿Crees que el asesino es el mismo en ambos casos?

—Tiendo a pensar que a Wallis lo mataron porque conocía al asesino de Razetti.

—Alguien se inquietó cuando la policía empezó a visitar los lugares en los que podía vivir Wallis.

—Es una hipótesis atendible, Simenon.

—Hipótesis que obliga a pensar que el asesino estaba informado de las pesquisas.

—Parafraseando la frase que se atribuye al pedante de Holmes, pero que nunca dijo en las aventuras escritas por Conan Doyle: Elemental, querido Simenon.

—¿Quién?

—Si lo supiera ya lo tendría de cara contra un muro.

—Ánimo, ya saldrá algo de qué agarrarse.

—Sigo pensando que las respuestas que busco están en la minera. No olvides que Wallis trabajaba en ella. Hay mucho dinero sobre la mesa y si en Cuenca compraron la complicidad de varias personas, no me extrañaría que en Santiago pagaran a un policía por entregar información.

—La policía no es la única que está al tanto del desarrollo de la investigación.

—¿En quién más estás pensando?

—Hay quien dice que es preciso desconfiar hasta de las gatas más atractivas.

—¿Quién dice eso, Simenon?

—Yo, sin ir más lejos.

—¿Cuándo te convertiste en un estudioso de la criminalidad?

—Desde que empecé a observar a los humanos.

—Nunca dejas de sorprenderme, Simenon.

—Por eso te entretienes conmigo. De lo contrario me cambiarías por un gato de peluche.

—Acepto que tienes algo de razón.

—¿Algo?

Mientras caminaba hacia la cocina, Simenon se volvió a mirarme.

—Me parece que es hora de comer.

—¿Te parece que cocine tallarines?

—Cualquier cosa es mejor que el alimento que me compras en el supermercado, elaborado con desechos de otros animales, colorantes y exceso de harina de pescado.

Habíamos terminado los tallarines cuando oí que golpeaban. Fui a abrir la puerta y me encontré cara a cara con Doris Fabra. Sostenía un cigarrillo en su mano izquierda y una botella de vino en la diestra. Se notaba cansada y sus ojos parecían iluminados por un destello de ira contenida.

—Sé que soy la última persona que pensabas ver en tu departamento, y no preciso recurrir a ninguna frase hecha que explique mi presencia —dijo Doris y enseguida avanzó hasta quedar junto al escritorio—. Necesitaba conversar con alguien y pensé que estarías confundido con la muerte de Wallis.

No respondí. Indiqué a Doris una silla y me dirigí a la cocina en busca del sacacorchos y dos vasos. A mi regreso, Doris estaba sentada con Simenon sobre sus piernas.

—Por lo que veo, no soy el único que te extrañaba.

—Deja tus juegos de palabras para las enfermitas de tus amigas.

—La gracia de lanzar un anzuelo está en la esperanza de atrapar un pez.

—Conozco de sobra tus anzuelos, Heredia.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Me molesta perder —dijo—. Desde niña me molestaba ser aventajada en los juegos y en las notas del curso. Y no he cambiado gran cosa.

—Por eso estuviste media hora en el departamento de Wallis y decidiste que no

tenías nada más que hacer en ese lugar.

—Desde que trabajo en la policía he visto demasiados cadáveres. Casi todos se parecen en la expresión de sorpresa con la que se enfrían —dijo Doris, al tiempo que bebía un sorbo de vino.

—Su muerte nos privó de la llave que nos abriría las puertas.

—¿Por qué dices eso con tanta seguridad? ¿Sabes algo que no me has dicho?

—Aventuro una idea. Investigar un crimen muchas veces pasa por imaginar lo que a menudo parece imposible que exista o suceda. Pienso que la muerte de Wallis no fue producto del capricho de un asesino. Alguien quiso evitar que cayera en manos de la policía.

—¿Insinúas que el asesino sabía que íbamos a su departamento?

—Y que el soplón pudo ser alguien de la policía.

—¿Por qué tienes que pensar de inmediato en un policía? Sin ir más lejos, tú conocías las direcciones.

—No pensarás que yo maté a Wallis.

—Tres personas conocían los supuestos domicilios de Wallis. Chacón y nosotros dos. Ruperto organizó a los detectives en tres grupos y a cada uno le dio una dirección distinta. Tú no fuiste y en Chacón confío a ojos cerrados.

—El asesino pudo enterarse que andábamos preguntando por Wallis y decidió sacarlo de circulación cuando estábamos a punto de encontrarlo.

—Alguien del supermercado, por ejemplo.

—O Teresa Gatica.

—Ella me dio la dirección del abogado —dije y a continuación le conté a Doris los detalles de mi conversación con Homero Rojas.

—No me habías contado esa parte de la historia.

—Los hechos se precipitaron. Llegué al lugar del crimen y tú no estabas.

—El abogado pudo darle la dirección al asesino.

—No había pensado en ello.

—¿Cómo se llama el abogado?

—Homero Rojas —respondí y luego mencioné su dirección.

—Le pediré a Chacón que hable con él.

—No me extrañaría que encuentre otro cadáver.

Doris sacó su celular y en pocos minutos organizó la nueva pesquisa.

—¿Me acompañas? —preguntó cuándo terminó de dar órdenes.

—Me había ilusionado con la idea de que te quedarías más tiempo.

—Ya no estás en edad de vivir de ilusiones. ¿Vienes conmigo, o no?

—Que tengas suerte con el abogado —respondí sin ganas de salir del departamento.

Doris se puso de pie y se acercó a mi lado. Pensé que iba a insistir con su invitación, pero se limitó a mirarme a los ojos y estampar un rápido beso en mis labios.

—¿Y eso a qué se debe? —pregunté, sorprendido.

—Un estímulo para que no renuncies a tus ilusiones, Heredia —dijo ella, y abandonó el departamento sin agregar más.

—Cada día la entiendo menos —dije a Simenon, que observaba embobado el ir y venir de un moscardón que acababa de entrar en la habitación.

—No hay nada que entender. Abrázala y dile una vez más que la quieres.

A la mañana siguiente salí con la intención de recorrer los alrededores del departamento donde había muerto Wallis. No tenía una idea precisa de lo que buscaba, pero conversar con los vecinos del barrio podía darme algún indicio de su asesino. Cualquier cosa. Una marca de auto, un tipo de vestimenta, la descripción de un extraño merodeando cerca del edificio. Sin embargo, las pocas personas con las que pude conversar no me aportaron ninguna información relevante. El vendedor de frutas que tenía un quiosco frente al edificio ni siquiera estaba enterado de la muerte de Wallis. Un par de señoras que compraban manzanas dijeron no haber salido de sus departamentos durante el día del asesinato, y el conserje con el que conversé me dijo que su turno no había coincidido con la hora de los hechos. El mundo seguía girando con su indiferencia de costumbre y no podía hacer nada por detenerlo.

Dejé el barrio donde había vivido Wallis y abordé un bus atiborrado de pasajeros que me dejó frente a la plaza Hermanos Matte. Almorcé en una cocinería del Matadero y más tarde caminé hasta la sucursal del Teletrak ubicada en Franklin con San Diego. No era un jardín infantil, y los apostadores parecían sacados desde los rincones más sórdidos del vecindario. Tipos derrotados que apostaban unas pocas monedas o que simplemente ocupaban un asiento y veían el espectáculo de los aficionados alentando a sus caballos favoritos.

Esa tarde transmitían competencias del hipódromo de Antofagasta y los nombres de los caballos me eran absolutamente desconocidos. Estudié el programa y en la primera carrera me llamaron la atención dos nombres que por razones obvias parecían los ideales para el descarte y la elección. Dejé de lado a Guatón Lucho y decidí jugar unos pesos a Corre Rápido, caballo que a pesar de su nombre tenía un pobre registro de quintos y sextos lugares en sus últimas presentaciones.

Los caballos que competían eran brutos entrados en años, acostumbrados a mirar desde lejos el sitio donde fotografiaban a los vencedores. Pero aun así, cuatro o cinco de ellos dieron un buen espectáculo hasta que cruzaron la meta. Corre Rápido ganó por un cuerpo de distancia y fui uno de los tres apostadores que se acercaron a las cajas donde entregaban los frutos de las apuestas. Permanecí en la sucursal hasta que se desarrollaron los dos primeros tercios del programa y luego, con un buen fajo de billetes en los bolsillos, decidí que no era bueno estirar en exceso el elástico de la fortuna ni menos aventurarme a caminar por el barrio cuando las sombras comenzaban a uniformar el color de la miseria.

* * *

Dormía abrazado a una almohada cuando me despertó el teléfono. Me acomodé en la cama y dejé que sonara un par de veces, antes de levantar el fono y oír la voz de

Doris Fabra.

—Te estuve llamando. ¿Dónde estabas metido? —preguntó con tono de reproche.

—Debí quedarme dormido antes de lo habitual. Cuidar mis finanzas, ver cómo suben y bajan las acciones es un asunto que me agota.

—¿Andabas apostando a los caballos?

—La suerte en el juego siempre me acompaña.

—Por el tono de tu voz parece que te fue bien.

—La idea es salir del Teletrak con algo de dinero.

—Jamás me ha convencido tu manía de apostar a caballos segundones.

—A todos los caballos les llega su minuto de gloria. Y hoy esa técnica ha funcionado perfectamente. No puedo quejarme.

—Pues, yo sí. Hemos perdido parte del día esperando a Homero Rojas. El abogado salió anoche de su oficina y hasta el momento no regresa. Lo único que logramos saber es que sus vecinos no le tienen simpatía y que le debe una vela a cada santo.

—Hubo una época en que los padres mandaban a estudiar Derecho a sus hijos para que tuvieran un futuro esplendoroso.

—Ahora no tengo ganas de escuchar tus reflexiones. Quería desahogarme contigo y de paso contarte que descubrí una relación entre la Cadena de Supermercados Bamberg y la minera Memphis. Ambas empresas pertenecen al grupo económico Hanser. ¿Te sugiere algo esa información?

—Me dice que no es extraño que Wallis estuviera defendiendo los intereses de la minera en Cuenca. ¿Es lo que querías que dijera?

—Ni más ni menos.

—El Grupo Hanser es uno de los más poderosos en el país. En la actividad económica a la que mires encontrarás sus huellas. Clínicas, bancos, administradoras de fondos de pensiones, supermercados, empresas de turismo y mineras.

—Veo que estás bien informado, Heredia.

—Suelo leer las páginas económicas de los diarios. Temo aparecer en la lista de los cien tipos más pobres del país.

—No era casualidad que Wallis trabajara en dos empresas del mismo grupo.

—Seguramente no lo fue. Pero tampoco imagino al Consorcio Hanser preocupado por el destino de un matón a sueldo.

—Hasta donde sé, esa gente solo contrata a gerentes adiestrados en dar patadas bajo la mesa.

—Eso tiene más sentido, Doris. En Cuenca conocí a un gerente llamado Milton Montes. Sería conveniente que lo investigaras, al igual que a un tal Gilberto Arenas.

—No recuerdo que me hablaras de ellos.

—¿Recuerdas que te hablé del cura de Cuenca y de un locutor radial?

—No. No me hablaste de eso, Heredia. Tú y yo tenemos que conversar.

—Es lo que deseo desde que te volví a ver.

—Hazme el favor de no moverte de tu oficina —dijo Doris.

Apenas dejamos de hablar olvidé la petición de Doris. Con la información que le había dado tendría de sobra para trazar otra línea de investigación. Fui hasta el Metro y en algo más de media hora llegué al departamento de Homero Rojas. El abogado seguía sin aparecer y el conserje del edificio tenía tanto interés en su destino como yo de aprender los fundamentos de la mecánica cuántica. Salí del edificio y me quedé frente a su entrada fumando un cigarrillo y sin saber qué más hacer. Cinco minutos más tarde vi aparecer a una mujer sesentona y bastante excedida de peso que paseaba a un perro que llevaba sujeto de una correa blanca. La mujer se detuvo a mi lado, me observó de pies a cabeza, y luego me saludó con una desmedida cordialidad.

—Lo estuve observando desde la ventana de mi departamento —dijo—. Lleva un buen rato frente a la puerta. El conserje me dijo que vino a preguntar por el abogado Rojas. Yo en su lugar no perdería más tiempo ni contrataría sus servicios. Ese hombre nunca resuelve nada. Pide que le adelanten sus honorarios y luego se limita a dar explicaciones confusas acerca del retraso de los juicios. He oído a más de alguien salir a los gritos de su oficina.

—No vine a pedirle que me represente en ningún juicio —dije.

—Pero igual está perdiendo su tiempo. El abogado viajó a Quillota. Lo llamó un cliente al que años atrás sacó de la cárcel. El tipo había estafado a varias personas, y el abogado se consiguió un certificado médico que acreditaba que el hombre tenía doble personalidad o algo parecido. Lo concreto es que el juez lo dejó libre.

—Usted está muy bien informada —dije con un tono irónico que la mujer no captó.

—Soy curiosa por naturaleza —agregó la mujer—. Y en cuanto al abogado, dudo que aparezca antes de tres días. Cuando viaja a Quillota suele quedarse un buen tiempo por esos lados. Pero no se preocupe, yo puedo decirle que usted vino a verlo. ¿Cuál es su apellido?

—Anónimo.

—¿Anónimo? Primera vez que oigo mencionar ese apellido —dijo la mujer con un asomo de duda en sus palabras—. Usted no será otro de esos narcotraficantes que vienen a ver al abogado.

—Soy un pan de dios. Mi último delito fue robarle la goma de borrar a un compañero del orfanato.

—¿Huérfano? Debió ser triste su infancia.

—Mucho menos que la de un niño al que sus padres golpean o mandan a pedir limosna a las calles.

—Dice palabras sensatas, señor Anónimo.

—¿Le parece? —pregunté a la mujer mientras observaba el gelatinoso movimiento de su enorme papada.

—Hasta me dan deseos de invitarle una taza de té en mi departamento.

—Usted no será de las mujeres que seducen a hombres jóvenes.

—Además de sensato, usted es gracioso —dijo ella y acompañó sus palabras con una risita suave—. ¿Seguro que no quiere una taza de té?

—Ya le he quitado mucho tiempo, señora. Pero hay algo que podría hacer por mí si no le incomoda. Llámeme cuando el abogado regrese a su oficina.

—Lo haré con el mayor gusto, señor Anónimo.

Saqué una hoja de mi libreta, anoté mi teléfono y se la pasé a la mujer.

—¡Anónimo! Me sigue pareciendo extraño su apellido.

—Cuando me abandonaron en el orfanato, el encargado del lugar no supo qué apellido poner en el registro de los internos, y se limitó a escribir «anónimo» en la ficha de identificación. Y desde entonces me llaman de ese modo.

—Es una historia muy penosa, señor Anónimo.

—Pero no se preocupe. Mi apellido me recuerda al nombre que emplea Ulises cuando engaña al cíclope.

—Apenas llegue el abogado, lo llamaré —agregó la mujer.

—Cuento con eso —dije, y enseguida me despedí de la mujer, que continuó el paseo con su mascota.

—Alguna vez me van a castigar por jugar con la curiosidad de la gente —me dije mientras veía alejarse a la mujer.

En el camino de regreso a mi oficina pasé a conversar con Anselmo y lo encontré ordenando un alto de publicaciones viejas. Ejemplares sucios y asoleados que irían a dar a un depósito de reciclaje.

—La señorita Doris estuvo en su oficina —dijo Anselmo con la preocupación de quien está en riesgo de caer sobre un lecho de brasas.

—¿Qué quería? —pregunté, aparentando que ignoraba las intenciones que la habían llevado hasta mi departamento.

—Ni idea, don. Pero se fue hecha una fiera. Y por lo que sea, seguro que la bronca le durará varios días.

—Nada nuevo bajo el sol, Anselmo —dije, aparentando indiferencia.

—No quisiera estar en su pellejo cuando la vuelva a ver.

—Alguna excusa inventaré cuando llegue ese momento.

—Tendrá que ser más larga que *El Conde de Montecristo* —agregó Anselmo antes de volver a su trabajo.

Miré a mi alrededor y observé a unos tipos mal agestados que ofrecían los encantos de las muchachas que atendían los cafés con piernas existentes en la calle Aillavilú. Me despedí del quiosquero, y una vez en mi oficina, tomé el teléfono y llamé a Julián Becerra. El dirigente recibió mi llamada con entusiasmo, pero a medida que le fui contando los nulos resultados de la investigación se hizo evidente su desencanto. Después me contó que la huelga de hambre había llegado a su fin, y como en otras ocasiones me habló de la indiferencia de la prensa y de los vecinos seducidos por los cantos de la minera.

—Lo único positivo que puedo contarle es que ayer me llamó el documentalista

español. Dijo que en una semana más estará en el pueblo. Adelantó su viaje y espera llevarse de vuelta las muestras de agua.

—El resultado del análisis debería ser un buen aporte para el recurso contra la minera.

—Si es que contamos con un abogado que quiera hacerse cargo de la demanda.

—Conozco a uno que probablemente se interese —dije, al tiempo que pensaba en llamar a Nápoles, el abogado que había sido amigo de Alfredo Razetti.

—Sería de gran ayuda, porque ninguno de los que estamos en contra de la minera piensa bajar los brazos.

—Ni yo renunciaré a encontrar al asesino de Alfredo.

—Eso habla bien de usted —dijo Becerra.

Me quedé en silencio y luego volví a escuchar la voz del dirigente.

—Aún no me ha dicho si se sabe quién mató a Wallis —dijo.

—La policía investiga su asesinato. Presume que puede ser el mismo que mató a Razetti.

Salvo mi conversación con Víctor Nápoles, donde me manifestó su interés por continuar el trabajo de Alfredo Razetti, nada sucedió los días que siguieron. Entregué a Nápoles la información que tenía sobre la situación de Cuenca y le di el teléfono de Becerra.

Al tercer día, la vecina de Homero Rojas llamó para avisarme que el abogado había regresado a su madriguera. Agradecí a la mujer su información y sin ganas de enfrentar nuevamente al picapleitos, marqué el número de Doris Fabra. Ella se limitó a darme las gracias por la información y me dejó con la incómoda compañía del silencio.

—Sigues tocando fondo. Doris no te perdonará que le hayas ocultado información.

—No necesito que me recuerdes las cosas obvias —respondí al gato que me observaba con atención desde la puerta del departamento.

Simenon me miró enfadado, dio una media vuelta y caminó hacia el dormitorio con el paso digno y lento que emplea cuando se siente ofendido. Un gato jodido, independiente, que al igual que el resto de los de su especie, dan una permanente lección de dignidad.

—Ni pistas, ni amiga, ni gato que maúlle —dije en voz alta.

Simenon tenía razón. Estaba tocando fondo y no sabía cómo mantenerme a flote. Me puse la chaqueta, salí de la oficina, y como hacía cada vez que estaba deprimido, terminé en una librería de la calle San Diego, donde encontré un ajado ejemplar de una novela de René Vergara, el tira escritor que años atrás había dado vida al *Mono Cortés*, un inspector de la policía que conocía a fondo el mundo del hampa criollo y que solía portar un revólver calibre 38 en su sobaquera.

Con el libro en la mano, entré al «Masticón» y pedí una caña de tinto que contribuyó a empeorar mi estado de ánimo. Quince minutos más tarde, caminaba sin prisa por el centro de Santiago, observando a la gente, los vendedores ambulantes y a una infinidad de ociosos sentados en los escaños de los paseos peatonales. Cerca de la plaza de Armas me detuve a escuchar a un par de predicadores, de esos que hacen las delicias de periodistas a la caza de historias fuera de los común, como la del viejo flaco y canoso que da saltos en las esquinas mientras grita: ¡Gloria al pulento, gloria al poderoso! O el Anticristo. Un hombre que decidió, años atrás, vivir en la calle, vendiendo extraños textos de su autoría y arrastrando sus pocas pertenencias en un carro de supermercado.

La lucidez incomprendida de estos personajes observaba la ciudad desde sus márgenes. Eran la otra cara de los poderosos que vigilaban la ciudad desde el poder político o financiero. Tipos que pasaban diez o doce horas al día metidos en sus despachos; que antes de regresar a sus casas seguían hablando de política o finanzas en bares de moda, y que suplían el vacío de sus conciencias con el cultivo de la buena

apariencia que les daban sus relojes y ropas de marcas famosas.

Un impaciente Ruperto Chacón me esperaba en la oficina. Para mi sorpresa, había dejado su casaca habitual de policía y vestía un cuidado terno azul y una corbata que hacía juego con el color gris perla de su camisa.

—Diez minutos más y me iba —dijo el policía, y antes que le hiciera alguna pregunta, agregó—: Tengo una cita con la muchacha que espero algún día sea mi mujer.

—Hasta ahora creía que el trabajo era tu única pasión. ¿Quién es la afortunada?

—Elena, una aspirante a detective a la que me tocó instruir el mes pasado.

—Mejor no pregunto qué le enseñaste.

—Defensa personal.

—Está claro que no aprendió mucho en tus clases.

—A casi nadie le falta Dios, Heredia. Tú eres la excepción.

—¿Por qué lo dices?

—Hoy te mencioné mientras conversaba con la comisario y estuvo a punto de mentarme la madre. ¿Qué le hiciste?

—Olvidé llegar a una cita.

—¿Romántica?

—De trabajo.

—Peor aún —dijo Chacón mientras consultaba su reloj y una sombra de inquietud pasaba por su rostro.

—No me digas que estás atrasado.

—Vine a dejarte unos papeles —dijo Chacón, y al tiempo que indicaba la carpeta que había dejado encima del mi escritorio, agregó—: Es el informe de Urbina y una decena de notas que encontró en el computador del abogado. Logró rescatar algunos fragmentos, pese a que parte de la información fue borrada recientemente.

—¿Borrada?

—Alguien se dio el trabajo de limpiar el disco duro.

—¿Debió advertirlo Sanhueza?

—Es lo que me pregunto desde hace un rato.

—El computador estuvo varios días en la oficina. Pudo entrar alguien y manipularlo.

—Es una posibilidad a considerar. Te dejo con la duda, Heredia —dijo Chacón y consultó la hora en su reloj—. Tengo el tiempo justo. Tomaré un taxi o de lo contrario llegaré atrasado a la cita.

—Te va a ir bien. Preocúpate de disparar en el momento preciso y dar en el blanco.

—De disparos algo sé. Fui el primero de mi promoción en la instrucción de tiro.

* * *

Los textos rescatados del computador eran doce, pero solo uno de ellos tenía relación con la situación en Cuenca. Parecía el fragmento de un apunte de mayor aliento, en el que Razetti resumía su última visita al pueblo. Dos cuartillas de detalles conocidos. La única novedad era un párrafo inconcluso que decía: «Un empleado de la minera, de manera confidencial, y después de que le asegurara que no mencionaría su nombre en el recurso de protección, me habló de varias visitas que hizo Wallis a la oficina de Milton Montes. Lo sorprendente y lo que me hizo pensar en mi ingenuidad o desmedida confianza en las personas, es que en una de esas visitas Wallis llegó acompañado del ingeniero Gilberto Arenas y de...».

—¿Nada más?

—Me recuerda una novela policial que compré hace años. Leí doscientas cuarenta páginas hasta descubrir que el ejemplar del libro estaba fallado y le faltaban las últimas diez. Nunca supe quién era el asesino, Simenon.

—Más optimismo, Heredia. Ese párrafo debe tener algún sentido.

—Al menos indica que el tal Arenas tiene algo que contar.

—Y no olvides el nombre que no se alcanzó a rescatar. Sumando y restando, tienes hartos en qué pensar, Heredia.

—Está de más que me lo recuerdes.

Leí varias veces la nota inconclusa de Razetti y no le encontré un sentido diferente al de la primera lectura. Los nombres de Montes y Arenas, más otro que caía desde el aire, como un artista de circo que no alcanza el trapecio. Seguía pensando que había una clave en esas pocas líneas, y sin dejar de pensar en ellas, salí en dirección al «Olímpico» con la intención de comer un sándwich.

El bar estaba animado por la presencia de varios estudiantes, y en el televisor ubicado en un rincón del salón principal comenzaba la emisión del noticiero nocturno, que dedicó sus primeros minutos a una serie de noticias sobre asaltos callejeros y robos a cajeros automáticos. Dejé de mirar las noticias cuando me trajeron el sándwich. El nombre de Tadeo Hanser me hizo volver sobre la pantalla, que mostraba al empresario saludando al ministro de Hacienda, al inicio de una reunión del presidente de la República con los más importantes empresarios del país. Segundo después, la cámara volvía sobre Hanser, esta vez hablando del aumento de las ventas experimentado por su minera en el último año y haciendo proyecciones acerca de un futuro prometedor, en la medida que no cambiaran las leyes que regulaban la actividad minera y el pago de impuestos. El reportaje de cuatro o cinco minutos se complementó con entrevistas a otros empresarios que alabaron el modelo económico chileno, el que, según ellos, llevaría a Chile al desarrollo en no más de diez años. Pensé en la gente que protestaba por sus sueldos miserables. Recordé la contaminación de las playas sureñas a causa de la industria salmonera, a los mapuches reprimidos; la especulación de los bancos y de las grandes tiendas comerciales que mantenían endeudadas a una gran cantidad de personas. Eran las otras caras de un monstruo engendrado en dictadura y alimentado por políticos que

un día decían ser esforzados servidores públicos y al día siguiente aparecían como prósperos gerentes de empresas multinacionales. La vieja historia de siempre. El brillo de las luces en salones refinados y las opacas existencias de quienes vendían sus vidas para mantener encendidas esas luces.

Terminé la cerveza que había pedido y volví a mi departamento. Simenon salió a mi encuentro; se dejó atrapar en mis brazos y juntos observamos el sector de la ciudad que mostraban las ventanas de la oficina. Luces, miles de luces encendidas, que iluminaban la existencia de quienes, por la mañana, volverían a llenar las calles rumbo a sus ocupaciones. Luces y sombras que me hicieron recordar un verso del poema «El hombre triste», de Vicente Huidobro: *Todo está oscuro. Nada vive salvo en los ojos de un gato.*

—No es fácil, pero haré el intento —dije.

Dejé a Simenon en el suelo y me dirigí hacia mi escritorio. Tomé el teléfono y marqué el número de Doris Fabra.

—Escúchame cinco minutos y luego me mandas al carajo si quieres —le dije, y al comprobar que seguía pendiente de mis palabras, le hablé de la nota inconclusa de Alfredo Razetti.

Volvieron a pasar otros dos días sin que ocurriera nada nuevo y sin tener noticias de Doris. Durante el primero de esos días visité a Raquel. La tristeza o la soledad parecían haber encogido a la mujer, que se desplazaba lentamente sobre el piso alfombrado de la habitación. La dejé hablar sin interrumpirla y en algún momento tuve la impresión de que cargaba con alguna culpa difícil de confesar. Recordó a Razetti y las circunstancias en la que se habían conocido. Habló del favoritismo de ambos por las películas de Woody Alien y de un antiguo y ya inexistente restaurante del centro de Santiago, «La Gallina», donde Alfredo le había entregado la argolla de compromiso que ella seguía usando junto con su anillo de matrimonio. La escuché y pensé que tanto Alfredo como el restaurante eran parte de un pasado confundido en la bruma de los días.

Antes de despedirnos le pregunté si alguien más que Sanhueza había manipulado el computador después de la muerte de Razetti.

—No, que yo sepa —respondió—. A no ser que lo hicieran los sobrinos que me ayudaron a limpiar la oficina. Quizás lo usaron en el rato que ocupé en ir a pagar unas cuentas. ¿Es muy importante saber si lo ocuparon? Puedo llamarlos por teléfono y preguntarles.

—Hágalo, y si lo usaron, avíseme —contesté.

—¿Pasa algo con el computador? Ayer me lo vino a dejar un detective.

—Un experto de la policía lo analizó y encontró fragmentos de archivos con anotaciones realizadas por Alfredo que al parecer no aportan nada nuevo a lo que ya sabemos —dije, sin querer revelar la existencia de la nota inconclusa que había llamado mi atención.

—Como le dije en otra ocasión, aún no sé qué haré con el equipo. Puede que lo venda o que lo regale a la escuela pública del barrio. Es un establecimiento de pocos recursos, y seguro que el equipo puede servir a sus muchachos.

—Alfredo habría estado de acuerdo con esa decisión.

—Varias veces regaló cajas de libros a ese colegio —dijo Raquel, y mientras me acompañaba hasta la puerta de su casa, agregó—: Venga a visitarme en otra oportunidad.

—Y a propósito de visitas, ¿qué fue del abogado Sanhueza? ¿Ha venido a verla?

—No, y lo lamento. Cuando trabajaba con Alfredo solía traer documentos a la casa y conversábamos mientras esperaba a mi marido. Desde que lo conocí me pareció un hombre muy agradable.

—Ya aparecerá. Debe andar buscando un nuevo trabajo.

* * *

Una vez que estuve de vuelta en mi departamento, recibí la llamada de Chacón, quien me invitó a almorzar en un restaurante chino de la calle Teatinos. El policía parecía contento, y durante buena parte del almuerzo habló del exitoso resultado de la cita con Elena.

Es raro, pero soy el elegido de alguna gente para escuchar sus intimidades. Tal vez es porque tengo paciencia; o porque hago preguntas y escucho, simplemente. Y no es algo que me incomode. A fin de cuentas, los solitarios nunca tienen mucho que contar; y en mi caso, además, tampoco me gusta aburrir a las personas con los detalles de mis investigaciones.

—En lo único que no estamos de acuerdo con Elena es en la fecha de matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿Apenas se han dado un par de besos y ya piensan en casarse?

—Yo quiero que sea de aquí a un año, y ella quiere esperar dos años más, hasta que lleve algún tiempo trabajando.

—No es fácil doblarle la mano a una mujer policía.

—Sé en qué estás pensando, pero mi Elena es diferente a la comisario Fabra.

—Dale tiempo y después compara. Y ya que la mencionaste, ¿en qué anda Doris? Hablamos por teléfono hace dos días y no he vuelto a saber de ella.

—Anda sumamente extraña. Pidió que asignaran a su cargo a dos detectives de la Brigada de Delitos Económicos y pasa reunida con ellos. Se rumorea que alista un interrogatorio.

—¿Qué tipo de rumores?

—A veces alguien deja abierta la puerta de su oficina o habla por teléfono en voz alta, y uno escucha cosas que no debiera.

—¿Y?

—Nada. Palabras sueltas, que sin su contexto resultan incomprensibles.

—Hace un unos días me habrías dado un informe completo sobre los pasos de Doris. El amor te está reblandeciendo, Ruperto.

* * *

La mañana del segundo día la ocupé en ordenar parte de mi biblioteca, leer unos cuentos de Chejov y repasar una vez más los apuntes que había registrado en mi libreta desde que investigaba la muerte de Razetti. Junto con eso, pensé en los rumores mencionados por Chacón y me busqué en vano una explicación a las reuniones de Doris con los detectives de la Brigada de Delitos Económicos.

A la hora del almuerzo, salí del departamento y me encaminé hacia la taberna del Círculo de Periodistas. Al llegar, todas las mesas estaban ocupadas. Me disponía a emprender la retirada cuando alguien me llamó. Era Urrea, un antiguo reportero gráfico del diario *El Siglo* con el que a veces me juntaba a tomar una cerveza y a escuchar los recuerdos de su exilio en Ucrania. No había tenido una existencia fácil, pero parecía ir por la vida con un entusiasmo a prueba de balas. Me invitó a compartir

el lugar que estaba disponible en la mesa que ocupaba junto a tres periodistas y dos abogados que tenían sus oficinas a pocas cuadras de la taberna. Uno de los abogados, de apellido Durán, ocupaba un cargo menor en el directorio del Colegio de Abogados y durante unos minutos se quejó de la falta de afiliados y de los abogados jóvenes, que habían perdido el espíritu gremial que caracterizaba a los colegas de más edad. Le pregunté si era posible consultar algún listado de los socios de la entidad gremial y me respondió que él podía ayudarme a encontrar la información que necesitaba.

—Pero no se haga muchas ilusiones —agregó—. Muchos de los colegas se marginaron del colegio en la época de la dictadura, cuando estar afiliado dejó de ser un requisito de empleo en las reparticiones públicas. Y los colegas nuevos no tienen mayor interés en afiliarse.

Después del café nos dirigimos hasta las oficinas del Colegio de Abogados. En el lugar nos recibió una secretaria que no puso ningún reparo en que revisáramos un listado que ella mantenía con los nombres de los afiliados. La revisión fue breve y solo encontré el nombre y la fecha de afiliación de Alfredo Razetti.

—Si quiere encontrar información sobre los abogados que ejercen en el país, tendría que ir a la Corte Suprema —dijo Durán.

Conversé unos minutos más con el abogado y regresé a la calle con la sensación de que seguía dando palos de ciegos, buscando indicios que probablemente estaban en mi imaginación. Pasé a matar el tiempo a una sucursal del Teletrak y no salí de ella hasta que tuve la certeza de que la noche estaba próxima y que portaba en los bolsillos el dinero que me permitiría pasar a comprar pan, huevos y una botella de tinta. Años atrás habría invertido las ganancias en una jornada de bares, pero estaba envejeciendo y el cuerpo me pedía cierta mesura en mis desplazamientos por la noche santiaguina.

Doris apareció en el departamento a la noche siguiente. Lucía cansada y por un instante tuve la impresión de que deseaba cobijarse entre mis brazos, como había hecho en otras oportunidades, cuando el tema del futuro no se interponía entre los dos. Me pidió un café, y mientras se lo preparaba, encendió un cigarrillo y acarició por unos instantes la cabeza de Simenon.

—Interrogué a Milton Montes —dijo—. Me contó una historia similar a la que te dio cuando conversaste con él. Tan solo difiere en un detalle, lo que me hizo pensar que me dijo algunas verdades a medias.

—¿Qué detalle? —pregunté al tiempo que dejaba el café de Doris sobre la cubierta del escritorio.

—Niega que Wallis fuera un empleado de la minera y ofreció poner a mi disposición los antecedentes históricos del personal de la empresa.

—Recuerda que Wallis fue empleado de los Supermercados Bamberg, y que tú me dijiste que esa cadena y la minera Memphis pertenecían al mismo consorcio. Además, sabemos que estuvo en Cuenca y que fue él quien amenazó a Zamora, el locutor de la Radio Primavera.

—No podemos probar que estuviera al servicio de la minera.

—Wallis no requería de un contrato normal. Pudo recibir sus honorarios a través de dineros que no figuraban en ningún registro contable.

—Lo más probable es que haya sido de ese modo —comentó Doris, y luego de una pausa, agregó—: Montes reconoció que recibía con frecuencia a Arenas en su casa, pero no recuerda que alguien ajeno a la empresa lo acompañara en esas visitas.

—¿Y qué dijo sobre Arenas?

—Me contó una historia que desconocíamos. Gilberto Arenas viajó hace un mes a España a seguir estudios de perfeccionamiento en comunicaciones y marketing. El curso dura seis meses y le permitirá acceder a un cargo de mayor responsabilidad en la empresa.

—Me llama la atención que saliera del país justo cuando su nombre estaba siendo pesquisado por Razetti.

—A mí igual me llamó la atención ese punto y se lo hice presente a Montes. Me dijo que el viaje de Arenas estaba programado desde hace un año.

—¿Hay forma de comprobarlo?

—Pensé en solicitarle esa información, pero lo descarté. A Montes no le costaría nada presentar un documento que avalara su respuesta.

—Es astuto; sabe cubrirse las espaldas.

—Sin duda. Pero una vez que salí de su oficina busqué antecedentes sobre Arenas. Averigüé que está casado y conseguí conversar con su esposa.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—La mujer confirmó que el curso estaba programado desde hace tiempo, pero me

dijo que se había anticipado en tres meses. Arenas quedó molesto por el cambio de fecha. La mujer está embarazada y ellos esperaban que el viaje fuera después de que naciera el niño.

—Y ahora Arenas no estará presente en el parto.

—El parto, que será mediante una cesárea, está programado para la próxima semana. Arenas pidió permiso para ausentarse del curso y en pocos días debería llegar a Santiago.

—Y supongo que la posibilidad de estar detenido mientras nace su hijo le hará pensar en la conveniencia de responder tus preguntas. ¿En eso estás pensando?

—Ni más ni menos.

—¿Y si alguien lo alerta?

—¿Quién? Tú y yo seremos los únicos informados de la sorpresa que le espera.

—Montes debe estar al tanto de su viaje.

—Pero no de la conversación que tuve con la mujer de Arenas.

—La mujer puede contarle a Arenas que la policía estuvo preguntando por él.

—No me subestimes, Heredia. Me hice pasar por una asistente social de la municipalidad. Y tuve la paciencia de escuchar los detalles de su embarazo, el nombre que piensa ponerle a su hijo y otras confidencias que las embarazadas suelen compartir con quien se les cruce por delante. Ni en su peor pesadilla pensará que estuvo conversado con la policía.

—Me dan ganas de premiarte con un beso.

—¿Crees que sería un premio? —preguntó Doris.

Guardé silencio y la miré a los ojos. No había en ese instante nada que deseara más que abrazar a Doris y posar mis labios en los suyos.

—¿Qué pasa, Heredia? Te noto distraído.

—Pensaba en la información que me acabas de dar —mentí.

—Y aún no termino con mis novedades. Gracias a la ayuda de dos colegas de la Brigada de Delitos Económicos que me ayudaron a dar forma al interrogatorio a Montes, conseguí dar con un ingeniero que trabajó en la minera. Lo exoneraron bajo la acusación de fraude en la compra de maquinarias mineras. El hombre probó su inocencia, cobró una indemnización por perjuicios, pero sigue con sangre en el ojo. Nos dio una información que si llegó a conocerla Alfredo Razetti, pudo ser la causa de su asesinato. La producción de cobre superó las expectativas que tenía la minera al momento de proyectar la construcción del tranque. La represa está llegando a su punto máximo de utilización y se requiere contar con otro de mayor envergadura.

—¿Y eso en qué se traduce?

—La minera está pensando en construir un segundo tranque que permita acumular el relave en los terrenos donde actualmente se sitúa el pueblo. Y dado que eso implica inundar la totalidad del valle, han mantenido sus intenciones en secreto desde hace dos años. Durante ese tiempo han comprado gran parte de las tierras que rodean al pueblo y convencido a una cantidad importante de vecinos sobre la venta de

sus casas o el traslado a otras localidades. La intención de la minera es anunciar el proyecto cuando estén seguros de tener poca o ninguna oposición de parte de los vecinos.

—Siempre quedarán pobladores que se opongan a la desaparición del pueblo.

—Y siempre habrá una argucia legal destinada a conseguir que los cambien a la fuerza o les expropien sus casas y terrenos. El dinero que está en juego supera mi imaginación y permite gastar en sobornos, incluso al nivel de ministros o parlamentarios.

—¿Todo el pueblo bajo el agua? ¿No será el cuento de un ingeniero despechado?

—El ingeniero tiene argumentos creíbles y copias de estudios encargados por la minera a consultoras internacionales. Estudios relacionados con la construcción de una nueva represa y sus efectos en el medio ambiente.

—¿Y qué podemos hacer contra eso?

—Resolver a la brevedad los asesinatos de Wallis y Razetti. Si logramos establecer una relación entre la minera y los crímenes, ayudaremos a tus amigos del pueblo.

—No será fácil, Doris. Arenas es el único hilo que nos podría llevar al corazón de la madeja.

—Sería un error poner todas las fichas en esa apuesta, Heredia.

—Lo sé, pero una cosa nos puede llevar a otra.

—De eso se trata.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Por de pronto, descansar —dijo Doris, al tiempo que se ponía de pie y daba unos pasos hacia la puerta del departamento.

—¿Descansar?

—Mañana pensaré en la recepción de Arenas en el aeropuerto —agregó Doris. Luego abrió la puerta de la oficina, hizo un gesto de despedida y desapareció de mi vista.

Quedé en medio de mi oficina sin saber qué hacer. Sabía que las revelaciones de Doris me tendrían con los ojos abiertos hasta la madrugada y que dar un par de pasos al día siguiente me demandaría un esfuerzo especial.

Dos repentinos golpes en la puerta me alertaron. Abrí la puerta y me encontré cara a cara con la sonrisa de Doris.

—Recordé que mañana es domingo y que salvo una emergencia, tengo descanso.

—¿Y?

—Hace unos minutos escuché decir que merecía un premio —dijo, y no me dio ninguna posibilidad de replicar a sus palabras.

Se acercó a mi lado y me besó en los labios. Sentí el temblor de sus pechos y retrocedí unos pasos con ella entre mis brazos. Frente al escritorio volvimos a besarnos y a continuación ella me hizo avanzar por el pasillo que conducía al dormitorio.

Filtrada por el visillo, la luz del sol entraba por la ventana y caía suavemente sobre la espalda desnuda de Doris. Acaricié sus cabellos negros. Ella abrió los ojos y me sonrió. La atraje a mi lado y dejé que apoyara su cabeza sobre mi pecho. El recuerdo de la noche pasada vino a mi encuentro y por un momento mi deseo renació.

—Quiero estar contigo en la forma que sea —dijo, al tiempo que deslizaba uno de sus dedos por mis labios—. Y quiero saber si mantienes tu respuesta de la otra tarde.

—¿Tienes dudas?

—Cada vez que no estoy a tu lado. Y antes, mientras esperaba tu respuesta.

—Quería llamarte, pero temía adoptar una decisión de la que pudiera arrepentirme. Temo no estar a la altura de tus expectativas y hacerte daño. No sé si soy capaz de asumir el cambio de vida que me propusiste antes de viajar al sur.

—Acepto tus dudas, Heredia. Podemos dar vuelta la página y no privamos de la ternura.

—Prometo que estaré a tu lado, a mi manera, y por el tiempo que quieras.

—Es más de lo que nunca he tenido —dijo Doris, y al tiempo que me miraba a los ojos, agregó—: Y es lo que quería oírte decir.

Pasaron las horas y la noche nos sorprendió recordando las alegrías de otros tiempos y algunas penas que nos perseguían con el sigilo de una serpiente. En esto debe consistir el amor, me dije antes de quedarme dormido.

Desayunamos en una cafetería de la calle San Pablo, y después la acompañé hasta la estación plaza de Armas del Metro. La vi bajar las escalinatas de la estación y tuve la impresión de que algunas personas detenían su marcha para observar mi sonrisa. Encendí un cigarrillo y caminé hasta quedar frente al bar «City», que seguía con sus puertas cerradas, convertido en un fantasma que sobrevivía gracias a los recuerdos de sus antiguos parroquianos. Había traspasado su puerta giratoria muchas veces y bebido incontables copas junto a sus mesas de madera. Miré con nostalgia el nombre del bar escrito en la fachada con letras que habían dejado de iluminarse por las noches, y regresé a mi departamento.

Puse un disco de Don Byas y me dejé envolver por las notas melancólicas del saxofón. No quería perder las sensaciones de las últimas horas y así se lo dije a Simenon cuando se acercó a protestar por su comida. Releí el apunte inconcluso de Razetti. Había dos frases que podían entregar alguna clave importante: «Lo más sorprendente» y «desmedida confianza en las personas». Sorpresa y confianza, dos cosas en las que había pensado al saber que Razetti fue baleado desde una corta distancia y mientras estaba sentado junto a su escritorio. Volví a pensar que el abogado conocía a su asesino o que era alguien al que esperaba recibir en su oficina.

¿Y si esa persona era Becerra? No, no había razón para pensar que él quisiera eliminar a quien lo estaba ayudando ni menos que tuviera la sangre fría requerida.

Tomé el teléfono y llamé a Chacón. El policía me dijo que estaba en la casa de

una mujer asesinada por su conviviente. Un crimen sin misterio, porque el hombre había confesado y existían tres vecinos dispuestos a atestiguar que habían visto al asesino darle de puñaladas a la mujer en el antejardín de la casa.

—Los dos estaban ebrios y según el asesino, después de comer y beber unas copas discutieron por un asunto de celos. La mujer le reprochó su frecuente visita a la casa de una vecina joven y agraciada que quedó viuda hace menos de un año. Primero discutieron a gritos y luego el hombre le dio unos golpes de puño. La víctima se defendió como pudo y trató de escapar hacia la calle. El asesino tomó el cuchillo del pan y salió tras ella. Después de las puñaladas se quedó junto al cadáver y ahí lo encontramos cuando llegamos, respondiendo a la llamada que hizo uno de los testigos. En lo que va del año han asesinado a treinta mujeres en circunstancias parecidas —dijo Chacón, y luego me preguntó por el motivo de mi llamada.

—Quiero que me ayudes a obtener una información en la Corte Suprema.

—Te gusta sacar las castañas del fuego con las manos del gato.

—No te va a ocupar más de quince minutos y después podrás correr a los brazos de tu amada.

—En mala hora te hablé de Elena. Me vas a molestar toda la vida.

—Por lo menos hasta el día que te cases.

—¿Qué quieres que averigüe en la Corte Suprema?

* * *

Pasé a «La Peñita» a recortarme los cabellos y a conversar con el peluquero, nieto o bisnieto del fundador de la peluquería que permanecía fiel al barrio, mientras en el resto de la calle Aillavilú los negocios se sucedían unos tras otros. El viejo billar había dejado su sitio a una iglesia evangélica, y el local que cobijaba a la confitería donde entraba a comprar galletas estaba ocupado por un salón de belleza. Los boliches de comida tradicional fueron sustituidos por restaurantes peruanos y tiendas que ofrecían chaquetas de cuero. La calle sucumbía a los cambios, salvo el quiosco de Anselmo, el Hotel Central y el deteriorado edificio Alberto Cruz Montt, donde un pintor amigo se empeñaba en promover iniciativas que hicieran del barrio un lugar más grato, pese a la batalla sorda que le daban sus vecinos para conseguir que se fuera a otra parte con su proyecto y su arte.

Ocupé parte de la tarde en ver una película basada en la novela *¿Acaso no matan a los caballos?* de Horace McCoy. Después repasé mis apuntes sobre el caso, y por la noche llegó Doris buscando algo de tranquilidad tras de un día de mucho trajín. Traía una pizza que había comprado en el camino y mientras comíamos me contó que tenía la información del vuelo en el que regresaría Gilberto Arenas a Santiago.

—Si no hay atraso ni inconvenientes de última hora, su vuelo debería estar aterrizando mañana al mediodía —dijo Doris—. Hice las coordinaciones necesarias y lo detendrán a su paso por Policía Internacional.

—Y luego de eso podremos conversar con él.

—Sabes muy bien que no puedes participar en el interrogatorio.

—¿Ni siquiera en calidad de observador? —pregunté, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Hay situaciones que no pretendo discutir y tu presencia en el interrogatorio es una de ellas.

Concentré la atención en mi trozo de pizza y guardé silencio.

Simenon llegó a mi lado, se sentó a los pies de mi silla y me observó comer. Dejé a su alcance un pedazo de masa que comió con voracidad y luego volvió a mirar hacia el lugar donde estaba mi plato. Le di otro resto de pizza y esta vez lo olfateó un segundo y enseguida se alejó, indiferente al fragante aroma del orégano.

—Un tipo que sabe detenerse a tiempo —dije, observando al gato que había comenzado a limpiar sus patas delanteras con ostentosa satisfacción.

—¿Estamos de acuerdo con el interrogatorio de Arenas? —preguntó Doris.

—Cada uno en su negocio.

—¿Eso significa que intentarás conversar con Arenas?

—Significa que le harás las preguntas adecuadas y luego me comentarás sus respuestas.

Doris se acercó a mi lado y besó mis labios.

—Sé lo que este caso significa para ti y no quiero que se nos esfume la única pista que tenemos —dijo Doris—. Tengo un par de ideas acerca de cómo enfrentar a Arenas, pero me gustaría saber cómo abordarías su interrogatorio.

—Le diría que fue el receptor del informe sobre Razetti que envió Montes a las oficinas centrales de la minera. Después inventaría un buen cuento y le diría que estoy al tanto de que tenía instrucciones de evitar que el abogado siguiera adelante con la demanda. En ese punto le preguntaría si las instrucciones incluían cometer un asesinato. Seguramente lo va a negar muchas veces, y cada vez que lo haga me preocuparía de recordarle que su esposa está a punto de parir.

—Eso es muy cruel, Heredia.

—No más que el mundo en que nos movemos.

—Prefiero trabajar a mi manera, lo que desde luego no descarta que Arenas tenga en mente la situación de su mujer.

—Entonces no me queda más que esperar.

—Y mientras tanto podemos continuar con la conversación de la otra noche. Hay varios detalles que aclarar antes de que nos pongamos a vivir bajo el mismo techo. ¿Los recuerdas?

—He pensado en ellos, te lo aseguro.

—¿Y sigues sin arrepentirte de tus palabras?

* * *

Doris despertó temprano. Descartó la idea de tomar desayuno y, luego de una ducha, partió en dirección a su unidad, donde la esperaban los detectives que la acompañarían en la detención y posterior interrogatorio de Arenas.

Tuve por instante la idea de romper mi promesa y seguir los pasos de Doris hasta el aeropuerto. Pero sabía que no llegaría más allá de los mesones de recepción de las líneas aéreas, donde a lo más podría observar la pantalla que anunciaba los vuelos que despegaban desde la loza del aeropuerto. Tampoco podría eludir el control de la policía, y menos aún llegar a la oficina donde Doris interrogaría a Gilberto Arenas.

Debía esperar los resultados en mi oficina o salir a buscar algo de distracción por el barrio. Hice esto último y durante una hora estuve conversando con Anselmo. Luego di unas vueltas por los alrededores y entré a un centro de llamados, desde donde me comuniqué con Becerra. El comunero me contó que el documentalista español había llegado a Cuenca y que se dedicaba a filmar testimonios de los huelguistas. La presencia del español tenía revolucionado al pueblo y hasta el alcalde estaba interesado en entregar su opinión frente a sus cámaras. Cuando Becerra terminó de contarme sus novedades, me despedí sin mencionarle que en esos mismos momentos estaba ocurriendo algo que podía ser importante en el desenlace de la investigación. Volví a la oficina y me entretuve en hojear mis libros hasta que encontré un verso de Sergio Rodríguez que decía: *A veces de tanto leer poemas creo ver hombres galopando a punto de reventar en la noche*. El poemario hablaba de la lluvia y del paso del tiempo, lo que me hizo añorar las tormentas pasadas junto al mar durante unos meses en que viví en el balneario de Las Cruces, al cuidado de unas cabañas de veraneo, ubicadas a medio kilómetro de la casa del antipoeta Nicanor Parra.

Doris regresó poco después de las siete de la tarde. Venía con un brillo risueño en sus ojos que me hizo pensar que el interrogatorio de Gilberto Arenas había sido exitoso. Preguntó si podía ofrecerle algo de comer, y ante mi negativa me invitó a comer a un restaurante peruano del vecindario. Salimos del departamento, y cuando estuvimos frente a nuestros platos y a una botella de vino blanco me habló del interrogatorio.

—Pese a la sorpresa que le produjo la detención, no fue fácil que Arenas aceptara ser interrogado. Alegó contra el procedimiento y solicitó que le dieran la oportunidad de llamar a su abogado. Cuando le dije que eso iba a retardar el regreso a su casa, pareció reflexionar y se allanó a responder mis preguntas. Lo más importante es que reconoció haber recibido un informe sobre el trabajo efectuado por Razetti. Dijo que lo sometió a la consideración de un abogado llamado Vicente Trujillo, quien preside una especie de comité de crisis al interior de la minera.

—¿Y eso en qué se tradujo?

—Arenas supone que el comité analizó el posible impacto de la demanda, lo que al parecer es algo habitual cuando se conocen acciones de terceros que pueden afectar los intereses de la minera.

—¿Arenas conoció el resultado del análisis?

—No. Ni siquiera tiene la certeza de que el comité se reuniera.

—¿No te parece extraño que lo dejaran al margen del asunto? —dije.

—Hice el mismo comentario a Arenas. Me dijo que no siempre era convocado a las reuniones de ese comité y que en el caso específico del informe de Cuenca, él solo actuó como receptor del documento y de acuerdo a un protocolo establecido.

—Eso quiere decir que desconoce lo que hizo su superior con el informe.

—Es lo que aseguró durante el interrogatorio. Solo supo, y de manera informal, que Trujillo pidió a su secretaria concertar una cita con Razetti —dijo Doris.

—¿Y tú le crees?

—Supongo que dijo lo necesario para no comprometer sus intereses y los de la minera. Lo único que puedo asegurar es que Arenas se sorprendió cuando mencioné la muerte de Razetti.

—¿No estaba al tanto de su muerte?

—Viajó a España una semana antes del asesinato.

—Esperaba algo más del interrogatorio —dije sin ocultar mi desencanto—. Sigo creyendo que la idea de matar a Alfredo salió de la minera.

—El interrogatorio confirmó la existencia del informe sobre Razetti, y nos dejó otro nombre a considerar en la investigación: Vicente Trujillo.

—¿Cuándo nacerá el crío de Arenas? —pregunté a Doris sin prestar atención a su último comentario.

—La cesárea se realizará pasado mañana.

—¿Arenas está ahora en su casa?

—Sin pruebas, no podía mantenerlo detenido.

—¿Sabes dónde ubicar al abogado Trujillo?

—Trabaja en las oficinas centrales de la minera.

—Oficinas a las que no debe ser fácil entrar.

—¿En qué estás pensando, Heredia?

—Quisiera saber qué recuerda de la reunión mencionada por Arenas.

—En mi agenda tengo anotada una entrevista con Trujillo.

—Me gustaría conversar con él.

—Pero no irás conmigo a la entrevista.

—¿Entonces?

—A tu edad ya deberías saber qué hacer con tu vida.

—¿Eso quiere decir que puedo hablar con el abogado?

—¿Conseguiría algo con prohibírtelo?

—A veces siento unas ganas locas de besarte.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—Por de pronto, la mesa que nos separa y la comida, que ni siquiera he probado.

—Paciencia, Heredia. Son dos problemas que tienen solución.

Mis cuatro intentos por hablar con Vicente Trujillo tropezaron con el muro de una secretaria que me negó el acceso a su jefe y a la que no conseguí dar una razón convincente que la impulsara a registrar mi nombre en la agenda de reuniones del abogado. Tampoco pude ir más allá del mesón de recepción del lujoso edificio corporativo de la minera. Lo atendían cinco guardias vestidos con trajes negros, a los que no pude engañar con mi vieja historia del pariente de provincia. Llegar a conversar con el abogado requería de una cita previa que en mi caso no existía, como comprobó uno de los guardias, luego de hacer una llamada por el teléfono ubicado en una esquina del mesón. Exhibí mi mejor expresión de desaliento, pero ella tampoco me permitió averiguar a qué hora salía a almorzar Trujillo, ni menos obtener la dirección de su domicilio particular.

Me dirigí hacia la salida del edificio en el momento en que ingresaba un grupo de ocho o diez chinos, guiados por un hombre joven que les hablaba en inglés, y parecía querer sorprenderlos con la moderna elegancia del edificio. Pero los asiáticos no dieron la menor muestra de interés por la arquitectura del lugar y siguieron caminando hacia el mesón. El grupo desapareció por un pasillo contiguo a la recepción, y luego, cuando me disponía a salir, me encontré cara a cara con Doris, que venía acompañada por uno de sus subalternos.

—Intentas sacarme ventajas —dijo, mientras le indicaba a su acompañante que siguiera avanzando hasta el mesón.

—No he pasado más allá del intento —retruqué y en pocas palabras la puse al tanto de mi experiencia con los guardias.

—Puedo ayudarte si me dices por qué quieres hablar con el abogado.

—Quiero confirmar la información de Arenas.

Doris miró a su alrededor para comprobar que nadie se interesaba en nosotros, y se acercó a mi lado hasta casi tocar mi rostro con el suyo.

—¿Sabrás comportarte si te dejo entrar conmigo? —preguntó en voz baja.

—Seré tierno y cariñoso —dije con evidente ironía.

—Me basta que no agarres a puteadas al abogado.

—Haré dos o tres preguntas, nada más.

—Más te vale. Me juego el pellejo por darte en el gusto, y tendré que mentirle al detective Bustos.

El guardia que me había atendido anteriormente me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Concentró primero su atención en Doris y enseguida en la llamada que hizo a la secretaria de Trujillo para comprobar si la cita del abogado con la policía estaba concertada. Luego nos señaló los ascensores ubicados a un costado de la recepción. Seguí al detective Bustos y a Doris. Bustos me saludó con una leve inclinación de cabeza y permaneció en silencio mientras el ascensor recubierto de espejos subió hasta el piso veintidós. A la salida nos esperaba una secretaria. Nos

condujo hasta una sala que tenía una privilegiada vista de la Cordillera de los Andes, donde la mujer nos indicó unos mullidos sillones de cuero y luego nos ofreció algo de beber. Doris pidió agua mineral, Bustos un café sin azúcar, y yo me limité a darle las gracias por la atención.

Trujillo demoró media hora en llegar a la sala. Lo hizo a través de una puerta lateral que hasta ese momento no había llamado mi atención, y después de saludarnos con estudiada amabilidad, ocupó un sillón tan blando como una torta de merengue.

—Le expliqué el motivo de esta entrevista por teléfono —le dijo Doris, endureciendo el tono de su voz—. Investigamos el asesinato del abogado Alfredo Razetti, y según testimonio del señor Gilberto Arenas, usted recibió el informe que él le hizo llegar sobre las actividades del abogado en la localidad de Cuenca. Informe que incluía antecedentes sobre un recurso de protección que Razetti estudiaba presentar en contra de Memphis.

—Sabemos que el informe habría sido analizado en una reunión del comité de crisis de su empresa —agregué.

—En eso está equivocado, recibí el informe de Arenas, pero no consideré que su contenido ameritara convocar al comité. Pensé que no había que inquietarse antes de que el abogado presentara su recurso. En ese momento podríamos evaluar sus efectos y las posibles acciones legales a seguir por nuestra empresa.

—Arenas nos dijo que usted ordenó gestionar una conversación con Razetti —agregó Doris—. Eso es una señal de que el asunto le importaba más de lo que acaba de decirnos.

—¿Eso dijo Arenas? No recuerdo haberle comentado nada sobre mi interés en conversar con Razetti.

—Arenas se enteró por casualidad.

—Como sea, no tiene importancia. Llamé al colega Razetti con la intención de conocer los términos de su demanda y tuve la impresión de que solo manejaba presunciones y rumores. Nada de qué preocuparse mayormente.

—Lástima que Razetti no pueda confirmar su versión —dijo Doris.

—Y sobre todo, que fuera asesinado al poco tiempo de esa conversación —intervine.

—¿Está acusando a la empresa de promover un asesinato? —preguntó el abogado mientras detenía su mirada en mi rostro.

—No, por ahora. Pero me llama la atención que quisiera hablar con Razetti —respondí.

—Una llamada como tantas otras que hago en función de mis responsabilidades. El trabajo del comité que mencionó Arenas es anticiparse a los problemas. Sus integrantes varían según el tipo de materias que se analizan. A veces son asuntos técnicos o legales, a veces, comunicacionales —dijo Trujillo.

—Con eso reconoce que el abogado era un problema al interior de la empresa —añadió Doris.

—Tenemos asuntos más importantes que los alegatos de un abogado —agregó el ejecutivo.

—¿Cuánto dinero ofreció a Razetti a cambio de olvidar la demanda? —pregunté a Trujillo.

—¿De qué dinero me habla, detective? Soy directivo de una empresa minera, no un chantajista.

—Recién usted habló de conversar con Razetti. Y esas conversaciones siempre van acompañadas de ofertas en dinero.

—Conversar, intercambiar opiniones. Palabras que usted no debería interpretar de manera tan negativa.

—¿Por qué deberíamos creer lo que nos dice? —preguntó Doris.

—Si no fuera verdad, no habría accedido a esta entrevista —dijo Trujillo, y luego de una pausa, agregó—: Si no tienen más preguntas, les rogaría que diéramos por terminada esta reunión. Tengo otros asuntos que atender.

* * *

—Trujillo debe ser un buen jugador de poker —comenté a Doris cuando salíamos del edificio—: Nos debe haber dicho una milésima parte de lo que sabe.

—¿Esperabas algo distinto?

Doris le dijo a Bustos que fuera a buscar el auto en que habían llegado y que se encontraba en el estacionamiento destinado a las visitas.

—Olvidé lo que esperaba.

—Creo que es hora de tomarse un descanso —dijo Doris, y luego acercándose a mi lado, agregó—: Mis próximas dos horas las ocuparé en avanzar con la primera parte del proyecto que conversamos la otra noche.

—¿No vas muy de prisa?

—Toda prisa es poca tratándose de algo que nos concierne a los dos.

—Después de esa respuesta se supone que debería abrazarte.

—Ni lo intentes. Bustos está por llegar y no quiero que lo nuestro se ventile antes de tiempo.

—Llegará el momento en que no podrás ocultar las evidencias.

—¿No estarás pensando en un embarazo? —preguntó Doris.

Pese a que estaba de acuerdo con la propuesta de Doris, no dejaba de experimentar ciertas aprensiones respecto a sus resultados. La mayoría de las actividades que había programado me parecían innecesarias, pero no deseaba contradecirla ni esgrimir argumentos sobre cosas que a fin de cuentas podía realizar sin transar demasiado. Simplemente quería estar con ella y verla aparecer cada día a mi lado. Eso. Ni más ni menos que las parejas que observaba en las calles, tomadas de la mano o caminando el uno al lado del otro, unidos por una complicidad secreta que descifraban en cada amanecer.

Nadie sabía de nuestro proyecto y solo frente a mi gato me atrevía a mencionarlo en voz alta. Doris esperaba la entrega de un departamento que había heredado de su abuela materna, al que nos iríamos a vivir, saltándonos el contrato que las parejas firmaban en una fría oficina del Servicio de Registro Civil. No necesitábamos de un papel que certificara nuestra voluntad de amarnos ni que nos impusiera la obligación de cuidarnos mutuamente. Sabíamos que eso era parte de las reglas del juego y estábamos dispuestos a respetarlas.

Mantendría mi departamento para atender a mis clientes. Ninguno de los dos quería hacerse grandes ilusiones. Dejaríamos que el tiempo hiciera su trabajo y que nos mantuviera unidos mientras la relación nos siguiera entregando la ternura que necesitábamos. Si un día no había más fuego, todo terminaría, sin recriminaciones, como dos viejos actores que se retiran del escenario en el que acaban de realizar la última representación de una obra fallida. También estaba dispuesto a soportar las bromas de los amigos y esperaba que ellas resbalaran sobre mi ánimo.

Doris había desechado la idea de compartir mi departamento o el suyo. Desea dejar atrás los fantasmas de las relaciones que cada uno había vivido en esos espacios. Y hasta tenía la idea de comprar una cama grande y nueva. Una cama sin historia, como ella la llamaba.

Simenon no decía nada, y cuando insistía en mencionarle más detalles del proyecto, se limitaba a mirar por la ventana y a fijar sus ojos en un horizonte donde parecía ver el final de la historia que escuchaba. A veces me inquietaba su silencio, pero no me detenía a meditar en su significado.

* * *

—Hay un nombre que salió al tapete y del que no te has preocupado. El del senador Rogelio Farren —creí oír decir a Simenon.

—El locutor Zamora lo menciona en su mensaje.

—Y tú no has hecho nada por ubicarlo.

—He revisado las noticias políticas en el diario que leo todas las mañanas, y en

ninguna lo he visto nombrado.

—Nadie se atrevería a decir que has hecho un gran esfuerzo.

—Chacón no encontró antecedentes del senador en sus archivos.

—Lo que solo significa que el tipo no ha tenido líos con la ley.

—¿Y qué quieres que haga?

—No esperes que te ponga el pan en la boca. Trabaja.

Di una vuelta por el barrio y en un quiosco vi colgado un descolorido ejemplar de la revista de sucesos políticos y policiales que publicaba con gran persistencia y pocas ventas mi amigo Marcos Campbell. Ni siquiera lo había llamado para hablar de la muerte de Razetti, y si alguien podía ayudarme a ubicar a un político, ese era Campbell.

Hice detener a un taxi y le pedí que me llevara a la calle Diez de Julio, donde mi amigo periodista tenía su oficina, en el segundo piso de un caserón que sobrevivía con dignidad junto a una serie de talleres mecánicos.

Encontré a Campbell en su oficina, frente a un escritorio repleto de carpetas y revistas.

Al verme entrar dejó de leer unas hojas que tenía en sus manos y me indicó la silla desocupada que estaba a un costado de su escritorio. Su oficina, a la que solía cambiarle de aspecto cada cierto tiempo, lucía sus muros decorados con antiguas portadas de la revista que editaba.

—La mente tiene poderes misteriosos —dijo, al tiempo que dejaba las hojas sobre el escritorio—: Estaba por llamarte, Heredia. Recién anoche me informé de la muerte de Razetti. Andaba en el sur juntando antecedentes sobre la recuperación de cementerios mapuches en La Araucanía, y no tenía modo de informarme. La afamada modernidad del país no llega a los lugares donde escasea el dinero. Tampoco lo hacen los servicios médicos o los medios de transporte.

—La prensa no dijo gran cosa sobre su muerte. Razetti no era un personaje, y asesinatos ocurren a diario.

—Me contaron que sorprendió a alguien robando en su oficina y que el ladrón, al verse descubierto, lo apuñaló.

—Tu informante escuchó repicar la campana, pero nunca supo dónde estaba la iglesia.

—Puedes ser menos irónico.

—Alguien entró a la oficina de Razetti y le disparó en la cabeza. Un asesinato a sangre fría del que hasta ahora no se conoce a su responsable.

—Pareces estar bien informado.

—Raquel, la esposa de Alfredo, me pidió que investigara —dije, y enseguida le conté a Campbell lo que sabía sobre el caso.

—¿Pudo ser Wallis el asesino? —preguntó mi amigo cuando terminé mi relato.

—Pudo serlo, pero a sus espaldas debió haber alguien más. La persona que lo contrató, por ejemplo —dije con voz apagada.

—El tono de tu voz me hace pensar que no has avanzado gran cosa en la investigación.

—Sigo buscando por aquí y por allá.

—¿Y por eso viniste a verme?

—Por eso y porque supuse que te interesaría el caso.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Alguien me habló de un político llamado Rogelio Farren.

—Rogelio Farren Umaña. Fue senador durante ocho años y ahora se encuentra retirado. Un político derechista que de la noche a la mañana decidió colgar los guantes y dedicarse a cuidar unas tierras que tiene en Villa Alemana.

—Veo que estás bien informado acerca del fulano.

—Durante una época dio bastante de qué hablar. Su tema favorito era la minería.

—¿Minería?

—En contra de los postulados de sus compañeros de partido, Farren sostenía que era necesario proteger a la naturaleza de la contaminación provocada por las mineras. Planteaba aumentar los impuestos a las empresas que extraen cobre y otros minerales. Presentó un par de proyectos de leyes que desde luego no prosperaron. Las mineras tienen diputados y senadores de todos los colores que defienden sus intereses al interior del parlamento.

—¿Tienes idea de cuáles eran sus motivaciones al plantear algo tan contrapuesto a los intereses de su partido?

—Ninguna, pero sin duda le costó la carrera política. O al menos eso se comentó después que anunció que no volvería a postular a su escaño en el Senado. Probablemente su partido le negó el dinero que requería una nueva campaña electoral.

—Me gustaría conversar con él.

Campbell pareció meditar un instante y enseguida sacó una libreta desde uno de los cajones de su escritorio.

—Tengo un amigo periodista que trabaja en una radio local en Villa Alemana. Aunque ya no sea senador, Farren debe seguir siendo un personaje en el pueblo —dijo Campbell mientras tomaba el celular que tenía sobre el escritorio.

A la mañana siguiente, Campbell me acompañó hasta el terminal, donde tomé el bus que viajaba hasta Villa Alemana, un pueblo vecino a Valparaíso y a 131 kilómetros de Santiago, que vivía de las labores agrícolas de su gente, y que destacaba por su tranquilidad y buen clima. Agradecí a Campbell su ayuda, y una vez arriba del bus me dediqué a observar por la ventanilla hasta que el bus dejó atrás Santiago. Al rato me quedé dormido y desperté una hora más tarde, cuando sentí una puntada en la espalda y el deseo de beber una taza de café que me ayudara a escapar de la modorra.

Al bajar del bus se acercó un hombre alto y calvo que lucía una descuidada barba de tres o cuatro días. Lo vi sonreír y luego me preguntó mi nombre.

—Temía no reconocerlo, pero Campbell hizo una buena descripción de usted —dijo.

—¿Claudio Peña? —pregunté.

—A su disposición, para lo que pueda ayudar —respondió el periodista.

—¿Campbell ya le habló de lo que necesito hacer en el pueblo?

—Quiere conversar con Farren —respondió Peña, y enseguida observó su reloj y me preguntó si deseaba comer algo.

—Tomaría un café antes de ir a la casa del senador. Usted le dijo a Campbell que Farren vivía en las afueras del pueblo.

—No será necesario ir hasta su casa. Farren viene todas las tardes al pueblo, da unas vueltas, conversa con los vecinos y luego pasa al bar que está frente a la plaza. Le gusta que la gente lo salude y le siga contando sus problemas.

—Tal vez piensa volver a su antiguo cargo y trata de mantener vivas las simpatías de la gente.

—El senador ya no piensa en esas cosas. Se le vinieron los años encima y no es ni la sombra de lo que fue en otra época.

—Tarde o temprano todos nos convertimos en sombras.

Peña me condujo hasta un pequeño restaurante donde nos sirvieron un deslavado café instantáneo, que el periodista acompañó con un sándwich de queso y yo con un cigarrillo al que logré dar dos caladas antes que el mozo que nos atendía llegara a decirnos que no se podía fumar en el lugar. Apachurré el cigarrillo en el platillo de la taza del café y dibujé una sonrisa de perro malas pulgas en mi rostro.

—Campbell comentó que el senador se retiró de la política de forma inesperada. ¿Qué me puede decir de eso? —pregunté.

—Fue después de un accidente automovilístico y del incendio de su casa —respondió Peña—. Dicen que le entró miedo, porque el accidente y el incendio fueron provocados.

—¿Provocados? Supongo que el senador hizo alguna denuncia.

—La hizo, pero la Fiscalía jamás pudo probar nada. Tampoco le sirvieron de mucho sus declaraciones de prensa ni las gestiones que hizo en el gobierno.

—¿Y qué dijo en sus declaraciones a la prensa?

—Que era víctima de la persecución de algunas empresas mineras que operaban en la zona donde él era senador.

—¿Y usted qué piensa?

—Nunca voté por él, pero me parece un político serio.

—O sea que cree la historia que él contó.

—Sí, aunque siempre he pensado que en su decisión pesaron otras razones.

—¿Qué razones?

—Espere a conversar con Farren y luego saque sus conclusiones.

—¿Y qué le hace pensar que el senador hablará conmigo de sus problemas?

—Lo hace con cualquiera que tenga tiempo y pueda tomar dos tragos seguidos — dijo Peña.

El bar al que acudía el senador estaba ubicado al interior de una amplia casa de un piso que, según Peña, tenía tantos años como el origen del pueblo. Su interior lucía limpio, pero inexorablemente viejo: las mesas de madera, una barra lustrada con esmero, los grandes espejos colgados en las paredes y las puertas con vidrios biselados.

A la hora que llegamos no había muchos clientes en el lugar. Cerca de la puerta había una mesa ocupada por cuatro viejos que jugaban a los naipes, y al fondo del salón, estaba el senador Farren. Era rubio y sus ojos tenían el brillo aceitoso de los hombres que comienzan a vislumbrar la cercanía de la muerte. Peña caminó hasta la mesa del senador, le dijo algunas palabras que no escuché y a continuación me hizo un gesto para que me acercara. Farren me indicó la silla que estaba desocupada frente a su mesa. Nos miramos en silencio y por un instante pude sentir el peso de su desconfianza. Luego intentó una sonrisa y me ofreció algo de beber. Peña comenzó a hablar de un programa de radio que debía grabar y enseguida se despidió.

—Tomaré lo mismo que usted —dije observando el generoso vaso de whisky que el senador tenía a su alcance.

Farren le hizo unas señas al mozo que lo atendía. Alrededor de la mesa se hizo un silencio espeso y el senador volvió a observarme con desconfianza.

—Peña me comentó que usted viene de Santiago —dijo Farren una vez que me sirvieron mi whisky—. ¿Puede explicarme por qué desea conversar conmigo?

—Vine a conversar acerca de la muerte de un abogado —dije y ocupé la siguiente media hora en explicarle mi trabajo en relación a la muerte de Razetti. A medida que fui hablando del caso, de mi viaje a Cuenca y de la muerte de Wallis, algo parecía cobrar vida en el rostro del senador y su desconfianza inicial se transformó en interés.

—Su historia no me asombra —dijo Farren una vez que terminé de hablar—. Ni siquiera el asesinato del abogado. Sin embargo, aún no entiendo cómo relacionó mi nombre a su investigación.

—Me lo dio un locutor con el que hablé en Cuenca. Al principio fue un nombre que no me decía nada; luego hablé con un amigo periodista que me informó de sus

proyectos legislativos destinados a regular la actividad minera. Desde ese instante su nombre cobró importancia.

—Estuve en Cuenca varias veces, antes incluso que comenzara a construirse la represa. Era uno de los casos que me servirían para fundamentar las limitaciones que había que imponer a las mineras en relación a la contaminación ambiental que produce la extracción de cobre y otros minerales. Conversé con mucha gente, incluso con ingenieros y gerentes de la empresa Memphis.

—¿Tuvo problemas con los representantes de la minera?

—En las visitas, ninguno. Supongo que mi investidura de senador por la zona los obligó a tener alguna consideración conmigo.

—Entonces no entiendo por qué el locutor me dio su nombre.

—Probablemente conoce lo que me pasó posteriormente y lo relacionó con el asesinato del abogado.

—¿Se refiere a su accidente en auto y al incendio de su casa?

—Un auto casi nuevo al que se le cortan los frenos; una casa a la que intencionalmente le prenden fuego.

—Supe que usted hizo denuncias sobre eso y no obtuvo ningún resultado positivo.

—Y hablé con gente de mi partido. Me dijeron que no siguiera haciendo olas en contra de la minera, porque nadie me acompañaría en mis denuncias. Hablaron de buenas relaciones y sentido común, y de otras cosas que tan solo conducían a quedarme callado. Esperaba la solidaridad de mis compañeros de partido, y descubrí que preferían darme la espalda.

—Y después de eso, las amenazas.

—Anónimos, desaparición de documentos que tenía en mi oficina del Senado.

—Momento en que decidió tirar la toalla.

—No, aún faltaban otros hechos para tomar esa decisión.

—¿Otros accidentes?

—Fotos de mis nietos saliendo del colegio o de sus casas. Sus rostros marcados con cruces, palabras obscenas. Y luego...

La voz de Farren se quebró por un instante. Movi6 su cabeza de un lado a otro como negando la credibilidad de lo que estaba a punto de confesar. Hizo una pausa y pidió al mozo que le sirviera un nuevo vaso de whisky.

—¿Cuál fue la gota que rebas6 la copa? —pregunté.

—No hay gota ni vaso. Usted es un desconocido y le he dicho más cosas de las que debía. ¿Por qué debería seguir conversando con usted? —preguntó Farren, volviendo a su desconfianza inicial.

—Porque nadie lo escucha. Y tiene rabia, demasiada rabia silenciada.

—Nadie está libre de pagar por sus errores o sus debilidades. El vaso se rebasó con la historia de Eliana.

—¿Quién es ella?

—La secretaria que tuve durante mi primer período en el Senado. Vivimos un romance que duró casi cuatro años. Reconozco que no supe terminarlo a tiempo, y ella nunca entendió que se trataba de una relación sin futuro. No podía quebrar mi matrimonio. Gran parte de mi carrera senatorial se sustentaba en el dinero de mi suegro. Romper con mi esposa habría significado cavar mi tumba política. Una noche se lo dije a Eliana y a la mañana siguiente ella no llegó a trabajar a la oficina. No me preocupé mayormente, y dos días más tarde la encontraron ahorcada en su departamento. Pasaron los años y llegué a creer que esa historia quedaría relegada a mi conciencia. Sin embargo, después de las amenazas contra mis nietos, recibí un sobre que contenía un relato detallado de mi historia con Eliana, una foto en la que aparecíamos juntos y otras que correspondían a las que tomó la policía cuando la encontraron muerta en su departamento. Tuve miedo al escándalo y renuncié al Senado.

Guardé silencio y dejé que Farren masticara a solas su remordimiento. Luego recurrí a mi copa y bebí otro poco de whisky.

—Creo que no tengo nada más que contarle —dijo el senador al cabo de un rato.

—¿Tuvo sospechas de quiénes eran los autores de las amenazas?

—Nunca. Salvo el hecho de que los anónimos venían acompañados de fotocopias de mis entrevistas en diarios donde hablaba de las mineras y sus negociados. Por eso, hace un rato, le dije que no me asombraba la muerte del abogado.

—¿Recuerda el nombre de alguna de las personas de Memphis con las que conversó en Cuenca?

—Conversé con varios ingenieros y gerentes, pero ahora no recuerdo ningún nombre en particular —dijo Farren, y luego de una pausa, agregó—: Había un gerente con el que hablé dos o tres veces. Morano o Montes se llamaba.

—Montes, Milton Montes.

—Un ejecutivo seguro de sí mismo y algo prepotente. La información que me dio siempre fue medida, cautelosa.

—¿Es el único nombre que recuerda?

—Me temo que así es.

—Gracias por su información y su confianza —dijo a Farren—. No tengo más preguntas.

—No me ha dicho qué lo motiva a investigar la muerte del abogado, pero cuídese. Se suponía que mi condición de senador me daba una protección con la que usted no cuenta. Y ya ve en lo que terminé. Hasta mis amigos me dieron la espalda.

—Tendré cuidado, senador.

—Ignoro si los que mataron al abogado son los mismos que actuaron en mi contra, pero si obtiene algún resultado con su trabajo, hágamelos saber a través de Peña.

—Recordaré su solicitud.

—Y no se deje contagiar con mi desencanto.

Bebimos una copa más y luego dejé al senador junto a los recuerdos de su derrota. Pasé a despedirme de Peña en la radio donde trabajaba y me encaminé al terminal de buses.

Poco antes de la medianoche regresé a Santiago. En el rodoviario penaban las ánimas y junto a los andenes unos pocos viajeros esperaban la salida de sus buses. Los quioscos de bebidas y golosinas estaban cerrados, y a la salida del terminal había vendedores de anticuchos y completos que voceaban sus productos con entusiasmo. Caminé unos minutos por la Alameda y después tomé un taxi que me dejó frente a la puerta de mi edificio.

Simenon me esperaba recostado sobre mi escritorio y apenas me vio entrar saltó del mueble y corrió a mi encuentro. Lo tomé entre mis brazos y mientras acariciaba sus orejas fui a la cocina y le serví una porción de su comida. Simenon comió con desgano y luego volvió a ocupar su lugar sobre el escritorio.

—No tienes buen aspecto, Heredia. Pareces cansado.

—Lo estoy, Simenon. Dos viajes en bus y unas copas de whisky no es algo que soporte con la tranquilidad de antaño. Me duele la cabeza y la puntada en la espalda me acompaña desde que me senté en el bus.

—En el escritorio están las pastillas que te alivian el dolor de espalda.

—Venía pensando en ellas.

—Y en el mismo cajón puedes encontrar tu botella de emergencia.

—No necesito más copas por hoy.

—Sí que vienes mal. Pocas veces te había escuchado rechazar una copa.

—Tengo derecho a declararme cansado.

—Es lo mismo que me digo cada día.

—¿Y se puede saber de qué te cansas? Ya ni siquiera sales a dar tus vueltas por los tejados del barrio. Gran parte del día la pasas tendido en el suelo, como una alfombra.

—Te engañas, Heredia. Nada agota más que observar el paso de la vida a tu alrededor.

—No hace falta que lo digas. Hoy no me resultó fácil sobrellevar la conversación con el senador Farren.

—¿Y averiguaste algo de interés?

—No podría asegurar que el asesinato de Razetti y las amenazas contra el senador tengan el mismo origen. Nos obstante eso, aprendí que no es fácil atacar a los tiburones y salir ileso del empeño.

—Habrás sacado algo más en limpio.

—Un nombre del que ya tenía noticia apareció entre los recuerdos de Farren: Milton Montes.

—El único punto de encuentro entre los casos de Farren y Razetti.

—Exactamente. Venía pensando en eso en el bus.

—Pero no está de más que te lo recuerde.

Abrí el cajón del escritorio, saqué una de las pastillas que guardaba en un

frasquito de vidrio, y por unos segundos observé la botella de emergencia. Me puse la pastilla en la boca y luego de abrir la botella bebí un sorbo de su contenido.

—¿No habías dicho que no deseabas más copas por hoy?

—Solo un trago para no perjudicar mi mala fama.

—Morirás con las botas puestas.

—¿Hay mejor manera de morir?

* * *

Me acosté sobre la cama y al poco rato sentí que la pastilla aliviaba mi dolor. Más tarde Simenon entró al dormitorio y brincó sobre la cama. Pensé en llamar a Doris, pero no llegué muy lejos con mis intenciones. El velador se me hizo lejano y mis ojos se cerraban. Llamé a Simenon y cuando sentí su pelaje entre mis manos, dejé de pensar en el teléfono.

—Duerme. Yo vigilo —fueron las últimas palabras que creí escuchar antes de quedarme dormido.

Desperté de un sueño cruzado por imágenes de una calesita que giraba a exceso de velocidad. Mi primer pensamiento fue para Farren y por un momento traté de imaginar cuál habría sido el final de su día, después de que lo dejara en el bar ensombrecido por el alcohol y la soledad. La conversación con el político me recordó que el mundo de los grandes negocios era implacable y que quienes lo dirigían estaban dispuestos a proteger sus intereses a cualquier costo. En ese panorama, el asesinato de Alfredo no era sorprendente desde el momento en que había entrado en un terreno minado sin adoptar ninguna precaución. Volví a recordar el fragmento de texto que Urbina encontró en su computador y en el que hablaba de sorpresa y desmedida confianza en las personas.

—Iba a llamarte; me tenías preocupada —dijo Doris cuando la llamé por teléfono, luego de afeitarme y beber un café.

—Hice un rápido viaje a Villa Alemana —respondí, y luego de contarle a grandes rasgos mi conversación con Rogelio Farren, agregué—: Nada concreto, pero al menos me permitió observar el paisaje.

—¿Qué quieres decir con eso, Heredia?

—Que nunca está de más recordar las características del negocio en que vivimos, y que ya no me parece tan desproporcionado vincular la muerte de Razetti al recurso que pretendía presentar.

—Eso lo teníamos claro. ¿O no? Es nuestra principal hipótesis.

—A ratos tenía mis dudas —dije y enseguida le pregunté si tenía novedades respecto a sus pesquisas.

—Ninguna en especial, salvo que te interese saber que hoy nació el hijo de Arenas. Tengo a uno de mis hombres en la clínica y hace una hora me llamó.

—Podrá regresar a España dentro de unos días.

—Gilberto Arenas ya dijo lo que está dispuesto a declarar. Reconoció la existencia de un informe sobre los pasos del abogado.

—Pero aún no sabemos los efectos que tuvo ese informe.

—¿Crees que es necesario volver a interrogarlo?

—¿Quién sabe? Tal vez la paternidad lo puso más locuaz. ¿Me puedes hacer una descripción de Gilberto Arenas?

—Puedo, pero ten cuidado con lo que haces.

—Y necesito saber el nombre de su esposa.

* * *

El motor del auto demoró en funcionar y cuando lo hizo emitió un sonido ronco y entrecortado. Lo dejé emitir su rugido lastimero y lentamente lo conduje hacia la

clínica donde había nacido el hijo de Arenas. Estaba ubicada en la comuna de Las Condes, en una avenida de árboles frondosos que hacían un extraño contrapunto con el brillo acerado de los edificios.

Dejé el auto en el estacionamiento destinado a las visitas y entré a un hall amplio y luminoso, que me hizo recordar la sala de espera de un aeropuerto. En medio del lugar, tres mujeres que vestían idénticos trajes verdes atendían un mesón de informaciones. Me acerqué a una, le dije que venía a conocer al hijo de un amigo y le di el nombre de la esposa de Arenas.

—Piso 8, pieza 860 —dijo la mujer, luego de revisar la pantalla de su computador, y acompañó su respuesta con una leve sonrisa.

Busqué el ascensor y subí hasta el piso indicado. Junto a la puerta de la habitación 860 colgaba un cartel con el nombre de la esposa de Arenas. Calculé mis siguientes pasos y luego empujé suavemente la puerta. En medio del cuarto había una cama donde yacía una mujer rubia, y a su lado una cuna donde estaba el recién nacido, observado atentamente por una pareja algo mayor. Y al fondo de la pieza, apoyado a una pared, vi a un hombre delgado y algo calvo, cuyo aspecto coincidía con la descripción de Arenas que me había dado Doris.

—Disculpen, me equivoqué de pieza —dije y caminé rápidamente hacia el pasillo que unía a las distintas habitaciones del piso.

Vi unos sillones ubicados a corta distancia de la habitación y fui a sentarme en uno de ellos. La espera fue larga, pero dio el resultado que deseaba cuando media hora más tarde vi salir a Arenas. Supuse que se dirigiría a los estacionamientos, donde me sería fácil abordarlo, pero me equivoqué. Caminó hacia uno de los extremos del pasillo hasta llegar a una cafetería. Compró una bebida y se sentó junto a una mesa. No disponía de mucho tiempo y me dispuse a aprovecharlo. Me acerqué y ocupé una de las sillas que rodeaban la mesa.

—¿No ve que está ocupado? —dijo el ejecutivo de mala manera.

—Quiero felicitarlo por su hijo, señor Arenas.

—¿Quién es usted? —preguntó—. Si quiere venderme algo, pierde su tiempo.

—Inspector Hugo Vera —dije al tiempo que le mostraba mi vieja credencial de la policía—. Deseo continuar la conversación que sostuvo en el aeropuerto con una de mis colegas.

—Su colega me dijo que no habría más interrogatorios.

—Mi colega anda distraída desde que puso fecha a su boda —dije.

—Lo que usted hace es ilegal y este no es el lugar más apropiado para interrogarme.

—Me gustan las clínicas con las características de esta. Hacen pensar que el mundo es ordenado y perfecto. No tienen ninguna semejanzas con los hospitales públicos donde todo huele a viejo, y la gente pierde su tiempo y a veces hasta la vida esperando la atención de un médico —dije, y luego de dar un vistazo a mi alrededor, agregué—: Pero no se preocupe. No voy a quitarle mucho tiempo. Nada más quiero

confirmar unos antecedentes que consignó mi colega en su informe.

—Insisto en que no es el lugar ni el momento.

—¿Prefiere que lo lleve a mi unidad y lo prive de valiosos minutos junto a su retoño? Sé que pronto sale de viaje y que pasarán algunas semanas antes que su esposa y su hijo puedan ir a Madrid.

—Haga sus preguntas y déjeme en paz lo antes posible —concedió Arenas, malhumorado.

—Usted dijo que había recibido el informe sobre el abogado Razetti que envió su colega Montes desde Cuenca, y que se lo hizo llegar al señor Trujillo.

—Así es. El informe se lo entregué según el procedimiento establecido para temas relacionados con la seguridad de la empresa —dijo Arenas.

—¿Qué le dijo Trujillo cuando usted le hizo entrega del informe?

—Nada.

—¿Qué clase de respuesta es esa, señor Arenas? Parece que no tiene ganas de volver junto a su hijo.

—Quiero decir que no se lo entregué personalmente.

—¿No cumplió con el procedimiento?

—No, sí lo hice.

—¿Sí o no? ¿En qué quedamos?

—Se lo entregué a su secretaria.

—¿Y él no acusó recibo del informe?

—No era necesario que lo hiciera.

—¿Usted no le hizo alguna consulta al respecto?

—Dos días después de que le hiciera llegar el informe, le pregunté a Trujillo si lo había analizado. Me dijo que el asunto estaba nuevamente en las manos de Montes.

Escuché la respuesta de Arenas y di una rápida mirada alrededor, buscando nuevas ideas.

—Eso no fue lo que declaró a la comisario Fabra —dije—. Su esposa lo debe estar extrañando. No retarde el reencuentro por culpa de unas mentiras.

—Tal vez, ya no recuerdo lo que le dije a su colega. He tenido unos días agitados desde que viajé de España —respondió Arenas, nervioso.

—Pienso en su hijo y me dan ganas de creerle, señor Arenas —dije, y luego de una pausa, añadí—: Tengo una última pregunta. Sé que en una ocasión visitó la casa de Montes en Cuenca, y que en esa ocasión llegó acompañado de otra persona. ¿Quién era esa persona?

—No lo recuerdo.

—¿Quiere seguir demorando el encuentro con su hijo? —pregunté, y por primera vez desde el inicio de nuestra conversación, Arenas dio muestras de estar preocupado.

—Alguien con quien coincidí casualmente al ir llegando a la casa de Montes. Tuve la impresión de que era un empleado residente en el pueblo. Intercambiamos un

par de palabras durante la comida que nos ofreció Montes y no lo volví a ver.

—¿Cómo se llamaba?

—Esteban Peters.

—¿Puede decirme algo sobre el aspecto de ese sujeto?

Arenas comenzó una descripción detallada de Peters, y a medida que lo hacía comencé a recordar la nota de Razetti en la que se refería a su desmedida confianza en las personas.

* * *

Abandoné la clínica y conduje de vuelta al taller donde habitualmente guardo mi auto. El dueño del taller, Gabriel Cancino, es un hombre joven y afable que suele vestir un engrasado overol gris y tiene una evidente afición por las reliquias de cuatro ruedas. Junto con prestarme su taller como estacionamiento, Cancino dedica parte de su tiempo a reacondicionar las piezas del Chevy Nova, lo que me permite usarlo cuando la distancia entre uno y otro punto de la ciudad lo justifica. De vez en cuando promete dejarlo como nuevo y mi respuesta a su oferta es una sonrisa escéptica, la misma que esbozo cada mañana cuando me observo en el espejo.

Mientras estacionaba en el taller pensé que la conversación con Arenas me había dejado la sensación de caminar por un pasillo en penumbras, rodeado de puertas que se multiplicaban a medida que abría una de ellas. Lidiaba con un enemigo de infinitas cabezas, semejante a la Hidra de Lema que se menciona en los trabajos de Hércules, un monstruo de aliento venenoso que infectaba el lugar que habitaba, tal y como las mineras envenenaban con sus residuos tóxicos.

Paciencia, me dije una vez que estuve en mi departamento y mientras observaba los esfuerzos de Simenon por atrapar una polilla. El gato saltaba de un lado a otro sin ningún orden e invariablemente fallaba en su intento de agarrar con sus uñas a la esquivada polilla. Luego de un rato se quedó quieto y, agazapado, observaba a su víctima, que se había posado sobre la novela *La incógnita* de Benito Pérez Galdós. Parecía haber renunciado a su cacería, pero segundos más tarde dio un salto y logró coger a la polilla, que rápidamente fue a dar a sus fauces.

—Al ver ese salto, cualquiera pensaría que no te dan de comer en este departamento —le dije, en tono festivo.

—No es el hambre lo que me motiva, sino demostrar que aún puedo cazar.

—Por fin dices algo en lo que estoy de acuerdo.

* * *

Comenzaba a caer la noche cuando recibí la llamada de Becerra. Parecía contento y su voz reflejaba su estado de ánimo. Me contó que el pueblo seguía agitado por la

presencia del documentalista español y su equipo de filmación. Habían grabado los testimonios de varios pobladores y algunas vistas de los alrededores del pueblo, donde se evidenciaban los efectos de la contaminación sobre el río y las siembras. Me dijo que Ortega había enviado las muestras de agua con un asistente que debía regresar a Francia y que confiaba en que antes de dos semanas tendrían los resultados del análisis.

La contaminación del medio ambiente está presente en todas partes, pensé mientras recordaba que los descalabros ambientales provocados por una planta procesadora de cerdos en un pueblo del norte había sido noticia en el programa de radio que solía escuchar por las mañanas.

—¿Y cómo va su investigación? —preguntó Becerra, terminando con el silencio que se había producido en la conversación.

—Lenta, pero cada día me convengo más de que la decisión de eliminar a Razetti se fraguó en Cuenca. Escuché mencionar un nombre con los que no contaba al comienzo: Esteban Peters. ¿Le dice algo ese nombre?

—¿Quién es?

—Un tipo relacionado con la minera. Estuvo en Cuenca al menos en una oportunidad.

—La gente de la minera que viene al pueblo es numerosa. ¿Es importante esa persona?

—Con un trozo de soga atado a otro se puede llegar al fondo del pozo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pienso que es alguien que nos debería entregar alguna información.

—¿Sabe dónde ubicarlo?

—En la empresa deberían saber, aunque dudo que quieran decirlo.

—¿Y qué piensa hacer?

—Golpear puertas y hacer preguntas. En eso consiste parte de la investigación de un crimen. Conocer una información y unirla a otra hasta tener una idea más o menos completa de lo sucedido. Cualquiera podría hacerlo, solo que pocos tienen la paciencia necesaria para ir golpeando puertas y enfrentar rostros desconocidos.

—No parece muy convencido de que resulte.

—Las dudas son parte de mi negocio. Si tengo algo nuevo que contar, lo llamaré.

—Ayer me llamó el abogado Nápoles, con quien usted conversó días atrás. Estudió los antecedentes del caso y está dispuesto a darnos una mano con el trabajo que dejó pendiente Razetti.

—Es un perro viejo y remolón, pero sabe cómo y dónde morder.

—No sé si se lo he dicho antes, pero estoy muy agradecido de su interés por nuestra causa.

—Es una buena causa, Becerra. Desde que supe lo que sucede en Cuenca me he informado de situaciones similares en otros pueblos del país. Mineras, plantas eléctricas, salmoneras. Nuestros recursos son víctimas de la codicia. Un día

despertaremos con la mierda hasta el cuello y ni siquiera existirá un lugar hacia donde huir.

—Jamás saldría del pueblo, Heredia.

—No esté tan seguro, Becerra. ¿Sabía que hay un proyecto destinado a inundar el valle?

—¿Incluido el pueblo? No es posible.

—Ha pasado en otras partes y no me extrañaría que vuelva a ocurrir en Cuenca.

—¿Dónde obtuvo esa información?

—Un ingeniero que fue despedido de la minera se lo dijo a la policía.

—Un rumor.

—Algo más que un rumor. No tengo pruebas, pero he llegado a pensar que Razetti conocía ese proyecto y que lo haría presente en el recurso que elaboraba.

—¿Y esa sería la causa de su asesinato?

—Hasta ahora es solo una hipótesis; un dibujo en el aire.

—¿No estará yendo muy lejos con sus ideas, Heredia?

—Estamos hablando de negocios, Becerra. Y lo que favorezca a los negocios es aceptable según los parámetros de la ley de la selva.

—Debe haber una forma de evitarlo.

—Estar alerta y averiguar si la información del ingeniero tiene piso sólido.

—Hicimos tantos esfuerzos por sacar la muestra de agua fuera del país, y ahora que lo logramos me parece que no pasa de ser un pelo de la cola —dijo Becerra con tono apesadumbrado.

—Es un pelo de la cola, pero por alguna parte hay que empezar a incomodar a la bestia.

Cuando nos despedimos, sentí como si de pronto se hubiera apagado la lamparilla de esperanza. O como si la ciudad se hubiera quedado a oscuras, aplastada por unas garras de enormes dimensiones. Puse en el equipo de música una canción de *Los Prisioneros* que hablaba de corazones rotos y bebí una copa del whisky rasposo y miserable que encontré en la alacena de la cocina. Cuando estaba por repetir la dosis, escuché abrir la puerta del departamento y Doris apareció con la expresión cansada de costumbre.

—No me has llamado en todo el día —dijo—. Supe que estuviste conversando con Arenas. El detective que lo vigilaba te reconoció en la clínica. ¿Te dijo algo de interés?

—Un nombre que podría llegar a tener alguna relevancia en la investigación —respondí a Doris, y luego le hablé de Peters.

—No mencionó ese nombre cuando hablé con él —dijo Doris, molesta—. Me dan ganas de volver a interrogarlo antes de su viaje a España.

—No vale la pena —agregué, sin mencionar la inquietud que me provocaba la descripción que Arenas me había dado de Esteban Peters.

—Mañana intentaré hacer algo más por la investigación. Hoy, salvo escuchar al

detective que vigila la clínica, no he podido ocuparme del caso.

—Y no es hora de seguir pensando en lo mismo —le dije, y mientras la cobijaba entre mis brazos, le pregunté por los trámites que faltaban para recibir el departamento heredado.

—El traspaso de la propiedad durará un par de meses, pero hoy me llamó el abogado que tramita el papeleo y me dijo que la próxima semana el departamento quedará desocupado. Podremos ir a verlo y definir los arreglos y muebles que necesita. En lo más inmediato está comprar la cama sin pasado de la que ya hablamos.

—El pasado siempre nos acompaña, aunque a veces se reduzca a un mal recuerdo.

—Si un día te arrepientes, ¿me lo dirás?

—Mis dudas terminaron en el instante en que acepté tu propuesta —dije, y luego de una pausa, le pregunté si pensaba hacer otras adquisiciones.

—¿Estás ocupado? ¿Podemos hablar unos minutos? —preguntó Ruperto Chacón desde el otro lado de la línea telefónica—. En media hora tengo que entrar a una reunión y no alcanzo a ir a tu departamento.

—Tiempo es lo que me sobra; y si fuera oro, como dicen, sería millonario.

Doris se había ido temprano y durante la mañana no había hecho otra cosa que leer el diario y ordenar los cajones de mi escritorio repletos de boletas, volantes que solían darme en la calle, papeles con apuntes que a duras penas lograba descifrar, pilas gastadas y otros objetos de los que fácilmente podía prescindir con un mínimo sentido del orden.

—Tengo una noticia que te hará pensar —dijo Chacón y guardó un silencio que me pareció desmedido.

—Menos suspenso, y al grano.

—Se trata de tu encargo respecto a Sanhueza, el ayudante de Razetti.

—¿Qué pasa con él? ¿Fuiste a la Corte Suprema?

—La Corte Suprema es la institución que otorga el título de abogado y mantiene un registro de los abogados que pueden ejercer la profesión en el país.

—Eso ya lo sé. ¿Cuál es la noticia?

—Sanhueza no es abogado. Su nombre no figura en el registro.

—¿Estás seguro?

—El tipo le vendió gato por liebre a Razetti.

—¿Y si aún no se titula y por eso no ha jurado en la Corte Suprema?

—Lo pensé y ordené a tres aspirantes que consultaran en las universidades que imparten la carrera de Derecho. Su nombre no figura ni ha figurado en ninguna de ellas. Todo indica que Sanhueza es un impostor.

Guardé silencio y ocupé unos segundos en encender un cigarrillo.

—Deberíamos saber por qué engañó a tu amigo. ¿Se te ocurre algún motivo? —insistió Chacón.

—Creo saberlo —dije recordando mi conversación con Gilberto Arenas.

—¿Hay algo que aún no me has dicho, Heredia?

—Pensaba llamarte y comentar la existencia de cierto nombre que ignorábamos —dije a Chacón, y enseguida le hablé de Esteban Peters.

—¿Peters y el supuesto abogado serían la misma persona?

—Cuando Arenas describió a Peters, de inmediato pensé en Sanhueza. La descripción que hizo Arenas y el engaño a Razetti son dos piezas que parecen encajar perfectamente entre sí y con unas notas de Alfredo en las que menciona su desmedida confianza en las personas.

—El abogado descubrió el engaño de Sanhueza.

—Sí, pero primero se enteró del proyecto destinado a inundar el valle. Dos buenas razones para sacarlo de circulación.

—Cuesta aceptar que la minera actuara de ese modo.

—No hay diferencia entre eso, los mapuches que han asesinado en La Araucanía o las acciones contra el senador Farren, a quien le quemaron su casa en la playa para que no siguiera impulsando un proyecto de ley que imponía restricciones a las empresas mineras. Hablé con él y más allá de los aspectos anecdóticos, lo importante es que hay una lógica que se repite en casos que tienen distintos orígenes, pero un trasfondo similar, relacionado con la contaminación ambiental y los negocios.

—No vivimos en la época de los mañosos de Chicago, Heredia.

—Desde luego que no, ahora los mañosos son más poderosos y hasta pasan por gente respetable que se codea con políticos y autoridades de diferentes colores. Tienen lobistas que visitan las oficinas gubernamentales y sicarios que hacen el trabajo sucio en las calles.

—¿La comisario Fabra está al tanto de lo que estamos conversando?

—Sabe todo, menos lo de la doble identidad de Sanhueza.

—¿Y qué piensas hacer, Heredia?

—¿Qué crees? Buscar a Sanhueza.

* * *

Raquel me recibió en el living de su casa. Los muebles de la habitación conservaban el mismo orden de mi visita anterior, pero un aire sombrío parecía haberlos envejecidos, acusando la soledad que se había adueñado del lugar. La viuda ocupó una silla, juntó sus manos sobre sus piernas y aguardó mis palabras.

—Vine a decirle que la investigación avanza lentamente, pero que sigo trabajando en ella —dije, sin saber muy bien cómo guiar la conversación hasta el tema que me interesaba.

—Pudo decirlo por teléfono, Heredia —dijo la mujer con un inesperado tono de molestia—. Y tampoco espero gran cosa de su investigación.

—Entiendo su molestia, pero la policía y yo seguimos investigando. No nos hemos olvidado de Alfredo.

—Todavía me cuesta aceptar lo que sucedió —dijo la mujer con un tono de disculpa.

—Eso nos pasa a todos los que lo conocimos —dije, y luego agregué—: Y a propósito de personas cercanas a su marido, ¿ha vuelto a tener noticias del abogado Sanhueza?

—No he sabido de él desde que entregué la oficina que arrendaba Alfredo. Recuerdo habérselo dicho en nuestra última conversación.

—Pensé que desde entonces él podría haberse comunicado con usted.

—Héctor se portó muy bien conmigo en los días siguientes a la muerte de mi esposo, y eso es más de lo que esperaba de él. Su relación era con Alfredo, no conmigo, y por eso es natural que no venga a la casa ni me llame. No es la única

persona con la que me ha pasado lo mismo, y créame que no ha sido fácil aceptar que durante muchos años mi vida giró alrededor de Alfredo. Y ahora, como me han recomendado mis amigas, debo aprender a darle otro sentido a mi vida.

—¿Le dijo Sanhueza dónde vivía? —pregunté a Raquel.

—Nunca. Alfredo me contó que arrendaba en un edificio construido recientemente en la calle San Pablo, detrás o a un costado del cuartel central de la Policía de Investigaciones.

—Y supongo que usted no tiene la dirección.

—Supone bien, Heredia —dijo la mujer y enseguida me preguntó por mi interés en Sanhueza.

—Necesito resolver una duda de carácter legal —respondí para no inquietar a la mujer con el descubrimiento de que Sanhueza no era el abogado que ella creía.

—¿Le dio un número de teléfono donde llamarlo?

—Sí, pero las dos veces que llamé me respondió una máquina. Quería preguntarle qué pasará con los juicios que llevaba Alfredo. Imagino que sus clientes tendrían que ser informados de la muerte de mi esposo.

—Intentaré ubicarlo a través de ese teléfono. Puede ser que yo tenga más suerte.

Raquel se puso de pie, dio unos pasos por la habitación y enseguida volvió a sentarse.

—Parece preocupada —advertí—. ¿Hay algo que quiera contarme?

—Creo haberle comentado que luego de su muerte he tenido la sensación de no haber sabido muchas cosas de Alfredo; como si al salir de esta casa hubiera tenido una vida de la que yo estaba excluida.

—Lo recuerdo, pero no comprendo su inquietud. Probablemente Alfredo nunca quiso preocuparla con los asuntos de su trabajo.

—No se trata del trabajo de Alfredo. En un libro que él leía antes de morir, encontré una carta. No aparece su nombre, pero sin duda estaba dirigida a él. La firma una mujer llamada Adriana. ¿Usted sabe si Alfredo mantenía relaciones con otra mujer?

—Si está pensando en una amante, lo ignoro —mentí.

—Desde que encontré esa carta no he dejado de pensar que Alfredo me engañaba.

—No se atormente por una carta. Probablemente era un antecedente de alguno de los casos que atendía en los últimos meses.

—¿Cree que sea eso y nada más?

—Alfredo estuvo junto a usted hasta el día de su muerte. Si hubiera tenido otra relación, me lo habría dicho —respondí, al tiempo que pensaba que no estaba diciendo ninguna mentira, aunque tampoco decía la verdad.

—Bien dicen que toda persona es un mundo por conocer.

—No deje que las dudas la consuman. Tiene una vida por delante, y como usted dijo hace un rato, es hora de que le encuentre otro sentido.

—Una vida que no será fácil sobrellevar.

—La vida nunca es fácil, pero siempre encontramos algo que nos mantiene encendido el entusiasmo.

—Lamento haber sido brusca con usted. Su visita me ha hecho pensar en algo más que en mi tristeza.

A veces una mentira ayuda a vivir, me dije más tarde cuando estuve de regreso en mi departamento.

Preparé un café mientras observaba a Simenon que trepaba por los estantes de la biblioteca como empeñado en ubicar un libro en particular. Bebí lentamente el café y luego de hilvanar unas frases en mi memoria, llamé al número de Sanhueza. Esperé unos segundos hasta que escuché el mensaje grabado en el contestador automático. Respiré hondo, y luego de botar el aire de mis pulmones comencé el mensaje.

—Héctor, he seguido revisando las carpetas que estaban en la oficina de Alfredo —dije con la esperanza de que Sanhueza llegara a escuchar mis palabras—. Encontré el borrador del recurso de protección que Razetti redactaba contra la minera y necesito su ayuda para presentarlo en el tribunal que corresponda. Venga mañana a mi oficina, después del mediodía. Y si no puede ayudarme, avíseme. Buscaré a otro abogado.

—No entiendo qué pretendes —creí oír que decía Simenon.

—Si no estoy mal encaminado, a Sanhueza debería interesarle el mensaje.

—¿Y si no viene?

* * *

A la espera de que fuera la hora de la reunión con Doris, tomé el diario que estaba sobre el escritorio y recorrí sus páginas hasta dar con una noticia sobre la contaminación que provocaba una termoeléctrica en una caleta pesquera del sur de Chile. Un grupo de dirigentes sociales, similares a Julián Becerra y sus compañeros de Cuenca, denunciaban la represión de la policía y del alcalde de la localidad. La termoeléctrica mataba algunas especies marinas de las que dependía el trabajo de los pescadores. «En el pueblo todos somos pescadores o recolectores de algas —decía uno de los dirigentes—. Y por eso vamos a salir a la calle a protestar contra la termoeléctrica y los políticos y autoridades que la protegen. Queremos que se vaya la central eléctrica. Tenemos que defender el mar y nuestra fuente de trabajo».

—En todas partes se cuecen habas. Sin ir más lejos, si no limpias mi grava acabaré denunciándote a uno de esos organismos estatales que supuestamente velan por el medio ambiente.

—Tú eres el que usa la grava más de la cuenta, Simenon. Quizá te está fallando la próstata. Tiempo atrás leí que los problemas en la próstata provocan incontinencia urinaria en los gatos, y que los pone nerviosos y con dificultades de movimiento.

—Mi próstata sigue juvenil y vigorosa. Mis nervios son de hierro y mis movimientos son los que requiero. No busques excusas a tu flojera.

—¿Quieres provocarme problemas de conciencia?

- Quiero que muevas tu trasero y me cambies la grava.
- Cada día necesito tener más paciencia contigo.
- Si se cobrara por la paciencia tendría que pasarte una factura millonaria.
- Ahora tratas de conmovirme.
- Deja de quejarte y haz tu trabajo, Heredia.
- Mi trabajo consiste en husmear y hacer preguntas.
- Y limpiar mi grava.

* * *

—¿Qué te preocupa? —preguntó Doris.

Nos habíamos encontrado frente al Club de la Unión y estábamos en el «Indianápolis» comiendo unos chacareros y bebiendo un botellín de vino blanco. La noche estaba fresca y la clientela del restaurante conversaba animadamente, mientras a través de las ventanas se observaba el trajín bullicioso de la Alameda.

—Sanhueza y el anzuelo que le puse. A ratos dudo si sabré enfrentarlo; debajo de su máscara de tipo atento y servicial puede ocultarse el rostro de una fiera.

—Cuatro detectives a mi cargo y yo estaremos cerca y dispuestos a brindarte ayuda.

—¿No serán muchos invitados a la fiesta?

—La muerte de Razetti es parte de mi trabajo.

—Fue mía la idea de atraerlo a mi departamento.

—Que te deje esperarlo ya es bastante.

—No quiero discutir, Doris.

—Solo estamos hablando de un trabajo pendiente.

—Fue un error contarte que había dejado un mensaje a Sanhueza.

—El error habría sido quedarte callado. Tendríamos un serio motivo de discusión.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —le pregunté con la intención de darle un giro a la conversación.

—No. Intuyo que no haríamos otra cosa que seguir conversando de lo mismo. Además, estoy cansada y mañana será un día muy duro.

Bebí un sorbo de vino y por un instante dejé vagar mi mirada por las mesas que nos rodeaban. Doris se acomodó en su silla y luego deslizó una caricia sobre una de mis mejillas.

—¿Y eso a qué viene? —pregunté.

—Una discrepancia de trabajo no cambia lo que siento por ti.

—No necesitas decírmelo. Ya me dijiste que no tengo que renunciar a nada, ni a mi manera de andar por la vida ni a mis ganas de estar a tu lado.

Terminamos de comer y luego de abandonar el restaurante la acompañé por la Alameda hasta la Iglesia de San Francisco, donde ella abordó el taxi que la llevaría a su departamento. Caminé hacia el Paseo Ahumada que a esa hora parecía un campo

de batalla, donde unos pocos sobrevivientes rastrojaban entre la basura de las tiendas y locales de comida. Anduve por el paseo hasta llegar a la plaza de Armas. Me senté en uno de sus escaños y no me moví de ahí hasta que el frío de la noche caló mis huesos. Para entonces, tenía una decisión respecto a cómo enfrentar a Sanhueza.

Por la mañana, apenas desperté, llamé a Doris y finiquitamos los últimos detalles de nuestro plan.

—¿Qué ocurrirá cuando llegué Sanhueza? —preguntó Doris.

—No lo sé. Depende de cómo reaccione.

—¿Crees que se ponga violento?

* * *

Las manecillas del reloj indicaban la llegada del mediodía. Di unos pasos por la oficina y elegí la mejor posición desde la cual vigilar la puerta del departamento. Encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar. Junto a mi corazón sentí la pistola que portaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Dejé escapar una bocanada de humo y recordé parte del sueño de la noche anterior. Me encontraba postrado en mi cama. No sentía dolor, pero me inquietaba la oscuridad aplastante del dormitorio. Tenía conciencia de la proximidad de la muerte y no me preocupaba. Había convivido muchos años con su sombra y sabía que mi destino estaba asociado a ella; al fracaso que en definitiva implicaba todo intento de trascender a la muerte, de oposición a la verdad irrefutable que acechaba con la paciencia de un asesino embozado. Y en medio de la oscuridad percibía de pronto los pasos frágiles de Simenon que entraba a la pieza, brincaba sobre la cama y se recostaba a mi lado, junto al costado del pecho del que a rato provenía una puntada dolorosa. No le decía nada, pero recordaba las palabras de una anciana que alguna vez llegó a mi oficina, buscando conocer el destino de su nieto desaparecido. Una mujer de rostro arrugado que al ver a Simenon acostado encima de mi escritorio, me dijo que los gatos aliviaban las enfermedades de sus amos, porque al estar junto a ellos transferían las dolencias a sus cuerpos dotados de siete vidas. No importa cuánto tiempo transcurra, ese gato lo protegerá y estará con usted hasta el día de su muerte, sentenció la anciana.

Durante más de una hora, nada alteró la tranquilidad del departamento ni de la calle. Apagaba el tercer cigarrillo cuando oí que golpeaban a la puerta. Me moví rápidamente y avancé hasta la entrada. Los golpes se repitieron. Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta y apunté la pistola hacia el rostro del falso abogado.

—Entre y siéntese —le ordené indicándole la silla que estaba frente a mi escritorio—. Una vez más se comprueba que la curiosidad puede ser mala consejera.

—¿Qué pretende? —preguntó Sanhueza, saliendo de su asombro inicial—. ¿Por qué me apunta con su arma?

—Pretendo conversar de sus mentiras.

—¿Mentiras? ¿De qué me acusa?

—De una y varias cosas a la vez. Nunca ha sido abogado, trabajó en la oficina de Razetti para espiar su trabajo, eliminó parte de la información que había en el computador y, por último, no me extrañaría que lo asesinara.

—¿De dónde sacó todas esas patrañas? Usted no está en sus cabales.

—Me faltó agregar su engaño cuando le pedí que revisara el computador.

—Usted enloqueció, Heredia —dijo Sanhueza mientras ocupaba la silla ubicada frente al escritorio.

—De eso podremos conversar antes que llegue la policía. Desde que la investigación de la muerte de Razetti se convirtió en un caso complejo, no corro solo.

—No comprendo en qué momento imaginó todas sus acusaciones. El fracaso en sus pesquisas lo hace delirar.

—Sin una razón que lo justificara, desconfié de usted desde el día que nos conocimos. Después, mi desconfianza se apoyó en pequeños detalles que fui relacionando. Lo primero fue que dejara de ir a la casa de Raquel una vez que consiguió limpiar el computador. Me dejé engañar por la buena opinión que Raquel tiene sobre usted. Olvidé por unos días mis aprensiones y hasta llegué a pensar que había conseguido otro trabajo.

—Tenía que atender mis asuntos y no quería seguir siendo el paño de lágrimas de la señora Raquel —dijo Sanhueza, interrumpiéndome.

—Una nota de Razetti me puso en alerta. Una nota que usted no borró completamente del computador y que encontré con la ayuda de un experto en computación. Ingenuidad y desmedida confianza, escribió Razetti en esa nota, y eso me llevó a pensar que Alfredo llegó a conocer sus verdaderas intenciones. Fue en ese momento cuando pensé que usted lo había asesinado.

—Yo no asesiné a Razetti —dijo Sanhueza con firmeza y mientras se ponía de pie.

—De eso tendrá que convencer a la policía. Y deberá tener una buena coartada cuando lo acusen de matar a Wallis.

—¿También quieren adjudicarme ese muerto?

La respuesta del falso abogado revivió mi hastío y mis ganas de estar en otra parte, lejos de la obligación de hacer preguntas y de esperar que, poco a poco, ellas horadaran el muro de negativas que Sanhueza había construido a su alrededor. Di unos pasos hasta acercarme a Sanhueza y en un impulso de violencia que creía relegado en mi pasado, lo golpeé en el estómago con la pistola.

—¿Recuerda que le di a leer las posibles direcciones en las que podía estar oculto Wallis? Muy pocas personas conocían esa información y una de ellas era usted. Me costó darme cuenta pero al final lo hice.

Sanhueza se mantuvo en silencio.

—Al menos reconocerá que su chapa de abogado es mentira. La policía hizo varias pesquisas y no hay ningún antecedente que respalde su condición de leguleyo.

Sanhueza recuperó su compostura. Noté que en su rostro se había instalado una

expresión de rara tranquilidad o resignación.

—En un caso donde faltan las pistas, su nombre encabeza la lista de los sospechosos —agregué—. Podemos conversar y buscar una salida al lío en que se encuentra. Pero tiene que ser ahora y rápido, antes que este lugar se llene de policías.

—No perdamos el tiempo, Heredia. Acaba de decir que le faltan pistas.

—Tendrá que explicar por qué engañó a Razetti.

—La explicación es simple. Necesitaba ganar algo de dinero. Tiempo atrás, trabajé en un estudio legal y aprendí algunas cosas básicas sobre la tramitación de juicios. No hay que ser un genio.

Basta memorizar artículos legales y hablar en esa jerga presuntuosa que utilizan los abogados para hacer creer a los ingenuos que son los sacerdotes de una secta mágica —dijo Sanhueza—. La mayoría de los juicios que llevaba Razetti eran rutinarios y por eso no tuve inconvenientes a la hora de realizar las gestiones que me pedía.

—Suponiendo que eso sea verdad, ¿por qué decidió ofrecer sus servicios a Razetti? ¿Alguien le dijo que Alfredo requería la ayuda de un colega? ¿O me va a decir que iba pasando por la calle y decidió entrar a su oficina?

Sanhueza volvió a guardar silencio y miró de reojo hacia la puerta de la oficina.

—Veo que no tiene respuestas —dije, y al ver que el silencio de Sanhueza se prolongaba, añadí—: La policía no demorará en averiguar que no existe el estudio de abogados donde dice haber trabajado.

Sanhueza movió los hombros y luego observó el arma que sostenía en mi mano derecha.

—¿A quién presta sus servicios realmente? ¿Es empleado de la minera Memphis?

—No.

—Supe que usted estuvo en la casa de Milton Montes, uno de los gerentes de la minera.

—Él que le dijo eso, mintió.

—Hay un testigo que podrá confirmar lo que acabo de decir: Gilberto Arenas.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—La noche en la que se conocieron usted decía llamarse Esteban Peters. Arenas hizo una descripción perfecta de usted, y eso me hizo pensar en la nota de Razetti —dije al tiempo que pensaba que conforme a nuestro acuerdo, Doris y sus hombres ya habrían rodeado el edificio y tendrían vigilados los accesos al departamento.

—Su testigo me confundió con otra persona.

—Eso se aclarará con un careo entre usted y Arenas.

—Piensa en todo, Heredia —dijo Sanhueza con algo de fastidio.

—¿Quién le ordenó acercarse a la oficina de Razetti?

—¿Por qué tendría que responder esas preguntas?

—Porque mi pistola puede perder la paciencia, o por algo que no sé si le importe: Razetti creyó en usted y lo acogió en su oficina. Le dio su confianza.

—Quería un trabajo, simulé ser abogado, pero no tengo nada que ver con el resto de sus acusaciones. Y la oficina de Razetti no fue la primera a la que entré a ofrecer mis servicios.

—A cada rato su cuento parece más increíble.

—Quiero que me ayude —dijo Sanhueza suavizando el tono de su voz.

—La cuenta a pagar puede ser menor si colabora. ¿De quién recibe órdenes, Sanhueza?

—Lo que hago no tiene nada de ilegal. Soy empleado de una empresa de seguridad que presta servicios a Memphis. Sistemas de seguridad en las instalaciones, cuerpos de vigilancia, infiltración entre los trabajadores —dijo Sanhueza y se quedó en silencio.

—Sé de qué servicios me habla, y creo que ha olvidado la información sobre posibles riesgos externos.

—Siempre es bueno saber lo que la gente del entorno piensa sobre una empresa.

—Y eso incluye la eliminación de esos riesgos.

—No sé a lo que se refiere al hablar de eliminación de riesgos. Es un concepto muy amplio —dijo Sanhueza, y luego de pensar unos segundos, agregó—: Mi trabajo consistía en recoger información.

—Eso explica su presencia en la oficina de Razetti —dije.

Sanhueza esquivó mi mirada y asintió con la cabeza.

—Durante unos meses me hice pasar por empleado de la minera. Debía obtener información sobre los líderes sindicales y las acciones que ellos pretendían impulsar. Después me pidieron vigilar a Razetti.

—¿Su jefe es Milton Montes?

—No.

—Pero sabe de quién estoy hablando.

—Lo vi en dos reuniones, pero nunca recibí órdenes de él.

—¿De quién entonces?

—Andrés Infante. Uno de los socios de la empresa de seguridad.

—¿Infante?

—No sé mucho sobre él. Lo primero que me dijeron cuando entré a la empresa fue que no se hacían preguntas sobre las jefaturas y el resto del personal. Hablaba con Infante una o dos veces por semana.

—Está mintiendo.

—Igual como usted con el cuento de la policía —afirmó Sanhueza.

—No es cuento. Lo interrogarán hasta que diga lo que sea de interés, empezando por su responsabilidad en el asesinato de Razetti. Y aunque su relación con el caso sea mínima, igual le cargarán el bulto. La policía requiere soluciones rápidas.

—Ya le dije que no maté al abogado.

—Tendrá que convencer a la policía de su inocencia —dije y por unos segundos observé hacia la puerta de entrada.

Sanhueva percibió mi distracción. Se puso de pie ágilmente y me empujó. Trastabillé y caí de espaldas sobre la mesa de centro que había en medio de la habitación. Cuando logré levantarme, Sanhueva ya había llegado a la puerta y se disponía a salir del departamento.

Intenté darle alcance, pero una repentina molestia en la espalda me inmovilizó. Di unos pasos, lentamente, y cuando minutos más tarde conseguí llegar a la calle no vi ni el menor rastro de Sanhueva. Cerré los ojos y concentré mis sentidos en el dolor. Cuando los abrí de nuevo, vi acercarse a mi lado a Doris acompañada por uno de sus subordinados.

—¿Sanhueva? —le pregunté.

—Tres de mis hombres y uno de nuestros vehículos van tras él. Dudo que escape.

—Me descuidé un segundo y me atacó.

—¿Qué pasó? ¿Lograste sacarle algo? Estábamos por entrar al departamento cuando lo vimos salir a la carrera.

—Me dijo un par de cosas que probablemente sean mentiras o verdades a medias.

—¿Estás seguro? ¿No pretendes engañarme?

—Por un instante pensé que se había resignado a cooperar, pero cambió de idea y me atacó —dije, y enseguida llené de aire mis pulmones.

—¿Te encuentras bien?

—Me duele la espalda y gran parte de mi orgullo.

—Ya no estás para ciertos trotes.

—No pude correr. Sentí el dolor en la espalda, y más que eso, un repentino desgano. Como si de un segundo a otro el asunto hubiera dejado de importarme y mis años se hubieran convertido en piezas de plomo.

—Debes ir a un médico.

—He ido a varios y siempre termino con una serie de pastillas nuevas. Y ninguna tan efectiva como las que me receta un químico farmacéutico ecuatoriano al que conocí en una botica de la calle San Antonio.

—¿Las pastillas no te las daba un vendedor de la farmacia que está cerca de tu departamento?

—Sí, pero al tipo lo despidieron por vender remedios sin receta.

Doris iba a comentar algo más, pero en ese instante comenzó a sonar su celular. Se alejó unos pasos de mi lado y la vi contestar la llamada.

—Sanhueva está detenido —dijo minutos más tarde, una vez que regresó a mi lado.

—Aquí termina nuestro trato —dijo Doris cuando llegamos hasta el cuartel a donde habían trasladado a Sanhueza—. No puedes participar en el interrogatorio del detenido.

—¿Ni siquiera en calidad de mirón? Mi presencia le pondría presión —dije, y al ver que Doris esbozaba una sonrisa que podía ser el preludio de una negativa categórica, agregué—: No olvides lo que te conté sobre mi conversación con Sanhueza. Y que no te haga perder el tiempo con el cuento del estudio legal y su necesidad de trabajar. Sanhueza es un pajarraco que sabe muy bien en qué rama se posa.

—¿Quieres enseñarme a hacer mi trabajo?

—Jamás me atrevería. Solo pretendo que tengas en cuenta mi opinión.

—Abre la puerta del auto y sigue tu camino —dijo Doris—. Y prométeme que nunca vamos a discutir por asuntos de trabajo.

—Solo intercambiar una que otra opinión.

—Siempre y cuando sea necesario.

—Tal cual lo hemos hecho hasta ahora.

—Ni más ni menos.

—Me parece una medida razonable.

—Soy una mujer razonable.

—Alguien, al que ya no recuerdo, dijo que la felicidad de un hombre consiste en tener a su lado a un gato y a una mujer razonable.

—Entonces es hora de que pienses en ser feliz.

—Parece sencillo.

—No lo es, pero puedes intentarlo —dijo Doris, y luego de una pausa añadió—: Ahora hazme el favor de bajar de mi auto. Tengo trabajo.

—No eres la única.

Había olvidado mencionar a Doris el nombre de Andrés Infante. Y aunque quizá había sido un olvido inconsciente, me permitiría jugar una vez más con un as bajo la manga, como un fullero de los que aparecían en las películas de vaqueros que veía en mi infancia, y a las que seguía profesando una extraña simpatía, pese a la obviedad de sus tramas y al recatado beso final de los protagonistas. Había visto cientos de esas películas y en ocasiones me preguntaba cuál habría sido el destino de la pasión entre el héroe y la heroína, habitualmente censurado por las letras colorinches que señalan el fin de la historia. Que yo supiera, nadie había filmado la historia que seguía luego del beso; cuando el héroe se ponía obeso y la heroína perseguía por los potreros a unos niños moquillentos y traviosos.

—Quizá valga la pena averiguar algo a partir de ese nombre. ¿O piensas seguir sentado, recordando películas añejas? —creí oír que decía Simenon.

—¿Qué quieres que haga?

—Aquel nombre debe tener una historia y una dirección conocida. Tu amigo Campbell te puede ayudar.

—No es mala idea.

—Es la mejor idea que puedes tener en estos momentos.

¿Cuándo dejaría de molestar a mi amigo con mis peticiones? No conversaba con él desde que me ayudara a contactar al senador Farren, y ni siquiera me había dado un tiempo para llamarlo y darle las gracias. Ensayé mi mejor cara de palo y me dirigí a su oficina. Al verme, Campbell dejó de trabajar en su computador, y mientras encendía un cigarrillo me observó detenidamente y me indicó la silla que tenía a un costado de su escritorio.

—Estás demacrado —dijo.

—Y tú, volviste a fumar después de varios años de abstinencia.

—Dos años, cinco meses y ocho días. Y la única gratificación que me proporciona es ir en contra de los majaderos que han convertido el placer de fumar en una especie de crimen.

—Todos los caminos conducen al vicio, Campbell.

—No jodas, Heredia. Tú tienes tejado de vidrio en materia de vicios. Alcohol, tabaco, apuestas hípicas y consumo de alfajores. Ignoro cómo sigues vivo.

—No olvides mi colección de citas literarias.

—Cierto, la más peligrosa de tus aficiones. No sé en qué momento nació tu amor por los libros.

—En las tardes frías del orfanato y en los dos trabajos que tuve una vez que dejé la universidad. Muchacho de los mandados en una notaría y nochero en un hotel galante. Tenía tiempo de sobra, igual que mi amigo el Escriba, quien en un año que trabajó de funcionario en la Dirección de Presupuesto leyó ochenta libros, escribió una decena de relatos y salió último en el campeonato de ajedrez que jugaba con sus colegas para acortar las tardes de ocio.

—Supongo que no has venido a contarme anécdotas. ¿Sigues preocupado del asesinato de Razetti?

—Sigo aferrado al hueso con la tenacidad de un perro vago.

—¿Lograste hablar con Farren?

—Sí, y me contó una historia que me dio algunas ideas.

—Y ahora necesitas más información.

—Sí, pero no tiene relación con Farren. Estoy interesado en una empresa de seguridad y en un tipo llamado Andrés Infante —dije y enseguida le conté a Campbell mi conversación con Sanhuesa.

—Tiempo atrás hice un reportaje sobre las actividades de esas empresas y descubrí que por lo general se dedican a la infiltración de soplones, el seguimiento de personas y la entrega de servicios de vigilancia y custodios.

—Piensa en algo que desconozca.

—¿Esperabas que te dijera que ofrecen los servicios de sicarios? Hay que tener

paciencia, Heredia. El placer radica en beber el agua sorbo a sorbo, no en tirarse de cabeza al pozo. En la Internet podemos obtener información sobre los representantes o ejecutivos de las empresas de seguridad legalmente constituidas.

—Hasta donde sé, las personas que me interesan reciben órdenes. No son los dueños del circo.

—Nada se pierde con intentarlo. Si algo he aprendido en mi trabajo de reportero es a tener paciencia y algo de esperanza.

—Pareces un filósofo dominguero.

—¿Cómo se llama el tipo que te interesa?

—Andrés Infante.

Mientras Campbell trabajaba, encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana que daba a la calle. Las tiendas cerraban sus puertas y cortinas, y junto con la llegada de las primeras sombras, las mariposas nocturnas del barrio iniciaban su revoloteo alrededor de los vehículos que se detenían en las esquinas para comprar los servicios del oficio más antiguo del mundo.

—Aparte de la dirección de la empresa, no encontré nada muy significativo —dijo Campbell al cabo de media hora—. Andrés Infante aparece como socio de la empresa de seguridad Alborada, junto a otros tres sujetos: Álvaro Fica, Bernardo Cordero y José Luis Vergara.

—Nombres y más nombres —dije con evidente desaliento.

—Si esperas unos minutos, tal vez pueda averiguar algo más.

* * *

La empresa tenía una página web diseñada en colores grises y negros que pretendían comunicar una idea de eficiencia y orden. A través de uno de sus enlaces se llegaba a los nombres de los miembros del directorio mencionados por Campbell, y un segundo enlace llevaba al listado de servicios prestados por la empresa y a un aviso en el que se indicaba el teléfono al que había que llamar a los directores de operaciones.

—La presentación de la empresa no es muy atractiva —comentó mi amigo.

—Lo único que se me ocurre es llamar y pedir una cita.

—Necesitarás contar una buena historia.

—No requiero aguzar demasiado el ingenio. Me basta con recordar alguna de las historias de mis clientes.

—Entonces no hay más de qué hablar —agregó Campbell, indicándome el teléfono ubicado sobre su escritorio.

Marqué el número telefónico de Alborada y, casi al instante, escuché la voz suave y amable de una mujer que preguntó por el servicio que requería solicitar.

—Tengo una empresa de importaciones y en los últimos meses he notado la pérdida de mercaderías.

—¿Robo hormiga? ¿Robos en pequeñas cantidades, pero constantes?

—Por el tamaño de las cajas desaparecidas diría que han sido robos elefante — dije.

—Podemos ayudarle, señor. Deme su nombre y le agendaré una cita con uno de nuestros directores de operaciones.

—Me recomendaron hablar con el señor Andrés Infante.

—Don Andrés no atiende directamente las operaciones.

—Aun así, ¿puedo reunirme con él? Tenemos un amigo en común —mentí.

—Imposible. Sus responsabilidades son otras.

—Podrían hacer una excepción.

—Tiene que conversar con uno de nuestros directores de operaciones —dijo la mujer algo molesta con mi insistencia, y luego preguntó—: ¿Quiere contratar nuestro servicio?

—¿Puedo conseguir una cita para mañana?

—¿Le parece bien a las diez?

—Perfecto.

—¿Cuáles su nombre?

—Vicente Araya.

—Mañana, cuando llegue a nuestras oficinas, le indicarán el nombre del director de operaciones que lo atenderá.

—¿Puede anticiparme el nombre de esa persona?

—Es política de la empresa mantener el anonimato del personal hasta que se contrate el servicio.

—¿Tampoco puedo conocer su nombre, señorita?

—Usted lo ha dicho, señor. No puede.

—Una lástima. Me gusta su voz.

—Sea puntual con la cita, señor Araya —dijo la telefonista.

La llamada se cortó y me resigné a dejar el fono en su lugar de costumbre.

—No sé si los trucos son muy viejos o mi voz ya delata mis años —dije a Campbell.

—Un poco de cada cosa y la suma de los dos.

—¿Qué significa ese trabalenguas?

—A que puedes estar un poco jodido o jodido totalmente. Hoy todo es más rápido, con vértigo. No es necesario irse por las ramas.

Quedé en silencio y encendí un cigarrillo.

—Podemos seguir hablando del tema junto a una cerveza —dijo Campbell—. Yo invito.

—Gracias, pero la cerveza me deprime y además, quedé en juntarme con Doris. Tiene que entregarme cierta información.

—¿Y cómo va tu relación con ella? ¿Siempre en el filo de la navaja?

—Pensamos irnos a vivir juntos en unas semanas más.

—¿Una especie de casamiento? ¿Estás hablando en serio, Heredia?
—Si no me equivoco eres la segunda persona a la que se lo cuento.
—¿Y qué bicho te picó?
—La gente de nuestra edad solía casarse alrededor de los veinte años.
—Pero eso era en el siglo pasado. ¿Y qué harás una vez que vivas con ella?
—¿Qué pregunta es esa? Lo que hacen todas las parejas: ver televisión y calentarse los pies.
—Me cuesta imaginarte como hombre casado.
—Más vale que te acostumbre, porque el asunto va en serio.
—Que Dios te ayude, Heredia.
—Descuida, puedo arreglármelas por mi cuenta.
—¿Y cuándo es la despedida de soltero?
—Cualquier día de estos.
—¡Carajo, Heredia! Si tú estás contento, todos tus amigos lo estaremos.
—Gracias, Campbell.
—¡Que noticia! Muero de ganas por llegar a la casa y contarle la noticia a mi esposa. Ella, que siempre dice que eres una bala perdida, se irá de espaldas.

¿Estaba seguro de lo que pensaba hacer? A medida que me acercaba a mi departamento, aquella duda se iba desplazando, una y otra vez, desde la decisión de vivir con Doris hacia la conveniencia de concurrir a la cita que había concertado con la empresa Alborada. Como un fantasma inoportuno llegó a mi memoria el nombre de Griseta, la muchacha por la que alguna vez había estado dispuesto a cambiar mi soledad por su compañía. Seguía viviendo en España, y al parecer, por lo que contaba en su última carta, de nueve o diez meses atrás, tenía una vida encauzada en su profesión y un trabajo que la mantenía contenta. Nada decía de la existencia de un hombre en su vida, pero no era un despropósito pensar que estaba acompañada. Que volviera a reclamar su lugar en mi vida era algo que no ocurriría jamás. Ninguno de los dos era el mismo de antaño, y el tiempo seguramente había ampliado el muro que nos dividía. Aparté su fantasma de mi lado y seguí mi camino concentrado en mis pasos y el espectáculo callejero que me rodeaba. Una vez en el departamento, preparé un café y me puse a escuchar una canción en la que Jorge González se preguntaba: *y tú tendrás planeado ser feliz alguna vez.*

—¿Y por qué no? Por supuesto que no es una mala decisión —dije en voz alta, mientras probaba el primer sorbo del café.

—¿A cuál de las dos cosas te refieres?

Simenon se había refugiado en un rincón de la oficina, donde dormían las obras selectas de su homónimo belga y dos o tres tomos con novelas de Dickens y Dumas padre.

—¿Qué tiene de extraño que quiera vivir con Doris? La quiero, me siento bien a su lado, nos reímos de las mismas tonteras, nos hacemos compañía y tenemos más de alguna cosa de que conversar al caer de la tarde o después de hacer el amor.

—Entonces no tienes que darle más vueltas al asunto —agregó Simenon.

—Supongo que no, aunque siempre desconfío del futuro.

—Tonterías. Hasta ahora el futuro no es más que unas cuántas hojas de calendario reseándose en una pared. No tienes que sentirte culpable por creer que tu vida puede ser diferente.

Acaricié la cabeza del gato y enseguida lo tomé entre mis brazos.

—¿Y si voy a dar un vistazo a la empresa de seguridad? —me pregunté.

—No será la primera vez que te metas en líos.

Tomé el teléfono y llamé a Campbell. Había realizado otras búsquedas en Internet y no tenía nada nuevo que agregar sobre Andrés Infante. Advirtió la desilusión que provocaban en mí sus palabras y guardó silencio por unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Qué esperabas? —preguntó.

—Tener un as bajo la manga.

—Ni siquiera tienes la seguridad de llegar a conocerlo.

—Eso no me preocupa. Encontraré la forma de llegar hasta él.

—Que tengas suerte, Heredia —dijo Campbell antes de agregar unas palabras de despedida—. Un poco de suerte, porque cuando algo se mete en tu cabeza, no hay quién te haga cambiar de opinión.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —pregunté, dirigiéndome a Simenon una vez que dejé de escuchar la voz de Campbell.

Simenon estiró su cuerpo con desgano y mantuvo su silencio. Me senté junto al escritorio, abrí mi libreta de apuntes y comencé a escribir algunas ideas que una vez en el papel me parecieron unidas por cierta lógica. En ese ejercicio me sorprendió la llegada de Doris. Con los brazos en jarra, luego de colgar la cartera en el respaldo de una silla, me observó cerrar la libreta y guardarla en uno de los cajones del escritorio.

—Algún día me gustaría leer lo que escribes en esa libreta —dijo.

—Sería el inicio de una disputa gigantesca.

—Marcas tu territorio, igual que un gato.

—Pareces cansada —dije sin ganas de ahondar en el tema—. ¿Cómo estuvo el interrogatorio de Sanhueza?

—Al principio pensé que cooperaría, pero luego, con el correr de sus declaraciones, me di cuenta de que se limitaba a repetir lo que había conversado contigo. Lo único nuevo fue la mención de un tipo de apellido Infanti. Me dio la impresión de que lo dijo en un momento de descuido, porque enseguida intentó rectificar el nombre.

—¿Infanti o Infante?

—Infanti.

—Cuando hablé con Sanhueza mencionó a un tal Infante, miembro de la empresa de seguridad en la que él trabajaba.

—Lo que está claro es que Sanhueza mintió a uno de los dos.

—O bien se equivocó y se trata de la misma persona.

—Un tema a tener en cuenta en el próximo interrogatorio. Y desde luego, dos nombres a investigar.

—Uno de los socios de la empresa de seguridad Alborada se llama Andrés Infante. Traté de averiguar algo sobre él, pero no llegué más allá de los datos que se consignan en internet.

—Pondré a uno de mis subalternos a investigar —dijo Doris, y luego de unos segundos agregó—: Y también a Infanti. Es un apellido poco común y me parece haberlo oído mencionar en una causa relacionada con ventas ilegales de armas.

—Siempre es bueno tener unas chauchas en el bolsillo.

—Estoy cansada y hambreada. ¿Tienes algo que ofrecerme?

—En el refrigerador debe haber un bife y un par de huevos.

—No es un panorama muy auspicioso. Colesterol y fritura.

—Puedes agregarle un par de brazos entre los cuales cobijarte.

—Me parece una buena oferta, pero no creo que me quite el apetito.

Demoré unos minutos en freír la carne y los huevos. Doris comió con entusiasmo y luego tomó una taza de té.

—Cuando vivamos juntos me preocuparé de tener mejor provisto el refrigerador —dijo.

—Y yo del bar y la comida de Simenon.

—¿Te parecen suficientes responsabilidades?

—La carga se irá ordenando por el camino.

—Mientras no se nos desbarate, todo está bien —dijo Doris, y luego de acercarse a mi lado y rodear mi cuello con sus brazos, agregó—: Un rato atrás hablaste de un lugar donde cobijarme.

* * *

Como venía siendo habitual desde algún tiempo, desperté temprano. Bajo la pálida luz de la habitación, observé a Doris hasta que ella abrió los ojos y me miró con una expresión de relajo y satisfacción.

—Me gusta que sigas ahí —dijo, y mientras deslizaba unos dedos por mi rostro, reconociendo la aspereza de mis mejillas sin afeitar, agregó—: Tuve un sueño en el que me veía arrodillada a tu lado, sosteniendo tu cabeza entre mis brazos. Trataba de decirte alguna cosa, pero tú no me podías escuchar. Yo gritaba, y cuanto más lo hacía, más te alejabas, hasta que te perdía de vista.

—¿A qué le temes?

—No lo sé. Pero después de ese sueño, me alegra despertar y saber que sigues ahí, como el dinosaurio en el cuento de Augusto Monterroso.

—¿Dirás lo mismo en unos años más?

—Apostaré todas mis monedas a eso.

—Eso quiere decir que estamos de acuerdo en jugar al mismo número —dije y atraje a Doris a mi lado.

—El pasado fin de semana estuve con mis padres y les conté de nuestro proyecto. No me hicieron ningún comentario en especial, pero sentí que se alegraban. Mi madre me preguntó por el día en que te llevaré a su casa.

—¿Hablas en serio?

—¿Y qué tiene de raro que quieran conocerte?

—No soy el mejor partido de la plaza.

—Te aseguro que no te van a preguntar en qué trabajas ni cuánto ganas.

—¿Qué van a pensar de un tipo que te aventaja en veinte años?

—No creo que eso les importe mucho. Basta con que me vean contenta.

—Tendré que vivir la experiencia.

—¡Es mi familia, Heredia!

—A veces olvido que la mayoría de las personas tiene una familia.

Volvió a sonreír y enseguida hizo un par de recuerdos de sus padres, una pareja

que había formado su familia con esfuerzo y que, en cuanto a ella, hacía mucho tiempo que habían perdido la esperanza de verla encarrilada por los cauces que esperaban.

—Los visitaremos cuando terminemos la investigación —dije una vez que Doris dejó atrás sus recuerdos.

* * *

Doris cerró la puerta del departamento y mientras sus pasos se alejaban, miré de reojo a Simenon y me acerqué a su lado.

—¿Tienes algo que decir?

—Nunca deja de asombrarme tu buena suerte. Desde Andrea, esa mujer salida desde las sombras, pasando por Griseta, a quien nunca debiste dejar salir del departamento, y hasta Doris, que, por algún motivo que no entiendo, te ama de una manera que conmueve.

—Algo de mí debió llamarle la atención.

—Tal vez tu aspecto de perro vago y apaleado.

—No estoy para bromas, gato —dije antes de ponerme la chaqueta y caminar hasta la puerta del departamento.

Me costó entrar al edificio. Permanecí largo rato frente a la puerta de Alborada, tieso como una estatua de yeso, sin decidirme a cumplir con la pesquisa que necesitaba realizar. Finalmente abrí la puerta y quedé al inicio de un pasillo de baldosas enceradas y muros grises. Al término del pasillo, tras un escritorio de madera, vi a una mujer que tenía su cabellera negra comprimida por un férreo moño de enfermera o carcelera. Pensé en rehacer mis pasos y mandar todo al carajo. Pero me di ánimo y seguí, igual que un maratonista que corre último y quiere llegar con dignidad a la meta.

—Buenos días —dijo ella con el desgano de un mono de circo que lleva años repitiendo las mismas piruetas—. ¿Tiene cita?

—Me llamó Vicente Araya y ayer concerté la reunión —dije con idéntico desgano.

La mujer revisó un listado que tenía sobre el escritorio y al cabo de unos segundos esbozó algo parecido a una sonrisa amarga.

—El señor Bustos lo recibirá en unos minutos —dijo, y me indicó un sillón negro, de cuero sintético, ubicado a un costado de su escritorio.

Obedecí como un escolar disciplinado. Me senté en un sillón y por un instante miré las paredes del lugar hasta detenerme en un cuadro en el que se daba a conocer la misión de la empresa. Leí su contenido y retuve algunas palabras. Seguridad, eficiencia, discreción. Palabras destinadas convencer a los incautos y dar de comer a los papagayos de las agencias de publicidad. Consulté mi reloj y nuevamente me invadió el cansancio de anteriores antecelas. Pensé en lo que esperaba obtener de la

entrevista con Bustos y enseguida me dejé llevar por el recuerdo del día que conocí a Doris y de la manera en que pasamos de la atracción inicial a una relación sin mayor compromiso, que con el paso de los meses, y no sin pocos altibajos, se hizo tan necesaria que en unas semanas más nos tendría compartiendo un mismo techo.

La voz de la secretaria me volvió a la realidad de la conversación que debía enfrentar.

—El señor Bustos lo espera —dijo, indicándome una puerta al final del pasillo. Caminé lentamente, dejando que la espalda se acostumbrara a mi nueva posición y que el dolor atenuara. Una copa del viejo Jack me habría ayudado a caminar con más prestancia. Pero, a falta del licor, me consoló recordar que Gary Cooper debía a una dolencia en la espalda sus célebres pasos en el duelo final de la película *A la hora señalada*.

Sobre las paredes gris plomo de la oficina de Bustos colgaba un afiche que reproducía un paisaje tropical y otro cuadro con la misión de la empresa que había leído un rato antes.

Frente a un escritorio de madera con cubierta de vidrio había un hombre joven, vestido de terno negro, camisa celeste y una corbata azul. Era rubio, de ojos claros y lucía el cabello cortado al ras. Estudió detenidamente mi aspecto y pareció concluir que no era el tipo de clientes que solía atender en su despacho.

—Tome asiento, señor Araya.

—Gracias —dije, y me senté frente a él sin dejar de observarlo.

—¿Cuál es el giro de su negocio, y por qué cree que necesita de nuestros servicios? —preguntó luego de leer una hoja donde seguramente la secretaria había anotado mis supuestos datos personales y la causa de mi visita.

Murmuré unas palabras sin sentido y por un instante pensé en la conveniencia de iniciar la historia que había meditado en las últimas horas. Podía hacer eso o simplemente hablar del verdadero motivo de mi presencia en el lugar.

—Hable con confianza, sabemos mantener en reserva la información que nos proporcionan los clientes —dijo Bustos—. ¿Tiene problemas con sus empleados o con el sindicato de su empresa?

—No tengo empleados. A lo más un socio con el que suelo perder la paciencia.

—¿Cree que su socio lo está engañando en algo?

—A veces es algo mañoso.

—¿Mañoso?

—Se trata de un gordo y tierno gato.

—¿Quiere burlarse? ¿Realmente sabe a qué nos dedicamos en esta empresa?

—Sin duda, y desde hace varios días busco a uno de los socios de la empresa. El señor Infante.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Heredia, soy investigador privado y necesito conversar con Infante.

—Usted nos engañó. Pidió una cita dando referencias falsas.

—Una mentira inocente. Necesito ver al señor Infante.

—¿Para qué lo necesita?

—Tengo un cliente que me paga por dar con él. Al parecer es un asunto de familiares o viejos amigos que hace tiempo no se ven.

—Tenemos ciertas normas en la empresa respecto a los socios.

—¡Solo estoy pidiendo una dirección! —exclamé al tiempo que me ponía de pie, molesto.

—El señor Infante no está disponible en estos momentos. Se encuentra internado en una clínica y francamente dudo que pueda conversar con usted.

—¿En qué clínica?

—No le voy a dar más información. Hágame caso y váyase.

—Necesito saber el nombre de la clínica —agregué acercándome al escritorio.

Bustos se mantuvo en su silla. Tomó el citófono que tenía sobre el escritorio y presionó una de sus teclas. A los pocos segundos dos hombrones que lucían trajes recién planchados entraron a la oficina y me tomaron de los brazos.

—Sáquenlo de mi vista —ordenó Bustos—. Y que no le queden ganas de volver.

Uno de los hombrones puso una de sus garras en mi cuello y con la otra me dobló el brazo detrás de la espalda. Me obligó a salir de la oficina. Pasamos frente al escritorio de la secretaria y luego de seguir un camino diferente al de mi llegada, terminé en un pasaje en el que se encontraba estacionada una decena de vehículos. Mis inesperados amigos me levantaron hasta la altura de sus hombros y me dejaron caer sobre el asfalto con la suavidad de dos luchadores de cachacascán.

Me senté en la vereda, adolorido, y por algunos minutos no hice más que observar a mi alrededor. Después de todo, la había sacado más barata de lo que imaginé mientras estaba en manos de los guardias. Minutos más tarde, me levanté, sacudí mis pantalones y salí del lugar con una sensación de perro apaleado en mi interior.

No era mi día de suerte. Ni siquiera un día de jugadas atinadas. Pensé en lo que había dicho Bustos acerca de una clínica en la que se encontraba internado Infante. Como excusa la historia parecía rebuscada, pero si era verdad, Infante no estaría en un lugar cualquiera.

Busqué un almacén o bar que tuviera teléfono. Al cabo de media hora di con un bar pequeño y miserable, donde pedí una caña de vino y una guía telefónica. Anoté en una servilleta de papel los números de las seis clínicas que suponía de mayor prestigio y luego comencé con las llamadas.

A la cuarta llamada obtuve la respuesta deseada. Infante estaba internado en la Clínica Santa Marta y cuando pregunté si podía visitarlo, una suave voz de mujer me informó que el paciente estaba internado en la Unidad de Tratamientos Intensivos, con pronóstico reservado y que por lo tanto no recibía visitas. Agregó que podía concurrir a la clínica y pedir información sobre el estado de Infante, pero que dudaba que me dieran una respuesta distinta a la que ella acababa de entregarme. Como la única pesquiza mala es la que no se hace, pagué la cuenta y salí a la calle. Minutos más tarde abordé un taxi que me condujo hasta la clínica.

—Dicen que los servicios en esa clínica cuestan un ojo de la cara —comentó el chofer con la intención de entablar una conversación.

—Por suerte solo voy a visitar a un amigo. La última vez que fui a un médico me indicó seis exámenes. Perdí quince días en hacérmelos, y una vez que tuve los resultados me sentí estafado.

—¿Se los hicieron mal?

—No, pero los resultados salieron negativos.

—¿De qué se queja? Eso es bueno, quiere decir que estaba sano.

—Con lo que cobraron esperaba que al menos me encontraran el colesterol alto.

—Usted tiene un modo de pensar muy extraño, señor.

—¿Usted cree?

—Podría decirle que no, pero para qué le voy a mentir.

—Nada como un taxista sincero y que usa el camino más corto de un punto a otro.

La Unidad de Tratamientos Intensivos quedaba en el cuarto piso. Tomé el primer ascensor que encontré disponible, recorrí un pasillo y llegué a una especie de recepción de hotel donde había una veintena de sillones y un mesón atendido por tres mujeres jóvenes, bonitas y a simple vista saludables. De solo imaginar que podía estar un instante en brazos de alguna de ellas, pensé en caer muerto o al menos enfermo de algo momentáneo y de súbita recuperación.

Pregunté por Andrés Infante a la más bonita de las tres, y me dio la misma respuesta de la telefonista.

—¿No puede decirme algo más? —pregunté, acompañando mis palabras con mi mejor expresión de tristeza—. El señor Infante es un amigo de la infancia.

—Si quiere saber algo más, inténtelo con la hija de nuestro paciente —dijo la muchacha bonita, indicándome a una mujer que ocupaba uno de los sillones de la recepción. Debía tener unos treinta años, y vestía un traje granate de dos piezas y una blusa dorada que combinaba con el rubio intenso de sus cabellos. Cuando me acerqué, jugaba nerviosamente con su anillo de matrimonio y su mirada vagaba a gran distancia de la clínica.

—Disculpe que la interrumpa, señora. Pero una de la recepcionista me dijo que

usted era la hija de Andrés Infante. Somos amigos y cuando me enteré de que estaba internado vine a saber de su condición. Pero no me han querido decir nada.

—¿Amigos? —preguntó la mujer y tuve la impresión de que había escuchado la mitad de mis palabras.

—De años, desde que trabajábamos juntos —añadí—. Me llamo Jorge Oyarce.

—¿Fueron compañeros de armas?

—Serví bajo sus órdenes —aventuré a contestar—. ¿Cómo está su padre?

—Nada de bien —dijo ella—. Sufrió un infarto cerebral severo, irreversible. El médico que lo atiende dice que tiene pocas posibilidades de sobrevivir. Y si lo hace, ya no será el mismo de antes.

—Créame que lo siento.

—Mi padre era un hombre activo. Nunca dejó de hacer ejercicios, y se cuidaba con las comidas. Iba diariamente a su oficina, aunque a veces decía que estaba harto de trabajar y pensaba en vender sus acciones de la empresa.

Pensé decirle que estaba al tanto de más infartos en un maratón que entre las mesas de un bar, pero opté por callar y seguir escuchando a la mujer, que me hizo una larga relación de su vida junto a su padre. La escuché pacientemente hasta que se acercó una enfermera.

—El médico la autorizó para ver a su padre unos minutos.

La hija de Infante se puso rápidamente de pie. A modo de despedida me ofreció una sonrisa deslavada y se alejó en compañía de la enfermera. Me quedé sentado unos segundos y luego observé el inicio del pasillo que conducía a los ascensores. Seguía siendo un día sin suerte. Deseaba estar lejos, en el sur, escuchando caer la lluvia sobre la casa de madera que desde hace años venía construyendo en mis sueños.

* * *

El quiosco de Anselmo estaba cerrado y la calle parecía haber sufrido el paso frenético de un tiranosaurio. Una retroexcavadora había destrozado el pavimento y dado inicio a la remodelación de la calle Aillavilú. Subí al departamento, saludé a Simenon y rellené sus pocillos de alimento y agua. Luego busqué el resto de vodka que guardaba en el refrigerador y lo bebí en un par de tragos antes de sentarme a leer un cuento de Carrol John Daly incluido en una antología de la revista *Black Mask* que había recuperado en la última limpieza de mi biblioteca.

Y en eso estaba cuando llegó Doris. Dejé el libro sobre el escritorio y la observé atentamente.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó—. ¿Por qué me miras tanto?

—Trato de no olvidar de que soy un tipo con suerte.

—Tonterías. A todas dirás lo mismo.

—Pero solo contigo soy sincero.

—Más te vale, Heredia.

—Parece que has tenido un buen día —le dije—. Se te ve contenta.

—No me puedo quejar. ¿Y tú qué tienes que contar?

—¿Recuerdas al tal Infante del que te hablé? Se convirtió en otro callejón sin salida —dije y enseguida le conté de mi visita a la clínica.

—Te equivocaste al ir a la clínica.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Te dije que investigaríamos a Infante e Infanti. Andrés Infante está internado en la clínica Santa Marta con un pie fuera de este mundo. No creo que sea el hombre que buscamos. Te llamé un par de veces con la intención de contarte lo que acabo de decirte.

—Tendré que pedirle a Simenon que se preocupe de contestar las llamadas.

—Lo que tienes que hacer es comprar un celular de una maldita vez. Te habrías evitado el viaje a la clínica, y ya estarías al tanto de lo que investigan; sobre Infanti.

—¿Qué es lo que debo saber sobre ese sujeto?

—Aurelio Infanti. Tal como lo recordaba, figura en nuestros archivos en calidad de traficante de drogas. Hace diez años cumplió una condena por asalto a un muchacho colombiano en los alrededores del Barrio Bellavista. Tiene un puesto en el Mercado Persa Biobío donde vende ropa militar usada.

—¿Y qué te hace pensar que es el hombre que buscamos?

—Volvimos a interrogar a Sanhueza. Al principio intentó desconocer que había mencionado a Infanti en la primera conversación, pero luego, al caer en contradicciones y sentirse algo acorralado, cambió de idea. Dice que la empresa de seguridad recurre a Infanti para ciertas acciones que él llamo de convencimiento, y que no es otra cosa que golpear a los empleados que son conflictivos en las empresas infiltradas.

—¿Infanti se encarga de golpearlos?

—Ya no está en edad. Sanhueza dice que cuenta con un séquito de matones.

—¿Crees que él pudo matar a Razetti?

—Sin más información, no puedo adelantar un juicio.

—No se puede negar que has tenido un día provechoso.

—Hasta tuve tiempo de solicitar los presupuestos de nuestra fiesta de convivencia.

—¿Fiesta de convivencia?

—Tenemos que celebrar con los amigos el inicio de nuestra vida en común. Además, mi familia jamás perdonaría que no hiciera una fiesta.

—Y supongo que debo asistir a esa fiesta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una tontería, ya lo sé. Me cuesta imaginarme cortando una tarta.

—Será una fiesta pequeña. ¿No te parece una buena idea?

—No he dicho que no lo fuera.

—A simple vista no es lo que dice la expresión de tu rostro.

—Digamos que me toma por sorpresa. Estábamos hablando de Infanti.

—Debí preguntarte antes si te parecía la idea de organizar una fiesta.

—Tal vez.

—Me conoces y sabes que suelo ser algo impetuosa —dijo y luego agregó—:

Hice un par de cotizaciones y no es nada definitivo.

—Comienzo a entender a los tipos que se fugan el día de su boda.

—Te buscaría por cielo, mar y tierra. Y sabes que tengo mis recursos.

—Esta conversación se está transformando en algo peligroso. Más adelante podremos dedicar unas horas a esa fiesta.

—Con o sin fiesta, no te dejaré escapar, Heredia.

—Eso me parece más razonable —dijo y la atrajo a mi lado.

Por segunda vez en las últimas semanas, la investigación me llevó a recorrer los pasillos y puestos del Mercado Persa Biobío. Sus pasillos me eran familiares, y aunque los fines de semana se llenaban de una clientela ansiosa y febril, andaba entre ellos con seguridad; curioseando en los puestos de libros usados, antigüedades y de cuanto cachivache se podía amontonar en las veredas o sobre improvisados mesones de tablas retorcidas. El mercado es un espectáculo en el que los actores se conocen y reproducen un ambiente de barrio, familiar, en el que las historias individuales corren y, a veces, vuelan. Por eso no es difícil obtener información sobre sus personajes más destacados. Basta con tener un contacto que confíe en uno sin temor a estar respondiendo preguntas a un policía enmascarado.

Di unas vueltas por dos secciones del mercado y luego encaminé mis pasos hacia un puesto de libros atendido por un par de amigos con los que solía hablar de libros, fútbol y carreras de caballos. Después de comentar los últimos resultados obtenidos por el Magallanes, llevé la conversación hacia el tema que me interesaba ese mediodía. Mis amigos, el Flaco y el Risueño, escucharon el nombre de Infanti y enseguida se miraron entre sí sorprendidos.

—Hasta las piedras del barrio conocen a Infanti —dijo el Risueño—. Pero a pocos les gusta hablar de él.

—Es un bicho al que es mejor mirar de lejos y no molestar —agregó el Flaco.

—Vende ropa militar de segunda mano. La trae de Europa o de los Estados Unidos. En su puesto no falta nada. Botas, mochilas, pantalones, chaquetas, boinas. Lo que necesites en el rubro, Infanti lo vende —agregó el Risueño—. También dicen que comanda un grupo de nazis criollos al que responsabilizan del robo de tiendas y el maltrato de extranjeros.

—Y no olvides el tema de las armas —apuntó el Flaco.

—¿Qué armas? —pregunté.

—Es coleccionista de armas de grueso calibre. Por eso se comenta que el puesto de ropa es una fachada. Su verdadero negocio sería la venta clandestina de armas —respondió el Risueño.

—Ropa militar, armas y delitos. Tres ingredientes que suelen andar de la mano —dije.

—El hombre se hizo famoso en la época del Tata Colores. Se cuenta que tuvo un breve paso por la Dirección de Inteligencia Nacional, y que lo dieron de baja por un lío de faldas. Al parecer se le tiró a la esposa de un oficial cercano a Manuel Contreras. Pero eso no lo detuvo en lo que él llamaba su cruzada. Creó un grupo armado y siguió reprimiendo a la gente de izquierda que se cruzaba en su camino —agregó el Risueño.

—Parece que estamos hablando de un sujeto con varios muertos en su cuenta —comenté.

—Debe tener más de setenta años, pero luce bien conservado —dijo el Flaco—. Cuentan que hace ejercicios y corre un par de kilómetros todas las mañanas. Y por cierto, sigue siendo un tipo tosco, frío, impenetrable, al que más vale no acercarse demasiado.

—Sin embargo ustedes parecen estar bien informados sobre cada uno de sus pasos —dije.

—Son palabras que flotan en el aire. En el mercado hay personajes que destacan para bien o para mal, y siempre, por una u otra razón, se habla de ellos —dijo el Risueño, y luego de una pausa agregó—: Mi socio y yo jamás hemos cruzado una palabra con él.

—¿Saben dónde ubicarlo? —pregunté.

—Te puedo decir dónde queda su puesto, pero que lo encuentres en ese lugar es harina de otro costal. Se le ve poco, no atiende a los clientes y la mayor parte del tiempo lo pasa metido en una especie de oficina que tiene en un rincón del puesto.

—Intentaré conversar con él —dije a mis amigos, mientras miraba de reojo un ejemplar de *Méndez*, un libro de cuentos de González Ledesma que se encontraba en el mesón de oferta de los librereros.

—Mejor no te metas con el italiano —recomendó el Flaco.

* * *

El puesto era más grande de lo que me había imaginado, pero en lo demás se ajustaba totalmente a la descripción de mis amigos. Una decena de clientes revisaba la mercadería en exposición, vigilados atentamente por dos hombres jóvenes que lucían atuendos similares a los que tenían en venta. Observé un instante el lugar y enseguida me acerqué a uno de los vendedores y le pregunté por Infanti. La pregunta no le sorprendió ni tampoco pareció despertar alguna sospecha. El vendedor se limitó a responder que su patrón no estaba y que ignoraba la hora en que podría aparecer.

Esperé, apostando mis fichas a la paciencia y a la fortuna, que en ocasiones marcan la diferencia entre una investigación que termina en la verdad y otra que sucumbe frente al borrón y cuenta nueva del olvido. Me ubiqué a una prudente distancia del puesto de Infanti y desde ahí observé lo que ocurría en su interior. Y así fueron pasando los minutos, remarcados cada media hora por el repicar de la campana de una iglesia próxima. Gran parte de mi existencia había consistido en esperar y observar la vida de otros. Era un curioso, un metiche. El testigo de algunas historias que la sociedad solía obviar con sus silencios; por omisiones que convertían a las personas en huellas irreconocibles, más allá de un registro en algún libro contable o una foto amarillenta de las que se vendían en el Mercado Persa.

Vive los días con toda la intensidad que puedas y no olvides que ellos se ahogan en la oscuridad de la noche, me dijo, años atrás, un profesor del liceo fiscal donde estudié. Así lo había hecho y así lo seguiría haciendo en el futuro, disfrutando o

maldiciendo el camino, pero consciente de que mi tiempo pendía de un hilo, y que a la felicidad había que ayudarla con buenas decisiones y algunas palabras oportunas. Por eso, pensé, lo importante de la espera era la excusa que tenía para mirar a mi alrededor. Todo era un pretexto. Lo importante era explorar la vida que me abrazaba en cada despertar. Incluso la muerte de Razetti o el entusiasmo de Doris al organizar una boda que, en el fondo, no cambiaría mis sentimientos hacia ella ni tampoco nos protegería del fracaso siempre latente.

Terminaba de apachurrar mi último cigarrillo cuando un auto negro se detuvo frente al puesto de ropa militar. El vehículo era conducido por un negro robusto, y un hombre canoso estaba sentado en el asiento trasero. El vendedor que había conversado conmigo se dirigió deprisa hacia el auto y habló brevemente con el canoso. Luego el auto arrancó con un molesto chirrido de neumáticos. Solo alcancé a retener el número de su patente.

Iba a necesitar la ayuda de Doris, pensé, mientras anotaba el número de la patente en el reverso de un panfleto que me habían entregado en la calle y que promovía las bondades de un hotel galante, provisto de jacuzzi y piezas ambientadas con motivos selváticos y prehistóricos.

Más tarde tuve una idea a la que, en principio, no auguré mucho futuro. Regresé al puesto. Me acerqué al mismo vendedor de la primera vez, y luego de contarle una confusa historia relacionada con una encomienda que debía entregar, le pregunté si conocía el domicilio de su patrón.

—Ni idea. Sé que vive en los alrededores de este barrio, pero nada más.

—Tal vez tu compañero conoce la dirección.

—Soy el empleado más antiguo y el de mayor confianza del patrón. ¿Por qué no deja conmigo la encomienda?

—La encomienda viene con un recado. Dos o tres palabras que él debe escuchar de mi boca.

—Vuelva mañana. El patrón vino hace un rato y ya no regresará.

Me alejé del puesto y encendí un cigarrillo que, segundos más tarde, aplasté con un pie. Había fumado en exceso durante la espera y empezaba a sentir un ardor en el pecho.

Cuando regresé a mi departamento, las sombras comenzaban a igualar los rostros de los edificios, y en el horizonte, un paisaje de nubes esponjosas parecía abrazar a la ciudad. Apenas me detuve frente al quiosco, Anselmo asomó su cabeza por la ventanilla y me dijo que en el departamento me aguardaba una visita. Del poste instalado junto al quiosco, llegaba una luz anaranjada que iluminaba parte del rostro de Anselmo. Desde la mañana a la noche parecía haber asumido los años de edad que indicaba su carné de identidad.

—¿Doris? —pregunté.

—No joda, don. Ella no es visita.

—¿Mujer? —volví a interrogar a mi amigo, temiendo que se tratara de algún

fantasma del pasado que venía a complicar mis planes con Doris.

—Tranquilo, don. Lo está esperando su cliente del norte. El del pueblo ese que tiene problemas de agua.

—¿Becerra?

—¡El mismo! Mi memoria ya no es la de antes en materia de nombres.

—¿Dijo algo sobre el motivo de su visita? —pregunté mientras pensaba que no tendría mucho que informar acerca de los avances de mi investigación.

—Aseguró que no se movería de su oficina hasta que usted apareciera.

—Entonces más vale no hacerlo esperar.

—Después que se vaya la visita, vuelva por acá, don. Hace tiempo que no comparamos un vino y algo tendrá que decirme sobre su próxima rejunta con la señorita Doris. Puedo darle dos o tres consejos que le serán útiles en la noche de bodas.

—¿Crees que los necesito?

—La experiencia y los años siempre tienen algo que entregar.

—Recuerdos. Y para recuerdos me basta con los míos.

Becerra estaba frente a mi escritorio. Leía el diario que Anselmo me había dejado por la mañana y su rostro se reflejaba una mezcla de cansancio y tedio. Simenon lo vigilaba desde un rincón de la oficina, y a simple vista daba la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo por mantener sus ojos abiertos.

Al verme entrar, Becerra se puso de pie y me pidió disculpas por entrar a la oficina sin mi autorización.

—No hay nada de qué disculparse, Julián —respondí, y al tiempo que estrechaba la mano que me ofrecía a modo de saludo, agregué—: Puedes entrar y salir de esta oficina cuando quieras.

—Llegué esta mañana a Santiago y pasé buena parte del día acompañando al abogado Nápoles. El hombre apuntó a lo más alto que podía. Presentó un recurso de protección en la Corte de Apelaciones pidiendo la suspensión de las obras de la minera. Si el recurso es acogido, la minera no podrá seguir funcionando, ni menos pensar en la ampliación del tranque.

—¿Qué te hace ser tan optimista?

—Hace una semana, respecto a un pueblo ubicado más al norte de Cuenca, la Corte de Apelaciones acogió un recurso de protección presentado en contra de la termoeléctrica que opera en el lugar.

—Los jueces no siempre usan la misma vara de medir.

—De cualquier modo, prefiero creer que nos irá bien.

—Bien dicho, Becerra.

—¿Y a usted, cómo le ha ido con la investigación?

—Sigo cuanta pista o sospechoso se cruza en mi camino —dije, y luego de acomodar a Simenon sobre mis piernas agregué—: ¿Alguna vez escuchó mencionar en Cuenca a un fulano de apellido Infanti?

—Nunca. ¿Quién es?

—Uno de los sospechosos a los que me refería hace un instante —respondí, y le hablé a grandes rasgos de Infanti y sus negocios.

—Parece un tipo de cuidado.

—Sanhueza lo mencionó cuando fue interrogado por la policía, y algo me dice que debió estar relacionado con Wallis. Por eso le pregunté si su nombre podía ser conocido en Cuenca.

—Voy a consultar entre mi gente. Quizás alguien lo escuchó mencionar.

—Nada se pierde con averiguar.

Acompañé a Becerra hasta la puerta del edificio y luego lo seguí con la mirada hasta que su figura se perdió en la bajada al Metro existente en la esquina de las calles Bandera y General Mackenna. Me pregunté si su optimismo tenía alguna base, y sin deseos de responderme di la docena de pasos que me separaban del quiosco de Anselmo. Mi amigo sonrió al verme llegar y rápidamente se puso a la tarea de cerrar su negocio. La noche avanzaba y no había que desperdiciar ninguno de sus momentos.

Cuando desperté, el sol me daba de lleno en la cara. Simenon estaba sentado sobre mi pecho, atento a la luz que entraba por la ventana y al agitado ritmo de mi respiración. Cerré y abrí los ojos un par de veces. Aparté al gato de mi lado y por unos segundos recordé las horas pasadas junto a Anselmo. Finalmente me levanté de la cama y fui al baño a refrescarme la cara.

—Cada vez es más difícil trasnochar, ¿o me equivoco?

Simenon había seguido mis pasos y acababa de posarse sobre la tapa del estanque de agua.

—Anselmo andaba con mucha cuerda y me dio no sé qué privarlo de su entusiasmo. Y así una hora llevó a otra y luego se nos fue la noche.

—Hace tiempo que no te veía tan descompuesto.

—¡Exageras! —repliqué al tiempo que me sacaba la ropa—. Una ducha helada es lo que necesito.

—Deberías retirarte a tiempo, antes de que te conviertas en uno de esos púgiles que suben al ring a dar lástima.

—¡No me des tanto ánimo!

* * *

Doris llegó al departamento cuando terminaba de beber la segunda taza de café. Observó con atención las huellas de la trasnochada que sobrevivían en mi rostro.

—¿Por trabajo o de pura juerga? —preguntó con un leve tono de reproche en su voz.

—¿Cuál es la diferencia?

—El derecho a quejarse.

—En tal caso, guardaré silencio sobre mi larga conversación con Anselmo.

—¿Tantas cosas tenían que contarse?

—Solo hicimos recuerdos que nos sirvieron para reírnos o reconocer que los días no han pasado en vano.

—Entonces puedes guardar silencio.

—Necesito que hagas una investigación —le dije finalmente a Doris—. Tengo la patente de un automóvil y quiero saber el domicilio que informó su dueño al momento de sacar el permiso de circulación.

—¿Quién se supone que es el dueño del auto?

—Infanti.

—¿Cómo diste con él? —preguntó Doris con algo de molestia.

—Pasé varias horas vigilando su puesto en el mercado persa.

—¿Pudiste hablar con el italiano?

—No tuve ninguna oportunidad de acercarme a él —dije antes de ponerla al tanto de los pormenores de mi búsqueda.

—¿Por qué no me llamaste?

—Infanti no se bajó de su auto y se fue tan rápido como llegó.

—¿Nunca perderás la costumbre de jugar tus cartas a mis espaldas?

—Nunca mientras se trate de una de mis pesquisas. Eso quedó claro desde el mismo día que nos conocimos —dije, y luego de unos segundos de silencio, agregué—: Al menos tuve tiempo de anotar la patente de su auto.

—Lo que no te exime de nada —dijo Doris antes de tomar su celular y hacer una llamada que duró varios minutos.

Después de eso, sacó una hoja de papel desde uno de los bolsillos de sus bluyines, la dejó sobre el escritorio y caminó hacia la salida de la oficina.

—¿Ya te vas? —le pregunté.

—Tengo otras ocupaciones. Venía de paso, a dejarte la lista de invitados para que añadas los nombres que quieras.

—¿Invitados?

—Supongo que no has olvidado que vamos a organizar una fiesta. Anoté una cincuentena de nombres y con los que tú aportes deberíamos llegar a los cien.

—¿Cien? Dudo que tenga más de diez nombres que añadir a la lista. Campbell, Anselmo, tal vez el abogado Nápoles, el Escriba, Morenosky, el poeta de Reumén, Chacón, si no está incluido en tu lista, el farmacéutico ecuatoriano, el viejo Gregory. Si todos ellos van con sus parejas, llego a dieciocho invitados, y más Simenon, sumo diecinueve.

—No me tomas en serio, Heredia —dijo Doris y luego de abrir la puerta de la oficina, agregó—: Te llamaré apenas tenga novedades respecto a la patente.

—¿No me dirás nada sobre tus avances en la investigación? —pregunté, y la única respuesta que obtuve fue el ruido que hizo la puerta al cerrarse.

Simenon caminó con pausada dignidad hasta la salida de la habitación, y supuse que se iba a recostar sobre la cama, donde solía dormir sus siestas o asearse sus patas.

—Aún tienes tiempo de alistar una maleta y desaparecer por una temporada —creí oír que decía el gato a mis espaldas.

—¡Quédate callado o no te anoto en la lista de invitados!

Encendí un cigarrillo y lo fumé hasta que escuché que se abría la puerta del departamento y por segunda vez en la mañana vi entrar a Doris.

—¿Querías novedades en la investigación? —preguntó mientras daba unos pasos hacia el centro de la habitación—. Me acaban de llamar desde la oficina. Sanhueza se fugó.

* * *

—Teníamos programado trasladarlo a otro lugar de detención. Mientras se hacía

el procedimiento, el vehículo policial que lo llevaba a su nuevo destino fue interceptado por una furgoneta ocupada por media docena de hombres encapuchados y armados. Hubo un tiroteo en el que murió uno de los cuatro detectives que estaban a cargo del traslado.

—¡Carajo!

—Sanhueza aprovechó la revuelta y se fugó. Fue una operación muy bien organizada. Estaban al tanto del horario de salida y del recorrido que haría el vehículo.

—¿Alguna pista para rastrear a los asaltantes?

—Poca cosa. El testimonio de una vecina que observó el auto al que subieron después de abandonar el que utilizaron durante la balacera; la información de un suplentero que vio a los tipos veinte minutos antes del asalto y que está en condiciones de entregar un par de descripciones. Las vainas de las balas que encontramos en el lugar.

—¿Y los comentarios en el ambiente? Los patos malos suelen estar bien informados.

—Hasta donde sé, nadie se ha preocupado de conversar con gente del ambiente. Se formaron cuatro grupos de investigación y están centrados en buscar el refugio de los asaltantes. Se están peinando distintos sectores de la ciudad. La captura de Sanhueza y sus amigos es un asunto prioritario —concluyó Doris.

¿Cómo se buscan agujas en un pajar? ¿Cómo se reconoce el aspecto de una piedra al fondo de un estanque? No podía responder esas preguntas, me dije minutos después de ver a Doris salir del departamento. ¿Y los comentarios entre los duros del ambiente? Más allá de la precaución o de la ley del silencio, alguien haría un comentario después de la tercera copa o una confidencia a la cariñosa puta de turno.

Tomé el teléfono y llamé a Chacón. El policía me escuchó un instante, sin mucho entusiasmo.

—Hoy no tengo muchas ganas de nada. No es bueno que mueran los colegas ni que los manden a retiro de forma arbitraria.

—¿A qué te refieres?

—Me acabo de enterar que pasaron a retiro a uno de mis primeros jefes. Leandro Gálvez. Trabajé con él cuando, al término de la dictadura se creó la Brigada de Derechos Humanos. Dirigió la brigada con especial acierto y logramos detener a varios miembros de los servicios de seguridad de Pinochet que habían participado en la llamada «Operación retiro de televisores», una acción destinada a desenterrar cadáveres de una importante cantidad de personas desaparecidas y arrojarlos al mar. Eso jamás se lo perdonaron. Primero lo sacaron de la brigada y lo mandaron a trabajar en un archivo. Después lo destinaron a un pueblucho del sur de Chile y ahora aducen que no tiene la salud requerida para seguir activo en la institución. Me dan ganas de mandar todo al carajo.

—No ganas nada con precipitarte. Es mejor ver la historia de Gálvez como algo que merece ser imitado.

—Tienes razón, pero igual me da rabia.

—¿Y qué me dices respecto a lo que te conté? ¿Podrías recurrir a uno de tus soplones del ambiente?

—Si fuera un asunto simple, podría conseguir algo con los soplones. Pero el asalto a mis compañeros es un asunto delicado. Quienes lo hicieron deben estar protegidos. O son muy osados, porque deben saber que una vez cometido el ataque toda la policía saldrá tras ellos.

—Pienso recorrer lugares a los que llega gente del ambiente. Algo deben comentar sobre el asalto.

—Puedo acompañarte en ese recorrido —dijo Chacón.

—Gracias, pero prefiero andar sin compañía. En los tugurios a los que pretendo ir huelen fácilmente a los tiras. Y si te ven a mi lado, nadie querrá abrir la boca.

—En eso tiene razón, Heredia —concedió Chacón—. No es fácil infiltrar a un policía en los ambientes que frecuentan los delincuentes. Y el que lo consigue se juega el pellejo a cada momento y al menor descuido.

—Igual que todos los que estamos en el negocio de olfatear malos olores.

Salí del departamento y me detuve al inicio de la calle Puente, frente a la entrada de la estación Calicanto del Metro. Diez o quince años atrás me habría bastado caminar hasta la calle Bandera y entrar a sus bares para encontrar a tipos del ambiente que podrían darme información. Pero el sector ya no era el mismo de antes, y los tipos que me interesaba encontrar habían emigrado hacia otros barrios, como guarenes que huyen incluso antes de que comience la demolición de la casa.

Recordé los nombres de algunos bares, a uno y otro lado del río Mapocho, y finalmente decidí cruzar uno de los puentes que unían sus márgenes y visitar los bares ubicados al comienzo de la calle Independencia. Al cabo de una hora había entrado en una decena de lugares sin encontrar a nadie interesado en conversar sobre el asalto al vehículo policial. Todo se reducía a respuestas erráticas, miradas furtivas y silencio. Finalmente, y cuando ya había extraviado mis pocas esperanzas, fui a dar a un bar de la calle Recoleta, donde encontré a un par de rateros que se encaminaban por el alcohol hacia una noche sin fin.

Aunque nunca habíamos cruzado un par de palabras, ellos y yo nos conocíamos. Ellos estaban al tanto de mi oficio, y yo sabía que se dedicaban a lo que era más o menos habitual entre los delincuentes del sector. Robaban en las bodegas de los centros comerciales y el producto de sus robos iba a dar a las ferias de las poblaciones marginales.

Me senté junto a una mesa, enfrentada a la que ellos ocupaban, y los miré de reojo sin anticipar mi interés por conversar. Pedí una cerveza, encendí un cigarrillo y recién entonces sonreí a los dos hombres que habían seguido mis movimientos con más curiosidad que desconfianza.

—¡Salud! —dije, alzando la caña de vino que un mozo mal encarado había dejado sobre mi mesa.

—Anda lejos de sus bares habituales —comentó el más viejo de los dos, un tipo bajo, de pelo negro, piel arrugada y ojos oscuros.

—Hace bien cambiar de aire de vez en cuando.

—Me han hablado de ti; dicen que eres tira —dijo el más joven de los hombres.

—Dicen mal. Soy detective privado —precisé antes de que la desconfianza alejara a los dos hombres.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó el más viejo.

—Que no me interesan sus últimas hazañas. Quiero conversar de las cosas que pasan en ciertos rincones de la ciudad.

—No somos soplones —dijo el tipo joven.

—Nunca he dicho que lo fueran, pero seguramente están al tanto del reciente asalto del que fue víctima una patrulla policial y tal vez han oído algo sobre los que ejecutaron la acción.

—Somos ciegos, sordos y mudos —replicó el más viejo mientras observaba a su

compañero.

—El asalto todavía es noticia en los diarios.

—Donde vivimos, pocos saben leer —agregó el más viejo.

—Al menos llegarán los chismes del día.

—¿Qué sabes del lugar en que vivimos? —preguntó el más joven.

—Lo suficiente para imaginar que ustedes están más informados de lo que demuestran.

—¿Y eso a quién le puede importar? Con mi amigo Pedro no tenemos nada que decir sobre ese asalto —dijo el más viejo.

—Todos tenemos alguna historia interesante que contar. ¿O no es así, Pedro? —agregué dirigiéndome al más joven.

—El amigo Moisés ya le dijo que no sabemos nada.

—De acuerdo, entonces hablemos de otros temas mientras llamo a unos amigos de la policía.

—La policía no tiene nada de qué acusarnos —dijo Pedro.

—Es probable que así sea, pero ustedes y yo sabemos lo desagradables que pueden ser los policías cuando quieren joder la vida a alguien. Mejor hablemos de lo que está en el aire; en buena onda y sin complicaciones.

—Por la mañana, en lo de Paredes, nos enteramos de la encerrona a los tiras —dijo Pedro.

—¿Qué es lo de Paredes? —pregunté.

—Un barcito ubicado cerca de la Estación Central, donde pasamos de vez en cuando a preguntar si hay alguna oferta de trabajo —explicó Pedro.

—¿Trabajo limpio o de los otros?

—¡Qué más da! Uno u otro vale lo mismo cuando hay que llevar dinero a la casa —dijo Moisés, y enseguida, algo fastidiado por el curso de la conversación, agregó—: Quedamos en que hablaríamos de la encerrona.

—Siempre viene bien un poco de contexto.

—No entiendo lo que dice ni tampoco me interesa mucho —agregó Moisés, y luego de golpear la mesa con las palmas de sus manos, agregó—: En general, la gente con la que conversamos del tema está asombrada por los huevos que tuvieron los asaltantes. Atacar a los tiras, salvo que sea en un proceso de detención, es algo que se medita con calma. Nadie mata a un rati y se va por la calle silbando su canción favorita.

—Nada de eso me ayuda mucho.

—El único nombre que se mencionó en el bar fue el de un tal Poblete —agregó Moisés.

—Al que ustedes, por supuesto, no conocen.

—Ni en pelea de perros —señaló Moisés.

—Alguien en el bar dijo que Poblete trabajaba con el italiano —dijo Pedro.

—¿Qué italiano? —pregunté.

—Ninguno, son tonteras que se le ocurren de pronto a este pendejo —agregó Moisés—. Es un muchacho muy imaginativo.

—O nadie le enseñó a mantener la borra cerrada. ¿De qué italiano estamos hablando? —insistí.

—Dile tú —dijo Moisés a Pedro—. Si se llega a saber que aquí se habló más de la cuenta, daré tu nombre y te arrancarán la lengua a tirones.

—Infanti —dijo Pedro, en voz baja.

—¿Infanti participó en la encerrona a los policías? —pregunté sin revelar que conocía al italiano.

—El muchacho no quiso decir eso —aclaró Moisés—. Y en lo de Paredes, nadie dijo que el italiano hubiera sido parte de esa acción.

—Dejemos por un momento a Infanti de lado. ¿Saben dónde puedo ubicar a Poblete?

—No tengo la menor idea —dijo Pedro.

—Dicen que se mueve por el barrio de la Estación Central y que hace negocios con los hindúes, chinos y peruanos que han instalado sus tiendas en ese sector —dijo Moisés.

—¿Por qué me das esa información? —pregunté a Moisés—. Hace un momento decías a Pedro que había que guardar silencio.

—Poblete me debe una y si alguien le puede apretar las bolas, bienvenido sea. Hay que ser práctico. Si no puedes matar a tu enemigo, al menos puedes asistir a su sepelio.

—Hay que seguir todas las pistas —dije a Doris, que hasta entonces había escuchado con algo de incredulidad mi relato.

—No tengo mucha confianza en tus fuentes. Poblete debe ser un nombre inventado. Ni siquiera obtuviste una descripción física que nos permita identificarlo.

—Un nombre puede ser suficiente. Lo sabes mejor que nadie.

—Hace tiempo que dejé de creer en milagros, Heredia.

—¡Diablos, estás en uno de esos días en lo que a todo pones reparo!

—De mis días me encargo sola —contestó Doris, molesta.

—Al parecer debo aprender a estar alerta a los momentos en que se escapan tus demonios. Mal que mal, de aquí a unas semanas estaremos viviendo bajo el mismo techo.

—Me alegro que lo recuerdes, porque hasta ahora no te he oído decir mucho acerca del acontecimiento. Pareces un espectador.

—Mi silencio no significa falta de interés.

—Mañana podrás demostrarlo. Ayer fui al salón donde podríamos celebrar nuestra fiesta. Quiero saber qué te parece. El restaurante se llama *Amanecer*, y a su dueña, Isabel Matos, le dije que pasarías a ver el lugar.

—¿*Amanecer*? ¿Es necesario que vaya?

—La visita al restaurante no te quitará más de media hora.

—¿Y qué pasará con la búsqueda de Poblete? ¿Me ayudarás?

—Pediré a un par de mis hombres que den una vuelta por el sector de la Estación Central. Y si salta la liebre serás uno de los primeros en saberlo —dijo Doris al tiempo que se ponía de pie y caminaba hacia la puerta del departamento.

—¿No te quedas? —le pregunté.

—Mis demonios están liberados y no quiero que te enfrentes a ellos antes de tiempo.

* * *

El asunto de la fiesta se había escapado de mis manos. Me costaba imaginar una fiesta con lista de invitados y programa de actividades. Pensé en una forma de evitar lo que se aproximaba como una incontenible bola de nieve. Lo que no tiene solución no es problema, reflexioné, recordando una máxima a la que recurría uno de mis profesores en la universidad. Dispuesto, sin embargo, a cumplir con mi promesa, aceleré el Chevy Nova en dirección al restaurante. El motor del auto protestó durante unos segundos y luego se adaptó a la nueva exigencia, lo que me hizo pensar en algunas mañanas en las que me costaba alcanzar el ritmo que pretendía imponerle a mis pasos. Le ganaba al auto por unos pocos años de edad, pero ambos teníamos un horizonte de vida al que nos aproximábamos peligrosamente.

El restaurante era amplio y fácilmente podía recibir a unos doscientos invitados. Su dueña, Isabel Matos, tenía un aire de muñeca de porcelana que la hacía atractiva. Su voz era suave, y una vez que me presenté no escatimó palabras en la descripción de las características del lugar y de las actividades que podrían desarrollarse durante el festejo, desde la entrada de los esposos al salón, hasta las bebidas y platillos que se irían sirviendo durante la fiesta. Me habló de la música que animaría el baile y del momento en que debería sacarle la liga a Doris. La escuché con atención unos cinco minutos, asintiendo siempre con la cabeza.

—¿Qué le parece? —preguntó al terminar la primera parte de su relato.

—Tengo experiencia en eso de sacar prendas a la novia —dije y el rostro de la mujer se sonrojó.

Nos imaginé, a Doris y a mí, intentando seguir el ritmo de un vals, bajo el peso de las miradas de los invitados, que poco a poco se irían incorporando al baile. Y en esa escena, imaginé el repentino sonido de tres balazos y un grito de alarma que me obligaba a dejar a Doris y correr hacia la puerta del restaurante.

—¿Qué le parecen las actividades propuestas? —continuó Isabel—. Puede sacar las que no le parezcan o agregar otras.

—No se me ocurre cambiar nada.

—¡Magnífico! Su prometida está muy contenta con nuestra propuesta.

—¿Mi prometida?

—La señorita Doris, quién más —dijo Isabel Matos, y a continuación, preguntó

—: ¿Puedo considerar que usted está de acuerdo con nuestra oferta?

—Por supuesto. Todo me parece perfecto, con excepción del novio —dije antes de emprender la retirada.

Una vez que estuve frente al volante del Chevy Nova me pregunté si la oferta no incluiría una pausa para sacar la liga a la señorita Matos. El auto dio un brusco corcoveo y desde ese instante me preocupé de conducirlo con mayor atención.

* * *

—¿Y? —preguntó Doris, sin añadir ni una palabra más a su interrogante.

—Supongo que está bien. El lugar, la comida, las actividades programadas.

—¿Y por qué respondes con cierto tono de duda?

—Me cuesta imaginar que estaré en el centro de atención de la fiesta.

—No será fácil, pero puedes hacerlo por mí.

—Puedo hacer muchas locuras por ti.

—No me respondas de inmediato —dijo Doris, interrumpiéndome—. Piénsalo durante unas horas. Siempre podemos idear otro plan.

—Unas horas no harán mucha diferencia.

—Mis padres, los amigos y mis compañeros de trabajo están esperando una fiesta como las que hace Isabel Matos. Y, por favor, no me respondas por teléfono.

—Bien, le daré unas vueltas más a la tortilla. Aunque temo que terminaré con los dedos chamuscados.

—No te estoy pidiendo nada del otro mundo, Heredia.

—Lo sé —dije y luego de una pausa agregué—: No es que me parezca mal, pero me da un poco de miedo.

—¿Miedo?

—No todos los días uno asiste a su fiesta de casamiento o como se llame lo que nos proponemos hacer.

—¿Eso es un sí?

—Lo es, pero no excluye que hagas algo especial para convencerme. Por ejemplo, ensayar esa parte cuando el novio besa a su mujer.

—Paciencia, Heredia. Todo tiene su tiempo.

—Y a propósito de tiempo y paciencia. ¿Hay novedades respecto a Poblete?

—Ninguna. Los detectives siguen trabajando en eso.

Me despedí de Doris y dediqué varios minutos a una de mis ocupaciones favoritas: escuchar a Mahler y observar el barrio; siguiendo el ir y venir de la gente que se aferraba a una existencia que la mayoría de las veces solo era un gesto angustioso de sobrevivencia que no tenía más justificación que la fe, la inercia, las supersticiones o el instinto animal. Y en esa valoración de la vida estaba la principal motivación de mi oficio. ¿Cómo, cuándo y por qué era asesinada una persona? Si esas preguntas no tenían respuestas, una herida se abría camino en mi interior, como un eco de las vidas terminadas antes de tiempo.

Debía una visita a la esposa de Razetti, pero no tenía ánimo de enfrentarla sin la verdad. Un resultado que desde luego no podía garantizar. Yo no era un detective infalible ni tampoco muy riguroso. A mis ocasionales clientes podía asegurarle mi interés y algunas horas de mi tiempo; dos elementos que a veces bastaban para resolver el misterio que motivaba cada una de mis acciones. Y pese a eso, los casos cada vez me resultan más difíciles de abordar. Y así sería hasta la última investigación. Luego vendría el olvido, la despedida de aquellas cosas que en su momento me parecieron significativas, como la lista de mis diez libros favoritos que elaboraba hasta que salí de la universidad.

—Lo más probable es que mueras entre estas cuatro paredes y con un enigma por resolver —me dije en voz alta.

—No puedes pensar en la muerte —creí que decía Simenon mientras caminaba lentamente hasta detenerse junto a mis zapatos—. En la vida que te espera necesitarás mantener la oficina y el nuevo departamento. Y si en una de esas deciden tener un hijo, olvídate de abandonar tu trabajo.

—El dinero nunca ha sido la motivación principal de mis pesquisas.

—Eso no te lo voy a discutir, Heredia. Si así fuera, comería más carne fresca.

—En ocasiones resultas muy desagradable —le dije—. Debería cambiarte por uno de esos gatos chinos que mueven una pata hasta que se les agota la batería. Dicen que dan buena suerte.

—Prueba con un oso de peluche o colecciona patas de conejo.

—Creo que es hora de salir a dar una vuelta por el barrio. Dudo que conversando contigo aprenda o se me ocurra algo interesante.

—Soy un gato. Si quieres aprender algo, consulta *El Pequeño Larousse*.

* * *

Aposté a las últimas cuatro carreras del programa del día en la sucursal del Teletrak. Los caballos que elegí en las tres primeras llegaron muy atrás en el lote de los competidores, con un galope lento y sin ninguna exigencia de parte de sus jinetes,

que se limitaron a mantenerse aferrados a sus monturas. En la cuarta carrera jugué el equivalente al dinero perdido en las competencias anteriores y lo hice a un potro colorado que según los pronósticos de los entendidos de la prensa no tenía ninguna posibilidad de triunfar. Tampoco yo le daba chance, pero el caballo se llamaba «Detective Privado» y por solidaridad gremial aposté a sus lomos con la ingenuidad de la primera vez que pisé las graderías de un hipódromo. No obstante los pronósticos y a mi escasa confianza, cien metros antes de la meta el caballo emprendió una rabiosa atropellada y terminó ganando por ventaja perceptible al favorito de la carrera, un rosillo que respondía al nombre de «Don Robando», que me recordó a un almacenero del sur al que sus vecinos transformaron su nombre original de Rolando por un mote más acorde a su comportamiento comercial.

Las utilidades alcanzaron para beber un vodka tónica en un salón de billar próximo a la Estación Mapocho, donde en ocasiones pasaba a mirar a los billaristas que hacían gala de sus destrezas con los tacos y las bolas. Era un conocido del lugar y los clientes no se oponían a que me sentara a cierta distancia de las mesas y siguiera las alternativas de los juegos. Al lugar solían llegar los patos malos del sector y uno que otro tira en afán de recoger información o vender unos gramos de coca o mariguana sustraídos del último decomiso.

Pasada la medianoche llegaban algunas de las chicas de los topless o puticlub de la calle San Antonio, a reunirse con sus chulos o a conseguir un cliente a quien acompañar durante el resto de la noche. A un par de estas chicas le pregunté si conocían a alguien llamado Poblete y ninguna supo o quiso decirme nada.

Pedí un segundo vodka y me concentré en los pormenores de la partida que enfrentaba al jugador estrella del lugar con otro que provenía de un salón de Puente Alto, famoso porque jugaba con un clavel blanco colgado del ojal de su chaqueta. De inmediato las apuestas se dejaron sentir con entusiasmo, organizadas por Tony Taima, el dueño del lugar, y quien debía su nombre a un remoto pasado de artista circense que se equilibraba sobre una escalera con un balde de aserrín en cada mano. Aposté unos pocos pesos al jugador local y gané mi derecho al tercer vodka tónica de la noche.

El amanecer me sorprendió rumbo a mi departamento, con los pasos lentos y una urgente necesidad de dormir. Anduve como sonámbulo entre las pocas personas que pasaron a mi lado, y cuando iba a entrar a mi covacha había cambiado el deseo de dormir por el de beber un tazón de café, cargado y sin azúcar. Pero tuve que postergar el café por unos minutos.

Anselmo, con la cabeza apoyada en la cubierta de mi escritorio había sido sorprendido por el sueño mientras esperaba mi regreso. Fui a la cocina a preparar el café y volví con dos tazones que dejé sobre la cubierta del escritorio. Enseguida golpeé suavemente la espalda de mi amigo hasta que este abrió los ojos y me miró con la expresión asustada de un pescado expuesto en las vitrinas de un restaurante.

—¿Volvió el hombre? —preguntó Anselmo sobresaltado.

—¿Qué hombre?

—El que vino a preguntar por usted. Apareció cuando estaba cerrando el quiosco. Me preguntó por la oficina del detective Heredia. Me dio mala espina y le dije que no sabía nada de un detective con ese nombre. Hizo unos comentarios sobre los arreglos que están haciendo en nuestra calle y enseguida entró al edificio. Al parecer el conserje le dijo que usted no estaba, porque el tipo salió casi de inmediato y se quedó esperando en la esquina a lo menos unos treinta minutos. Cuando lo vi marcharse, decidí subir a la oficina y esperar a que usted llegara.

—¿Y por qué tanto cuidado? Aparte de preguntar por mi oficina, ¿dijo algo más?

—Nada, pero me dio desconfianza. Un tipo grande, de aspecto patibulario. Por eso subí al departamento y al poco rato me quedé dormido.

—Te agradezco la preocupación, pero no era necesario de que pasaras la noche en vela.

—Es la edad, don. Mientras más viejo, más desconfiado. Y si a eso le suma que los muchachos de hoy andan con un aspecto que asusta, vestidos de negro, tatuados, con los cabellos rapados y aros en las narices. Es igual que vivir en la mansión del horror.

—Cada época tiene sus jóvenes y sus costumbres. No se puede andar desconfiando de toda la gente que se cruza en tu camino —dije al tiempo que probaba el café.

Anselmo se puso de pie, hizo unas rápidas y extrañas elongaciones y volvió a sentarse.

—Pasando a otro tema, don. ¿Cómo va lo de su especie de casorio?

—Doris tiene todo bajo control. No queda más que esperar que llegue el día.

—¡Carajo, don! Lo dice como si estuviera hablando de la fecha de su ejecución.

—No tengo experiencia en el tema y son muchos los años vividos sin más compañía que mi sombra.

—Siempre con mujeres que entraban y salían de este departamento. Algunas lo hacían por una vez y otras se repetían el plato o se quedaban por una temporada.

—A ninguna la obligué a quedarse. Y a todas las amé en su momento. Si sus expectativas y las mías no coincidieron es un asunto que escapa al deseo o a eso que insistimos en llamar amor.

—Siempre pienso que un día volverá la señorita Griseta. Hasta me dan ganas de escribirle una carta o mandarle un correo electrónico.

—No digas eso, Anselmo. Griseta pertenece a lo mejor de mi pasado, pero pasado al fin de cuentas.

—Ella le daba a usted algo que ninguna otra mujer le ha dado: alegría de vivir, entusiasmo. La época en que ella vivió en este departamento lo vi sonreír como nunca antes ni después.

—¿Pretendes confundirme? Pretendo vivir con Doris los días que me quedan por delante. Y otra cosa, Anselmo: Doris igual me alegra.

—Es posible y no lo niego, don. Pero ¿se acuerda cómo estaba antes que la señorita Griseta entrara en su vida?

—No lo recuerdo.

—Miente, don.

—Sí, lo sé, pero Griseta no era la misma la última vez que nos vimos. Había cambiado y no era culpa de ella. No es bueno ni malo. Sucede, es parte de la vida, y el error es creer que el pasado se puede reconstruir o que la felicidad es una especie de puzle con piezas que pueden volver a ensamblarse de la misma forma. Y de eso, tú sabes tanto como yo.

—¡Mierda, don! A veces me da pena la vida. Tantas pérdidas, tantos fracasos.

—Lo dices por tu hijo. Pero eso es algo que escapó a las reglas —le dije, recordando aquel feo asunto de apuestas y carreras arregladas del que Juan Carlos Romero, el hijo de Anselmo, quiso quedar al margen, olvidando que la muerte siempre juega a ganador.

—Lo digo por mi hijo y por todo lo que a uno le pasa.

—Es importante no dejar de correr, Anselmo.

—¿No es eso lo que hace la mayoría de la gente? —preguntó Anselmo, y luego de una pausa prolongada, agregó—: Lo único que quiero es no verlo a maltraer, don. Ya no está en edad de asimilar dolores.

—Esta vez apostaré a ganador, Anselmo.

—Usted, mejor que nadie, sabe dónde le molestan los zapatos. Lo que es yo, jamás me habría casado con una mujer policía.

—Las personas, y Doris no es la excepción, suelen ser mucho más de lo que uno presupone al conocer sus roles.

—Tal vez tiene razón y soy un viejo que no sabe lidiar con sus prejuicios. De más está decirle que le deseo toda la suerte del mundo —agregó Anselmo, y luego de ponerse de pie y dar unos pasos por la habitación, concluyó—: Le di el recado y ahora me voy a mi casa a dormir un par de horas.

—Haces bien, Anselmo. No hay nada que se iguale a viajar al mundo de los sueños.

—Y ya que menciona la palabra viaje, don. ¿Qué fue de esa mina que conoció esa vez que viajó a Punta Arenas? La que tenía un nombre raro.

—Yasna Matic.

—Esa misma.

—La última noticia que tuve de ella fue una tarjeta de Navidad que me envió hace varios años.

—¿Y usted le respondió?

—Probablemente no. Escribir cartas no está entre mis virtudes, y menos ir a dejarlas al correo.

—Por lo que usted me contó en su momento, esa mujer parecía ser un buen tren al cual subirse.

—¿Vas a seguir con el tema de mis antiguos amores?

—No se enoje. Ya me voy —dijo Anselmo y caminó rápidamente al encuentro de la puerta.

Soñé con perros que me perseguían en silencio. Era de noche y estaba en un bosque próximo al mar. Podía escuchar los pasos de los perros, y la ausencia de jadeos o ladridos me provocaba un temor que crecía a medida que disminuían mis fuerzas. Mientras intentaba adivinar el momento en que las bestias atacarían, divisé un claro en el bosque, bajo una luna gigantesca que alumbraba el movimiento de las olas blancas y encrespadas. Al poco rato estaba de espaldas a las olas, y a la luz de la luna veía avanzar a los perros hacia mí.

Desperté antes del ataque final. Junto a mi cama, sentado en una silla, un hombre calvo esbozó una sonrisa y enseguida dirigió su mirada hacia la pistola que tenía sobre sus muslos.

—Tiene un sueño agitado, Heredia. Es posible que sea por el peso de las culpas —dijo.

Hablaba ronco y pausado. Sus ojos eran oscuros.

—¿Quién es usted? —pregunté con la única intención de ganar unos segundos y decidir mis próximos movimientos.

—Pensé que lo sabría apenas me viera. Mal que mal, ha estado buscándome. Y supongo que el quiosquero le habrá dicho que pregunté por usted.

—¡Poblete!

—Me abrió el gato que ahora duerme sobre su escritorio —dijo y luego de mostrar una sonrisa de dientes pequeños y ordenados, agregó—: Su puerta ofrece menos resistencia que un pan de mantequilla. Me bastó con utilizar mi cortaplumas y empujar la puerta.

—¿Qué quiere?

—No he venido a causarle daño. Si así fuera, estaría muerto desde hace una hora por lo menos. Supe que usted y la policía me buscan para culparme de la reciente muerte de un detective. Vine a decirle que no tengo nada que ver con esa muerte ni el asalto al vehículo policial.

—No es lo que piensa la policía ni lo que se dice en el ambiente —repliqué.

—La gente dice cualquier cosa con tal de salir del paso.

—Comentan que usted trabaja con Infanti.

—No voy a negar que conozco al italiano.

—Dicen que usted es su mano derecha.

—Hacemos negocios, eso es todo. Pasó el tiempo en que comíamos del mismo plato.

—Parece que estuviéramos hablando de dos niños de pecho —dije, y luego de indicar la pistola que portaba Poblete, agregué—: Su juguete no guarda relación con las buenas intenciones de sus palabras.

—Nunca está de más tomar precauciones con alguien que tiene fama de violento.

—Y de mal genio cuando lo despiertan antes de tiempo —dije y sin esperar la

réplica de Poblete, añadió—: Necesito que me diga algo más para creer en sus palabras.

—Es posible que lo haga si llegamos a un buen acuerdo. Usted me saca a la policía de encima y yo le doy información sobre Infanti.

—¿Cómo sé que su información vale la pena?

—Un trato es un trato. Hay que tener confianza. Usted cree en mis palabras y yo en que usted hablará con sus amigos de la policía.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué vino a conversar conmigo?

—Hubo cierto negocio que salió mal. El italiano piensa que lo traicioné y quiere hacerme pagar los platos rotos.

—Lo escucho, Poblete.

—El asalto al vehículo policial fue ejecutado por enviados de un cartel mexicano. Pretende ser una advertencia de lo que espera a los policías que no cooperen con la apertura de una nueva vía destinada al traslado de cocaína desde Bolivia. No sé si aquí funcione como amenaza, pero en México la policía presta atención a esas señales.

—Es una historia que puede resultar atractiva a la policía.

—Atractiva y verdadera. Por eso quiero que se la cuente a sus amigos y que sea convincente. A mí no me creerían ni media palabra e insistirían en achacarme la muerte del tira.

—Seré convincente, pero antes tendrá que responderme tres preguntas.

—Usted dirá, Heredia.

—¿Por qué el asalto se cometió contra el vehículo que trasladaba a Sanhueza?

—Dicen que Sanhueza tuvo ciertos tratos con Infanti. El italiano supo que el hombrón estaba diciendo algunas cosas a la policía después de su detención y quiso matar dos pájaros de un solo tiro. Ayudar a los mexicanos y sacar de circulación a Sanhueza. Una idea perfecta, salvo por el hecho de que Sanhueza huyó de la policía y de los hombres de Infanti. ¿Cuál es su segunda pregunta?

—¿Dónde ubico a Infanti? Y no me hable de su puesto en el Mercado Persa. Deseo saber dónde vive y se siente seguro.

—¿Ha oído hablar del paso a La Vara? —dijo Poblete y enseguida me dio la dirección en la que supuestamente encontraría al italiano.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—Volvemos al tema de la confianza. No perdamos nuestro tiempo, Heredia. ¿Cuál es su tercera pregunta?

—¿Quién o quiénes mataron al abogado Razetti?

—¿Quién es ese abogado? —retrucó Poblete y de inmediato advertí que su pregunta era más falsa que una manzana de cera.

—Es la única muerte que en verdad me interesa aclarar —agregué.

Poblete guardó silencio. Después de unos segundos se levantó de la silla y dio unos pasos hasta llegar a la puerta del dormitorio. Al verlo de espaldas, alto, fornido

y totalmente calvo, pensé en lo que me había contado la vecina de Razetti respecto al hombre que había visto salir de la oficina del abogado.

—Ese tema no es parte de nuestro trato, Heredia.

—¿Qué hacía en la oficina de Razetti el día de su asesinato? ¿Por qué agredió al mendigo que estaba junto al árbol?

Mis preguntas lo sorprendieron. Detuvo su marcha y por un instante siguió dándome la espalda. Actué deprisa. Tomé la pistola que guardaba bajo mi almohada y me dejé caer al suelo en el mismo momento que Poblete se daba vuelta y disparaba hacia la cama vacía. Al advertir su error, salió rápidamente de la habitación. Corrí tras él y alcancé a disparar una bala que astilló la vieja puerta de mi departamento. Oí los pasos que se alejaban por la escalera de servicio del edificio. Seguí tras él sin preocuparme que en ese momento solo llevara encima unos viejos calzoncillos azules y la Beretta que sostenía en mi mano derecha.

Me detuve en la puerta principal del edificio, luchando contra el ritmo agitado de mi respiración. Poblete avanzó hacia un automóvil estacionado en la calle General Mackenna. Di un par de pasos y mientras apuntaba hacia el blanco móvil en que se había convertido el sicario, observé que por la ventanilla aparecía el caño de una pistola. El bullicio habitual de la calle fue interrumpido por el sonido de una bala que no salió de mi pistola y que fue a impactar en la frente de Poblete. Su cabeza hizo un giro brusco y su cuerpo cayó violentamente sobre el asfalto de la calle. Antes de caer ya estaba muerto.

El auto negro, de aspecto maltrecho y sin señas en especial que lo identificara, arrancó a tiempo. No pude divisar a su conductor ni tampoco el número de su patente.

—¡Indecente, vaya a vestirse! —me gritó una vecina del barrio que pasó por mi lado más preocupada de mi desnudez que del cadáver que yacía a pocos metros de distancia.

—¡Que alguien llame a la policía! —grité a voz en cuello y me senté en el borde de la vereda, con la pistola colgando de mi mano izquierda.

Al rato llegó Anselmo y se sentó a mi lado, después de ofrecerme un cigarrillo y cubrirme con una frazada que puso sobre mis hombros.

—¿Qué diablos fue lo que pasó, don? —preguntó—. De pronto lo vi salir del edificio, casi en pelotas y como alma que se la lleva el diablo.

—Perseguía al hombre al que viste merodeando por el edificio.

—El mismo que, si no me falla la vista, ahora está finado en medio de la calle.

—Poblete. Vino a negociar conmigo, pero le fallaron los cálculos.

—Lo que no es motivo para salir a la calle con sus vergüenzas al aire. Mejor llame a su novia, y si ella no lo puede ayudar, comuníquese con Dios y que él vea lo que hace.

—¿Desde cuándo tan pechoño, Anselmo?

—Usted sabe —dijo—. El año pasado fui a solicitar un certificado de nacimiento al Servicio de Registro Civil. Parece increíble cómo se nos ha ido la vida.

—Eso de la edad no lo creo. Tu afición por los rezos comenzó cuando comenzaste a salir con la canutita. Nunca me acuerdo de su nombre, pero sí que la señora pasaba todas las tardes a conversar contigo al quiosco, hasta que decidiste ser amable con ella.

—Mejor ni la recuerde, don. Esa mujer es más lujuriosa que el diablo. Cada vez que me invitaba a pasar la noche en su casa me dejaba sin energías. Y eso no es nada. La última vez que la vi, le bajó la onda por los látigos. Quería pegarme disfrazada de novicia.

A la distancia se escuchó el sonido de una sirena que rápidamente se fue haciendo más próxima e intensa, hasta que vimos llegar a un furgón de la policía. Conocía a uno de los tres detectives que descendieron del vehículo; el mismo que se acercó hasta donde me encontraba y me pidió mi versión de lo sucedido. Los otros dos examinaron el cadáver de Poblete y luego comenzaron a interrogar a los testigos de la escena. Dos horas más tarde, y previa llamada de Anselmo a Doris, estaba de regreso en mi departamento, donde me vestí y preparé un poco de café.

* * *

—¿Qué piensas? —preguntó Doris, después de escuchar la información que me había entregado Poblete—. Me cuesta entender que viniera a conversar contigo.

—Supo que lo buscábamos y se sintió acorralado. La gente del ambiente conoce el modo en que reacciona la policía cuando le tocan a uno de los suyos. Buscaba salir lo mejor posible de la trampa que le habían puesto el italiano y sus amigos mexicanos.

—¿Y qué piensas de lo que te dijo sobre el asalto?

—Poblete no participó en la encerrona a tus colegas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Su inocencia respecto al asalto era el único capital de negociación que tenía. Cualquier mentira habría sido descubierta tarde o temprano. El italiano hizo correr el rumor de la responsabilidad de Poblete. Y como dijo el calvo, con ello mataba dos pájaros con el mismo cartucho. Poblete pasaba a ser el principal sospechoso y existía la posibilidad de que la policía se hiciera cargo de él.

—Es una explicación convincente, ¿pero cómo explicas que lo matara su acompañante?

—Mi hipótesis es que Infanti o los mexicanos lo tenían bajo vigilancia desde que se supo que era buscado, y que cualquiera fuera el resultado de la visita de Poblete, su destino estaba sellado a partir de que saliera del edificio. El que acompañó a Poblete hasta mi oficina tenía orden de matarlo. Eso, si yo no lo hacía antes. La verdad, probablemente, no la sepamos nunca.

—Lo que no entiendo es qué une el asalto a mis colegas y la muerte del abogado.

—Infanti y sus servicios de sicario. Fue contratado por dos clientes diferentes y lo

que une ambos casos, aparte de Infanti, es el rol jugado por Poblete y Sanhueza.

—Me gusta tu hipótesis, Heredia. El asesinato del abogado puede conducirnos a los responsables del asalto al furgón policial.

—No sería la primera vez que se enredaran los hilos de dos casos diferentes.

—¿Y qué piensas de la supuesta dirección de la casa de Infanti? —preguntó Doris.

—Una vuelta por el lugar permitirá comprobar si Poblete dijo la verdad.

—Mandaré a mi gente a reconocer el lugar.

—Prefiero ir yo, Doris. Algo me dice que tus detectives pueden ser detectados hasta por el perfume que usan.

—Es mucho riesgo, Heredia.

—Para cualquiera es mucho riesgo. ¿O acaso temes que no llegue a nuestra fiesta?

—Nunca mezclo el trabajo con mis asuntos personales.

—Y eso es algo que nos diferencia, Doris. Mis investigaciones son parte de mis asuntos personales.

—¿Quieres empezar una nueva discusión?

—Solo marco los límites de la cancha en la que voy a jugar.

—El trabajo lo puedes hacer con Ruperto Chacón. ¿Te parece?

—No me incluyas en tus órdenes del día, Doris. No soy de la policía y corro a mi aire.

—No sé cómo ni por qué me fui a fijar en ti.

—Necesitabas a alguien que te diera unas nalgadas cariñosas de vez en cuando. Estabas aburrida de los tipos que pasan el día diciéndote sí, señora; no, señora.

—Por momentos resultas insoportable, Heredia.

—No te quejes, cuesta encontrar trogloditas en el mercado.

Me detuve en una gasolinera a llenar el estanque del Chevy Nova. Después conduje hacia el paso La Vara y de ahí a la supuesta residencia o guarida de Infanti, ubicada en un sector, al sur de la ciudad, en el que convivían casas residenciales de medio pelo, talleres y bodegas de diferentes rubros, templos religiosos y centros recreativos de sindicatos y colegios. A primera vista, la casona me desilusionó y me hizo pensar que había sido engañando por Poblete. Se trataba de una construcción de dos pisos, cuyo antejardín lucía descuidado y sus ventanas cerradas con postigos de madera. A su costado izquierdo, convenientemente rodeado por muros de cemento, había un templo adventista; y a su lado derecho funcionaba un almacén de menestras. Un par de casas ubicadas frente al negocio estaban desocupadas y en sus ventanas tenían pegados varios avisos de venta.

Avance por la calle asfaltada, y cuando estaba pensando en alejarme del lugar, vi un taxi estacionado en una esquina. Su chofer y un acompañante fumaban plácidamente sin otra preocupación aparente que la de observar a las personas que pasaban frente a ellos. Los miré de reojo, procurando que no vieran mi rostro y conduje hasta la primera esquina, donde doblé hacia la derecha hasta estacionar en una calle paralela a la que supuestamente albergaba el refugio de Infanti.

Descendí del auto y me dirigí a pie hacia la casona. Un segundo auto estaba estacionado en otra de las esquinas, con dos tipos más en su interior, jóvenes y evidentemente aburridos. Me alejé y desde cierta distancia, oculto tras el tronco de un castaño, observé durante media hora la casona con aspecto de abandono.

Nada aconteció en la casona durante ese tiempo, pero sí en el almacén vecino, al que ingresó media docena de personas; unas a pie y otras en vehículo, a través de un portón existente al costado izquierdo del negocio. Aquí se cuecen habas, pensé mientras decidía poner mis manos en las fauces del tiburón. Salí de mi precario puesto de vigilancia y caminé hasta el almacén.

Una rápida mirada a su interior me mostró varias estanterías adosadas a las paredes y un largo mesón central ocupado por una variedad de verduras, hortalizas y frutas. Al fondo, y de espaldas a la puerta que supuse comunicaba hacia otros sectores de la construcción, había un mesón en el que se acodaba un tipo bajo, moreno y delgado que vestía una cotona azul. Junto a la puerta, un hombre alto y gordo, vestido con una polera de la selección chilena de fútbol, parecía cumplir funciones de vigilante.

Aguanté las miradas inquisidoras de los dos hombres, y simulé hurgar entre las manzanas. En ese momento entró al negocio un hombre que no parecía vecino del barrio. Saludó a la pasada al que estaba junto a la puerta y siguió su camino hacia alguna dependencia interior.

Tres minutos más tarde, y mientras me mostraba indeciso frente a un estante repleto de refrescos y bebidas, la escena anterior se repitió, protagonizada esta vez

por un colorín excedido de peso que siguió la misma ruta del primer hombre. Tomé una lata de Coca Cola desde el estante y me acerqué al mesón atendido por el de la cotona.

—Llevo estas cosas y además quiero una cajetilla de Belmont —dije al dependiente, y mientras le indicaba una manzana y la bebida, miré hacia la puerta custodiada por el hombrón y pregunté—: ¿Hay otras mercaderías al interior del negocio?

—No, la oferta llega hasta aquí —contestó, posando sus dos manos sobre el mesón.

Puse unos billetes al alcance del vendedor y este colocó mis compras en una bolsa de papel. Luego me dio el vuelto que me correspondía y se cruzó de brazos dando a entender que nuestra relación comercial había terminado. Salí del negocio, caminé hacia la esquina más próxima y me detuve frente a un basurero. Saqué mis compras de la bolsa. Guardé los cigarrillos en mi chaqueta y boté la Coca Cola al basurero. Seguí caminando hacia mi auto y a los pocos pasos di el primer mordisco a la manzana.

* * *

El guardia ubicado junto a la puerta del almacén era un indicio de que el negocio era una manera indirecta de llegar a la casa del italiano. La única manera de comprobarlo era entrando en el lugar, lo que no parecía asunto fácil, porque había que burlar la vigilancia existente en el almacén y la de los guardias que estaban en la calle, aburridos, pero seguramente alertas en sus respectivos vehículos. La excesiva vigilancia me hizo recordar a los mexicanos que habían participado en el asalto. Pero todo era ideas y supuestos. Lo único cierto era que no podía entrar a la casona sin ayuda, y que tendría que establecer una estrategia común con Doris y su gente.

El sonido del teléfono me apartó repentinamente de mis pensamientos. Desde el otro lado de la línea me llegó la voz del abogado Nápoles. Parecía de buen ánimo, o al menos en su voz se notaba un entusiasmo habitualmente extraño en él.

—¿Tiene tiempo, Heredia? —preguntó.

—Es casi lo único que me va quedando. Tiempo y un gato gordo.

—No se queje. La vida no lo trata tan mal y, además, le tengo buenas noticias. ¿Le hablé del recurso que pensaba presentar en la Corte Apelaciones? Presenté el escrito y conseguí que emitiera una resolución ordenando la detención de las operaciones de la minera. Para ello fue importante el aporte de una agrupación de indígenas de la zona que testimonió sobre la ocupación de cementerios donde estaban los restos de sus antepasados y la destrucción de tierras cultivables. Los detalles me los salto hasta el momento en que estemos frente a una botella de buen vino. Conseguí un informe de un par de médicos que trabajan en la región respecto a varios casos de niños a los que se ha detectado leucemia en los dos últimos años. Esta

enfermedad nunca se había visto en el pueblo, lo que hace pensar que es producto de la contaminación generada por la minera, al igual que los casos, cada vez más reiterados, de enfermedades cutáneas y broncopulmonares. El informe médico más la presencia en la audiencia de uno de los niños fueron determinantes en la decisión.

—¿Significa que la minera deberá terminar sus faenas?

—No por el momento. Seguramente van a intentar revertir la resolución, pero durante dos o tres meses tendrá que detener sus faenas, con el consiguiente costo que eso implica. Y además, para cuando se alegue el recurso tengo guardado el informe sobre la contaminación del agua en el pueblo. El documento que nos enviaron desde Francia es contundente, y si la minera lo objeta por provenir del extranjero, tendrá que aceptar que lo haga un laboratorio chileno.

—Miel sobre hojuelas.

—Confío en que lograremos un buen resultado, Heredia.

—Nada mejor que un abogado optimista y que trabaja gratis.

—Y a propósito de trabajar por bolitas de dulce, ¿cómo va su investigación del asesinato de Alfredo?

—Estoy metido en más líos de los que esperaba —dije, y de inmediato le hablé de Infanti y de la muerte de Poblete.

—Hay un procedimiento que evidentemente se repite. Cuando estaba por detener a Wallis, lo mataron. Ahora pasa lo mismo con el tal Poblete. La diferencia es que en el caso de Poblete ni siquiera se molestaron en guardar las apariencias.

—La mayoría de los crímenes carecen de originalidad, Nápoles.

—No necesita decírmelo —retrucó el abogado—. ¿Y cómo piensa seguir la investigación?

—Pretendo patear la mesa.

—¿Y eso qué significa?

—Que me cansé de olfatear y llegó la hora de morder.

—Mierda, Heredia. Usted es más enredado que el Código Civil.

—La verdad es que tengo una vaga idea de lo que quiero o puedo hacer.

—Sigo sin entenderlo —comentó Nápoles, y luego de unos segundos, agregó—: Hay una mujer en el norte que me preguntó por usted. Una hermosa mujer, si me permite el comentario. Y además, muy valiente. Me ayudó mucho con el tema de la comunidad indígena.

—¿Adriana?

—Las huellas del tigre se dejan ver por donde pasa —dijo el abogado y acompañó sus palabras con una carcajada.

—No he tenido nada especial con esa mujer.

—Seguramente, pero no porque ella le hiciera el quite.

—Da lo mismo, pronto me voy a casar o algo parecido. He decidido darle un giro a mi vida.

—Tarde o temprano, todos queremos hacer lo mismo.

—Me han pedido que elabore una lista de invitados. Me gustaría incluirlo si no le parece mal.

—Cuenta conmigo. Incluso puedo regalarle una de mis tarjetas de presentación. Cobro barato por los trámites de divorcio.

—Gracias, pero no habrá ningún divorcio que tramitar.

—Nunca se sabe, Heredia —dijo Nápoles, y luego de un silencio algo prolongado agregó—: La próxima vez que lo llame espero tener más noticias sobre el asunto de la minera.

—Que Dios lo escuche y el diablo se haga el sordo. No creo en esa frase, pero suelo recordarla. La aprendí del padre Brown, el cura que dirigía el internado donde viví una parte importante de mi vida.

—A propósito del diablo, ¿ubica a un ejecutivo de la minera llamado Milton Montes?

—Alguna vez conversé con él. ¿Por qué lo menciona?

—El tipo hizo todo lo que estuvo a su alcance para influir en la resolución del juez. Lo escuché hablar por la radio, leí sus entrevistas en el diario del pueblo y supe que intentó reunirse a solas con el presidente de la Corte de Apelaciones. Estaba muy molesto con la determinación judicial, y apenas la conoció, abordó un avión de la empresa y voló a Santiago.

—Los cabrones también sufren.

—Buen título para una teleserie, Heredia.

—Chacón llegó a la misma conclusión —dijo Doris mientras ponía en la mesa dos platos con ensalada de tomate y un bife que tenía el espesor de una estampilla.

Había llegado al departamento pasadas las siete de la tarde con una bolsa en la que traía una botella de vino y los demás ingredientes de la cena, que preparó con rapidez. Corté la carne en varios trozos pequeños y puse la mitad en el plato de Simenon, que, a los pies de la mesa, había esperado pacientemente su ración de comida.

Mientras el gato mordisqueaba la carne, me serví una copa de vino.

—No me parece buena idea que Chacón fuera al negocio que suponemos sirve de entrada a la casa del italiano.

—Siguió mis órdenes. Tú hiciste lo mismo y no pasó nada en especial.

—La presencia de dos extraños en un mismo día pudo alertar a los tipos.

—Descuida, nos contactamos con el corredor de propiedades que gestiona la venta de las casas que están frente al almacén y apostamos a dos detectives en una de ellas. Hasta ahora no han visto nada especial, salvo la entrada y salida de un par de autos.

—Hay que allanar la casa lo antes posible.

—Estamos trabajando en eso. Ocuparemos a una veintena de hombres que entrarán al negocio a primera hora de la mañana. Coordinaré el operativo, pero su desarrollo estará a cargo de una unidad especializada en acciones de alto riesgo. Así

lo dispuso mi jefatura una vez que supo que podríamos enfrentar a gente vinculada con el narcotráfico mexicano.

—¿Me están dejando fuera de la fiesta?

—A la única fiesta a la que estás invitado es a la nuestra. Entrarás a la casona una vez que la situación esté controlada. Y les diré a mis hombres que participarás en el operativo porque puedes ayudar en la identificación del italiano.

—Nunca he sido amigo de los premios de consuelo.

—Si dejas de protestar tal vez recibas otra recompensa.

—¿En qué estás pensando? —pregunté al tiempo que atrapaba una rodaja de tomate con el tenedor.

—No quiero pasar sola las horas previas al allanamiento.

—Podemos quedarnos dormidos y llegar tarde al operativo.

—Me encargaré de mantenerte despierto —agregó Doris mientras cortaba un trozo de carne.

—Hasta ahora no había pensado que voy a vivir con una chica dura.

—Más te vale ir haciéndote a la idea. Ninguno de los dos tendrá las cosas fáciles, Heredia.

—Parece la última frase de una sentencia.

—Y ten la seguridad de que nadie te va a querer tanto como yo.

* * *

Saqué a Simenon del dormitorio y solté la toalla que había atado a mi cintura después de darme una ducha que me hizo olvidar el aire caluroso del departamento, anunciando que el verano se aproximaba y que en unas semanas más Santiago se convertiría en la caldera en la que cada año conviven los rayos del sol con el sudor apresurado de la gente.

Doris estaba desnuda, tendida de espalda sobre la cama. Me senté a su lado y acaricié suavemente su cuello. Dejé que uno de mis dedos recorriera su espalda. Se dio vuelta lentamente y pude contemplar la perfecta construcción de sus pechos; su vientre liso y la sutil línea de vellos que cubría su sexo. La besé entre sus pechos y dejé que mi lengua hiciera su camino, como una serpiente reptando sobre arenas suaves. Doris cambió la intensidad de sus gemidos, desde la queja casi inaudible hasta el grito que atenuó mordiendo la almohada en la que descansaba su cabeza.

Su cuerpo era siempre una especie de viaje en el que se extraviaba el tiempo y todo lo que no fuera el deseo provocado por el roce de nuestras pieles; la desesperación de nuestros besos y la manera como finalmente nuestros cuerpos se acoplaban. La invité a sentarse encima mío para iniciar una cabalgata de caballos remolones que poco a poco fue cambiando de ritmo. Besé su cuello, sus orejas, su boca. Cogí sus nalgas entre mis manos y las aprisioné con energía. Uní mis gemidos a los suyos y no dejamos de movernos hasta que la inevitable derrota nos arrojó

extenuados sobre las sábanas que parecían concentrar la luz amarillenta que entraba por la ventana de la habitación.

Atraje su rostro junto al mío y le dije que aquello era la antesala de otros días con sus noches. Doris sonrió y acarició mis mejillas. Más tarde repetimos el juego hasta que el cansancio se adueñó de nuestros cuerpos y cerramos los ojos.

Al amanecer, pensé decirle que nos quedáramos en la cama, pero guardé silencio. Doris se puso de pie, desnuda y ágil. Fui tras ella y compartimos una ducha que aplacó nuestro deseo y nos regresó a una realidad que siempre era más oscura y hostil de lo que anhelábamos.

La mañana estaba extrañamente cálida y las nubes esponjosas que atravesaban el cielo parecían huir para no presenciar la escena que de un momento a otro se desencadenaría bajo sus pies. Los cinco vehículos que transportaban a Doris y los policías que actuarían en el allanamiento se desplazaban lentamente, sin alterar mayormente la tranquilidad del barrio, apenas intervenida por los pasos de unos pocos vecinos madrugadores. Y tras ellos, cumpliendo mi acuerdo con Doris, mi viejo Chevy Nova los seguía.

Encendí un cigarrillo y sonreí al recordar la noche que había quedado atrás. El cuerpo cálido de Doris, su respiración pausada y sus labios en los que sobrevivían los últimos rastros de lápiz labial. Miré hacía el auto en que viajaba Doris y la imaginé concentrada, observando cada detalle del recorrido hacia la guarida del italiano. La caravana se detuvo a tres cuadras del almacén. Los detectives descendieron de sus vehículos, examinaron sus armas y comenzaron a caminar, silenciosos y concentrados en lo que debían hacer en los próximos minutos.

Doris y el chofer que la acompañaba permanecieron en el vehículo que los transportaba, a la espera de la llamada que, según lo convenido, recibirían una vez que fueran reducidos los vigilantes que habíamos advertido antes en las esquinas.

Bajé la ventanilla de mi auto y arrojé el cigarrillo a la calle. Revisé la Beretta que hasta entonces dormitaba en uno de los bolsillos de mi chaqueta y avancé con mi vehículo hasta quedar a unos veinte metros del que ocupaba Doris. Miré por última vez las nubes en el cielo y consulté mi reloj, que marcaba las siete de la mañana en punto.

Transcurrieron quince minutos antes que el vehículo de Doris se pusiera nuevamente en movimiento. Hice avanzar mi auto y observé lo que ocurría alrededor de nuestro objetivo. En una de las esquinas, tres detectives custodiaban a cuatro hombres que se encontraban arrodillados, con sus manos esposadas tras sus espaldas y sus rostros apegados a un descolorido portón de madera. Frente al almacén, una decena de detectives estaba alerta junto a la cortina metálica que cubría su puerta de acceso; y a pocos metros de distancia, otros cinco hombres permanecían parapetados tras el cerco de cemento que separaba la vereda del antejardín de la casona. Pasaron dos o tres minutos en los que nadie se movió de sus lugares. A la distancia observé a Doris que hablaba a través de su celular y volví a consultar mi reloj. Un policía que portaba un napoleón se acercó a la cortina metálica y con movimientos rápidos rompió los candados que la mantenían sujeta a la base de la construcción. Luego otros dos policías procedieron a subir la cortina y a patear la puerta, que se abrió sin oponer mucha resistencia. Los detectives entraron al almacén, y durante varios minutos tuve que conformarme con imaginar lo que pasaba en su interior. Oí gritos y una balacera prolongada. Los hombres apostados frente a la casona saltaron el muro de cemento y derribaron la puerta principal. Los vi entrar a la carrera y volví a

escuchar estampidos y voces de mando, mientras la obligación de quedarme dentro del auto se convertía en un creciente sentimiento de impotencia.

Cuando se impuso de nuevo la calma, treinta o cuarenta minutos desde el inicio del allanamiento, los policías sacaron del almacén a siete hombres esposados, entre los que reconocí al italiano. Los detenidos fueron trasladados hasta dos vehículos policiales. Doris se bajó de su auto, dijo algunas palabras al chofer que la acompañaba y se quedó de pie a un costado del vehículo.

En ese instante un par de sombras se deslizaron desde el techo de la casona. Pensé que serían parte del grupo de funcionarios policiales, pero casi de inmediato advertí que no usaban la vestimenta que los identificaba. Las sombras se descolgaron por una canaleta y durante unos segundos se escondieron tras los arbustos que crecían en el antejardín. Abrí la puerta del auto con la intención de ir tras ellos, pero apenas logré salir del vehículo, dos proyectiles astillaron el parabrisas y un tercero impactó sobre mi pierna izquierda, veinte centímetros más arriba de la rodilla. Lo que siguió fue vertiginoso e inesperado. Las sombras, convertidas en dos hombres de rostros reconocibles, corrieron hasta donde estaba Doris con la intención de apoderarse de su vehículo. Uno de los hombres se acercó a la puerta del conductor y le disparó a la cabeza. Luego, cuando el asesino abría la puerta del auto y arrojaba a la calle el cuerpo del chofer, vi que Doris reaccionaba y le disparaba a quemarropa. El hombre salió impulsado del vehículo y cayó de espalda junto al cuerpo del conductor. Comencé a caminar hacia Doris, pero no alcancé a llegar a tiempo.

El segundo hombre se acercó a su lado y apuntándola al pecho le descargó una ráfaga de la metralleta que portaba. La vi caer sobre el pavimento, mientras el hombre se subía al vehículo por la puerta destinada al chofer y lo hacía arrancar, provocando el chirrido violento de sus neumáticos. Vi que un par de policías disparaba contra el auto en fuga y reconocí en sus rostros una marcada expresión de ira. Uno de los vehículos policiales partió en persecución del fugitivo. Quise regresar a mi auto y sumarme a la carrera, pero me contuvo la imagen de Doris tendida en el suelo.

Di unos pasos y me arrodillé junto a ella; la tomé entre mis brazos y luego de unos segundos cerré sus ojos. Minutos después, los policías me obligaron a separarme de Doris.

Precedido por el estridente ulular de una ambulancia, apareció un médico que confirmó lo que era evidente. Ni siquiera existía la posibilidad, como había sucedido tiempo atrás, de someterla a una cirugía compleja ni de estar a su lado en vela, confesándole que a mi manera la amaba. El mismo médico me examinó y dispuso que me trasladaran a un hospital para que un cirujano sacara el proyectil alojado en mi pierna.

Intenté resistirme, pero un par de policías me obligaron a entrar en la ambulancia. No podía hacer nada más por el momento, salvo maldecir hacia las nubes que seguían deslizándose impasibles y prometer a Doris que encontraría al hombre que en esos

momentos huía por las calles de Santiago. El fugitivo llevaba ventaja, y el dolor de la herida comenzaba a inmovilizarme la pierna izquierda. Pero yo tenía una carta que jugaba a mi favor: lo había reconocido mientras acribillaba a Doris. Conocía su nombre y aunque pasara mucho tiempo, sabría dónde encontrarlo.

Desde el momento en que subí a la ambulancia y un paramédico se encargó de acostarme en una camilla, la única imagen que conservé en mi memoria fue la de Doris herida en el suelo. Nada más me importó en medio del sopor que me provocó el analgésico que me pusieron en la ambulancia. Después vino la bruma de la anestesia aplicada en el quirófano, donde un cirujano me extrajo la bala y reparó el hueso que había sido dañado.

Pasaron un par de días y el único dolor que me seguía importando era el de la ausencia de Doris. Pese a mis deseos, no pude asistir a sus funerales. Una inesperada infección retrasó mi recuperación, y mi intento de fuga del hospital fue abortado por una enfermera que primero me amarró a la cama y después procedió a sedarme.

Supe esto días más tarde, cuando recuperé la conciencia y un médico me dio un informe de mi estado, de las medidas adoptadas a partir de la cirugía, y las recomendaciones que debía seguir hasta alcanzar el restablecimiento que él parecía desear más que yo.

Conocí los detalles del funeral de Doris a través de Anselmo. El quiosquero fue el primer rostro amigo que vi una vez que desperté en la pieza de hospital que compartía con otras tres personas. Durante su primera visita no me dijo nada. Se limitó a mirarme largo rato y a tomar mis manos entre las suyas, como si con ello pudiera traspasarme su inagotable entusiasmo por la vida.

—Aún no encuentro las palabras precisas —me dijo al comienzo de su segunda visita—. No sé qué decirle, don.

—No te preocupes —le respondí mientras intentaba reacomodarme en la cama—. A mí me sucede lo mismo. Pienso una y otra vez en lo que pasó y no encuentro palabras para explicármelo.

—Fui al funeral de la señorita Doris y dejé unos claveles en su nombre en la tumba —agregó Anselmo—. Si me permite el comentario, diría que fue una bonita ceremonia. Había mucha gente, decenas de coronas florales, y se pronunciaron varios discursos.

—Quisiera revertir nuestras situaciones. Que ella fuera la que se recupera en esta pieza y que a mí se me estuvieran humedeciendo los huesos en el cementerio.

—Sé cómo se siente, don.

—No, Anselmo, no lo sabes —dije y guardé silencio hasta que media hora más tarde mi amigo abandonó la habitación.

* * *

Chacón me observó esperando alguna reacción de mi parte y luego intentó

esbozar una sonrisa que de inmediato se transformó en una mueca triste. No lo había visto desde el día del allanamiento y en su rostro se veía el cansancio de la pena y de unos días especialmente agitados.

—¿Cómo te sientes, Heredia? —preguntó.

—La herida está mejor. El médico dice que tendré que hacer ejercicios de rehabilitación.

—Llamé al médico antes de venir a verte. Me dijo que al mediodía de hoy te dará de alta y pensé que necesitarías ayuda.

—La necesito y te la agradezco, Chacón —dije y luego de una pausa, agregué—: Tengo la impresión de haber olvidado muchos detalles de lo sucedido la mañana del allanamiento. Todo parece detenido en la muerte de Doris.

—Es algo común cuando se vive una situación traumática —dijo Chacón, sin mucho convencimiento.

—¿Lograron atrapar al asesino?

—Huyó. Pese a que intervinieron varios vehículos institucionales, logró escapar. El auto lo dejó abandonado frente a la plaza Benavides. Se tomaron huellas y se compararon con las existentes en nuestros archivos y en el Servicio de Registro Civil e Identificación. Corresponden a un tal Julio Andrés Palma. Por si intenta salir del país, pusimos en alerta a nuestros controles fronterizos.

—¿Julio Andrés Palma? —pregunté.

—¿Te dice algo ese nombre, Heredia?

—No —respondí, y mientras recordaba el nombre con el que conocía al asesino, añadí—: Si pretende salir, lo más probable es que use otro nombre.

—Daremos con él, Heredia. No olvidamos a Doris ni a los otros dos compañeros que murieron en el operativo.

—¿Qué pasó con el italiano?

—Está detenido y procesado como autor intelectual del asalto al vehículo policial y la muerte de uno de los detectives. Le espera una condena larga y por su edad, dudo que salga vivo de la cárcel.

—¿Dijo algo de interés durante su interrogatorio?

—No suelta prenda. Sabe que no puede eludir la acusación y que no está en condiciones de negociar información por garantías. Para comenzar, lo van a procesar por tráfico de armas. Tenía un verdadero arsenal en su casa. Armas cortas y otras de grueso calibre que probablemente iban a ser vendidas en distintas poblaciones de Santiago. Obviando las muertes que nos afectan, el operativo fue un éxito.

—¿Encontraron mexicanos en el lugar?

—Dos. Uno murió en el enfrentamiento y el otro está detenido. No ha dicho nada que no sea su nombre. En el allanamiento de la casona encontramos una pequeña cantidad de cocaína. Pero no pasa de ser una reserva de consumo personal. Al parecer pretendían asegurar la ruta antes de hacer un envío contundente de drogas.

Cerré los ojos un momento y cruzaron por mi mente distintas imágenes de Doris.

—¿Te sientes bien? —preguntó Chacón.

—No lo sé. Lo sabré cuando vuelva a mi departamento.

—No has dicho nada sobre Doris.

—Sinceramente, no sé qué decir. Como dijo Anselmo el otro día, faltan palabras para construir un relato coherente de lo que siento por su muerte.

—¿Quieres que te acompañe al cementerio? Te puede servir ver el lugar donde quedó la comisario.

—No, por ahora no. Supongo que llegará el momento en que me anime a hacerlo. Mañana, pasado, en un tiempo más.

—Te entiendo. De estar en tu lugar tampoco sabría qué hacer.

—Supongo que afuera la vida sigue igual —dije indicando la ventana de la pieza—. He visto a los pacientes que son dados de alta partir contentos a sus casas.

—A nadie le gusta estar fuera del juego, Heredia. La función debe continuar.

—Lo sé, y además tengo una promesa por cumplir.

—¿Vas a buscar al asesino de Doris?

—¿Tienes alguna duda?

—Si requieres ayuda, solo dímelo.

* * *

Pedí a Chacón que me dejara frente a la puerta de mi edificio. Insistió en acompañarme hasta el departamento y le dije que era capaz de tomar el ascensor y abrir la puerta por mis propios medios.

El departamento estaba en penumbras, con algunas de sus cortinas cerradas y extrañamente frío, pese a la proximidad del mediodía y a que en la calle hacía un calor más apropiado para la antesala del infierno.

Me senté en mi viejo sillón y puse mis manos sobre el escritorio. Durante un buen rato no hice otra cosa que escuchar mi respiración, había que sentí que unas lágrimas corrían por mis mejillas. Tenía derecho a llorar, me dije. Por Doris y por la jodida vida que una vez más jugaba sucio y me obligaba a pensar que la felicidad era un territorio al que jamás podría acceder.

—Te extrañé —creí oír que decía Simenon, al tiempo que brincaba hasta la cubierta del escritorio y se quedaba observándome.

—Anselmo me dijo que se preocupó de tu alimentación y otras necesidades.

—No estoy hablando de comida, Heredia.

—La ausencia no fue por mi culpa. El médico estimó que debía quedarme en el hospital.

—¿Y ahora, cómo te sientes?

—La pierna está bien, pero pasarán unas semanas antes de que pueda usarla como antes.

—¿Y más allá de la pierna?

—Qué sé yo. Algo o alguien decidió que sobreviviera.

—Es una pena, estabas entusiasmado con tu cambio de vida.

—Las cosas volverán a su ritmo acostumbrado.

—¿Tú crees?

—Bueno, algunas. Lo esencial se fue al carajo.

—¿Qué vas a hacer, Heredia?

—Lo que hace un gato cuando va cayendo desde el techo de una casa. Tratar de caer parado, sacudirme el lomo, menear la cola y seguir andando.

—No es tan fácil como piensas.

—Hay que intentarlo. Tirar la toalla y bajarse del ring no va conmigo.

—Puedes contar con mi compañía. Trataré de molestar lo menos posible.

—Gracias. ¿Qué tal si empezamos por cocinar?

—Buena idea. Enfermo que come, no muere.

—Así dicen, aunque no es precisamente apetito lo que tengo. Necesito olvidarme de Doris por unos minutos, y me hará bien ver tu entusiasmo a la hora de comer.

—Puedo hacer un esfuerzo especial para complacerte.

—Gracias —dije nuevamente y me quedé en silencio.

Simenon se acercó a mis manos, que seguían apoyadas sobre el escritorio y las acarició con suaves movimientos de su cabeza.

—Me extraña que todavía no pienses en beber un trago —dijo.

—Nada de tragos hasta que haga el trabajo pendiente. No quiero apartarme de mi objetivo. Además, el médico dijo que la recuperación de mi herida y el consumo de alcohol no iban por el mismo camino.

—¿Quieres ganar el premio al paciente ejemplar?

—Quiero estar lúcido.

* * *

Simenon dejó de comer. Coloqué su plato en el fregadero y me dirigí al dormitorio. Saqué del ropero el terno azul que me había comprado para el matrimonio y luego de un momento de duda, me lo puse. Ajusté una corbata al cuello de la camisa y me observé en el espejo del ropero. Parecía un novio dispuesto a llegar a tiempo a su boda.

Una vez en la calle, tomé un taxi y pedí al chofer que me dejara frente al restaurante donde Doris había pensado celebrar nuestra fiesta. Apenas me vio entrar, Isabel Matos se acercó a darme el pésame, lamentando una y otra vez la suerte corrida por Doris. La escuché en silencio, mientras observaba el salón, que a esa hora se encontraba ocupado por personas que almorzaban solas o en grupos.

—No pensé que volvería a verlo —dijo la dueña del restaurante.

—Quería mirar el restaurante e imaginar cómo habría sido la fiesta.

—Tómese el tiempo que guste, señor Heredia.

—Gracias, observaré el lugar unos minutos y luego me iré.

* * *

Salí del restaurante y abordé un segundo taxi que me trasladó hasta el Cementerio General. El conductor me dejó frente a la puerta de la Avenida La Paz. Me costó seguir las indicaciones que me había dado Chacón, pero luego de una larga caminata entre senderos y nichos, conseguí llegar a la tumba de Doris. Sobre la tierra había una lápida blanca con su nombre, y las fechas de su nacimiento y muerte. En la esquina derecha de la lápida, relucía una placa metálica que indicaba el homenaje póstumo de la institución policial a la que había pertenecido.

Me alisé la chaqueta y el pantalón de mi traje; y luego de encender un cigarrillo, hablé en voz baja.

—Me habría visto bien a tu lado, de azul y tieso como soldado de plomo. Lo más probable es que no te gustara mi corbata o que hubieras rehecho su nudo. Todo tenía que ser perfecto. ¿Qué carajo sucedió? No era mucho lo que pedíamos.

Me senté junto a la lápida y tiré el cigarrillo hacia una tumba vecina. El sol me daba en la cara y deseaba sacarme la corbata. Pero no lo hice. Me quedé en silencio, repasando distintos instantes vividos junto a Doris desde el día que nos conocimos. Altos y bajos, sonrisas y malas caras. Viejas artimañas de dos que no deseaban reconocer que estaban hartos de vivir solos y veían en el otro la compañía que habían estado buscando. Volví a ponerme de pie y, al mirar a mi alrededor, no pude dejar de sorprenderme por el arduo trabajo de la muerte.

—Sé que temías que olvidara los anillos —dije en voz alta, y al tiempo que depositaba un par de argollas sobre el nombre de Doris escrito en la lápida, agregué —: Ahora me voy. Tengo trabajo pendiente, y lo haré a mi manera, sin importarme si estás de acuerdo o no.

Me saqué el terno azul y volví a colgarlo en el ropero, junto a un par de pantalones que requerían una urgente sesión de planchado. Recorrí las piezas de mi departamento y finalmente me puse a hurgar entre los libros de mi biblioteca.

Tomé un libro del poeta Guillermo Riedemann, que en uno de sus poemas hablaba de una etapa de la vida en la que el camino tiene un solo sentido. Pensé en ese camino y en los fracasos y pérdidas que estaba obligado a cargar en mi conciencia. Los fracasos no me importaban, porque eran parte de la vida, y en lo personal, casi siempre relacionados con casos no resueltos; pistas que todavía esperaban que alguien les encontrara un sentido. Me dolían las pérdidas, porque a menudo significaba que el mundo de mis afectos se reducía; que los recuerdos dejaban de tener sentido, y que el amor era una nave que desaparecía en la fina línea del horizonte.

La campanilla del teléfono me apartó de mis divagaciones. Levanté el fono y oí la voz profunda de Nápoles saludando con el entusiasmo de una calcetina.

—Ganamos, Heredia. Estoy en Cuenca, con el amigo Becerra y sus compañeros. La Corte de Apelaciones ratificó su resolución inicial y confirmó que la minera Memphis no puede seguir operando hasta que no resuelva los problemas de contaminación y explique en qué consiste su plan de ampliación. Vicente Trujillo, uno de los gerentes de la minera, dio una conferencia de prensa que seguramente podrá ver en la televisión. El tipo mintió, pero reconoció su derrota. Dijo que la empresa dejaba de operar en el pueblo porque la represa cumplió con su período de utilidad. Y negó que la minera tuviera el proyecto de inundar el valle. En síntesis, se acaban las faenas de la minera.

—Es una buena noticia y me gustaría expresar mi alegría de algún modo, pero...

—Supe lo de su novia y lo siento en el alma.

—Gracias, Nápoles. Ella habría disfrutado mucho su noticia.

—El pueblo es una fiesta, al menos para los que estaban en contra de la minera.

—Sería bueno que compartiera la noticia con Raquel. Mal que mal, fue Alfredo Razetti el que inició la pelea legal.

—Y su último escrito, en el que presentaba pruebas sobre la inundación del valle, fue fundamental en el resultado.

—Mayor razón para llamar a Raquel.

—La he llamado en tres oportunidades y no obtuve respuesta. Las dos primeras dejé sonar el teléfono hasta que me cansé de escuchar la musiquilla; y en la tercera llamada me dio la impresión de que alguien escuchaba y no quería contestar.

—¿No quería o no podía?

—¿Qué sé yo, Heredia? A veces los teléfonos se estropean y uno escucha lo que le dicen, pero no puede contestar. Usted sabe cómo son los mercachifles de las telefónicas. Cuando se trata de vender planes y cobrar cuentas son rápidos como

flechas, pero a la hora de arreglar los equipos pueden demorar medio año.

* * *

Antes que en la televisión empezaran los programas de noticias, bajé a la calle y caminé en dirección al bar «Olímpico», en la calle Morandé. Descubrí que lo habían demolido y próximamente se iniciaría en el lugar la construcción de un edificio de departamentos. Maldije a las inmobiliarias que destruían el barrio y terminé entrando a una fuente de soda, donde pedí café y un Barros Luco. El café estaba aguachento y el queso del sándwich tenía la consistencia de un trozo de caucho.

Me guardé las quejas y puse atención a las noticias que se arrastraban por la rutina de costumbre, centrando su interés en los crímenes producidos en poblaciones humildes o en el asalto de cajeros automáticos. Después fue el turno de las noticias deportivas, y antes de pasar al informe meteorológico, vino el reportaje dedicado a la empresa Memphis, que incluía la entrevista a Vicente Trujillo. Palabras más, palabras menos, el ejecutivo de la minera no dijo nada distinto a lo que había contado Nápoles, pero ver su rostro me sirvió para apreciar su rabia por la forma en que concluían las operaciones de la empresa, lo que además de las pérdidas económicas podía significar su despido o un deshonoroso descenso de su poder.

—¿Otro café? —preguntó el mozo que atendía el mesón de la fuente de soda.

—Gracias, pero agoté mi capacidad de beber su caldo de calcetines.

El tipo, ofendido, me observó unos segundos. Luego se dirigió rápidamente hasta la caja registradora ubicada en un rincón del mesón y volvió con una boleta que dejó a mi alcance.

—Pague y váyase rapidito —dijo.

—Te pediría que me envolvieras lo que queda de sándwich para llevárselo a mi mascota, pero temo intoxicar a mi cerdito tragalotodo.

* * *

Caminé hacia la plaza de Armas y me senté en un escaño a escuchar a un organillero que interpretaba una melodía festiva. Una decena de palomas picoteaba el suelo en busca de migas o restos de comida. Y de pronto, mientras observaba el ir y venir de las aves, pensé que había una relación entre las llamadas telefónicas de Nápoles a Raquel y el lugar donde el asesino de Doris había abandonado el vehículo utilizado en su fuga. La plaza Benavides estaba ubicada a tres cuadras de donde vivía la viuda de Razetti. Una repentina idea rasguñó mi piel y comenzó a cobrar sentido en mis pensamientos. Revisé el dinero que llevaba en mi billetera y calculé que tenía lo justo para comprobar mi tincada. Dejé el escaño, caminé hacia la calle Compañía y detuve un taxi.

Despedí al taxista a media cuadra de la casa de Raquel. En medio de la calle, cuatro niños jugaban al fútbol, despreocupados del paso de los escasos vehículos que transitaban por el lugar. Di unos pasos y observé la casa. Su puerta y sus cortinas estaban cerradas, y no se podía apreciar si en su interior había alguna luz encendida o movimientos que delataran la presencia de personas.

Quise cruzar la calle y llamar a la puerta, pero me detuve. Si estaba en lo cierto, no debía dejarme ver antes de tiempo. Durante algo más de media hora recurrí al añejo cuento del provinciano que busca a un familiar en Santiago. Golpeé las puertas de las casas vecinas, y a las personas que me atendieron les conté que buscaba a Raquel y que me extrañaba su ausencia. Un hombre desconfió de mi aspecto y me cerró la puerta en las narices; dos mujeres dijeron no saber nada y un almacenero reconoció que le extrañaba no haber visto a Raquel desde hacía a lo menos una semana.

La última vecina a la que consulté, y con evidente doble intención, me dijo que la había visto llegar dos noches atrás, muy tarde y acompañada de un hombre. Una chispa se encendió en mi entristecido ánimo de los últimos días. Me acerqué a los niños que jugaban, y aprovechando un pase desafortunado del más pequeño de los cuatro, contuve el balón entre mis manos. Los niños me rodearon, reclamando la devolución de la pelota.

—¿Quién de ustedes quiere ganarse mil pesos? —pregunté a los niños, que se miraron unos con otros evaluando mi oferta.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el más alto, un colorín que vestía una desteñida camiseta de la Unión Española.

—¿Ves esa casa? —le respondí indicando el lugar donde vivía Raquel.

—¿Qué pasa con esa casa? —retrucó el colorín.

—Necesito que uno de ustedes toque el timbre de la casa. Varias veces.

—Yo voy —gritó el más pequeño de los niños, y sin esperar la reacción de sus compañeros, corrió hasta la puerta de la casa y presionó su timbre. Las cinco primeras veces no pasó nada, pero a la sexta, una de las cortinas se descorrió por un momento y luego volvió a cerrarse. El niño presionó el timbre un par de veces más y luego regresó. Le di el dinero prometido y enseguida le pegué un puntapié a la pelota que sostenía en mis manos. Los niños corrieron por la calle y mientras se alejaban comencé a alejarme del lugar, en búsqueda de un teléfono para llamar a Ruperto Chacón.

* * *

—Antes de mover un dedo necesito organizar a mi gente —dijo Chacón después que le diera a conocer mis sospechas.

—No disponemos de tanto tiempo —respondí—. Y no quiero provocar el despliegue de policías que se empleó en la casa del italiano y que terminó de la peor

manera.

—Me puede costar la carrera, Heredia.

—No si atrapamos al asesino de Doris.

—¿Por qué estás tan seguro de que podemos encontrarlo en esa casa?

—Vi, mejor que nadie, al que le disparó a Doris. Y además sé quién es —agregué antes de decir el nombre del asesino.

—De ahí tu nulo interés en los retratos hablados que elaboramos —dijo Chacón luego de hacer un gesto de sorpresa—. ¿Por qué guardaste la información hasta ahora?

—Prometí a Doris que atraparía a su asesino a mi manera.

Chacón, molesto, se alejó unos pasos en dirección a su auto, estacionado a unos pocos metros de distancia. Lo vi abrir la puerta del vehículo, volver a cerrarla y rehacer sus pasos hasta volver junto a mí.

—Más de una vez la comisario Fabra me pidió que te cuidara.

—Y yo perdí la cuenta de las veces que me has salvado el pellejo.

—¿Tienes pensado cómo entrar a la casa? —preguntó Chacón.

* * *

Chacón golpeó a la puerta de una de las casas colindantes con la de Raquel y cuando vio aparecer a un hombre gordo y de aspecto cansado, le mostró su credencial de policía y le hizo un gesto para que guardara silencio. Una vez dentro de la habitación, le explicó brevemente que queríamos entrar a la casa de Raquel. El hombre hizo un ademán de resignada conformidad y nos indicó el pasillo que conducía a la parte posterior de la vivienda.

La cerca de madera que separaba las casas no significó mayor obstáculo en el cambio de un patio al otro. Caminamos lentamente, procurando que nuestros pasos no nos delataran y llegamos frente a una puerta a la que Chacón le examinó su cerradura.

—Está abierta; mejor imposible —susurró el policía.

La puerta daba a una amplia cocina en cuyo interior destacaba un intenso aroma a café recién hecho. Desde una pieza interior escuchamos voces que parecían ser parte de una distendida conversación, en la que las pausas de silencio convivían con súbitas risotadas. Chacón alzó su arma, estiró sus brazos y apuntó hacia el inicio del pasillo que conducía a otras piezas de la casa. Saqué mi pistola desde mi chaqueta y al hacerlo hice un movimiento que revivió fugazmente la molestia en mi pierna.

Chacón avanzó un par de pasos y lo seguí hasta la puerta que comunicaba con el comedor. Las voces se hicieron más nítidas y rápidamente reconocí entre ellas la de Raquel.

Levanté mi pulgar izquierdo para indicar a Chacón que era hora de enfrentar al asesino. Sentí la respiración contenida del policía y al segundo siguiente lo vi patear

la puerta e irrumpir en el comedor. Sobre la mesa había dos platos con los restos de un pollo asado, y sentados a su alrededor se encontraban Raquel y Héctor Sanhueza.

Sanhueza quiso reaccionar, pero se aguantó al ver que Chacón le apuntaba directamente a la cabeza. Se mantuvo en su lugar y de reojo observó a Raquel.

—¿Qué significa esa manera de entrar a mi casa? —preguntó la mujer—. ¿Qué pretenden?

—Por lo visto hasta ahora, más respuestas de las que esperaba recibir —dije.

—¿Qué quiere decir?

—Esperaba encontrarla secuestrada en su propia casa, pero veo que la vida le sonríe —dije.

—¿Secuestrada? ¡Qué ridículo! ¿Quién podría querer secuestrarme?

—Nuestro amigo Sanhueza aquí presente; el asesino de su marido, señora.

—¿Qué dice? —preguntó la mujer, asombrada.

—Sanhueza, o mejor dicho Julio Andrés Palma, prestaba ciertos servicios especiales a la minera que Alfredo pensó en demandar por los perjuicios causados a los pobladores de Cuenca. Un ejecutivo de esa empresa pidió que se infiltrara en la oficina de Alfredo, haciéndose pasar por un abogado sin trabajo. La idea era conocer la información que manejaba Alfredo y anticiparse a sus acciones legales. Pero, de alguna manera Alfredo se enteró de lo que sucedía y el ejecutivo decidió sacarlo de circulación.

—¿Es verdad lo que dice este hombre? —preguntó Raquel a Sanhueza.

Sanhueza no respondió. Permaneció en silencio y desvió la mirada hacia la puerta de la habitación.

—La clave me la dio Alfredo —agregué—. En uno de los apuntes que recuperé con la ayuda de la policía, Alfredo escribió unas palabras que me hicieron pensar en lo que había descubierto: «ingenuidad», «desmedida confianza». Eso, más la corta distancia desde donde le dispararon, permitía deducir que el asesino de Alfredo era alguien a quien él conocía.

—Lo que dice es una sarta de invenciones sin sentido —dijo Sanhueza, mientras Chacón lo registraba.

—Es lo que me dije muchas veces hasta la mañana en que te vi disparar contra Doris.

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó Sanhueza, aparentando sorpresa.

—La misma mañana en que llegaste a esta casa —dije, y luego, dirigiéndome a la viuda de Razetti, le pregunté—: ¿Qué excusa le dio para alojarse en esta casa?

—Dijo que tenía problemas en la pensión donde vivía. Me preguntó si le podía dar alojamiento por una semana. Venía deprimido, cansado. Durante toda esa semana hizo algunas llamadas telefónicas y nunca salió de la casa. Veía televisión y leía el diario que compraba todos los días.

—Y usted tampoco salió de la casa —dije a Raquel.

—No tenía motivos para salir —respondió la mujer, y luego, desviando su mirada

hacia un rincón de la habitación, agregó—: Héctor dijo que me extrañaba.

—No estás obligada a decirle nada —dijo Sanhueza a Raquel.

—¿Había algo entre ustedes antes de la muerte de Alfredo? —pregunté a la mujer.

—¿Cómo se le ocurre decir eso —alegó Raquel?

—¿Había algo entre usted y el asesino de Alfredo? —volví a preguntar.

—A mi esposo lo único que le interesaba era su trabajo —comenzó a decir Raquel y enseguida se quedó en silencio.

—La policía tal vez se interese en sus explicaciones. Solo espero que entienda que fue utilizada, antes y después de la muerte de Alfredo —dije y enseguida, acercándome un par de pasos hacia Sanhueza, agregué—: Ahora es otra historia la que quiero escuchar.

—Si espera una confesión de mi parte, pierde su tiempo, Heredia —dijo Sanhueza—. No le voy a facilitar la tarea.

—Eso está por verse —respondí—. ¿Quién le ordenó matar a Razetti?

—Hasta ahora pensaba que usted lo sabía —respondió Sanhueza con un tono burlón.

—Tengo una idea, pero quisiera confirmarla.

—Si quiere seguir adelante con su historia tendrá que presentar pruebas concretas, no solo fantasías.

—Hay testigos que lo vieron entrar al departamento de Wallis; yo lo vi matar a Doris y sus huellas están en el vehículo que usó en su fuga.

—Nada que un buen abogado no pueda refutar en un juicio. En cuanto a las huellas, no me preocupan. Se sabe que la policía fabrica evidencias cuando no tiene cómo probar un delito.

—No es mi idea llevarlo frente a un juez, Sanhueza. Razetti era mi amigo y Doris la mujer que amaba —dije, al tiempo que apuntaba mi pistola hacia el sicario.

—Será un asesinato y lo juzgarán —alegó Sanhueza.

—Francamente, de aquí en adelante me interesa muy poco lo que pase conmigo.

—Sanhueza tiene razón, Heredia —dijo Chacón cuando me vio decidido a usar mi pistola—. Será un asesinato a sangre fría. No podré ayudarte.

Ruperto Chacón se acercó a Sanhueza con la intención de esposarlo. Apunté a Sanhueza y junto con ver su rostro en la punta de la mira, vinieron a mi memoria imágenes borrosas de mi última noche con Doris. Y fue en ese momento cuando los hechos se precipitaron: Sanhueza le hizo un gesto a la mujer, y esta tomó una taza que estaba sobre la mesa y me la arrojó a la cara, al mismo tiempo que Sanhueza le arrebató la pistola a Chacón y lo golpeaba en el mentón. El policía cayó al suelo. Me sobrepuse al dolor que sentía en una de mis mejillas y cuando me disponía a disparar contra Sanhueza, este tomó a Raquel por el cuello, la atrajo hacia su cuerpo y le puso la pistola a la altura de la sien derecha.

—¡Déjela! —ordené a Sanhueza.

—Voy a salir y si me sigue la mataré —respondió Sanhueza, al tiempo que presionaba el caño de su pistola en la cabeza de Raquel.

—Me haces daño —protestó la mujer—. ¡Suéltame!

—Deja de chillar —le respondió Sanhueza—. Tú eres mi escudo y mi salvoconducto.

—Si Heredia dispara, me puede herir.

—Y yo tendré el tiempo suficiente para dispararle.

—Pensé que te importaba —dijo Raquel con voz lastimera.

—¡Estúpida! ¿Me ves el resto de mi vida viviendo al lado de una mujer amargada?

—No es eso lo que decías hasta unas horas atrás —protestó Raquel.

—Los sentimientos cambian —le respondió Sanhueza con ironía.

—Me mantuviste engañada desde el primer día que nos vimos.

—¿Y qué querías? ¿Qué me enamorara?

Volví a enfocar la mira en la frente de Sanhueza y pensé en activar el gatillo. El pulso me temblaba y por instantes la pistola quedaba apuntando a la boca de Raquel. Los segundos corrían en mi contra y la decisión de disparar ya estaba en la mente del asesino.

Miré a Sanhueza a los ojos y dejé que mi dedo jalara rápidamente el gatillo. Escuché dos estampidos e instintivamente me arrojé a un costado. La bala disparada por Sanhueza quedó incrustada en la pared a la que había estado dándole la espalda; y el impacto de mi bala se encontraba perfectamente dibujado en la frente de Sanhueza. Era una especie de lunar rojo del que manaba la sangre, que rápidamente cubrió la frente del asesino y comenzó a manchar el suelo de la habitación.

Me puse de pie. Hice sentarse a Raquel en una de las sillas que rodeaban la mesa y me apresuré en socorrer a Chacón. El policía estaba aturdido y luego de mojarle el rostro conseguí que recuperara sus sentidos.

—¿Qué pasó? —preguntó Chacón.

—Sanhueza está muerto. Era él o yo. Raquel fue testigo de lo sucedido. Puedo mostrar la bala que se incrustó en la pared, a mis espaldas. Fue cuestión de segundos.

—¿Y ahora qué sigue?

—Llama a tus colegas. Alguien tiene que levantar el cadáver de Sanhueza.

—¿Qué hacemos con la mujer? —preguntó Chacón, indicando a la viuda de Razetti.

—A su manera fue otra de las víctimas. Déjala en esta casa, con el tiempo y la soledad necesarios para pensar una y otra vez en lo que hizo —dije, y comencé a caminar hacia la salida de la casa.

—Necesitaré tu declaración, Heredia.

—Conoces mi teléfono y la dirección de mi departamento.

—Ya todo terminó, Heredia.

—Todo terminó la mañana que mataron a Doris.

—Me refiero a la investigación. Tenemos al asesino y se resolvió la muerte del abogado.

—Tengo la impresión de que aún queda un hilo suelto —dijo al tiempo que alzaba mi mano derecha en un ademán de despedida.

—¿Qué hilo? ¿A dónde vas, Heredia?

—Por lo pronto, a beber la copas que tenía postergadas hasta que encontrara al asesino de Doris.

—Si me dices dónde estarás, más tarde te puedo hacer compañía. —¿Quién sabe? La ciudad crece y cada día me resulta más ajena.

Cuando llegué al edificio de la minera, no parecía existir el mejor de los ánimos entre sus empleados. Frente a la puerta principal, dos camiones de mudanzas recogían un abundante cargamento de escritorios y útiles de oficina, mientras que a los costados de la puerta, una veintena de personas veía desaparecer las fotocopiadoras y los equipos computacionales que habían acompañado sus trabajos. Hasta la vigilancia del recinto parecía relajada, porque cuando entré al edificio y pregunté por Milton Montes en el mesón de recepción, un guardia se limitó a indicarme que debía subir al noveno piso. A continuación, y como si el lugar hubiera sido víctima de una repentina infección, agregó: el piso que están desocupando.

Chacón me concedió un plazo de media hora. Después de eso aparecería con los detectives de su unidad y procedería a detener a Montes. Había transcurrido una semana desde la muerte de Julio Andrés Palma o Héctor Sanhueza. En los diarios se habían publicado breves notas sobre su muerte y su participación en el asesinato de Doris Fabra. Después la prensa archivó el tema y otros crímenes pasaron a ser pasto de la insaciable crónica roja. Las páginas económicas de los diarios dieron cuenta de las pérdidas que ocasionaría el término de las operaciones mineras en Cuenca. Un serio traspié, decían, y dejaban entrever que lo sucedido modificaría la estructura de Memphis y sus planes de inversiones en los siguientes cinco años. Lo sucedido había ocasionado las protestas y demandas legales de otras comunidades afectadas por la instalación de mineras y termoeléctricas, animadas por la esperanza de encontrar jueces que fallaran en su favor, haciendo ver a las empresas que no podían seguir actuando a su regalado gusto.

Visité a Doris en dos ocasiones. En la primera, encontré sobre la lápida un manojo de flores secas que reemplacé por los claveles rojos comprados en una de las florerías instaladas a la entrada del cementerio. Al término de la segunda visita, me despedí de ella y le dije que pasaría bastante tiempo antes de que volviera a detenerme frente a su tumba. No me gustaban los rituales asociados a los cementerios y sabía que el mejor recuerdo de los seres amados era el que estaba siempre presente en eso que, a falta de otra palabra, la gente llamaba corazón.

Apenas salí del ascensor me di cuenta de que en el noveno piso reinaba el caos. Unos escasos empleados andaban de un lado a otro ordenando sus últimas pertenencias. Frente a la oficina de Montes no había nadie y la puerta estaba entreabierta. Entré sin avisar y sorprendí a Montes mientras guardaba una foto familiar en el maletín que tenía abierto sobre su escritorio. El ejecutivo me reconoció de inmediato; dejó de lado el maletín y me observó un momento, evaluando la conducta que debía adoptar frente a mi presencia en su oficina.

—¡Heredia, el detective! —exclamó con una mezcla de decepción y asombro—. En más de una ocasión he pensado en usted durante los últimos días. Reconozco que lo subestimé. Lo felicito por su persistencia; logró descubrir al asesino de su amigo.

No puedo decir que me agrada verlo de nuevo. Y como ve, estamos de mudanza.

—Dicen que a quien se muda, Dios lo ayuda —dije marcando mis palabras con un tono irónico.

—¿En qué anda? ¿Qué hace en mi oficina? —preguntó algo ofuscado.

—En lo de costumbre, buscando respuestas a mis inquietudes.

—¿Ya no obtuvo suficientes respuestas?

—Uno siempre quiere más, Montes. Y es bueno visitar a los viejos amigos, sobre todo cuando ellos se encuentran en dificultades.

—No soy su amigo ni estoy en dificultades.

—Los diarios dicen que su empresa tendrá grandes pérdidas, y los camiones que están en la entrada del edificio no son una buena señal. El castillo de naipes se desmorona.

—Las empresas se reestructuran continuamente. Si se quiere crecer o avanzar hay que apostar al cambio.

—Bonita frase para un seminario de gerentes.

—Se lo pregunto por segunda y última vez: ¿qué hace en mi oficina?

—Estuve analizando lo sucedido y creo que la muerte de Sanhuesa no es la última pieza del engranaje.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tengo la impresión de que sus problemas están a punto de aumentar.

—¿Qué quiere decir?

—Como sucede con la gente que pretende mantener una mentira, seguramente dirá que tengo mucha imaginación.

—Explíquese de una vez por todas —exigió Montes, y noté que sus labios se contraían en una mueca nerviosa.

—Supongamos que los ingenieros a su cargo equivocaron los cálculos y construyeron un embalse que además de contaminar el medio ambiente, no cumplía con los requisitos de contención que requiere un alto volumen de procesamiento de cobre. Usted se vio en problemas cuando sus jefes le empezaron a pedir explicaciones y los pobladores incrementaron sus protestas. Probablemente un ingeniero a cargo de la producción le aconsejó una solución: ampliar el embalse, inundando la totalidad del valle. El consejo se convirtió en proyecto y para concretarlo necesitaba terminar con las últimas resistencias de la gente del pueblo. Recurrió a las amenazas y las golpizas. Entorpeció los intentos que hicieron los pobladores por obtener un informe sobre las aguas contaminadas. Compró todas las propiedades que pudo y las conciencias de varios personajes del pueblo. Los pobladores recurrieron a la ayuda del abogado Razetti y este comenzó a trabajar en la presentación de un recurso de protección. La mano se venía difícil y usted quiso mantener la situación bajo control. Compró los servicios de una empresa de seguridad y Sanhuesa fue infiltrado en la oficina del abogado. La estrategia funcionó durante un par de meses, hasta que un ingeniero que había sido despedido de Memphis reveló a Razetti el plan de la minera.

El abogado iba a incluir esta información en el recurso de protección. Fue el momento en que usted decidió eliminarlo.

—Aunque no sea original, me inclino ante su imaginación —dijo Montes intentando ganar unos minutos y detener el curso de las revelaciones.

—Déjeme continuar, Montes. La policía no tardará en llegar.

—¿Tengo otra alternativa que no sea escucharlo?

—Usted planteó la nueva situación a la empresa de seguridad, y alguien de esa empresa, al que quizás usted identifique cuando sea interrogado por la policía, le dijo que disponía de la persona adecuada para anular al abogado: Aurelio Infanti. Sanhueza fue destinado a la coordinación del trabajo con el italiano, y supongo que usted estuvo de acuerdo. El italiano, pese a la desconfianza que le tenía últimamente, encargó el trabajo a Poblete. Hasta el asesinato de Alfredo Razetti el plan funcionó perfectamente. Pero sucedieron dos cosas que no estaban en los planes de nadie. Lo primero fue que Wallis, un empleado de la minera, se enteró de la participación de Sanhueza en el asesinato y supongo que intentó chantajearlo. Por eso, y porque se enteró de que la policía iba tras los pasos de Wallis, Sanhueza lo eliminó.

—Su relato se extiende en demasía —dijo Montes, incómodo con lo que escuchaba.

—El segundo imprevisto fue la decisión de Infanti de cobrar sus cuentas pendientes con Poblete, cortar de raíz toda vinculación con Sanhueza, y realizar un trabajo por encargo de un cartel de narcotraficantes mexicanos. Lo que no estuvo en los cálculos del italiano fue que Sanhueza saliera ileso del asalto al vehículo policial que lo trasladaba y que lograra huir. ¿Es así como sucedieron las cosas o estoy muy apartado de la realidad?

—Está jugando con fuego. No conoce el terreno que pisa y su imaginación vuela más allá de lo conveniente.

—Sucedieron otros hechos que no estaban en los cálculos de nadie. La presencia de Poblete a la salida de la oficina de Razetti llamó la atención de una vecina del abogado con la que conversé al inicio de mis pesquisas.

—Su historia no tiene pies ni cabeza, Heredia.

—Intente ganar todo el tiempo que quiera, igual deberá responder las preguntas de los policías —dije y después de encender un cigarrillo, agregué—: Cuando Poblete supo lo del ataque al vehículo policial y se informó que Infanti había lanzado a correr su nombre como posible responsable, se sintió acorralado y vino a conversar conmigo. Quería que lo ayudara a hacer un trato a cambio de información sobre los responsables del asalto. La estrategia pudo tener éxito, pero su calva lo traicionó porque me hizo recordar el testimonio de la vecina. Se lo dije y el sicario decidió sacar la pistola. El final de Poblete usted lo conoce.

—Se ve que trabajó con esmero —dijo Montes con tono irónico.

—Busqué a Sanhueza y no pude dar con él. A pesar de que había intentado matarlo, Infanti le dio refugio en su casa. Seguramente quería tenerlo cerca. Luego

seguí tras los pasos del italiano y terminé involucrado en el allanamiento a su casa. Eso no lo voy a olvidar nunca, porque fue la mañana en que mataron a la mujer que amaba.

—Siento lo de su mujer, pero me está hablando de una historia que solo conocí a través de la prensa.

—Sé que usted no ensució sus manos directamente, pero he venido a oírlo reconocer que fue el autor intelectual de la muerte de Razetti.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Todo indica que usted cayó en la ratonera. Sanhueza fue capturado e interrogado por la policía —mentí—. Y parte de la historia que le acabo de contar la pude construir a partir de su confesión.

—Leí que habían capturado al asesino de la detective. Y no era Sanhueza.

—Otro error de su parte, Montes. En las noticias, Sanhueza salió mencionado con su verdadero nombre, Julio Andrés Palma.

Montes guardó silencio. Lo dejé pensar y sacar sus conclusiones respecto a la situación en la que se encontraba.

—Debo reconocer que su relato parece calcado de la realidad —dijo al cabo de un rato.

—A veces, en la solución de un caso, ayuda más la imaginación que un ciento de pistas —dije, y luego de unos segundos, agregué—: Y no me pregunte si podemos llegar a un acuerdo. Jamás haría tratos con el responsable de la muerte de un amigo.

—¿Usted y el abogado eran amigos?

—Desde que éramos dos jóvenes estudiantes en la Escuela de Derecho.

—¿Quiere decir que nadie lo contrató para investigar su muerte?

—Si se refiere a que me ofrecieran dinero, no.

—Usted no calza con el orden de los tiempos que corren. Debería estar en un museo.

—No es primera vez que me lo dicen.

—Si me ofrece una solución podría obtener una buena retribución.

—Usted no quiere entender el problema en que está metido.

—Su amigo, el abogado, tenía mucha información. Tuve que tomar una decisión y después todo se escapó de mis manos.

—Parece que estuviera hablando de la compra o venta de una máquina.

—No podía permitir que un abogado de medio pelo arruinara mi carrera profesional ni mi posición en la empresa. Hablé con un conocido que trabaja en una empresa de seguridad y me contactó con Sanhueza. Me dijo que el trabajo se haría con cuidado y discreción.

—Afortunadamente hay ciertas verdades que tarde o temprano afloran.

—Y supongo que no me queda otra opción que aceptar los hechos.

—Puede esperar a la policía o saltar por la ventana. Créame que me gustaría verlo en el pavimento, apachurrado como un insecto viscoso.

Iba a decir algo más, pero en ese instante sonó el teléfono que estaba sobre el escritorio. Montes alzó el fono y escuchó en silencio el mensaje que alguien le daba. Después dejó el fono en su sitio y dio una mirada a su alrededor, buscando una vía de escape que no existía.

—Llamaban desde la recepción. Unos policías vienen subiendo —dijo Montes, compungido—. Parece que es tarde para pensar en la ventana.

—Y tampoco tiene las agallas que se necesitan.

—Debí pensar mejor las consecuencias de mis decisiones.

—Tienen razón los viejos cuando dicen que para mentir y comer pescado hay que tener mucho cuidado —dije, y mientras caminaba hacia la puerta de la oficina, agregué—: Al menos ya no tendrá que seguir preocupado de la mudanza.

* * *

Salí del edificio y una vez en la calle me dejé llevar por los pasos de la gente que iba a cumplir con las cosas de la vida. Fui por calles desconocidas, olfateando sus rincones, como un perro abandonado que busca un sitio donde arrojar su cansancio, sus sueños mínimos, las ansias de una caricia que le renueve el entusiasmo de vivir. Al igual que en el pasado, la verdad me parecía apenas una leve chispa en medio de la oscuridad en la que algunos hombres tejían sus redes con el hilo de la ambición. Las sentencias o los castigos que en ocasiones reciben los culpables son insignificantes frente a los dolores infligidos o las muertes que provocan. Muertes que caen en el vacío del tiempo, en territorios desconocidos que los sobrevivientes apenas conseguimos vislumbrar en el espejo de la tristeza. Pensé en Doris y por unos segundos recobré su sonrisa de cuando llegaba al departamento a compartir la ternura que nos habíamos prometido. Pero ella era parte de un pasado irrevocable; una suerte de muro que me cercaba cada vez más; y me quitaba el aire y la ilusión de hacerle una zancadilla a la soledad.

Llegué a mi departamento cansado por la caminata y mis recuerdos. Busqué en el ropero la botella de Jack Daniel's que guardaba para las grandes ocasiones, y me serví una copa. Era hora de beber y guardar silencio. No quería pensar en el futuro ni en un próximo caso. Quizá un día abordaría mi viejo auto, y con la única compañía de mi gato emprendería un viaje al sur, siempre más al sur, deteniéndome en pueblos apenas dibujados en los mapas, alojando en pensiones baratas sin otra preocupación que observar los cielos abiertos y la línea interminable de la carretera.

Simenon se acomodó sobre mis piernas. Acaricié suavemente su cabeza y su lomo gordo y albo.

—No son buenos tiempos. ¿Qué piensas hacer, Heredia?

—Lo ignoro. Por ahora el trago es bueno y la compañía, inmejorable.

—En algún momento esa botella se va a acabar.

—Es inevitable, las cosas van y vienen. Solo los recuerdos permanecen y dan

algún sentido a la vida.

—Como diría nuestro querido Anselmo, ya te pusiste a hablar en difícil.

—Quiero decir que es el momento de escuchar música y dejar de pensar en lo irremediable —dije, mientras apartaba a Simenon y me disponía a buscar la Segunda Sinfonía de Mahler entre mis casetes.

—Haz memoria, Heredia. Recuerda que el equipo se estropeó.

Dejé el casete en un estante y volví a sentarme junto a mi escritorio.

—Mala suerte, Simenon. Pero nos queda el silencio, la música de la soledad.

Ñancul, 21 de agosto de 2014.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.